

**JUSTO GONZALEZ**

**CRISTIANISMO:  
CULTO O PROFECIA  
El Hecho Religioso Andino**

**CENTRO DE DOCUMENTACION  
ABYA - YALA**

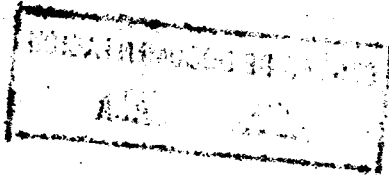


00551

---

**EDICIONES  
ABYA-YALA  
1989**

ABYA  
054  
5.2



**CRISTIANISMO: CULTO O PROFECIA**  
**El Hecho Religioso Andino**

**Autor:** *Justo González*

**1ra Edición:** Ed. ABYA-YALA  
Casilla 8513  
Quito ECUADOR

**Levantamiento de texto, diagramación,**  
**Impresión:** Talleres ABYA-YALA  
Cayambe

*Nuestro oficio no es nuestro destino.  
"No hay otro oficio ni empleo que aquel  
que enseña al hombre a ser Hombre".  
El hombre es lo que importa  
El Hombre ahí, desnudo bajo la noche y frente al misterio,  
con su tragedia a cuestas, con su verdadera tragedia,  
con su única tragedia...  
la que surge, la que se alza cuando preguntamos,  
cuando gritamos en el viento:  
¿Quién soy yo?  
Y el viento no responde... Y no responde nadie.  
¿Quién es el hombre?*

*Tal vez sea Cristo... Porque Cristo no ha muerto...  
Y el Cristo no es el Rey, como quieren los cristeros y  
los católicos políticos y tramposos...*

*El Cristo es el Hombre...  
la sangre del Hombre...  
de cualquier Hombre.  
Esto lo afirmo. No lo pregunto.  
¿No puedo yo afirmar?...*

**León Felipe**



## **PREFACIO**

*En la larga historia del Cristianismo, se ha mantenido latente una dialéctica en la búsqueda de sentido del mensaje y vivencia cristianos. Dicha dialéctica se manifiesta en el afán por descubrir la preponderancia del culto o de la profecía como lo básico en la enseñanza cristiana.*

*En un comienzo la vivencia cristiana se plasmó en el cumplimiento del mensaje profético impregnado de una ética en favor del oprimido y en la búsqueda de una nueva sociedad enmarcada en los valores del Reinado de Dios, encarnado en la persona de Cristo.*

*El culto era la expresión de ésta vivencia que comportaba el ofrecimiento de la propia vida.*

*Con el tiempo, la Iglesia fue creciendo y las exigencias éticas fueron diluyéndose, acrecentándose las formas cúllicas que llegaron a ocupar el lugar preponderante de manifestación de la fe cristiana.*

*En nuestro subcontinente el cristianismo se impuso principalmente con estas características ritos-culturalistas uniéndose a las religiones precolombinas, lo que cristalizó en un sincretismo religioso y en lo que mas tarde se ha denominado como religiosidad popular.*

*La Iglesia Latinoamericana vive desde hace un tiempo ésta dialéctica*

*entre el culto barroco expresado por el pueblo y la exigencia de vivir la profecía en un mundo desgarrado por la injusticia.*

*Dicha dialéctica ha llevado a los cristianos a confrontaciones a veces dolorosas pero que, al mismo tiempo, enriquecen a la iglesia y nos hace pensar que, si ésta opta por la tranquilidad tratando de borrar el conflicto habrá conseguido la "paz" pero habrá perdido el futuro*

**El autor**

## **CAPITULO I**

# **LA IMPORTANCIA DEL HECHO RELIGIOSO EN LATINOAMERICA**

No se puede negar la importancia que reviste el hecho religioso en las sociedades latinoamericanas. Desde las culturas precolombinas hasta la etapa colonial; en y después de la independencia, la religión ha jugado un papel fundamental en estos pueblos.

El conjunto y variado mundo de pueblos, grupos étnicos y razas que componen el universo latinoamericano ha necesitado siempre el hecho religioso como explicación última de la existencia y como expresión de la unión del hombre con la divinidad. La religión ha dado sentido a estos pueblos en las diferentes facetas de la vida: nacimiento, trabajo, fenómenos naturales, relaciones sociales, enfermedad y muerte.

Cualquier aspecto de su realidad se ve arropado por lo religioso llegando a crear un universo en que cualquier objeto de la naturaleza está animado por fuerzas sobrenaturales que le dan capacidad para comunicarse con el hombre.

El mundo latinoamericano posee altas connotaciones sacrales donde la autonomía de lo profano se ve empequeñecida y para amplios sectores de la población ni tan siquiera existe. La presencia de lo religioso es preponderante imponiendo sus leyes, normas, y anulando o condicionando la autonomía de lo temporal hasta límites increíbles en el Siglo XX.

Lo religioso empaña y suplanta el papel de lo profano en sus ámbitos más representativos como es el de la medicina, las ciencias sociales, la

filosofía, y hasta la política. Esto puede explicarse por los vacíos dejados por estas ramas de las ciencias debido al atraso secular padecido por estas sociedades, pero también por la fuerza de lo religioso que penetra en cualquier rincón y aprovecha el menor resquicio de la vida del pueblo para manifestarse y aportar una explicación o justificación a cualquier acontecimiento, bien sea personal o colectivo.

Allí donde la razón y la ciencia quedan excluidos como elemento de análisis y respuesta a los problemas sociales del hombre, el hecho religioso ocupa su lugar logrando afianzar su preponderancia en el mundo de la pobreza. La enfermedad tendrá como causa última lo religioso y misterioso, y por tanto, para combatirla, un medio eficaz, incluso más que la medicina será el rito en el que se emplearán elementos religiosos como el agua bendita, la bendición, el vino y formas sin consagrar, velas que hayan alumbrado al Santísimo Sacramento o a alguna imagen considerada como milagrosa. Los fenómenos sociales también serán explicados por elementos religiosos que incluyen interpretaciones apocalípticas de la realidad suplantando a las ciencias sociales; la filosofía no ocupará su puesto para indicarnos el origen de las cosas, sino que también se verá suplantada por la religión a la cual se le otorga el papel de explicar las causas de la existencia, y hasta la política se verá condicionada por el hecho religioso, pues si un partido o candidato no hace referencia alguna a lo religioso en su programa, puede ser acusado de ateo y se verá obligado a hacer profesión de fe pública.

Las relaciones sociales también están íntimamente ligadas a lo religioso habiéndose convertido algunas, como es el caso del compadrazgo en verdaderas instituciones populares que marcan la relación y el compromiso de unas familias con otras por el hecho de haber apadrinado a un guagua en un rito religioso como es el bautismo. El priostazgo o mayordomía es otro elemento de fuerte implantación social pues ofrece prestigio y estatus social a quienes lo practican e incluso los que hacen una profesión de esta actividad se verán beneficiados económicamente como sucede con los "fundadores" de fiestas célebres, ya que éstos hacen pagar los gastos a diferentes devotos, aunque el prestigio no recaiga en este caso sobre el que paga, sino sobre el que organiza, mostrando así una jerarquización y estratificación social desigual a partir de lo religioso.

Lo religioso también posee una implicación festiva, pues a partir de devociones se generan verdaderas fiestas populares que son capaces de



paralizar la producción y el trabajo, aunque en el calendario festivo oficial no aparezcan como tales.

El mundo de la religión abarca así todas las esferas vitales y conforma una fanesca religiosa donde se mezclan los más variados credos, desde católicos hasta las prolíficas sectas evangélicas con sello estadounidense, pasando por las religiones africanas y orientales creando así un maremagnum de la competencia espiritual que llega a convertir a sus adeptos en súbditos espirituales, anulando su identidad de ciudadanos y sujetos históricos para envolverlos en su discurso extramundano y apocalíptico que predice la pronta destrucción del mundo profano contaminado por el mal y la inmundicia.

La prensa, la radio y la televisión se ven inundados de noticias de tipo religioso y las calles y parques son escenario de manifestaciones religiosas de todo tipo, bien sea de procesiones, o de encendidas pláticas donde los predicadores evangélicos anuncian cataclismos inminentes generando asombro y ansiedad en los transeuntes. Las carreteras, mercados y calles se ven adornados por infinidad de hornacinas con imágenes donde los fieles se detienen a orar y a elevar sus peticiones en favor de acuciantes necesidades nunca satisfechas y a depositar su óvulo que el vivo de turno coleccionará so pretexto de devoción y expresión de "profunda fe".

En medio de este maremagnum sacro-espiritual son escasas o nulas las voces que tratan de expresar elementos de crítica que maticen el alcance de lo religioso para encauzarlo hacia una racionalidad donde el hombre pueda sentirse libre y sujeto de su existencia y de su historia. Al hecho religioso se le teme, se le respeta y se le acepta como algo que está muy por encima de la existencia humana y que llega a anonadar al hombre con su capacidad misteriosa y sobrenatural hasta convertirle en un ser indefenso a merced de las deidades que controlan el universo.

## 1. Vigencia de lo religioso.

Esta fuerza del hecho religioso, sigue vigente en el presente a pesar de que en el mundo occidental, mayoritariamente urbano, metido de lleno en la cultura científica y tecnológica diera muestras de cansancio y progresivo alejamiento de la religión en épocas no muy lejanas.

En las grandes concentraciones urbanas y en algunos grupos de profesionales e intelectuales latinoamericanos también se hace patente un cierto grado de secularización. Sin embargo en el conjunto de las grandes masas que se manifiestan abiertamente católicas y practicantes del hecho religioso, esta manifestación incipiente de lo secular queda claramente opacada. Por otro lado, la gran dependencia que sufre este subcontinente por parte de los EE.UU. en el campo económico, político cultural e ideológico, hace que el resurgir de la religión en la vida norteamericana se haga patente también en la sociedad latinoamericana. La exportación de los nuevos modelos religiosos han llegado a estos países latinos siendo generalmente bien acogidos por el pueblo, llegando incluso a capas de profesionales y gentes de clase media alta en los cuales podía generarse más el fenómeno de lo secular.

En los países denominados desarrollados donde el fenómeno de la secularización se vivió con fuerza en las últimas décadas, se vive en la actualidad una aguda crisis de sentido, de incertidumbre en el futuro y en cuales son los últimos objetivos del hombre y la sociedad. Los diversos sistemas, programas e ideologías que hace un siglo creaban esperanza, hoy han sido desmontados y esfiziados por el liberalismo ideológico y por la praxis económica dominante.

La gente piensa que algo va mal, existe una conciencia generalizada de que los sistemas no funcionan y son incapaces de solucionar los problemas actuales ni de canalizar las aspiraciones del hombre. A cada acto terrorista, a cada nuevo accidente de aviación, ante cada nuevo desastre natural, le sigue un escalofrío de terror.

Los profundos y rápidos cambios que se producen en nuestra civilización, la insatisfacción creciente que producen los sistemas de gobierno crea una sensación de derrumbamiento general. La sociedad se pregunta desilusionada ¿Qué representa todo esto? El materialismo económico aparece incapaz de dar respuesta a esta pregunta y por tanto, se busca una respuesta en otra dimensión y reaparece de nuevo una expectativa hacia la dimensión espiritual. En esta dinámica en las diferentes grandes religiones, islamismo, judaísmo, incluida la cristiana aflora un nuevo fundamentalismo. Profetas y predicadores claman contra la decadencia, la inmoralidad, la corrupción, la negligencia moral.

**Ante esta falta de confianza en los sistemas políticos y sociales vigentes, ante la carencia de encontrar sentido a la existencia, el hombre busca una respuesta en la religión.**

Uno de los componentes primarios de toda religión funcional es la confianza. Solo por la confianza puede una religión conferir sentido. Tenemos una necesidad instintiva de confiar en alguien aspectos de nuestra naturaleza más interiorizada, a un jefe político podemos darle confianza pero no todo el peso de una conciencia culpable. A una religión le damos más confianza porque su autoridad llega a aspectos de nuestra vida interior. Depositar confianza no es un proceso pasivo; el que da confianza, da activamente algo que el otro recibe. Cuantas más personas den su confianza, más poder tendrá el que la recibe. Ahora bien, cómo se gana esa confianza? Puede ser legítimamente o con engaño o extorsión. Qué hace el receptor de confianza con el poder que se le confiere? Ayuda a los que se la han dado o los explota como simples peones?

La búsqueda de sentido contemporánea supone encontrar un receptor que merezca el máximo grado de confianza, busca un principio religioso. Pero la religión organizada, en la medida en que no le merece confianza se convierte cada vez más impotente. Entonces ese poder lo reciben médicos, psiquiatras, políticos, echadoras de cartas, etc.

Pero, cómo los individuos se granjean la confianza? Por la intimidación y el miedo; se propone un adversario: Satanás, el anticristo, el comunismo, el fascismo; se hace aparecer a ese adversario como cada vez más omnipotente, más monstruoso, más amenazador. Una vez generado el pánico se ofrece uno mismo o la Institución como valuarte, muralla, refugio, puerto seguro, etc.

Pero si el hombre confía, también duda. A lo largo de los siglos el papel de la religión ha sido el neutralizar la tendencia del hombre al escepticismo por lo cual anestesia y adormece la inteligencia. La religión consigue esto mediante los cirios, el color, los adornos, la música, la luz tamizada, etc. Actualmente las sectas consiguen este efecto mediante ritos y gritos. Un ataque contra la inteligencia y los sentidos puede provocar un éxtasis religioso. Conseguida la anulación de la inteligencia es fácil imprimir lo que se quiera.

Es así que ante esta búsqueda de sentido, se constata el surgimiento de innumerables grupos religiosos y sectas. Por un lado se oyen llamadas que claman por una renovación de la disciplina, por otro el misticismo vuelve a ser un negocio en auge; sectas, cultos, disciplinas y terapias proliferan, captan incontables seguidores, recaudan considerables sumas de dinero y gozan del apoyo de poderosos intereses políticos.

En Norteamérica el hecho religioso ha tenido un fuerte despegue en los últimos años. Se habla ya del Tercer Gran despertar para caracterizar a este grupo en auge de las religiones. Marvin Harris considera que el impulso más profundo y característico de este boom religioso en EE.UU. no se debe principalmente a una búsqueda de sentido último a la existencia humana, sino, por el contrario, es la búsqueda de soluciones a los problemas económicos y sociales que el Estado no acaba de resolver.

El elevado número de personas que se integran a cultos y sectas religiosas que poseen un programa definido para tratar de dominar los problemas terrenales y tratar de acrecentar el nivel de vida material del individuo crece a ritmo acelerado.

Así proliferan grupos que tienen fines tan pintorescos como el de "Quiero ser Rico". A este tipo de religión pertenece la Iglesia de Hakeem en California. El método que se emplea para enriquecerse consiste en que los fieles ofrecen donaciones que se devuelven "incrementadas" hasta cuatro veces en plazos máximo de 70 a 90 días. El pontífice responsable de este grupo afirma que las ganancias provienen del Altísimo y son fruto del "despertar del espíritu religioso". La realidad es que las citadas ganancias no provienen de Dios sino de un truco denominado Ponzi, y que recibe este nombre de un estafador de Boston quien pagaba a los primeros inversores un 50% de interés con el capital que obtenía de posteriores inversores que crecía rápidamente. Makeen exhorta y convence a la multitud de seguidores a desterrar todo tipo de dudas e indecisiones. La multitud, cuando siente descender el espíritu, canta enfervorizadamente "Más rico más deprisa, más rico más deprisa". El pontífice Hakeem vocea entonces los nombres de los prelados cuyos "incrementos" han llegado "de lo alto". Al terminar el listado de nombres de los agraciados por la fortuna divina toda la multitud ruge un atronador Amén.

Otro culto o grupo es denominado PIRAMIDE. Una pirámide la suele

fundar un líder carismático que va captando miembros a nivel superior; el fundador prepara el organigrama de la pirámide y convence a 16 personas para que paguen una cuota de entrada. A su vez estas primeras 16 personas que han pagado deben reclutar a su vez un total de treinta y dos nuevos inversores. La mitad de la cuota de entrada pasa a la persona inmediatamente superior del reclutado y la otra mitad a la persona que ocupa el primer puesto del organigrama. Una vez completada la pirámide esta se escinde y los miembros de cada nivel avanzan al inmediatamente superior. Así con una cuota de entrada de mil dólares y una base de treinta y dos miembros, el fundador puede ganar dieciseis mil dólares.

Todos los apostantes-jugadores tienen un mismo incentivo para llenar el organigrama. La persona de la cima desea los dieciseis mil dólares íntegros, mientras que los que ocupan los niveles más bajos quieren avanzar lo más rápido posible al nivel superior en el que al menos recuperarán su inversión. En esta dinámica se crea un fuerte sentimiento de compañerismo entre los participantes. Estos clubes suelen reunirse en casas privadas, sirviéndose refrigerios durante la reunión, y los miembros se animan en común cantando al unísono la canción de la pirámide, intercalada por la narración de las experiencias y testimonios de los miembros que han conseguido "llegar a la cima". Dentro del ritual se va apremiando a los invitados a que participen y un júbilo lacrimoso conmueve a la asamblea cada vez que se anuncia que se ha cubierto el organigrama y que la cuota de entrada ha pasado del miembro más reciente a los de niveles superiores.

Estos grupos de la Pirámide no son propiamente un grupo religioso en si, sin embargo quienes han participado en ellos y otros meramente de observadores no dejan de señalar los aspectos coincidentes con un ritual religioso, propio de un culto de la experiencia. En estas reuniones los anteriores ganadores deben exponer su testimonio a la asamblea, cosa que hacen con un fervor propio de un predicador de las plazas públicas o como las experiencias y testimonios de los que han recibido el Espíritu en las Asambleas de los grupos evangélicos carismáticos o fundamentalistas.

También han experimentado un crecimiento las religiones asiáticas HARE KRISHNA, la Misión de la Luz Divina o los Moons. Este tipo de religión más espiritual y trascendente suele ser en sus planteamientos un revulsivo contra el materialismo y la sociedad consumista norteamericana. Los miembros que se incorporan a estos movimientos religiosos deben ceder

al grupo la mayor parte de sus bienes y en algunos casos hasta la totalidad de ellos. Para los miembros ordinarios del culto, la vida en las casas comunitarias, templos o ashrams es espartana. La comida es vegetariana, no se permiten las relaciones sexuales pre o extra matrimoniales y tienen una gran vida de oración.

A pesar de esta tendencia a lo ascético y contemplativo, en estos grupos no se abandona la preocupación por lo terrenal. Se tiene la idea de que la victoria final del reverendo Moon puede darse de dos maneras: por la lucha y combate ideológico o por la fuerza física. Para vencer en este segundo punto los Moons preparan su "base material", que utilizarán en la "batalla inminente" y para esto, poseen varias industrias radicadas en Corea, una de las cuales fabrica rifles. En EE.UU. se han lanzado a un programa de compra de inmuebles, y ven la expansión de sus bienes económicos, fábricas, tiendas y demás negocios como una prueba de que la corriente en la lucha cósmica les es favorable. Sin embargo la gran parte de sus ingresos proviene de la venta de artículos como caramelos, flores, velas etc, que los miembros de esta religión suelen vender por los aeropuertos, oficinas y en zonas residenciales. A estos miembros se les instruye en la práctica del denominado "engaño celestial" que consiste en convencer a los clientes de sus mercancías de que el dinero obtenido será destinado a fines sociales y altruistas como rehabilitación de drogadictos, ayuda a niños hambrientos, etc. No tienen reparo en practicar este fraude pues están convencidos en su filosofía que esta actuación es "por el bien de sus almas y por la gloria del cielo". Es contraponer a Satán a sí mismo, es utilizar el dinero de Satán para construir el Reino de los Cielos.

Los miembros de este grupo reciben una formación de tipo fanático en la que se les inculca la idea de que Moon debe recuperar todas las propiedades en dinero y posesiones que están actualmente en manos de Satán.

Esta idea de ser bendecidos por la divinidad está imbuida en las religiones cristianas protestantes y fundamentalistas. La herencia de Calvino se ha hecho carne en estos grupos y sectas que continuamente nacen y proliferan en el abigarrado mundo de las religiones americanas. La Iglesia de la Unificación, en uno de sus manuales afirma "los cristianos creen que el Mesías debe ser pobre y miserable, pero El no vino para eso. El Mesías debe ser el más rico. Solo el está capacitado para tener dominios sobre todas las

cosas. De lo contrario, ni Dios ni el Mesías pueden ser felices".

Pero cualquiera que sea el balance entre temas trascendentes o immanentes y terrenales en las religiones de tipo asiático, lo que sí parece claro es que estos cultos orientales no son lo más representativo de la principal corriente del cambio y nuevo impulso religioso producido en Norteamérica. El centro del Tercer Gran Despertar, como en los dos anteriores, se encuentra encuadrado en la corriente histórica del protestantismo Norteamericano.

El Núcleo Principal del movimiento que se desarrolla más aceleradamente es el de las denominadas Iglesias del Video o de la Televisión con características más similares a la Iglesia terrenal de Hakeem e incluso al club de la Pirámide. Como en la corriente del protestantismo histórico norteamericano, se aprecian semejanzas con el particular "Evangelio de la riqueza" según el cual, el éxito económico y el bienestar físico son señales de la gracia que Dios confiere al "verdadero creyente".

El protestantismo-evangélico ha recurrido a la televisión para asentar su base material. A través de la magia de la imagen, los evangélicos consiguen llegar a los rincones más apartados de los EE.UU, invadiendo la intimidad de los consumidores de televisión de tipo religioso muchos de los cuales son ancianos, enfermos, personas aisladas que sufren su soledad, que no tienen una posición acomodada y que se encuentran desconectadas y asustadas ante las nuevas generaciones con costumbres y usos totalmente opuestos a su mentalidad puritana.

Esta gran masa de cristianos televisivos son curados a domicilio y participan de la comunión con los millones de miembros seguidores de estas Iglesias solo por el envío de veinte dólares y la conexión del aparato de televisión. En un mundo como el norteamericano tan marcado por la cultura televisiva se nos muestra la influencia que ejercen estas iglesias evangélicas. Buena prueba es la transmisión de los oficios del evangelista Rex Humbard en la Catedral del Mañana a través de más de seiscientos cincuenta emisoras de televisión.

Los predicadores evangélicos más populares entran de lleno en el denominado "Evangelio de la Riqueza", llevando una vida de opulencia y recaudando sumas fabulosas en sus campañas televisivas. El matrimonio

Bakker del Club "Alabado sea el Señor", recaudó en 1980 más de cincuenta millones de dólares.

Los evangelistas del video buscan en la religión tanto para sí mismos como para sus seguidores una buena posición económica que les permita disfrutar de la vida; si lo consiguen, será la manifestación más palpable de que el Señor está con ellos pues mantienen como lema una frase de la Escritura que dice: "Deleitaros en el Señor y Él os concederá los deseos de vuestro corazón". Y así los miembros de estos grupos suelen pedir los deseos más pintorescos, desde una lujosa casa remolque hasta la curación milagrosa. Bakker justifica su posición y manera de actuar en meditaciones y pensamientos como este: "Los diamantes y el oro no solo son para Satán, también son para los cristianos".

Estas corrientes de cristianos re-nacidos ponen mucho énfasis en el bienestar material y en el éxito en la vida abalándolo con el "mensaje cristiano" interpretado y utilizado a su imagen y conveniencia.

De esta forma consiguen sumas desorbitantes de dinero que unas veces ingresarán, en buena parte, en los bolsillos de los predicadores y dirigentes de estas iglesias y otras, se invertirán en la construcción de templos faraónicos como el de la Iglesia de Cristal que pretende ser el "edificio religioso más famoso del siglo XX", según declaraciones del evangelista californiano Robert Schuller, o en el edificio de la sede central de la Red de Difusión Cristiana del club 700 que ha gastado la suma de veinte millones de dólares. También se invierte ese dinero en penetrar en el mundo latinoamericano propiciando la implantación y desarrollo de nuevas sectas fundamentalistas las cuales a través de redes de potentes emisoras de radio y de espacios televisivos van adormeciendo conciencias y desviando el anhelo de justicia y liberación de las situaciones de explotación en grandes sectores de las sociedades latinoamericanas, hacia situaciones individualistas y falsas, que estos grupos encauzan por un mensaje religioso tremendamente ideologizado.

En el espacio del "Evangelio de siempre", el líder de la Mayoría Moral pide a los fieles que entreguen la décima parte de sus ingresos afirmando que "Cristo no ocupa el corazón de un hombre hasta que no tiene su cartera".

La vigencia y fuerza del sentimiento religioso en Estados Unidos es



indudable y, junto a estas manifestaciones de grupos evangélicos, que promueven una religión posibilista y fundamentalista, la Iglesia Católica también ha experimentado un considerable crecimiento debido en gran parte a los veinte millones de hispanos que llegan hasta sus fronteras huyendo de la miseria de sus países de origen.

El fondo de este despertar al hecho religioso en EE.UU. es una respuesta un tanto desesperada a una sociedad consumista y llamada del bienestar, pero que al mismo tiempo genera insatisfacción en estas capas más favorecidas y por otro lado va marginando a cada vez mayores sectores de población al paro laboral y a la pobreza. A esto se une la alienación, el miedo a la guerra nuclear, a la creciente delincuencia, al cada vez mayor poder del Ejecutivo, al sentimiento de soledad, al pánico generado por el SIDA y, en definitiva, a la incompreensión de que tantos cambios se produzcan al mismo tiempo.

Si se constata el resurgir del sentimiento religioso en una sociedad altamente tecnificada y sofisticada como la norteamericana, cómo no va a estar vigente en unas sociedades insuficientemente desarrolladas y con grandes contradicciones sociales que durante siglos no encuentran solución. En países donde se vive en una continuada crisis es normal que la religiosidad del pueblo tenga una permanente vigencia, ayudada por el impulso de gobernantes y de intereses extra religiosos que tratan de ampararse en la religión para mantener y explicar una situación de opresión e irracionalidad.

Pero la búsqueda de lo trascendente, la esperanza en una sociedad más humana y fraternal donde el hombre pueda desarrollar más plenamente su vocación de vivir en paz, su anhelo de encontrar respuestas a su destino último, hacen que en el hombre perviva el sentimiento religioso. La religiosidad también posee un gran poder de integración de los individuos y en un momento en que la sociedad por su continua movilidad promueve grandes desarraigos a través de las migraciones, el hecho religioso brinda la posibilidad de crear instancias de comunicación e identidad a través del culto y de una serie de actividades que la sociedad urbana no brinda.

## 2. Confusión del hecho religioso

Parece indudable en el transcurso de la historia que lo religioso ha sido caldo de cultivo para la polémica en los diversos estamentos sociales. Los poderosos han tratado de ampararse en la religión para mantener y justificar sus intereses tratando de legitimar situaciones de extrema justicia y gobiernos despóticos y dictatoriales. De otro lado, las clases desfavorecidas han seguido a dirigentes proféticos y en nombre de los principios religiosos se han organizado y han dado la batalla a los poderes fácticos y grandes terratenientes unas veces con métodos de resistencia pasiva como los primeros cristianos negándose a adorar y a obedecer al emperador romano y otras presentando una lucha abierta como las luchas campesinas en la Edad Media. Max Beer, el no creyente socialista, dice que en la Edad Media el comunismo es la lucha por la justicia social, buscada esencialmente en la religión y la moral. El comunismo de la Edad Media desde el punto de vista teórico se apoya en las tradiciones del cristianismo primitivo, en las esperanzas milenarias, en la moral de los Padres de la Iglesia y en el Derecho Natural.

Lo religioso ha dado pie para desencadenar violencia y muerte en la historia de la humanidad: las condenas por herejía terminaban en la hoguera; persecuciones y deportaciones fueron métodos empleados por la Inquisición y hasta guerras se desencadenaron en nombre de Dios y la salvaguarda de los valores religiosos.

Estos hechos nos muestran la diferente comprensión y la ambigüedad que el hecho religioso ha tenido y sigue teniendo en el hombre. Para unos la religión es el elemento meramente espiritual que permite al hombre relacionarse con Dios a través de la oración individual o por el culto comunitario. Para otros, la religión se concretiza en una serie de normas y preceptos morales que obligan a mantener una determinada conducta en la vida social. Otros la ven como expresión de una fe y una confianza en una Persona cuyo testimonio nos impulsa a su seguimiento sin necesidad de un catálogo de normas. El amor y la fraternidad vividos con plena libertad serían la norma suprema para realizar la voluntad de Dios y el signo definitivo de la relación del hombre con Dios. Resumiendo: para unos la religión es causa de sometimiento y miedo; para otros es motivo de rebelión y de esperanza.

El cristianismo se ha visto envuelto en esta ambigüedad y multiplicidad de interpretaciones que han generado una variedad de prácticas que llenan de confusión a millones de seguidores y que llegaron a separaciones, cismas y rupturas de todo tipo.

### 3. El Reduccionismo Doctrinal

El cristianismo Occidental se fue decantando por la afirmación de un sistema de creencias doctrinales expresadas en dogmas a los cuales había que responder con la plena adhesión so pena de caer en desobediencia, excomunión o herejía. Así la doctrina fue acrecentándose cada vez más hasta formar un cuerpo que llegó a asfixiar la libertad de conciencia del cristiano. Se era buen cristiano, y todavía en la gran mayoría hay esta comprensión en la medida en que se acaten y afirmen una serie de verdades enunciadas por el Magisterio Eclesiástico.

Así se llegó a creer más en una serie de normas y verdades establecidas y delimitadas que en la persona de Cristo. Los cristianos conocemos más la doctrina elaborada por la Iglesia que la vida, los actos y las enseñanzas de quien generó esta Iglesia. A la fe se la concibió más en el creer en un sistema de verdades que en la adhesión a una Persona en la cual confiamos por la práctica en favor de la vida y la fraternidad. Parece que se da por supuesto que las personas que afirmamos las verdades de una doctrina, estamos respaldando la práctica y confiamos en la persona en la cual se basan las normas. Sin embargo, vemos que en los largos años del cristianismo la Iglesia se ha desgastado excesivamente en confeccionar y defender una serie de normas y verdades y ha descuidado el insistir que la verdadera negación cristiana es el no seguir a Cristo con nuestra práctica y nuestra vida.

Sabemos que los primeros cristianos ponían el énfasis en la práctica del seguimiento de Cristo. El ser signo de vida, el ser luz y sal de la tierra se convirtió para la primitiva Iglesia en el signo distintivo de los que profesaban que Jesús es el Señor y si no se daba testimonio con la vida, no se era aceptado a participar en la comunidad y en sus celebraciones. Hoy no podemos decir lo mismo. A la Iglesia entramos a formar parte desde antes de tener capacidad de reflexionar y vivir una experiencia determinada; se delega en la familia el que hagan una opción por nosotros y a ésta solo se le exige el que haga una mínima preparación, que hasta hace muy poco tiempo,

consistía en enseñar lo que popularmente se conoce como doctrina. Para recibir el segundo y tercer sacramento ya se exige que el niño se prepare personalmente pero, aunque las catequistas han sufrido un cambio considerable hacia el mayor conocimiento de la vida y mensaje de Jesús, todavía se insiste con fuerza en el conocimiento de normas que puedan ser memorizadas, lo cual será la garantía de que la persona ya es apta para participar en los signos y vida de la Iglesia. Este comportamiento se ha hecho ley de tal forma que las abuelas y papás de los niños que se preparan para recibir la Primera Comunión, se quejan de que los niños en algunas parroquias después de haber estado preparándose durante dos años no son capaces de recitar las oraciones y principales normas de la doctrina cristiana de memoria.

Hemos insistido más en la explicación de las formas que en el sentido de los signos. Nos preocupa más quienes son los sujetos del sacramento, a qué edad y en qué condiciones deben recibirse los sacramentos y en la forma de celebrar el culto que en lo que significan y hemos desdeñado la exigencia de ser nosotros mismos con nuestra práctica signos de vida y esperanza. En definitiva, hemos apostado por la ortodoxia y hemos descuidado la recta práctica lo cual nos llevó a graves deformaciones en aras de mantener y conservar la pureza doctrinal aunque en el empeño descuidáramos valores fundamentales como la libertad y plena conciencia del hombre. Se trató de salvaguardar la fiel interpretación doctrinal y eso nos llevó al alejamiento de Cristo y su mensaje. Los cristianos afirmamos una doctrina y ahogamos y desplazamos a la persona de Cristo en quien se fundamenta tal doctrina.

Esta orientación nos llevó a la intolerancia y a la rigidez extrema que nos ha hecho desconfiar de aquellos cristianos que han manifestado críticas y planteado visiones diferentes a las dictadas por el Magisterio, cayendo en la sospecha y censura por parte de la jerarquía.

#### 4. El utilitarismo de lo religioso

Cuando hablamos de utilitarismo religioso, nos referimos a la manera en que las personas nos relacionamos con Dios para utilizarlo en nuestro beneficio exclusivo, buscando nuestros propios intereses, dejando de lado el mensaje y la revelación que El nos ha dado. Esto es palpable en la historia de las religiones las cuales imponía una serie de ritos para llegar a calmar a la divinidad y volverla propicia a los intereses particulares. En el cristianismo

no nos hemos visto libres de esta particular manera de entender lo religioso y de relacionarnos con Dios.

Parecería más lógico que este utilitarismo religioso se generara y casi fuera exclusivo de las sociedades y clases más desposeídas porque generalmente tiene carencias más apremiantes y el sentimiento religioso suele ser más fuerte y más primitivo. Siendo esto verdad, no quita para que las clases privilegiadas dirigentes, tanto de países atrasados económicamente como de los más desarrollados, como es el caso de EE.UU., practiquen este utilitarismo religioso de varias formas. Lo que en el pueblo sencillo es fruto de la escandalosa injusticia a que se ve sometido durante siglos y a la necesidad que tiene de hallar un interlocutor válido que le escuche, le socorra y no le deje de lado en su aflicción, en las clases privilegiadas se convierte en una práctica viciada y degenerada por llegar incluso a la desfachatez de querer apropiarse de Dios y su mensaje, para justificar su dominación ante el pueblo y por lo que tiene de fraude y engaño al apoderarse y ocultar un bien del pueblo, como es el mensaje de Dios que va dirigido especialmente a los más humildes y explotados para anunciarles su liberación.

El pueblo sencillo ante la situación de opresión y carencia de lo más elemental y por el tipo de enseñanza recibida sobre lo que es el cristianismo, acude a Dios y a sus intercesores los santos para solicitar los favores que puedan remediar en algo su desgracia. Así solicitará desde la lluvia, la tierra, el alimento, la salud, el buen comportamiento familiar, e incluso el mal y la venganza para sus enemigos.

Para conseguir estos bienes necesarios no escatimará gastos en realizar ritos litúrgicos, en regalar a los santos, a Cristo, a la Virgen, al Santísimo, velas, mantos, andas, flores, con los que compensar los favores solicitados.

En ello pone su vida y confía en que va a ser escuchado, y si no lo recibe no queda defraudado porque no tiene nada que perder, volverá a insistir y escasas o nulas veces llegará a dudar de la bondad de Dios porque ni siquiera es consciente de la posibilidad que tiene de rebelarse.

La oración y el culto expresado de esta forma desemboca sin lugar a dudas en una práctica utilitaria que se manifiesta con una enorme cantidad de oraciones y culto grandilocuente que no deja de presentar coincidencias con prácticas de ritos mágicos que buscan hacer propicia a la divinidad para su causa.

Esta actitud nos muestra la noción de un Dios lapalmecos capaz de solucionar nuestras dificultades e indigencias que cobra mayor vigencia cuántas más necesidades y debilidades tengamos. Acudimos a El en los momentos de dificultades y siempre que nos sintamos incapaces para afrontar una situación o dar solución personal o colectiva a nuestros problemas.

Dicha práctica genera en la sociedad y en la persona actitudes de pasividad, fatalismo, resignación y obstaculiza el compromiso histórico y social. Se acude a Dios para que sea la solución de todos los problemas mientras que nosotros no movemos un dedo; utilizamos a Dios como último refugio.

Esta dinámica religiosa tiene sin duda implicaciones y consecuencias graves para el desarrollo histórico y social, pues lo que manifestamos de Dios en esta concepción paternalista lo extrapolamos hacia la sociedad admitiendo el autoritarismo paternalista de cualquier autoridad jerárquica, bien sea económica, política, social o religiosa. Los que detentan el poder son un tanto expresiones de la divinidad a quien se le debe sometimiento, respeto, veneración y de quien se espera la solución de los problemas puesto que nosotros somos incapaces de solucionarlos por nuestra ignorancia secular. De esta forma, encontramos en las sociedades con este tipo de religiosidad numerosas instancias que se intenta que sean de tipo "benefactor" pero que invierten los resultados y así, el que buscaba ser ayudado y beneficiado, se encuentra con ser él el que ayuda, sirve y solidifica más los mecanismos que le esclavizan. No es otra la imagen del compadre, los sacerdotes o mayordomos, los intermediarios que generalmente se eligen entre personas con capacidad social y económica y que adquieran un alto prestigio en la sociedad. Está comprobado que los beneficiarios son siempre los que supuestamente estaban elegidos para prestar un servicio, pues aunque alguna vez lo ofrecieran mínimamente, lo recuperan con creces. Los compadres "importantes" tendrán una gran cantidad de ahijados lo que les asegura una incondicional clientela en lo económico si se es comerciante o abogado; tendrán garantizado el servicio y trabajo barato o gratuito, y en lo político sus compadres no solo le votarán sino que serán sus más fervorosos propagandistas.

A este tipo de religiosidad se lo podría aplicar la noción desarrollada por Marx de que es opio del pueblo pues permite asumir e integrar la

irracionalidad y explotación de la estructura social sin luchar por comprometerse y transformarla. Esperamos que Dios haga lo que no somos capaces de hacer los hombres y con esa ilusión soportamos la injusticia.

En las clases medias e incluso en las privilegiadas tanto de los países menos desarrollados como de los ricos la utilización de la religión es patente para acrecentar y mantener su poder. A dios se le piden cosas innecesarias y muy a menudo se solicita el aumento de la riqueza. Ya hemos visto como las nuevas Iglesias Norteamericanas atraen a gran cantidad de fieles con el incentivo de adquirir bienes, dinero, seguridad y salud. Marvin Harris dice que "los impulsos religiosos de la humanidad son mucho más a menudo de lo que se cree, instrumentos en la lucha por la riqueza, el poder terrenal y el bienestar físico, además de manifestaciones de la búsqueda de salvación espiritual".

Esta afirmación puede aparecer chocante y fuera de lugar, sin embargo, siendo sinceros hemos de aceptar que en el impulso y sentimiento religioso va implícito un interés de buscar y alcanzar el favor divino hacia intereses personales, no meramente espirituales. Los sacerdotes que organizan las fiestas de los santos y gastan ingentes sumas de dinero afirman no importarles estos gastos ya que es por su intercesión la consolidación de su posición económica lo que muestra que piden bienes materiales a los santos para después poder seguir rindiéndoles homenaje.

No podemos negar que a lo largo de la historia, la religión ha estado ligada al poder tanto económico como social y político. En la historia del cristianismo desde Constantino, se dió una fusión tan fuerte, que hubo momentos en que era difícil desvincular lo político de lo religioso y viceversa. La Edad Media marcó las cuotas más altas de esta unión y en Latinoamérica hay buena prueba de ello en la conquista y colonización. Pero sería un error pensar que este punto ya ha quedado saldado y hoy día no es vigente esta utilización de la religión por parte del poder. En nuestro tiempo, vemos como los detentadores del poder político y económico encubren sus intereses bajo el manto religioso y nos asustan tratando de mostrar que los monstruos y calamidades narrados en los relatos apocalípticos se hacen presentes en nuestro tiempo y hasta llegan a tener identidad ideológica y personería jurídica. El moderno fundamentalismo norteamericano proclama que se avecina el fin del mundo. La amenaza de que un dedo semi senil apriete el botón nuclear es muy real, incluso para quienes no tienen ninguna

## **razón personal para prever la intervención de la cólera divina.**

El resultado es siempre la impotencia frente a una situación que no se puede ya controlar, la sensación de ser rehenes del espectro de una destrucción que como individuos no se puede evitar.

Y debajo de esa actitud general, de la sensación de impotencia, de la desilusión provocada por políticos ineptos, surge la necesidad de un líder espiritual que asuma el papel de guía y vuelva a dar sentido a unas vidas cada vez más vacías. Situaciones semejantes se han vivido en épocas distintas de la historia, por ejemplo en el Siglo XI, a principios del Siglo XVI, y se vive hoy también con una semejanza inquietante. Los movimientos de masas basados en profecías que se proclamaban a sí mismas tienden a convertirse en profecías que, por su propia naturaleza, contribuyen a cumplirse. En cada momento, convencidos de que toda profecía debe cumplirse, hicieron todo para que se cumpliera. Lo que distingue a nuestra cultura de tales antecedentes es que ahora se posee el poder de provocar literalmente el fin del mundo, no en sentido metafórico. Cuando un presidente norteamericano empieza a pensar en términos de Harmagedón, no hay más remedio que tomarse la cosa en serio. Y no porque el presidente en cuestión esté dotado de una agudeza de ingenio que a los demás nos falta. Tampoco porque conozca mejor que nadie los planes divinos. Tampoco porque sus opiniones religiosas merezcan respeto. Sino, simplemente, porque nos encontramos a su merced y porque es posible, desde el punto de vista tecnológico, que precipite un Harmagedón al mismo tiempo que achaca a Dios la responsabilidad del mismo.

El Apocalipsis puede funcionar como un símbolo potentísimo que haga vibrar las cuerdas más profundas de la psique humana y provoque una respuesta masiva. Lo malo es que de tales símbolos, a causa de su poder inherente, a menudo se apropian pequeños grupos de personas que los manipulan y utilizan deliberadamente para explotar a sus semejantes.

Estas ideas mesiánicas están surgiendo allí donde todas las ideas redentoras resultaron vacías y devinieron en apocalipsis bélicos con millones de muertos, con culturas borradas del mapa, con lenguajes redefinidos y como ocurre siempre, surgen los profetas de la idea, fundamentalistas impenitentes, conocedores exclusivos de los arcanos divinos que, apoyados en ideas políticas, se sienten en la obligación de llevar a su pleno



cumplimiento tales devaneos. El resultado es la exportación del símbolo con toda la fuerza que conlleva y su predicación.

Este moderno fundamentalismo se apoya en premisas que suelen sorprender por su ingenuidad y su anacronismo. La primera de estas mantiene que los Estados Unidos y el Reino Unido deben identificarse hoy (a veces simbólicamente y otras literalmente) con los restos dispersos de la Casa de Israel, pues consideran que los protestantes blancos y anglosajones de ambos países son descendientes de las tribus de Israel exceptuando a la de Judá. De esta forma, se convierten en el nuevo "Pueblo Elegido".

La segunda premisa es que la profecía bíblica es de importancia cardinal. Se cree que estas obras fueron escritas para predecir acontecimientos que van a suceder en el mundo actual.

La tercera afirma que el apocalipsis es inminente. Según los fundamentalistas el mundo ha entrado ya en la etapa de los últimos días y el mundo se destruirá en un holocausto e, inmediatamente después, se producirá la segunda venida de Cristo y se instaurará el Nuevo Reino en el que solo tendrán cabida los "elegidos o los salvados".

En esta perspectiva se mueven los predicadores fundamentalistas y alguno de ellos llegan a concretizar más, identificando al "anticristo" con la Unión Soviética que personificaría al "imperio del mal" como lo solía llamar Ronald Reagan, antes de la última cumbre de Moscú. Incluso una de las organizaciones fundamentalistas más ricas y poderosas identifica a la "bestia de diez diademas" del Apocalipsis con la Comunidad Económica Europea (aunque en la actualidad, sean doce los miembros que la componen). Predicen que la Comunidad Europea entablará una guerra contra Estados Unidos y Gran Bretaña.

Aunque los argumentos e interpretaciones de estas profecías parecen a simple vista faltos de seriedad, no dejan de inquietar cada vez a mayor número de norteamericanos y también de latinoamericanos, por la creciente implantación en el subcontinente de las sectas evangélicas.

Los políticos norteamericanos no están lejos de estas predicciones apocalípticas. El propio Reagan dice que "Ciertos teólogos" no especificados le han dicho que en ningún momento antes en la historia del mundo hubo

tantas profecías juntándose unas con otras" (The Guardian, 21 de Abril de 1984) y en 1980 en la campaña para ser nombrado candidato a la presidencia por su partido en una entrevista televisada afirmó: "puede que seamos la generación que verá el Harmagedón" (The Guardian 21 de Abril 1984).

En Latinoamérica también ha calado este discurso que predice la llegada apocalíptica del fin del mundo y se dan como señales las guerras, las catástrofes naturales, las luchas populares de liberación a las que se denominan de comunistas y no solo a nivel de grupos de evangélicos sino a niveles más altos de la población en el que el sentimiento religioso es fuerte. Este discurso pesimista y misterioso entronca con la mentalidad de la gente sencilla generando un clima de terror y ansiedad ante lo religioso.

En nuestro continente tenemos ya a indígenas que revuelven la mañana desde un pequeño cerro, gritando y recordando que el Harmagedón está próximo y conviene prepararse.

A otros les han quitado sus ropas tradicionales, les han vestido de capas color naranja, les han rapado el pelo y les han convencido para que vendan todo, carguen con su precio y con su familia y pongan todo a disposición de los jefes del invento en un paraíso terrenal ubicado en sitios muy concretos de la selva. A otros les han convencido para que vendan las tierras porque el fin del mundo es inminente. Y a todos les han prometido la salvación eterna al precio de levantar la mano y abandonar sus viejas creencias. Desde ahora, todo consistirá en cantar, en asistir al culto en levantar los brazos, en repetir fórmulas que, en rítmica frecuencia, ejercerán un poder obsesivo y convincente. Desde ahora, la presencia envolvente de lo divino va a ejercer un poder justificador de todo y explicador de todo, incluidas las indigencias y desgracias propias que ya no serán tales.

Cuando al sincretismo que había, que todo lo confundía, se le ha unido este fundamentalismo que responde a otras culturas y a otras situaciones, el resultado no podía ser otro que el de la confusión permanente y el miedo patológico a casi todo. A la ignorancia y a la falta de sentido de la vida acudieron la amalgama de intereses creados, de fanatismos espúreos y el resultado es el espectáculo al que asistimos diariamente.

Este miedo que se experimenta ante el misterio de la religión, miedo a no comprender ni abarcar el sentido misterioso, miedo al castigo que puede

sobrevenir por nuestro mal comportamiento, miedo a la muerte y al más allá que puede comportar suplicios eternos, se acrecienta y se objetiviza en situaciones concretas de conflictos sociales como frutos del poder místico de la religión. Esta utilización de lo religioso pervive fuertemente en nuestro medio y trata de mantener intereses particulares de pocos en nombre de Dios, fomentando en las grandes mayorías el fatalismo, la resignación y el miedo que son reflejo del hombre que no ha dado el paso de la etapa infantil e inseguridad al hombre adulto que asume sus responsabilidades históricas.

O dicho de otra forma, se está utilizando a la religión como mito arquetípico por líderes sin escrúpulos, que aprovechando la necesidad de sentido del hombre de nuestro tiempo, no tienen inconveniente en inventar un lenguaje y utilizar unos términos que creen el pánico y abriguen la esperanza de un Apocalipsis más real que nunca. Esta es la situación del hombre de hoy respecto de sus propios miedos e indigencias y sería bueno que todos tomáramos conciencia de ella para impedir ser manipulados.

## 5. El rito y la magia

Ante este miedo que genera lo religioso, el hombre trata de defenderse y ponerse a salvo de la ira de la divinidad a través de los ritos y el culto. Cuánto más miedo genere la religión en grupos y sociedades, por ser estas más primitivas la cantidad de ritos se acrecentará de una forma considerable, llegando a ser el elemento primordial e indispensable de manifestación religiosa. Una persona que no asista al culto religioso será tenida como increyente. Es lo que sucede con el cristianismo en amplios sectores de creyentes; se confunde fe con culto. ¿Quién tiene más fe? La persona que asista más asiduamente al culto.

Para combatir al miedo, el hombre utiliza el rito y éste se encuentra muy unido con la magia. A través de los ritos mágicos el hombre trata de apaciguar a la divinidad para evitar el castigo. Con los ritos mágicos los hombres tratan de protegerse de las iras y maleficios de lo desconocido y misterioso. Cuanto más miedo más aumentará la actitud mágico-ritualista. Generalmente el miedo se generaliza más fácilmente en sociedades con un amplio grado de carencia e inseguridad. Así el cristianismo para amplios sectores de nuestros pueblos latinoamericanos se concretiza y queda casi exclusivizado por el ritualismo. La manera de comunicarse con Dios suele estar marcada por expresiones ritualistas y, a veces, con marcado contenido

mágico. Decimos que tienen carácter mágico aquellos ritos por los cuales se consigue automáticamente lo que se solicita y, a pesar de ser difícil de comprobar si el rito ha sido o no eficaz, la persona que lo realiza así lo cree.

Es característico de la magia que la experiencia personal de los participantes quede fuera del ámbito de lo que se requiere para que el efecto apetecido se produzca. Lo que realmente importa es que el rito y las palabras que se pronuncian se ejecuten escrupulosamente.

Ya hemos dicho que la experiencia clave en el universo de la magia es el miedo, el sentimiento de horfandad y frente a esto, el anhelo y búsqueda de la seguridad. El hombre tiene experiencias profundas de inseguridad, es por esto que busca refugio comúnmente en los ritos de una religión que ayuda a liberar de la angustia y del miedo en ciertos momentos críticos de la existencia.

En el cristianismo también está muy extendido el sentido mágico aunque las personas que practican de esta manera el culto cristiano lo hagan inconscientemente. Una gran mayoría de cristianos afirmará tajantemente que en la religión cristiana no existe magia e incluso se escandalizarán si se les pregunta sobre este tema. Sin embargo, por la forma en que uno ve cómo se viven los sacramentos y ciertos actos culturales, no podemos dudar de que realmente entre los católicos la magia está muy difundida. La gente vive los sacramentos como momentos en que recibe automáticamente la gracia a pesar de no tener una disposición cristiana de aceptación de la palabra y de cambio de vida. Para conseguir la eficacia en los rituales mágicos no es necesario que la persona que participa en el rito tenga una vida consecuente con la fe que profesa. La experiencia de fe personal no es constitutiva del rito, que nos obtendrá el resultado apetecido. Por eso es tan frecuente que las personas que practican estos ritos litúrgicos con carácter mágico en el cristianismo el que su vida esté totalmente dissociada de la fe y del mensaje de la religión en la que dicen creer. La práctica cristiana está totalmente dissociada del rito. Uno puede ser un explotador, un ladrón, un adúltero, un egoísta y esto no tiene ninguna importancia a la hora de recibir los favores a través de un rito mágico.

Esta mentalidad ha calado hondo en la masas populares religiosas latinoamericanas expresándolo en innumerables manifestaciones de la denominada Religiosidad Popular.

Lo trágico es que estas personas que tienen estas actitudes mágicas en el hecho religioso no descubren que son un engaño que utilizan las personas religiosas para liberarse de los fantasmas y potencias misteriosas que no existen según se lo imaginan. El engaño consiste en que la persona toma como real lo que solamente es producto de su imaginación. Así la concepción que se tiene del Dios revelado está muy distante de lo que la revelación nos enseña. Su imagen está cargada de tintes grandilocuentes, de poderes supraterrénos con capacidad para infringir los mayores castigos, capaces de aterrar a los pobres mortales. Su recuerdo y presencia producen temor y pánico. Por eso en las ceremonias es necesario aplacar su ira para que no nos llegue el castigo. En la mente de la persona religiosa tradicional todo acontecimiento está marcado directamente por la voluntad divina. Las catástrofes, los accidentes, la enfermedad, la salud, la muerte, la producción de la tierra, las sequías, las guerras, la pobreza y la riqueza son consecuencia de los actos volutivos de la divinidad. Como todo el universo está controlado por la divinidad, el hombre se siente incapaz para actuar frente al poder de lo sagrado y de ahí le viene la permanente sensación de inseguridad y miedo y para combatirla no encuentra un medio más adecuado que los ritos de carácter mágico expresándolos bien sea con elementos de religiones primitivas nunca olvidadas, o a través de la liturgia y el culto cristiano. Así la misa no representa la experiencia de gratitud por el reconocimiento de la salvación ni significa la comunión con Dios y los hermanos sino que se la concibe como un acto "sagrado" capaz de otorgar las gracias solicitadas, que son de la más diversa índole. Lo mismo sucede con los demás sacramentos ceremonias y objetos denominados sagrados. No representan símbolos salvíficos y liberadores unidos a nuestra fe en Jesús que se expresan en la entrega de nuestra vida por ir haciendo más presente el Reinado de Dios.

La persona religiosa tradicional los percibe como elementos y mediaciones para conseguir favores y tratar de vencer a las fuerzas del mal que pululan a nuestro alrededor. Así el prender una vela a un santo puede lograr una buena cosecha, el ofrecer una misa a Dios o a cualquier imagen intermediaria logrará aprobar un examen, el rociar con agua bendita un objeto servirá para apartar el maleficio presente que puede actuar contra el hombre en cualquier momento, el tomar una porción de ella puede sanar cualquier enfermedad incurable, el rodar a los niños por las gradas del altar donde se sitúa el sacerdote para celebrar la misa le librárá del espanto que no le deja dormir ni estar tranquilo y la bendición impartida a una persona le dará salud y larga vida.

Esta percepción de lo sagrado está fuertemente introyectada en el hombre religioso que se ha construido su mundo de tal forma que, por más que se trate de inculcarle otra experiencia a partir del mensaje cristiano, difícilmente va a aceptar. En un primer momento la rechazará de plano por parecerle atea, desfasada de su medio y contraria a lo que él comprende y vive como cristianismo y como medio para relacionarse con Dios.

De aquí resulta que en la dinámica en la que el hombre trata de relacionarse con Dios, muchas veces resulta un engaño pues en vez de lograr esa comunicación con el Ser Supremo lo que se logra es la comunicación con el objeto mediador de esa relación. Es decir, cuando tratamos de objetivar a Dios para ponerlo a nuestro alcance lo que conseguimos es encontramos no con el verdadero Dios sino con las representaciones que nosotros hemos fabricado: imágenes, actos, momentos, lugares donde nosotros pensamos que está Dios presente. Normalmente en la persona marcada por este tipo de religiosidad, la mediación para encontrarse con Dios será sin duda "lo sagrado" concebido como lo separado, lo distinto de lo profano, de la vida.

Como vemos, el hecho religioso lejos de perder su importancia en la sociedad, sigue vigente y, en algunos casos, podría hablarse de un despertar como es el caso de las sociedades desarrolladas pues en los pueblos en vías de desarrollo nunca dejó de estar presente y de ser la explicación última de todo su mundo. Cuando surgieron filosofías que pronosticaban el ocaso de las religiones en las sociedades avanzadas parecía que este hecho sería realidad, sin embargo, tras un período de secularización, hoy constatamos un renacer del sentimiento religioso en aquellas sociedades en que parecía ya opacado.

En efecto, la religión dejó de ser el elemento preponderante de racionalización en dichas sociedades pero la búsqueda de sentido de la existencia siempre quedó como un interrogante frente a un mundo tecnificado y excesivamente racionalizado que ya no satisfacía dicha inquietud.

Esta búsqueda de sentido se fue canalizando hacia formas de religiones laicas por un lado y, otras veces hacia religiones orientales hoy en boga en el mundo desarrollado. Determinadas manifestaciones masivas de la juventud en conciertos musicales, adquirieron ciertos rasgos de carácter litúrgico donde se mezclan, la música, la luz, la fascinación por el ídolo y la psicología colectiva creando en los individuos la conciencia de participar en

un acto que les saca de la abulia cotidiana para entrar en una dimensión percibida como superior.

En la actualidad, se constata que esas corrientes en busca de un sentido más profundo de la existencia se van canalizando hacia corrientes religiosas diversas y también, por qué no hacia el cristianismo. Esto no supone caer en el triunfalismo pues no se debe olvidar que el hecho religioso, incluido el cristianismo se ven continuamente cuestionados por un sin fin de interrogantes y existen amplios sectores que se sienten indiferentes frente al hecho religioso. Pero lo que si es cierto es que la religión sigue interesando y que ese interés manifestado por amplios grupos y sociedades hace suponer que habrá que seguir teniéndola en cuenta como un factor que preocupa y arrastra a un buen número de personas.

Este interés de la religión en el mundo moderno proviene del vacío dejado por una sociedad tan subyugada por la técnica y la ciencia que no llega a responder, como se pensaba, a todas las interrogantes del ser humano. En el mundo moderno nos preocupamos mucho por las conquistas inmediatas, por el presente y descuidamos el planteamos el sentido de nuestro esfuerzo y desvelo: hacia dónde vamos, qué somos y por qué actuamos de una forma determinada?. Esta falta de sentido es la que motiva en ciertos sectores el volver la vista hacia lo religioso.

Pero este resurgir de la religión en ciertos sectores del mundo avanzado y su insistente vigencia en las sociedades más pobres y atrasadas científicamente, conlleva la actual proliferación de grupos y prácticas de lo más diverso y pintoresco como son las corrientes fundamentalistas con su mensaje apocalíptico. Este es el último sucedáneo, repositorio de sentido que emana desde USA. Si se llegara al Apocalipsis, no sería obra de la humanidad sino de un grupo de hombres que manejan el mito como arquetipo para crear un adversario contra el cual hay que luchar porque significa el diablo y nosotros los salvados.

Pero estas expresiones del renacer del hecho religioso nos plantea varios interrogantes: ¿Qué afinidad encontramos en estas manifestaciones con la religión bíblica? Encontramos en la revelación, en el mensaje de los profetas una comprensión semejante de la práctica religiosa? Encontramos en el mensaje y la práctica de Jesús y en la vida de los primeros cristianos este tipo de religión? Es posible justificar este comportamiento religioso

**amparándonos en la práctica de Jesús? Acaso participó Cristo en este tipo de religiosidad o en la estructura religiosa de su época?**

**A simple vista, aparece como innecesario plantearse estos interrogantes ya que se da como demasiado evidente para ponerlo en duda, sin embargo hoy día en los planteamientos que nos hacemos los cristianos para encauzar nuestra fe no están del todo claros. Encontramos una gran pluralidad en la forma de interpretar el mensaje bíblico y la persona de Cristo, lo que se concretará en posturas bien diferentes en el momento de llevar a la práctica la enseñanza cristiana.**

**Vamos a tratar de reflexionar sobre el mensaje bíblico para buscar luz en medio de tanta variedad de planteamientos.**



## CAPITULO II

# YAHVE EL DIOS DE LA BIBLIA

Israel era una sociedad nétamente religiosa. La religión llenaba todos los aspectos de la vida social; cualquier acontecimiento era referido a Dios y a la religión porque Israel sentía y creía ser el Pueblo Elegido de Dios.

Pero en Israel no había homogeneidad en la comprensión sobre la manera de vivir la relación con Dios. Había como dos grandes núcleos que definían el comportamiento del hombre con Dios: Uno era el de *La Alianza* y el otro el de *La Ley de Santidad o de la Pureza*. Ambos concebían a Dios como el Ser Supremo pero la comprensión de la santidad de Dios era muy diferente en ambos.

### 1. Leyes de la Alianza o de la Santidad o Pureza

La Ley de la Alianza, la más antigua, está entroncada con la corriente profética y el Deuteronomio y en ella se toma posición por la defensa del pobre y el oprimido; busca la justicia interhumana y se basa en la apuesta que Dios hace por el pueblo de Israel cuando lo sacó de la esclavitud de Egipto hacia la liberación.

La Ley de la Santidad o Pureza está dentro de la tradición sacerdotal de la parte sur de Israel. En esta Ley, a Dios se le concibe como santo por la lejanía y la distancia; por ello pone su acento en una serie de ritos de purificación imprescindibles para el acercamiento y agrado de Dios.

## *La Ley de la Alianza*

En esta Ley Dios elige a su pueblo y le expresa su Plan Salvífico para los hombres. Dios aquí hace al hombre y al pueblo sujeto de la historia para que se organice y sepa crear situaciones de convivencia e igualdad. Dios mantiene un diálogo con su pueblo y le propone un objetivo: la creación de una sociedad de justicia y fraternidad. El ejemplo es la actuación del mismo Dios con su pueblo; lo que Dios ha hecho y querido para su pueblo, éste lo debe repetir con los demás: Si Dios ha liberado al pueblo de la esclavitud dándole libertad y vida, el pueblo debe luchar para dar a los demás libertades y vida. Dtm. 6, 20-25. El cumplimiento de esta Ley será la señal del reconocimiento que hace el pueblo de su verdadero Dios y de las maravillas que ha obrado en su favor.

Surge así un Código o Estatuto que posibilita la convivencia y crea condiciones para la igualdad. No encontramos en estos preceptos un pacto de tipo cultural sino un pacto que implica que el hombre asuma las riendas de la historia para hacerla suya. Es Dios quien da la responsabilidad al hombre, le hace adulto y le adentra en la dinámica de colaboración con Dios, que ha puesto los cimientos, pero ahora debe ser el hombre el que asuma la responsabilidad de dirigir y recrear el mundo para llevarlo a la mayor perfección según el Plan de Dios.

Es importante percibir la dinámica teológica de la Alianza. No son los hombres y el pueblo los que llaman a Dios y firman con El un pacto porque se sienten indefensos, inseguros, sino que por el contrario, es el propio Dios quien elige a un pueblo y a unos hombres para hacerlos responsables y elevarlos al grado de adultez de ser colaboradores con El en el desarrollo de la historia humana. La dinámica se invierte en el hecho religioso. En la experiencia religiosa tradicional es el hombre, que se siente desvalido y titubeante, inseguro y lleno de temor al enfrentarse con la tarea de la construcción de la sociedad, quien clama a Dios para que El solucione lo que el hombre no hace por sentirse incapaz. Es el reflejo de la soledad, de la incapacidad, en definitiva de la horfandad. En la Alianza se nos muestra una dinámica totalmente opuesta. Es el Dios creador el que elige al hombre para elevarlo a la mayor categoría, hacerle co-creador y sujeto de la historia y de la vida. Gén. 1, 28-30; Gén. 2, 20. Los hombres no tenemos excusa si no actuamos responsablemente para construir un mundo más humano. Nuestra falta de compromiso no debemos achacársela a Dios sino a nuestra

comodidad e inseguridad; ni tampoco podemos escondernos tras el rito culturalista para autojustificarnos ante Dios de nuestro sentimiento religioso y nuestra fuga de la historia y del mundo en nombre del mensaje bíblico.

Justamente en el Decálogo y la Alianza encontramos los argumentos opuestos al no compromiso y al refugio en el culto como signo de agradar a Dios.

La prohibición de hacerse imágenes de Dios y de darles culto Exd. 20,3-6; Dtm. 5, 6-10 nos prohíbe el ontologizar a Dios, el objetivarle para tratar de relacionarnos con El según nuestra idea, según lo que nosotros pensamos qué es Dios, es reducirle a ser imagen nuestra. De esta forma, invertimos nuevamente la dinámica bíblica. Somos nosotros los que encontramos y conocemos a Dios antes de dejar que sea El quien se dirija a nosotros y nos vaya revelando su Plan y lo que El quiere de nosotros. Esto es sumamente grave porque en esta dinámica llegamos a desconocer al Dios bíblico de la tradición ético-profética que siempre nos interpela acerca de nuestros hermanos. Esto es lo que vemos en la Biblia: Dios nos interroga por nuestro comportamiento frente a los hombres y la vida: Gen. 4, 9; Exd. 3, 10; Exd. 5, 1; Gén. 12, 1; Gén. 6, 13; Is. 6, 8; Jer. 1, 4.

El prohibir que nos hagamos imágenes de Dios no es nada accesorio o secundario. Se trata de algo tan fundamental por el que el hecho religioso modifica sustancialmente su contenido. En este acto, convertimos al Dios invisible que habla a nuestra conciencia acerca de la justicia, la fraternidad y la solidaridad, en un ser visible objetivado por nuestra idea. La relación se invierte; al dios objetivado y representado en imágenes vamos a llegar a través del culto. El centro de atención del sujeto religioso se desvía de lo esencial hacia lo accesorio y la religión se irá convirtiendo progresiva y principalmente en culto y se irá dejando de lado hasta quedar opacada la dimensión ético-profética.

Somos nosotros los que vamos a Dios a quien conocemos antes de sentir su interpelación y su llamado a transformar el mundo. Privilegiamos el culto como relación del hombre con Dios y desecharnos la dinámica de la relación a través de la ayuda al hermano, de la tarea común que nos descubre al Señor de la vida.

Así descubrimos que en esta dinámica tranquilizamos nuestra

conciencia por la práctica del culto y esto, a veces, nos desvía la atención de lo fundamental y no nos damos cuenta de que no amamos a los demás ni exponemos nada para la construcción del Reino. Podemos ser de esta forma profundamente religiosos y al mismo tiempo ser tremendamente insolidarios e incapaces de descubrir al Dios de la vida.

Por eso hoy día sigue teniendo sentido esta prohibición de hacemos representaciones e imágenes de Dios para no creamos de El un objeto o representación de nuestra explicación racional del mundo que crea injusticia, desigualdad y dolor.

Además este tipo de religión fundamentalmente culturalista desplaza al pueblo en su relación con Dios y privilegia a la Institución sacerdotal que es quien tiene el poder sobre lo religioso. Este poder no posibilita que los deberes éticos estén orientados hacia la justicia.

El segundo mandamiento bíblico lo que hacía era rechazar el tipo de religiosidad centrada en el culto y nos ponía en la vía de la religión ético-profética que es la que encontramos en la Alianza. Así surge un estatuto que posibilita la convivencia del pueblo en un régimen de igualdad y solidaridad en el que encontramos diversos decretos de tipo económico y político:

### *Sobre la tierra*

El reparto de la tierra se hacía en relaciones de estricta justicia, conforme a las necesidades de cada tribu y familia. Para ello debieron elaborar un censo, para conocer el número de habitantes de cada tribu, de esta forma la extensión de la propiedad de la tierra variaba conforme a la población: Num. 26, 52-56; Num. 33, 54; Jos. cap. 13.

Para evitar el que esta distribución equitativa de la tierra pudiera ser afectada por otros y comenzara así la acumulación de tierras en beneficio de una minoría dejando a la mayoría en la miseria, se prohibía tajantemente el mover los mojones de los linderos, Dtm. 19, 14; 27, 10, así como el vender la tierra definitivamente, Lev. 25, 23; el argumento de fondo que subyace en esta prohibición de venta, es el que la tierra pertenece a Dios y por tanto, si El la repartió con estricta equidad, al hombre no le cabía la posibilidad de alterar los Planes del Señor. Pero si en alguna ocasión, alguien se veía obligado a vender su tierra, ésta se haría solo temporalmente, y por tanto el

vendedor tenía derecho a volverla a rescatar, Lev. 25, 24. Incluso se permitía que si el propietario no poseía dinero suficiente para rescatarla, el familiar o protector, podría hacerlo en su nombre. (Esa era la figura del Goel, la de rescatar o liberar), Lev. 25, 25; Num. 35, 19. En el caso de que ni el Goel pudiera tener capacidad económica para rescatar la tierra, aún quedaba una última posibilidad para que esta regresara a su antiguo dueño, esta oportunidad la otorgaba la Ley del Jubileo. Esta ley ordenaba que cada cincuenta años se devolvieran todas las propiedades a sus antiguos dueños evitando de esta forma la acaparación de terrenos por ser contrario al Plan de Dios como tantas veces denunciaron los profetas, Is. 5, 8; Miq. 2, 1-5.

### *Sobre préstamos*

En los casos en que algunas personas tengan necesidad de pedir ayuda, se deberá prestar lo que necesiten. Pero el préstamo se reglamenta como una obligación ética que viene de la fe que se tiene en el Dios de la justicia y la libertad que por el amor a su pueblo, lo liberó de la esclavitud, Dtm. 15, 7-11. No se deberá prestar por la codicia de cobrar intereses pues aquí no se estaría en una dinámica ética y de alteridad hacia el necesitado sino en el egoísmo que busca el interés económico y que se aprovecha de las necesidades del prójimo para el enriquecimiento personal, creando así un régimen de estructuras injustas que desembocan en la institucionalización de la injusticia y la desigualdad, Lev. 25, 35-38. El que pide prestado algo, deberá devolverlo, para corresponder al favor recibido y mantener la dinámica de la justicia de no causar daño al semejante, Ex. 22, 25; Dtm. 24, 12-13. Pero de la misma forma que las tierras en el año del jubileo, volvían a los antiguos dueños, en lo referente a los préstamos también existía una gracia denominada remisión, por la cual lo prestado no había que devolverlo. Esta remisión se efectuaba cada siete años, Dtm. 15, 1-3. El fin último de la remisión era el impedir que hubiera pobres, se mantengan plenamente el objetivo de crear una sociedad igualitaria por ser esta la voluntad de Dios.

### *Defensa de los derechos del pobre*

Se garantizaba el derecho de los trabajadores a un salario digno, evitando la explotación, Dtm. 24, 14; Lev. 19, 13; Jer. 22, 13; Malq. 3, 5; Eclo. 34, 21-22 y se exigía que se pagara el salario diariamente para no hacer extorsión al pobre que no posee para su sustento más que su fuerza de trabajo, Dtm. 24, 15; Lev. 19, 13. No se aplastará al pobre ni al extranjero,

Dtm. 24, 17, por el contrario se tratará de ayudarles y hacerles la vida más fácil. Para conseguir esto, se tenía como norma el dejar una pequeña parte de la cosecha para los necesitados bajo las figuras de no rebuscar hasta lo último en la cosecha de la uva, el grano y la aceituna, Dtm. 24, 19-21. Se normaba también el peso y medida justos para evitar el pillaje y la explotación del pobre, Dtm. 25, 13-16.

En cuanto a los esclavos también había normativas partiendo del hecho vigente de la esclavitud. Los esclavos tenían que ser extranjeros, nunca un israelita podía tomar a otro compatriota como esclavo, se normaba que a los siete años se debían dejar en libertad a todos los esclavos, a no ser que por voluntad propia quisieran quedarse para siempre con sus amos, Ex. 21, 2; Lev. 25, 39-46; Dtm. 15, 12-15, y al dejarles en libertad, debían darles parte de los bienes del amo.

Todas estas leyes y decretos vienen dados por la concepción que se tenía de Dios como liberador y por tanto, como garante de una sociedad justa. Diríamos que Dios es quien relativiza todo poder económico, político y religioso, por tanto, los israelitas cuando dan normas las fundamentan en el poder y misericordia divina, basándose en las maravillas que Dios ha obrado con su pueblo Dtm. 6, 20-25. El pueblo debe responder practicando la justicia y el amor interhumano como Dios lo hizo con él.

Se descubre que Dios no pide para El, sino que se complace en que la justicia interhumana sea la norma de los que aceptan a Yahvé como su Dios, es decir, Dios quiere que sigamos realizando su proyecto en favor del hombre.

Con la instauración de la monarquía, se modifican sustancialmente las estructuras. El poder se centraliza en la monarquía y la promesa también cambia de destinatario, ahora será el rey y no el pueblo. Con la dinastía davídica comienzan las intrigas y conspiraciones y cesa la práctica de designación del rey hecha por Yahvé a través de un profeta y la posterior aclamación del pueblo.

Comienza a deteriorarse la convivencia de Israel basada en los preceptos dados por Yahvé al pueblo lo que garantizaba una convivencia solidaria entre las tribus. El centralismo de la monarquía origina lo que

podríamos llamar una sociedad dividida en grupos de poder minoritarios y una gran mayoría de explotados lo cual originaría la crítica de los profetas y su apasionada defensa del pobre en la más clara tradición de la Alianza.

Se construye el templo de Jerusalén en un afán de querer centralizar la presencia de Dios en un lugar, pues hasta ese momento, a Dios no se le localizaba en ningún lugar geográfico, sino en la historia del pueblo.

La creación del estado, la evolución desigual de los reinos del Norte y del Sur y la traición del Yahvismo por parte de la religión oficialista hacen posible la aparición de la corriente profética de la cual surgirá el Código Deuteronomista. Dtm. 12, 26, que refleja el espíritu del Norte, más popular, menos culturalista y que se opone a la mentalidad sacerdotal la cual enfatiza la trascendencia y santidad de Yahvé haciéndose progresivamente más inaccesible al hombre.

El código deuteronomico plantea los derechos de Dios y los derechos del hombre resaltando los derechos de los pobres en él.

Lo más interesante en este código deuteronomista se plasma en el énfasis que se da a los derechos del pueblo ya que los derechos de Dios se ponen al servicio de la comunidad y así vemos que el sacrificio que se hace a Dios se convierte en comida comunitaria, Dtm. 16, 1-7, como símbolo de la liberación acontecida en favor del pueblo. Dios manda festejar este acontecimiento pero el sacrificio no se inmolará ni será consumido por el fuego en señal de ser exclusivo de Yahvé, sino que servirá para la consolidación de la comunidad como muestra de predilección de Yahvé por la vida del pueblo. Incluso se hará partícipe de las primicias y el diezmo que los israelitas ofrecían a Yahvé en reconocimiento por el acontecimiento de la liberación a los forasteros, las viudas y a los huérfanos, lo que nos demuestra que los derechos de Dios se identifican con los de los hombres especialmente con los de los más pobres como expresión de la voluntad de Yahvé: Darnos vida.

La Alianza nos muestra que la relación del hombre con Dios se realiza mediante la búsqueda de la justicia, por el compromiso histórico del hombre para la recreación del mundo. El ser fiel a Yahvé es ser fiel al proyecto que Dios tiene sobre el hombre y la historia.

## ***La ley de Santidad o Pureza***

Su redacción está hecha por la tradición sacerdotal para contrarrestar la influencia de los levitas del Norte. Contiene elementos deuteronómicos como el amor al prójimo, Lev. 19, 18.

La Ley de Santidad supone un desplazamiento de la religión ético-profética de la Alianza hacia una religión centrada en el cultualismo y con una fuerte preponderancia del concepto de lo sagrado frente a lo profano y lo histórico.

La motivación y la experiencia de Dios viene dada por la santidad entendida como lejanía y distanciamiento de la historia y de la vida del pueblo.

El recuerdo de la liberación del pueblo pierde vigencia y se acentúa la noción de santidad. Si Dios es la suprema santidad, para relacionarnos con El debemos participar, en cierta forma, de esta santidad y para lograrlo deberemos segregarnos en cierto modo de la historia y la relación interhumana que es signo de impureza y de pecado, Lev. 20, 26.

A Dios se le presenta como el Santo y celoso por defender sus derechos en contraposición de los del hombre. Ya no se da esta analogía entre los derechos de Dios y a el hombre. Este Dios produce temor en vez de amor en el hombre, por eso el pueblo tiene miedo de acercarse a lo sagrado por temor a ser castigado.

Se jerarquiza la relación con Dios y se necesita una casta sacerdotal segregada que sirva de intermediaria entre el pueblo y Dios. Así se institucionaliza fuertemente la función sacerdotal que queda solo para un grupo de elegidos y que es hereditaria. Se desplaza el acontecimiento por el rito.

Al concebir de esta forma a la santidad se crea una contraposición entre lo profano, la historia, el pueblo con sus inquietudes, sus aspiraciones, su vida en continuo devenir y lo sagrado, que se representa por lo inmutable, lo trascendente, lo apartado y lo puro. La experiencia de lo sagrado irá ejerciendo en el hombre una sensación de fascinación capaz de vaciarlo de sí mismo y de apartarlo de la historia y de su ambiente, pues lo profano que es



su realidad cotidiana se contraponen a la experiencia de lo santo. Así, para entrar en contacto con la divinidad, que representa la santidad y la perfección, necesitará de rituales y culto que le purifiquen. De ahí la importancia del culto en la Ley de Santidad pues el rito religioso será el vehículo que garantice la conexión con lo sagrado y la relación con la divinidad.

El sacrificio ritual se multiplicará y quedará fijado cómo ha de ser el ritual, qué animales son los adecuados, Lev. 1, 3, cómo han de sacrificarse y quién debe derramar la sangre sobre el altar, que se fijará siempre en el sacerdote, Lev. 1, 10-15. Los pecados se perdonaban por el ofrecimiento de sacrificios de animales, Lev. cap. 4: 19-20 y muchos de estos pecados eran meramente la transgresión de alguna norma de pureza netamente externa, por ejemplo el entrar en contacto con alguna cosa o animal denominado impuro, Lev. 5, 2-4; 11, 31-40; se reglamentaban las enfermedades consideradas impuras como el alumbramiento por el cual la mujer debía purificarse durante cuarenta días; los tumores, erupciones, manchas, tifa y sobre todo la lepra eran enfermedades impuras, Lev. cap. 13 y 14. Las impurezas sexuales contaminaban no solo a los que las ejercían o padecían sino a aquellos que tenían contacto con la persona, enseres o vestidos aunque fuera accidentalmente, Lev. cap. 15. Eran consideradas impurezas el derrame seminal, la menstruación y todo lo relacionado con el origen de la vida. La impureza es causa de muerte, Lev. 15, 31 y es en ella donde el pueblo encuentra la vida o la muerte, la salvación o condenación.

Yahvé al ser el Santo de los Santos, al ser concebido como el alejado debía protegerse del contacto con el hombre impuro, para evitar la "contaminación" debía darle muerte, Lev. 10, 1-3. Así sucedió con los hijos de Aarón, Nabad y Abihu quienes por ofrecer a Yahvé un fuego profano que Yahvé no había ordenado, Yahvé envió un fuego que los devoró y de este modo mostró su Santidad y su Gloria entre los cercanos y ante la faz del pueblo.

Aquel que no ofreciera el sacrificio conforme a lo establecido era exterminado, Lev. 17, 8-9. El hecho de inmolar un animal dentro del campamento o fuera del mismo sin llevarlo a la tienda de reunión para ofrecerlo a Yahvé, será considerado reo de sangre. Tales personas, por haber derramado sangre, eran exterminadas de en medio de su pueblo.

Los sacerdotes eran los encargados de presentar los sacrificios como garantía de que el culto era agradable a Yahvé, Lev. 17, 5. Los capítulos 17, 21 y 24 son la parte más notadamente cultura-sacerdotal del Código de Santidad. Se afirma en Levítico 17, 6 que el sacrificio es un calmante aroma para Yahvé.

La casta sacerdotal adquirió una gran relevancia y poder y se le rodeaba de una aureola de santidad pero concebida como meramente ritual y sagrada sin tener nada que ver con la santidad ético-moral. A esta santidad se la asociaba a la segregación del pueblo, Lev. cap. 21.

Cualquier defecto físico era considerado impedimento para adquirir el sacerdocio, Lev. 21, 17-23. Nadie que tuviera un defecto físico podía acercarse a ofrecer los manjares en honor de Yahvé ni podrá llegar hasta el velo o el altar pues, si lo hicieran profanarían el santuario. Los sacerdotes compartían con Yahvé los sacrificios pero ya no llegan al pueblo como signo de comunión, Lev. 5, 16; 7, 7-9; 7, 31-33; 10, 12-15.

A la santidad y la pureza se llega a través de la casuística ritualista, reflejo de lo meramente externo. La desigualdad entre pueblo-ciudad es parte sustancial de la noción de santidad expresada en la lejanía, lo segregado, el privilegio de acercamiento a lo sagrado en contraposición a lo profano concebido como impuro y signo de la lejanía de Dios.

Como conclusión, podemos decir que el Dios de la Alianza, reflejo de la religión ético-profética es un Dios de amor y misericordia que se revela en la historia del pueblo oprimido y le libera de la explotación. Es un Dios generador de vida que apuesta por el pobre y se hace su Goel liberador, su vengador. Este Dios se hace presente en medio de su pueblo y su presencia y cercanía crea condiciones de fraternidad y de igualdad. Cuando el pueblo se aleja de su Dios viene la muerte para el hombre. Este Dios liberador no quiere actuar solo, no se propone en exclusiva liberar al hombre y a la historia, sino que elige a un pueblo para que sea el que tome las riendas y construya con su Dios la fraternidad y liberación humanas. Para ello ha de construir una comunidad que se organice en base a la solidaridad y al compartir igualitario para ser garante de la justicia y el derecho.

La relación del hombre con Dios se realizará mediante la justicia

interhumana y el amor a los semejantes. El culto será la expresión comunitaria de la vida del pueblo y de éste con su Dios.

El perdón implica un cambio profundo en la vida, conlleva una conversión que se plasma en un compromiso para el cambio de actitud que promueva la reconstrucción de relaciones de justicia y convivencia.

El Dios de la Ley de Santidad es un Dios Santo, que se aleja de lo profano por considerarlo contaminado e impuro. Su santidad refleja lo inaccesible de lo sagrado que crea asombro y temor en el hombre. Es un Dios celoso de "sus derechos" y monta en cólera que desemboca en la muerte del impuro. Es un Dios que se venga de los paganos y los impuros y se erige en vengador de sus propios derechos. Su santidad es vista como lejanía y solo los privilegiados, que se segregan de la vida del pueblo, llegan a tener acceso a lo divino y lo sagrado, que se concretiza en la institucionalización de la casta sacerdotal.

Este Dios elige al pueblo para que le de culto, por eso se crea un mundo de sacrificios y rituales de pureza que llega a ser lo central en la relación del pueblo con Dios. Así el pueblo se crea una identidad basada en la elección como privilegio y pureza y su organización se hará en torno al templo y al culto y estará dirigido por una sociedad jerarquizada y estratificada en clases lo que facilitará la preservación del privilegio en lo económico, político y religioso.

El acceso a este Dios se hará mediante la pureza lo que multiplicará el culto y ritual de purificación religiosa ofrecida por el sacerdote, que será un auténtico privilegiado, por considerarlo segregado, puro y ser el intermediario entre el hombre y Dios. Así verá acrecentado su poder social, económico y religioso al participar de las ofrendas y sacrificios.

El perdón se hallará mediante el sacrificio de víctimas ajenas. No hace referencia a conversión interior ni a cambiar la práctica injusta. El perdón se consigue a partir de ritos externos no a partir de lo profundo del ser humano. No es un análisis de las relaciones interhumanas.

El templo se convierte en la vida central. Es la morada de Dios y donde habita la casta sacerdotal; lugar donde se hace el culto y donde el hombre debe llegar si quiere tener acceso a Dios. La multiplicidad de los

ritos irá creando una enorme infraestructura que irá aglutinando en su entorno todo un centro de poder económico político y religioso. En definitiva Dios es muy celoso frente a la impureza, el acercarse de esta forma a Dios acarrea la muerte.

## 2. La Corriente Profética

Los profetas apuestan también por este Dios de la Alianza, cercano al pueblo, misericordioso, que irrumpe en la historia del hombre para liberarlo. Les toca vivir épocas difíciles en las que el pueblo de Israel, ya instalado en la tierra prometida, se convierte en una sociedad sedentaria, se rige por una monarquía la cual se aparta cada vez más del Dios de la Alianza para erigirse en poder casi absoluto y cometer los mayores atropellos. En ese ambiente la nobleza y las clase adineradas viven en la opulencia mientras mantienen al pueblo en la miseria creando un sistema de extrema explotación.

La clase religiosa, compuesta principalmente por la casta sacerdotal y los falsos profetas, caen en la mayor laxitud moral preocupándose de sus intereses y haciendo el juego a la nobleza y clases adineradas, predicando a un Dios alejado de la historia al cual se llega por el culto externo y ritualista lo cual favorece a los ricos que pueden cometer los mayores desmanes con los pobres y al mismo tiempo, acercarse a Dios por medio de sacrificios y cultos externos. Es así como la religión establecida, representada por los sacerdotes y los falsos profetas, justifica a esta clase dirigente presentándoles como favorecidos por Dios.

Es aquí donde surge la corriente profética que desarrolla y supone un papel importantísimo en la evolución religiosa de Israel.

Los profetas no solo mantuvieron y guiaron al pueblo por la senda del Yahvismo auténtico, es decir, el Dios de la Alianza que apuesta por su pueblo para liberarle y para que el pueblo mismo, por esta fe en el Dios de la justicia, sea el mismo sujeto de liberación, sino que fueron los artífices principales del progreso de la revelación.

Los profetas tienen conciencia del origen divino de su mensaje por eso, al presentarlo públicamente, lo hacen diciendo: "Así habla Yahve", "Oraculo de Yahve" o "Palabra de Yahve".

**Tienen la convicción de que han recibido la Palabra de Dios. Dicha convicción se funda en la experiencia mística de su contacto con Dios.**

Perciben el mensaje divino a través de visiones; Isafas percibe la presencia de Dios en una visión en el templo de Israel Is 6, 1; Ezequiel recibe también su misión a través de una visión, esta vez la visión no se sitúa en el templo sino al aire libre, Ez. 1 y 2, pero la mayoría de las veces suele ocurrir por una inspiración interior, es así como puede entenderse la fórmula, generalmente expresada, de "la Palabra de Yahvé me fue dirigida", "Palabra de Yahvé a". Esta inspiración interior se dará de improviso o a través de una circunstancia muy sencilla como puede ser la vista de una rama de una almendra como es el caso de la vocación de Jeremías, Jer. 1, 11.

La forma en que el profeta recibe su vocación, por la cual es enviado, no es fundamental dependerá del temperamento personal o de las dotes de cada profeta pero sí descubre una identidad fundamental: el verdadero profeta es consciente de no ser más que un instrumento de Dios, que las palabras que profiere son a la vez suyas y no suyas; tiene la convicción de haber recibido la Palabra de Dios y que ineludiblemente tiene que comunicarla al pueblo. Dicha convicción le viene dada por la experiencia mística del contacto con Dios.

El mensaje profético escasas veces se dirige a un individuo si se exceptúa a los reyes o personas que tienen un cargo público; generalmente su mensaje irá dirigido al pueblo o a las naciones.

Son conscientes de ser enviados por el Señor para dar su mensaje al pueblo. Este mensaje, la mayoría de las veces será duro, lleno de amenazas, hasta el punto de que esta característica puede aparecer como señal de la auténtica profecía, Jer. 26, 16-19; I Rey 22-8 y Jer. 28, 8-9. El falso profeta Janacías, como hacían la totalidad de los falsos profetas, adulaba al poder y anunciaba todo tipo de buenos augurios a los reyes y jefes, como hace aquí con el rey Sedecías prediciendo delante de los sacerdotes y del pueblo que los deportados y todos los objetos robados por Nabucodonosor y llevados a Babilonia regresarían en dos años a Judá. Jeremías prueba que es una profecía falsa con el argumento de que desde siempre hubo auténticos profetas que anunciaron la guerra, el hambre y la peste.

Pero también anuncia la alegría, la consolación y la esperanza en una

**Etapa Nueva si es que nos volvemos a Yahvé. Esa nueva era será la salvación, Is. caps 40 al 45; Am. 9, 11-15; Os. 11, 8-11.**

Se conoce si la profecía y el profeta son verdaderos por la conformidad de la enseñanza con la doctrina Yahvista, Jer 23, 22. El profeta auténtico no se acomoda a la vida de pillaje que llevan los dirigentes y reyes sino que anuncia la Palabra de Yahvé para denunciar situaciones de injusticia, promover arrepentimiento y conversión para volver nuevamente al camino del Plan de Dios. Los falsos profetas halagaban a los injustos y los hacían pasar como mensaje de Yahvé, Dtm. 13, 1-6.

Así el mensaje y doctrina de los profetas va encaminado a descubrir el rostro del verdadero Dios de la historia que es el Dios de la justicia y la misericordia, a propiciar que el pueblo conozca a este Dios verdadero entre la multitud de dioses falsos, a promover el auténtico culto que agrada a Yahvé y a denunciar el falso culto ritualista que no agrada al Señor; también anuncia una salvación y Nuevo cielos y Nueva tierra, promesa del Dios compasivo y misericordioso, que hace a los que quieren seguir sus caminos.

#### *El Dios de la Biblia es un Dios de Justicia.*

El pueblo de Israel, rodeado de otros pueblos y culturas politeístas con tradiciones religiosas muy arraigadas y con características de religión natural, descubre al Dios verdadero entre la extensa gama de divinidades a las cuales adoraba, por una característica que le diferencia absolutamente de los otros dioses hasta el punto de convertirle en el Totalmente Otro. Esta característica va a marcar con una nueva visión al pueblo de Israel y su historia en las relaciones con su Dios. Este rasgo diferenciador del Dios de la Biblia es el de su postura en favor de la justicia.

Dentro de una sociedad injusta en la que la explotación del hombre por el hombre se daba en los términos más brutales, aparece un Dios que condena la injusticia, la combate y propugna la igualdad y fraternidad humanas. Esta apuesta del Dios bíblico por la justicia y fraternidad humanas marcó tan profundamente al pueblo de Israel que, en el transcurrir de su historia, su obsesión y motivación fundamentales serán el recordar la acción liberadora de Dios reconocido como el *único* por su apuesta por la justicia en favor de los hombres.

El libro del Éxodo, de importancia capital en la revelación, nos muestra lo injusto de una sociedad llegando a momentos de extrema explotación.

Los israelitas debían trabajar en condiciones penosas para producir lujo y bienestar al faraón y su corte despótica, Ex. 1,11. El trato era inhumano en extremo y los trabajos excesivos pues se proponían el control del crecimiento de los judíos, Ex. 2, 11; 1, 10-11; 5, 7-8. En la táctica empleada por el faraón al excesivo trabajo y al no conceder tiempo para el descanso, iba unida la prohibición del derecho de reunión y de culto al Dios de los israelitas que se manifestaba a su pueblo como liberador, Ex. 5, 8-9; 8,16.

En esta situación de injusticia irrumpe Dios para condenarla y para anunciar Tiempos Nuevos donde el hombre se libere de la esclavitud y viva el plan que Dios tiene para la humanidad, donde brille la justicia y la libertad. Así la manifestación de Dios a su pueblo está marcada por su repudio a la explotación que produce el sufrimiento del pueblo, Ex. 3, 7-10.

Esta postura de Dios ante la injusticia y su apuesta por la liberación es la que lleva al pueblo a reconocer a Yahvé como el único y verdadero Dios y por tanto abandonará a sus falsos dioses que no tienen ya cabida en esta dinámica Liberadora, Os. 14, 4. Admiten a Yahvé como el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande que no hace acepción de personas y que hace justicia al huérfano, a la viuda y al forastero, Dtm. 10, 17-18. Yahvé es justo en medio de la Ley, no comete jamás injusticia, Sof. 3, 5. La justicia de Yahvé es para toda la historia, no queda reducida a un momento determinado, por eso en los anuncios escatológicos, el principal motivo es el de la justicia total que tendremos que ir construyendo en cada momento histórico hasta que Dios la asuma y la proclame en toda su plenitud, Is. 11, 4-8. Yahvé se desposa con su pueblo, en un pacto de justicia y equidad por el cual el pueblo reconoce a su auténtico Dios, Os. 2, 21-22.

Los Salmos, libros en los que se recoge la tradición de alabanza al Señor, nos muestran también el reconocimiento del pueblo a su Único Dios, por ser un Dios de estricta justicia. El único Dios verdadero es el que es auxilio y escudo del pueblo, Sal. 115. Yahvé se presenta como el juez que hace justicia al oprimido, contraposición a los falsos dioses y de los jueces y príncipes que solamente favorecen al opresor, Sal. 82 y 58; Yahvé es el Dios de los justos y los que detestan el mal, Sal. 97, Yahvé ha dado a conocer

su salvación, a los ojos de las naciones ha revelado su justicia, Sal. 98, 2; Yahvé es el Dios que hace justicia a los oprimidos, que da el pan a los hambrientos, que libera a los encadenados, que protege al forastero y sostiene a la vida y al huérfano, Sal 146, 7-9, Yahvé es considerado como el Rey poderoso que ama el juicio como fundador del derecho y como el que ejerce la justicia, Sal. 99, 4.

El pueblo de Israel, por tanto, no duda pues la experiencia que tiene del Dios Unico y liberador la ha vivido en carne propia. La esencial revelación de este Dios la ha percibido en la toma de posición en favor del pobre y el oprimido para hacerle justicia, librándole de la mano de sus explotadores. No es una cuestión teórica, sino una percepción existencial. El pueblo tiene noción de la justicia hecha realidad, puesta en práctica. Ha vivido la experiencia de pasar de la esclavitud a la libertad, de la opresión a la justicia.

El tema de la justicia en la Biblia se toma en toda su dimensión; no es una justicia analizada abstractamente sino desde una dinámica de liberación, parte desde la experiencia de lucha de los explotados por salir de una situación de opresión para conseguir cuotas de mayor igualdad que permita experimentar al pueblo situaciones de vida y no de muerte.

Para hacer efectiva esta ansia de justicia es imprescindible una dinámica de lucha que posibilite la destrucción de las estructuras de injusticia amparadas en sistemas de poder que tratan de perpetuar esta situación. Por esto es imprescindible tomar postura por los oprimidos quienes serán los agentes de esta transformación social.

En la Biblia aparece clara esta postura, el optar por los pobres y explotados conlleva el denunciar y enfrentar a los opresores. Lo que hoy día a tantos miembros de la iglesia escandaliza por interpretarlo como exclusión de una porción de personas del mensaje cristiano, no es tal. El anuncio y el mensaje es para todos, pero hay que admitir que no todos lo aceptamos por nuestro egoísmo.

El Dios de la Biblia no excluye a nadie, a todos llama a la conversión y cada uno debemos responder desde nuestra posición. Al pueblo se le revela Dios para que confíe en la salvación y viva en su pobreza la solidaridad comunitaria sin oponerse con sus miedos, conformismo, fatalismo y;



estrechez de mira al proceso liberador. Esto nos lo narra la Biblia en el libro del Exodo, cuando el pueblo se resiste a seguir a Moisés en los primeros momentos, cuando el faraón recrudece la represión y después en la travesía del desierto. El pueblo tiene miedo a la responsabilidad de vivir la libertad. A los ricos y poderosos también se les llama a dejar la opresión y permitir el crear una nueva sociedad en la que todos puedan vivir en dignidad y es en este rechazo al querer cambiar, en este aferrarse al poder queriendo mantener sus privilegios apoyados en su soberbia y orgullo, llegando a creerse ellos mismo dioses, como le sucede al faraón, cuando Dios lanza sus diatribas contra ellos por la dureza de su corazón.

Lo que si parece claro es que no nos es posible vivir la justicia, la fraternidad, la paz en regímenes cimentados en la injusticia y en la opresión de unos grupos contra la mayoría.

Esta postura es bastante clara y decidida en el mensaje bíblico: al tomar posición por los oprimidos, se enfrenta inevitablemente a los opresores y los combate con claridad, es la única posibilidad de liberar al pueblo.

Yahvé sostiene a los humildes y abate a los impíos hasta la tierra, Sal. 147, 6, quebrará todos los cuernos de los impíos y los del justo se alzarán, Sal 75, 11; Yahvé guarda a todos los que le aman pero a todos los impíos los extermina, Sal 145, 20; liberó a los suyos sacándolos con plata y oro y para ello debió herir al opresor y a sus primogénitos, Sal. 105, 36-37; El Señor se propone elevar del polvo y muladar al indigente como prueba de su amor y manifestación de su justicia, I. Sam. 2, 7-9; en contraposición hiere y aplasta a los agentes del mal y causantes del dolor y la muerte del pueblo indefenso, Sal. 92, 8; Sal. 101, 8.

En el Sal 136, que es el mayor canto de acción de gracias del pueblo de Israel para celebrar las maravillas que Yahvé, su Dios, hizo en favor de su pueblo, se hace un recuento de la acción de Dios en la historia; se comienza por el hecho de la creación hasta la llegada a la tierra prometida. En este canto se reconoce a Yahvé como liberador y se recuerda y se le alaba por el combate en favor del oprimido en contra del faraón y de los reyes despóticos. En esta lucha contra el opresor el pueblo reconoce una de las grandes hazañas del Señor junto con la creación, Sal. 136, 17-18, "hirió a grandes reyes, porque es eterno su amor, dio muerte a reyes poderosos porque es eterno su amor". El pueblo confía en que el Señor dará su

merecido a los opresores porque sabe que es un Dios de justicia, Sal. 35, 10; Sal 94, 16-17.

En los salmos imprecatorios se pide con toda crudeza al Señor que aniquile a los enemigos del pueblo y a los injustos. Hoy día estos términos nos extrañan, sin embargo, debemos rescatar la fuerza con que el pueblo de Israel ansiaba la justicia y detestaba a los opresores. Además nos muestra la confianza que el pueblo depositaba en el Dios de la justicia, que se pone siempre al lado del pobre y del oprimido, Sal 109; 70; 69; 22; 59, 14: "Suprime con furor, suprímelos no existan más y se sepa que Dios domina en Jacob, hasta los confines de la tierra".

### *Los profetas combaten a los poderosos y defienden al pobre*

Es bien conocida la postura profética de denuncia contra el poder. Un poder que mostraba la vida corrompida de los ricos, una riqueza que se basaba en la institucionalización de la injusticia social. Los profetas nos ofrecen una muestra de las tropelías de los poderosos, todos los medios eran válidos para aumentar su riqueza hasta límites de escándalo público, desde el robo manifiesto, al negocio de casas de empeño aprovechando la indigencia del pueblo, hasta el saqueo de pueblos y naciones, Hab. 2, 6-13. Habacuq y los demás profetas denuncian la riqueza por parecerles un mal en sí; es como una enfermedad crónica que extiende sus tentáculos en lo más profundo del ser humano y se apodera de él de tal forma que lo enajena, impidiéndole descubrir otra realidad, Hab. 1, 5; el afán de riqueza y poder ciega al hombre y le hace insaciable hasta tal punto que, hasta en el lecho y en los sueños, está maquinando la forma de acrecentar sus bienes, Miq. 2, 1-5. Describen a los ricos obsesionados por acaparar bienes al precio que sea con el afán de posesionarse de todo el país, Is. 5, 8-11; Am. 6, 1-2. El pueblo no tenía ningún derecho ni lo amparaba ley alguna pues el dinero lo compraba todo: jueces, autoridades, conciencias. El soborno era práctica habitual en esa sociedad, Is. 5, 23; Jer 5, 28; Am. 3, 10; Miq. 3, 9-11. Envolvían al pobre con su palabrería utilizando la seguridad que les brindaba el conocimiento de las leyes y cultura en un mundo mayoritariamente iletrado, Is. 32, 7.

Los comerciantes utilizaban todas las argucias posibles para enriquecerse. No daban el peso y la medida justos en ningún caso. Tanto al comprar los productos de los campesinos, como al venderles las diferentes mercancía, les robaban impunemente, Miq. 6, 10-11. A los trabajadores y

jornaleros no sólo les pagaban salarios de miseria sino que, sirviéndose de su prepotencia y arrogancia, se permitían no pagar ni ese mínimo salario a pesar de estar legislado en los preceptos de la Ley de Israel, Dtm. 24, 14-15; Lev. 19, 13; Eclo 34, 21-22. Para justificar su prepotencia y engaño, confundían al pueblo con sus falsas proclamas y el manejo e interpretación de la ley, el derecho y la verdad, Is. 5, 20.

La corrupción de Israel había llegado a tal grado, que en ninguna Institución había honradez; cada cual luchaba por su interés. Así hasta los consejeros del rey aconsejaban falsamente, Is, 28, 14.

La opresión era tan fuerte que el pobre no tenía ninguna dignidad como persona. Los poderes eran tan fuertes que jugaban con el pueblo a su antojo. Los profetas nos muestran con imágenes expresivas el grado de prepotencia de los ricos y el desprecio por la vida del hombre, Jer. 5, 26-27. Unas veces será con el ejemplo del cazador, que prepara la red y coloca los lazos para cazar a su presa. Así eran cazados los pobres, los humillados de Israel sin que tuvieran ninguna defensa. Otras veces la imagen será la de vender al pobre por un par de sandalias como si de un objeto se tratara, Am. 2, 6-7, o el arrancarles la piel y la carne, Miq. 3, 1-2.

Isaías y Miqueas reprochan a los jefes y poderosos el tener la manos manchadas de sangre por la tremenda injusticia ocasionada al pueblo, Is. 59, 3; 1, 15; Miq. 3, 10.

Todo esto, sólo por la ambición del poder y el dinero para gastarlo en orgías, que los profetas ilustran con gran cantidad de detalles debido al escándalo que suponían en una sociedad donde la gran mayoría vivía en la miseria. Isaías nos describe con fina ironía la altivez, el orgullo y el refinamiento de las damas de alta alcurnia que sólo piensan en vestir con lujo desmedido, llenas de pinturas, afeites, adornos y trajes lujosos, Is. 3, 16-23.

Amós; haciendo honor a su procedencia de hombre rudo de campo, nada diplomático, pero con la fuerza de saberse mensajero de la Palabra de Yahvé, arremete con crueldad y punzante agudeza contra la hipocresía de estas damas, que aparentan ser la dueñas del mundo, cuando los atuendos con que se adornan y los manjares y licores con los que se ceban y embriagan son a costa de la vida del pobre. Por eso las llama vacas para mostrar el estilo de vida tan superfluo que llevaban y para descubrirlas como mujeres sensuales dadas a los placeres de la carne que, según la tradición eran exponentes las mujeres de Samaría, Am. 4,1 y ss; Am. 6, 4-5.

Ante esta situación, los profetas, dentro de la más pura tradición Yahvista que revela al auténtico Dios de Israel como un Dios de justicia, toman abiertamente posición en defensa del pobre con la seguridad de estar siendo portadores del mensaje de Dios y lo hacen sin miedo, sin ambigüedad, sabedores de lo justo de su posición. No andan pronunciando medias verdades, ni construyendo frases que puedan interpretarse según el interés particular y el lado en el que se sitúe uno en la vida. Esta es justamente la característica más certera para descubrir cuando un profeta es auténtico: la apasionada defensa del pobre y denuncia del opresor, según lo revelado por Yahvé, el Dios de la Alianza.

Los profetas tenían conciencia del lado en que se sitúan en la vida y se sentían libres para actuar, defender al pobre y denunciar a los poderosos pues su vida estaba bien definida y en sí misma era ya un signo. Vivían sencilla y humildemente sin dejarse atrapar por Instituciones que les obligaran a pactar o a callar por defender unos intereses. El verdadero profeta no se vende, no trastoca ni dulcifica el mensaje del Señor, por eso llegaron a ser la conciencia de Israel y el camino para volver la mirada hacia el Dios verdadero, Yahvé, Señor de la justicia y la misericordia.

### *Los profetas contra los reyes*

Los profetas lo mismo profetizan y combaten a los reyes y dinastías que se vuelven contra el pueblo, desconociendo el mandato de Yahvé. Estas dinastías ya no caminan con la ley del Señor, ya no representan los intereses del pueblo, sino que buscan su enriquecimiento, y sirviéndose del poder trastocan el derecho de los pobres y trabajadores convirtiéndolo en esclavitud. No piensan más que en acumular poder, riqueza y el vivir una vida de lujo desenfrenado.

Estas dinastías de la casa de Israel, debían servir al pueblo y su bienestar conforme a la Alianza hecha por Yahvé. Debían ser servidores y guías del pueblo, pues Yahvé era el auténtico animador de Israel "su poder" no era considerado como tal, sino como dinamizadores y reguladores de la comunidad y administradores de justicia. Pero ellos cambiaron radicalmente el sentido, vanagloriándose en su poder y soberbia, llegando a desconocer al auténtico Dios.

Por eso los profetas arremeten contra ellos, por haber sido infieles a la Alianza a Yahvé y al pueblo al cual debían servir.

Pero los profetas no solamente van contra las dinastías de la casa de Israel, sino contra todo poder que se utilice para oprimir al pueblo, para debastar naciones. Todo lo que vaya contra la convivencia justa y pacífica de los pueblos es denunciado con valentía por los profetas por ser la negación del Plan de Dios y de la vida, Jer. 22, 11-30; Is. 10, 5-13.

### *Contra los falsos profetas*

Como después ha sucedido en la historia, los poderosos se han sabido rodear de personajes influyentes, asesores, intelectuales, pensadores, jefes religiosos para que respalden sus sistemas de injusticia, violencia y terror. Han tratado siempre de enmascarar y justificar la violencia con sistemas de pensamiento y religiones alienantes para someter a los pueblos. Los falsos profetas, que nos presenta el Antiguo Testamento, jugaron ciertamente este papel. Partiendo de la religiosidad del pueblo y de la confianza, que tenía en Yahvé como único Dios de la alianza que había sellado, los Reyes se presentaban como los representantes de Yahvé, como los ungidos por Dios para gobernar según los Planes de Dios. Como la práctica mostraba lo contrario pues la justicia se había tomado en violencia y opresión, necesitaban el apoyo de personas que elaboraran justificaciones que hicieran creíble la práctica de opresión existente. Los falsos profetas jugaron este papel con sus falsas profecías afirmando que eran los directos mensajeros de Dios, confundían al pueblo llamando a la guerra, paz, a la mentira, verdad, a la oscuridad, luz, Ez 13, 1-7, adormeciendo así al pueblo y creando una situación de resignación. Vaticinaban la pronta terminación de la guerra, el regreso de los deportados, la vuelta a un estado de bienestar y la restauración de Israel, evitando el descontento del pueblo contra sus reyes. Daban augurios falsos para satisfacer a los reyes, Jer. 27, 9-16; Jer. 28, 1-15. Para congratularse con el pueblo le ocultaban la realidad y le decían lo que el pueblo quería escuchar escapándose de afrontar la realidad histórica y quedándose sumido en el letargo; así eran bien aceptados por las gentes que no quieren ver el hecho real por encontrarlo crudo. El pueblo les tenía respeto y les obsequiaban alcanzando así un puesto destacado en la sociedad, Jer. 5, 31; 14, 13-16.

Estos falsos profetas utilizaban el nombre de Dios para sus intereses

particulares y para defender el orden establecido. No dudaban en comerciar con la religión, denigrándola a sabiendas, a cambio de obtener buenas ganancias, Miq. 3, 5-8, 11.

Por eso Jeremías, en nombre de Dios, lanza una crítica descalificatoria contra estos mercaderes religiosos por erigirse en portadores de un mensaje y portavoces de un Dios que es totalmente distinto al que anuncian y practican. Son reprobados no solo por su falsedad y mezquindad en sus intereses sino por ser los responsables de equivocar y confundir al pueblo que se desvía de sus objetivos por seguir sus predicciones y enseñanzas. Se les acusa de fornicadores, de impíos, de emparejarse con malhechores, de unirse a dioses falsos y por tanto, de propagar la impiedad por toda la tierra. En vez de dar el mensaje de Yahvé daban preceptos suyos para su propio beneficio, Jer. 23, 10-40.

### *Contra los sacerdotes*

Otro sector, fuertemente fustigado por los profetas, es el de los sacerdotes. Estos al igual que los falsos profetas extraviaron su camino. En vez de seguir los mandatos de Dios y ayudar al pueblo a mantener la Alianza, se pusieron del lado de los opresores y cambiaron fundamentalmente el sentido religioso. Del mensaje ético-liberador del Dios de la Alianza, se fueron al cultualismo ritualista donde los sacrificios ajenos a uno mismo se convirtieron en lo central suplantando así la imagen de Yahvé y su mensaje. Se contentaban con ser oficiantes de unos rituales sin contenido ni sentido ético, que empañaba la revelación dada por Yahvé a su pueblo. Los poderosos encontraron en esta forma de vivir la religión, la justificación a sus abusos y tropelías y convirtieron al hecho religioso en su soporte ideológico. Dios así se contentaba con los sacrificios de animales a El ofrecidos y no exigía justicia interhumana. Lo importante era el culto, la falsa piedad, la religión externa, el aparentar, no el ser. Se podía ser ladrón y asesino y al tiempo muy religioso concretándose el sentimiento religioso al culto vacío.

Los sacerdotes eran quienes controlaban el culto y pasaban por ser, ante los ojos del pueblo, los hombres santos, consagrados a los oficios sagrados en beneficio de la divinidad. El pueblo los respetaba por el carácter sagrado con que estaban revestidos y por el oficio que ejercían: intermediarios entre el pueblo y Dios.

Pero estos sacerdotes lo único que hacían era participar de los privilegios que su status les proporcionaba y oficiaban y enseñaban por el dinero buscando sus intereses particulares, Miq. 3, 11. No tenía una actitud de servicio ni de ayuda al pueblo, muy por el contrario, adulteraban la ley, Jer. 8, 8-9; con su enseñanza y su forma de vida se volvían contra Yahvé, Jer. 2, 8; disponían a su antojo de la ley de Yahvé y de la religión, Jer. 5, 31; se regodeaban en banquetes religiosos, deleitándose en el vino, Is. 28, 7-9. Siendo los señalados para guardar y enseñar la ciencia y la ley por ser mensajeros de Dios, al extraviarse se convirtieron en obstáculo para que el pueblo conociera y viviera la Alianza de Yahvé; así hicieron tropezar a muchos en la ley y corrompieron la Alianza, no siguieron los rectos caminos y practicaron la acepción de personas, Malq. 2, 8-9; de esta forma llevaron al pueblo a la ruina, Os. 5, 1-7 y sólo contaron con el pueblo para aprovecharse de él, Os. 4, 4-8, en vez de servirle, Ez. 34, 2-10. Eran como pastores que abandonan a sus ovejas, Zac 11, 17. Así Dios denomina al sacerdote Pasjur, Terror por su iniquidad y por el dolor que causó al pueblo, Jer. 20, 6.

#### *Los profetas a favor de los pobres.*

Toda esta abierta denuncia contra los estamentos del poder y las estructuras injustas, téñan un objetivo: la defensa apasionada del pobre, del humillado, del jornalero, de la viuda, del huérfano, como el sector humano elegido por Yahvé para su liberación y como sujeto y signo de su revelación a los hombres. Los profetas, en su apuesta por los pobres, en la defensa de sus derechos, en proclamar la dignidad de las personas, no hacen sino entroncar con el Dios de la revelación. Luchan contra los sistemas establecidos y cimentados en la injusticia sabedores de que son contrarios a la voluntad de Yahvé. Tratan de enderezar los torcidos caminos de una religión meramente ritualista sin ningún componente ético, hacia la religión verdadera, la que nos revela Yahvé a través del pobre; así el pobre se convierte en el sujeto de la revelación de Dios a los hombres.

Por eso insistirán con fuerza machacona en que hay que dar los derechos al oprimido, hacer justicia al huérfano y defender a la viuda, Is. 1, 17, en que hay que buscar la liberación del oprimido de manos del opresor, en no atropellar al forastero y en no derramar sangre inocente, Jer. 22, 3, en no arrebatarse el manto al confiado, en no exigir prendas agobiantes, Miq. 2, 8-9, en no cobrar tributos ni practicar sobornos, Am. 5, 7-11, ni en vender al hombre por dinero, Am. 8, 4-6.

La defensa de los profetas, hecha en favor del pobre, es una muestra patente del componente ético de la revelación bíblica que no puede dejarnos indiferentes y que confirma la relevancia que adquiere la lucha por la justicia y las relaciones de igualdad que deben marcar a todo el que admita a Yahvé como Dios revelado en la historia y su empeño en la liberación de toda esclavitud.

### *Los profetas contra el culto*

Ya hemos visto como el hecho religioso puede llevar al confusionismo y a la ambigüedad. En el plano teórico podemos afirmar que somos religiosos porque creemos en un Ser superior que está por encima de nuestras miserias y que es capaz de perdonar y de salvarnos a pesar de nuestras deficiencias. Esta afirmación de fe en Dios el hombre religioso la suele poner en práctica de varias formas: siguiendo su enseñanza y, por lo tanto, manteniendo un comportamiento ético que esté de acuerdo al mensaje que el mismo Dios nos ha revelado, y a través del culto. En la Biblia encontramos también estos dos componentes. En un primer momento, la relación del hombre con el Dios revelado privilegió el componente ético basado en desarrollar unas relaciones de justicia interhumana, que posibiliten una convivencia igualitaria, de fraternidad y de ayuda mutua. Entonces el sujeto privilegiado en la relación del hombre con Dios era el propio hombre a través de la vida en comunión con los demás. Si esto faltaba, se entendía que no había posibilidad de encuentro y relación del hombre con el Dios de la revelación. Pero el tiempo fue difuminando esta exigencia ética y dio paso a una relación más cultualista, basada en los ritos y ceremoniales de sacrificio. La contraposición de la Ley de Santidad a la Ley de la Alianza nos muestra esta otra forma de expresión religiosa. A pesar de conservar la Ley de Santidad lo fundamental de la revelación hecha por Dios a los hombres: el amor al prójimo, Lev. 19, 18, no hay duda de que en la Ley de Santidad queda relegado y que lo que adquiere plena vigencia en la relación del hombre con Dios es el sacrificio cultual. Un sacrificio externo a la vida de la persona que lo ofrece. Esta práctica se hizo tan común que se convirtió en lo esencial del hecho religioso. Las consecuencias de esta práctica fueron tan funestas y calaron tan hondo que han llegado hasta nosotros y todavía hoy tienen una gran vigencia y relevancia.

De esta forma el culto creció, las formas de realizarlo cobraron gran fastuosidad y el hombre disoció la vida de la práctica religiosa llegando a



caracterizarse el culto por la superficialidad y la ruptura entre lo vivido y lo celebrado. Las formas externas adquieren su máxima vigencia llegando a suplantar al mensaje y a la misma revelación.

Los profetas, que tan duramente criticaron el comportamiento injusto de los poderosos, de los falsos profetas y de los sacerdotes frente al oprimido por oponerse al Plan de Dios no podían dejar de denunciar este culto por ser contrario a su voluntad y no ser el vehículo adecuado que expresara la relación del hombre con Dios según lo enseña la Alianza. Así encontramos una gran variedad de textos en los que se denuncia este culto vacío y formalista, Is. 1, 11-18.

Isaías nos muestra el rechazo de Dios por este culto basado en los sacrificios de animales y en la pomposidad de sus formas como la quema de incienso, la multiplicidad de oblaiones vacías y la proliferación de las plegarias. Llega incluso a expresar este rechazo mostrando a Dios tapándose los ojos y los oídos para evitar el ver y escuchar un culto inválido por su superficialidad e hipocrecía, pues al celebrar este culto se está negando al mismo Dios. No por menudear la plegaria y pronunciar el nombre de Dios le estamos honrando y dando culto, si nuestro corazón está lejos de El, Is. 29, 13. Amós hace la misma descripción de este culto al cual detesta Dios y manda que cese, puesto que no se complace en él, Am. 5, 21. Este culto es ilusión, apariencia para el que lo practica que cree que de esta forma llega al Señor, pero Dios lo rechaza sin paliativos, Am. 4, 4-5; Os. 8, 13; Is. 43, 23.

Jeremías avanza en el argumento afirmando que ante esta actitud de culto exterior Dios pondrá tropiezos para que tropiecen en ellos y perezcan Jer. 6, 20-21. Incluso llega a afirmar que por esa ilusión vana de creerse salvos por la presencia de Dios en el templo, llegando a mitificar el lugar sagrado como espacio privilegiado de la presencia de Dios, Yahvé abandonará a su pueblo por ser incapaces de reconocerle en su revelación, Jer. 7, 4-15. Ezequiel también ve cómo la gloria de Dios abandona el Santuario de Jerusalén, Ez. 11, 23. Dios no acepta templos ni lugares para permanecer entre los hombres incluso los rechaza, II Sam. 7, 2-6. No podemos hacer un templo para instaurar y localizar en él al Señor de la creación, Is. 66, 1-3.

El Dios de la Biblia no se complace en los que frecuentan el templo ni estos quedan justificados por ello, Jer. 11, 15; como tampoco se complace ni

acepta el ayuno ritual y vacío añadiendo: "¿Quién os ha mandado ayunar?" Yahvé no ha mandado esta clase de ayuno aunque lo hagamos sistemáticamente. Nos interroga e interpela para que descubramos las motivaciones de por qué hacemos el ayuno. ¿No seremos nosotros los que lo imponemos sin haber reflexionado sobre lo que Dios nos pide? Cuando comía o ayunaba, el pueblo de Israel buscaba su interés, no buscaba a Dios, Zac 7, 4-12, pues sus ojos no escuchaban ni las cumplía. Los israelitas ayunaban para ser respetados ante los demás que eran piadosos y buscar en lo religioso una justificación a su sistema de vida, de rapiña, de acumulación a base de explotar a los trabajadores así como para violentar al desvalído. El manipular lo religioso para ensanchar su poder y su interés. En definitiva, es negar al Dios revelado y autoafirmarse el hombre en su egoísmo, por eso ese ayuno meramente ritual consistía en vestirse de saco y rociarse de ceniza y eso no conlleva ningún sacrificio pues no implica el cambio de vida ni la conversión, Is. 58, 3-5.

Este culto meramente externo, vacío de todo contenido es meramente obra del hombre buscando su interés, dejando a un lado el mensaje de Dios, lo suplanta y llega a caer en la idolatría pues al imaginarnos y crear nosotros a Dios según nos complace, es fácil llegar a desfigurarlo de tal forma que acabemos por aceptar en la teoría y en la práctica a una nutrida constelación de ídolos y dioses fabricados por nuestras manos y a quienes queremos arrancarles favores que satisfagan nuestros intereses, Os. 4, 12-14; Is. 66, 3-4.

Es por esta razón por la cual los profetas rechazan el culto como contrario a la voluntad de Dios. Este fuerte rechazo nos descubre el anticulto existente en la tradición profética. Este anticulto profético resulta duro de asimilar, por eso, la gran mayoría de los católicos afirman que no es el culto en general lo que rechazan los profetas sino un cierto tipo de culto, con lo cual se quedan tranquilos. Entienden el rechazo profético del culto como una reforma de éste, es decir: hay que hacer culto y también justicia o viceversa, hay que trabajar por la justicia y paralelamente asistir al culto. Y completan el argumento afirmando que, si esto no fuera así, sería casi imposible celebrar el culto. En tal argumento subyace la idea de que no es usual entre los católicos preocuparnos por la relación de justicia interhumana.

Sin embargo leyendo detenidamente los textos proféticos que rechazan el culto encontramos que efectivamente estos textos no nos plantean el

reformarlo, sino que afirman que el culto no sirve ni es válido a los ojos de Dios y la alternativa que proponen es realizar la justicia entre los hombres. Amós 5, 21-25 afirma:

"Yo detesto, desprecio vuestras fiestas  
y no gusto el olor de vuestras reuniones.  
si me ofrecéis holocaustos,  
no me complazco en vuestras oblacones,  
ni miro a vuestros sacrificios  
de comunión de novillos cebados.  
¡Aparta de mi lado la multitud de  
tus canciones, no quiero oír la salmodia  
de tus arpas!  
¡Que fluya, sí, el juicio como agua  
y la justicia como un torrente  
inagotable!  
¿Es que sacrificios y oblacones  
en el desierto me ofrecísteis,  
durante cuarenta años, oh casa  
de Israel?"

Lo mismo se afirma en Is. 1, 10 y ss; 29, 13; Jer. 6, 20-21. Jeremías 7, 4-7, pone como condición para que Yahvé se quede en el templo y en Israel el poner en práctica la justicia entre los hombres, el no oprimir al forastero, al huérfano y a la viuda y no verter sangre inocente.

Miqueas también nos refuerza la idea afirmando que no debemos presentarnos ante Dios con holocaustos ni con animales ni con primogénito, sino por el contrario lo que Dios nos reclama tan sólo es practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con Dios, Miq. 6, 6-8, y Oseas rubrica también claramente esta idea: "porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos", Os. 6, 6. Esta cita es recogida más tarde por Cristo durante una comida con publicanos. "Los fariseos al verlo se escandalizaron y dijeron a los discípulos: Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores? Cristo les contestó: Id a aprender lo que significa aquello de "misericordia quiero, que no sacrificio" Mat. 9, 10-13.

## *Conocer a Yahvé*

Afianzando la anterior idea los profetas nos muestran que el realizar la justicia, el buscar la equidad entre los hombres, el mirar por el humillado y el pobre es la prueba eficiente de que se conoce al Señor, Jer. 22, 13-16. Conocer al Señor implica primero escuchar su mensaje y después cumplirlo. Según la enseñanza de los profetas, el conocer al Dios verdadero radica esencialmente en poner en práctica su voluntad que no es otra que: Practicar la justicia, amar al hermano, liberar a los oprimidos, Am. 5, 21-25. Porque Dios no nos pide sacrificios y oblaciones como tampoco se le ofrecieron en el desierto durante cuarenta años, sino amor. Os. 6, 3-6. También Oseas nos da la idea de que conoceremos a Yahvé porque hace con nosotros un pacto de justicia, de amor y fidelidad Os. 2, 21-22. Buscando el bien y no el mal viviremos con Yahvé. Buscando y creando la Nueva Sociedad, desterrando el mal de entre nosotros y viviendo en solidaridad y en paz será la prueba de que conoceremos al verdadero Dios. Pero para conocer al Dios verdadero es preciso cambiar nuestros esquemas religiosos y de vida, al tiempo que nos dejamos empapar de su mensaje. Para ello es preciso cambiar el corazón para convertirnos, vaciarnos de nuestro egoísmo y así estar dispuesto a conocer al Dios totalmente Otro. Jer. 24, 7. Para posibilitarnos la conversión Dios nos ofreció la Alianza, pero para aceptarla es necesario la apertura, el ofrecer nuestro corazón para escuchar la Palabra de Dios que cambia nuestra dureza y cerrazón, Jer. 31, 33-34.

La aceptación de esta Nueva Alianza nos dará el conocimiento de Yahvé ya que tendremos la Ley puesta en el corazón, Jer. 32, 39.

El conocimiento de Yahvé se expresa y se explicita por la práctica de la justicia, Jer. 22, 3, por lo tanto, es imprescindible buscar el bien y rechazar el mal; sin esta dinámica es imposible el conocer al Dios liberador, Am. 5, 14-15.

Los profetas y la ley de la Alianza, máximos exponentes del Yahvismo nos demuestran palpablemente cual es el camino para descubrir al Único Dios: si no practicamos la justicia, si no buscamos la liberación, estaremos incapacitados para conocer a Yahvé. Por tanto, en la enseñanza profética vemos que es imprescindible el componente ético para llegar al Dios bíblico. Cualquier otra motivación religiosa, bien sea la espiritualista, la cultural o la ascética no son garantía para este descubrimiento del Señor. Esto nos

muestra que el impío, el infiel, según la revelación puede estar y en muchas ocasiones está, ligado a una postura que podemos calificar como "muy religiosa", basada en el ritualismo, en la falsa piedad, en la concepción de un dios tapahuecos que suplanta la responsabilidad del hombre. Por desgracia esta concepción está muy vigente en el catolicismo.

La Biblia nos dice que desconocer a Yahvé es practicar el mal, el estar encerrado en sí mismo, el no buscar la justicia, a pesar de que asistamos a los actos religiosos, o de que oremos o invoquemos el nombre del Señor, Miq. 3, 1. Incluso los jefes de la casa de Israel, los falsos profetas, los sacerdotes cuando tuercen el derecho a pesar de pronunciar el nombre de Dios y de dirigir el culto, a pesar de pasar por ser los guías espirituales del pueblo están muy lejos de conocer al Dios Unico, Yahvé, por haberse fabricado unos dioses totalmente distintos y opuestos al Dios de la Biblia, Os. 5, 4; Jer. 2, 8. Donde existe la mentira, la infidelidad, el desamor, la violencia, no hay conocimiento de Dios, por eso nos debe hacer reflexionar mucho y poner en duda el concepto de civilización occidental y cristiana en la cual existe y se genera la desigualdad, la violencia, la marginación y una buena prueba de ellos es la situación de las sociedades latinoamericanas con su lastre de injusticia, a las cuales denominamos mayoritariamente cristianas, donde los dirigentes se autoproclaman como tales y donde la iglesia católica y las diferentes formaciones evangélicas tienen mayor influencia sobre la población, Os. 4, 1-3; Jer. 9, 2-4.

Para descubrir al Dios verdadero, debemos hacer un replanteamiento serio de nuestras motivaciones religiosas comenzando al interior de la iglesia. Cuando damos esos discursos falsamente moralistas o predicamos a un Dios del temor o fomentamos el conformismo, la pasividad, la resignación y esperamos la solución de nuestros problemas de parte de un Dios tapahuecos al cual tratamos casi de "sobornar" con ritos y ceremonias que no son expresión de la confianza en un Dios liberador y enamorado del hombre, hasta el punto de hacemos co-creadores con El, estamos siendo impíos e infieles ya que demostramos con nuestra práctica que desconocemos a Yahvé, el Dios de la justicia y la misericordia. Para volvernos a El borrando las imágenes falsas que nos hemos hecho de Dios es imprescindible que cambiemos nuestro endurecido corazón, desechando los prejuicios que nos impiden conocerle, Jer. 4, 4.

## *Los profetas contra los ídolos*

El pueblo con sentimientos religiosos busca relacionarse con la divinidad, ansía sentir la presencia del ser supremo y trata de ganar su confianza en búsqueda de ayuda y protección pero a menudo en este anhelo de relación del hombre con Dios llega a crear dioses falsos que llenen su vacío y le ilusionen a pesar de que estas falsas deidades sean una ilusión vana que confunden y frustran a la persona. Es en este contexto donde los profetas lanzan una severa crítica contra los ídolos y falsos dioses en los cuales ponía su confianza el pueblo de Israel. Isafas denuncia el interés de los que fabrican ídolos, Is. 44, 9-20; la creación de estos falsos dioses en un obstáculo para llegar a conocer al verdadero Dios, Is. 40, 19-20; 41, 6-7; Sal. 115, 3-8.

Los falsos dioses son obra del hombre por los cuales queda confundido, Os. 13, 2-3; Is. 2, 8. Por eso mandan su rechazo absoluto, Is. 30, 21-22; Hab. 2, 18-19; Miq. 1,7.

La idolatría llega a ser tan profunda, que se apodera de nosotros, anida en nuestro corazón y nos aniquila, impidiendo reconocernos como personas libres capaces de incidir en el cambio de la historia, Ez. 14, 1-5.

La condena de la idolatría, la sentimos hoy muy lejana, pues partimos de la premisa de la fe en un único Dios. El discurso teórico aparece como muy claro y seguro en el monoteísmo. Los católicos lo afirmamos en el credo, lo repetimos en diversas fórmulas doctrinales, sin embargo, al referirnos a ese Dios único no tenemos ya tanta homogeneidad. Para unos será un Dios lejano, un Dios justiciero y poderoso, un Dios del orden y amante de la autoridad jerarquizante, un Dios que nada tiene que ver con la justicia, la libertad y la misericordia. Un Dios que permite el sufrimiento, la muerte, la desigualdad, el autoritarismo sin denunciarlo, realmente este es un falso Dios y cuantos lo promueven o lo invocan para mantener este estado de cosas realmente se han creado un ídolo, producto de su imaginación y de sus intereses particulares. Esto se agrava cuando al pueblo sufriente, oprimido, se le vende la imagen de este falso Dios para que acepte su opresión con resignación y se le incita a solicitarle favores a través de otros dioses menores (santos), que juegan el papel de intercesores, en solución a estos problemas de una forma individualizada, vaciando al ser humano de su potencialidad creadora y de su responsabilidad histórica.

El culto ritual tan hierático, barroco y tan alejado de la vida y a veces con características mágicas no nos muestra la confusión que tenemos sobre el Dios de la Biblia? No asemeja a veces este culto más un ritual mágico dirigido a ídolos y dioses falsos que el culto profundo en el cual se ofrece la propia vida como prueba de agradecimiento, alabanza y reconocimiento por las maravillas del Dios de justicia y libertad que ha efectuado con su pueblo?

Por tanto, la condena de la idolatría que hacen los profetas, también sigue teniendo vigencia hoy y debemos aceptarla como un llamado a la continua conversión que debemos efectuar de por vida para no apartarnos del llamado del verdadero Dios y ser fieles a la Alianza que ha hecho con nosotros.

Este tema de la conversión es fundamental en los profetas puesto que su denuncia contra el mal y la injusticia no es para que quede en el aire; su objetivo es el conseguir que nos volvamos a Yahvé, Jer. 3, 12-25, abandonando a los falsos dioses, Jer. 4, 1-4. Si somos capaces de convertirnos, de cambiar de actitud, Dios está dispuesto a acogernos siempre, Jer. 26, 13. El fruto de la conversión será el participar de la vida de Dios y su justicia, Os. 10, 12. Encontraremos la vida y acabaremos con la oscuridad, Am. 5, 4-6. La conversión para Sofonías es buscar la justicia y la humildad, Sof. 2, 3. Sin conversión será imposible el encontrarnos con yahvé lo mismo que le sucedió al pueblo de Israel, Zac. 1, 3.

### *Persecución contra los Profetas.*

La postura valiente de denuncia realizada por los profetas contra los abusos sociales, políticos y religiosos, desencadenó una fuerte ofensiva contra los profetas. Los poderes instituidos, que justificaban su explotación con la religión y que se creían el pueblo y clases elegidas por Dios, no podían aceptar que, en nombre de Dios, se les criticara, se les descubriera como impíos y perjuros y fueran puestos como ejemplo de infidelidad con su Dios públicamente.

Por eso todos ellos respondieron con la violencia contra los profetas tratando de impedir su discurso.

Los poderosos utilizaron mil argucias para atrapar a los profetas, encarcelándolos y torturándolos a causa de su compromiso con Dios y los

pobres, Jer. 37, 11-16; 38, 4-6; Os. 9, 7-9; Dan 14, 31. Pero no sólo fueron los reyes y poderosos los que persiguieron a los profetas, los sacerdotes también tomaron parte en esta persecución por considerar a los profetas como hombres sediciosos, les mandaban al destierro, Am. 7, 10-13. Los sacerdotes quedan escandalizados al escuchar a Jeremías predicar la destrucción y ruina del templo, predicción hecha en el recinto sagrado. No podían comprender que el santuario, el templo donde moraba Yahvé, iba a ser destruido y, al escucharlo de la boca de un profeta diciendo que era el mismo Dios quien manifestaba la destrucción, les sonaba a herejía. Partían de una concepción de lo santo meramente sacral, sin ningún componente ético; por eso, el escuchar este discurso, fue causa de escándalo, prisión y muerte para Jeremías, Jer. 26, 7-15; Jer. 20, 1-2. Sin embargo los profetas continuaban su labor sin callar su mensaje.

La lucha de los profetas por mantener viva la tradición y pureza del Yahvismo fue dura pues tuvo que enfrentarse a la institución sacerdotal que era quien controlaba el templo, y a los reyes, que creían recibir el poder de Dios. Por tanto, su lucha fundamentalmente fue contra un poder sacral y contra unas estructuras religiosas, opresivas, que mantenían y apoyaban al poder establecido siempre que a ellas les dejaban mantener una parcela de ese poder.

Su combate lo dieron partiendo de una motivación netamente religiosa aunque tuvo una consecución política por su defensa apasionada del pobre y su ataque a los órganos de poder. En ellos no se encuentra una contradicción entre su fe y su compromiso, al contrario, su visión y conocimiento de Dios van emparejados a una toma de posición frente a la realidad social la cual debe ser transformada como expresión de la relación del pueblo creyente con su Dios. Esto queda bien claro en el mensaje profético: conocimiento de Dios es igual a justicia y solidaridad y el perpetuar situaciones de opresión es incompatible con la vivencia de la fe en el Dios bíblico. Desde este momento, no se puede desvincular fe y compromiso por la justicia, hacerlo es desterrar a Yahvé de nuestras vidas y de nuestra historia, y nuestra fe estará puesta en dioses falsos que nuestra imaginación ha creado para autojustificar nuestro egoísmo y reemplazar con una falsa ilusión y confianza religiosa la insatisfacción que nos produce nuestro comportamiento.

Los profetas, fueron hombres laicos que trataron de regenerar una religión adulterada y sometida al poder de los intereses económicos y



políticos y nos descubren una verdad que todavía no hemos llegado a digerir: que las estructuras religiosas son muy frecuentemente impedimento para descubrir al Dios verdadero, por desviar la atención en estructuras piramidales y jerarquizadas y en una interminable serie de normas que asfixian el espíritu de auténtica conversión y renovación continua, imprescindible para aceptar al Dios de la libertad, que nos ilumina en cualquier instancia de la vida. Por eso los profetas nos revelan a un dios que se manifiesta en la vida, en la historia de los oprimidos, fuera de los opresivos cinturones que suelen imponer las instituciones que escasas veces se manifiestan en favor de los pobres. La institución religiosa cree tener el privilegio del conocimiento de Dios, y este conocimiento lo regula a través de normas doctrinales para llevar al pueblo la noción que posee de Dios, y aquél que no acepte estas normas será considerado como impío o hereje.

Los profetas fueron perseguidos por anunciar a un Dios totalmente otro al que anunciaba la institución religiosa y el poder sacral. En cierta manera fueron considerados herejes y subversivos pues anunciaban a un Dios que no necesita de rituales para comunicarse con el hombre. La relación que privilegia y propugna es la práctica de la solidaridad y la justicia entre los hombre como expresión de la unión del hombre con su Dios.

Entre los profetas encontramos a hombres rudos, campesinos, pastores, hombres sencillos sin necesidad de haber pasado por universidades y centros de estudios para ser capaces de conocer y revelar al verdadero Dios, Am. 7,14. Miqueas, del mismo origen, arremete fuertemente contra la civilización de las ciudades por su perversión y desde una visión de hombre rudo del campo. Ambos son un ejemplo de la confianza que Dios pone en el pueblo sencillo, y como hombres del pueblo se convierten en mensajeros de Dios partiendo de sus propias vivencias populares.

El Dios de la Biblia, el Dios que hace una Alianza con su pueblo, no nos da un tratado elaborado de teología ni obliga a conocer una serie interminable de preceptos para agradarle. La elaboración de normas viene dada por la tradición sacerdotal que es la que nos aparta de Yahvé a través de la Ley de Santidad.

## *El anuncio de la esperanza mesiánica (La Nueva Sociedad)*

Los profetas no solamente condenaron la situación de injusticia como una situación de pecado y anunciaron un castigo para los que no se convertían. Un tema fuerte en su predicación y enseñanza es el de la esperanza. A pesar de las dificultades, de las desgracias y las prepotencias, no todo está perdido. Debemos mantener la ilusión personal y colectiva, pues nuestra fe nos asegura que Dios no quiere la destrucción del hombre y del pueblo, sino que busca su vida y su alegría.

Esta esperanza se mantendrá viva en Israel a través de un grupo de fieles seguidores de Yahvé "el resto", Is. 4, 3, pero este grupo es sólo un signo, pues la esperanza viene dada para todos a quienes se nos ofrece un nuevo futuro, Is. 11, 10; Miq. 4, 7; Ez. 12-14.

Los profetas describen este nuevo futuro como una era de felicidad, una sociedad nueva donde se habrá desterrado el temor, el odio, la violencia, la desigualdad, y donde el hombre se encontrará a sí mismo y podrá dar rienda suelta a su creatividad.

Esta sociedad futura se nos describe como una nueva creación en la cual olvidamos los sufrimientos pasados ante la bondad de la realidad presente.

La justicia es el componente fuerte de esta nueva era, pues nadie se aprovechará del trabajo de otro, Is. 65, 17-25; 32, 16-17. Se desterrarán la opresión y la mentira y nadie inquietará la placidez de la vida, Sof. 3, 13. En esta sociedad se habrá anulado a la pobreza y nadie carecerá de lo necesario, Am. 9, 13. Será desechada la violencia y la guerra perderá su sentido, pues la paz será el estandarte de esta restauración realizada por Yahvé, Am. 4, 3; Is. 2, 2-4, 65, 23; Os. 2, 20; Zac., 9, 10. Volverán los deterrados y restaurarán las ciudades y los pueblos para una nueva vida donde la esperanza será realidad, Am. 9, 14. La vida tendrá un carácter lúdico y placido pues Yahvé vive con su pueblo, Miq. 4, 4; Is. 65, 21; Is. 25, 6-8.

Dicha sociedad será posible porque el pueblo estará lleno del conocimiento de Dios, Is. 11, 6-9.

Estas características de la Nueva Sociedad son anunciadas por los profetas como culminación del Plan de Dios en la historia, lo que nos muestra que Dios no sólo reprueba la injusticia que es generadora de pobreza y violencia, sino que el modelo de sociedad que nos propone, será generadora de paz y felicidad. Una sociedad que puede y debe comenzar aquí en la tierra. Los profetas no desencarnan el mensaje de salvación. Nos hablan de un Dios que se encarna en la historia para liberarla y que pide la colaboración del hombre para lo cual es necesario la conversión.

## CAPITULO III

### LA RELIGION DE JESUS

Jesús sigue la tradición profética y la Ley de la Alianza. Queda bien claro en su mensaje y comportamiento, cuales deben ser las líneas centrales de la religión bíblica. Lo definitivo es cumplir la voluntad del Padre, Mat. 7, 21-27; Lc. 6, 46. "No todo el que me diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial, Mt. 7, 21. Muchos me dirán aquel día: "Señor, Señor, no profetizamos en tu nombre y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos milagros", Mat. 7, 22. Y entonces les declararé ¡jamás os conocí! ¡apartaos de mi, agentes de iniquidad!". Mt. 7, 23.

Jesús sigue fielmente la doctrina profética, sobre el conocimiento del Señor. No son las palabras, no es una actitud meramente "religiosa" la que nos acerca al Señor, sino una actitud profunda, de conocimiento de su Palabra, una postura ética llevando a la práctica sus enseñanzas es lo que nos lleva a cumplir su voluntad, que es vivir la justicia y la fraternidad entre los hombres, Is. 29, 13; Am. 5, 21.

No por decir sí meramente, sin convencimiento, sólo por aparentar ante los demás y por quedar bien, vamos a hacer lo que Dios quiere. Es algo mucho más profundo lo que nos exige Cristo; es algo que debe ser meditado, profundizado, algo que sea capaz de transformar nuestra vida, Mt. 21, 28-32.

Tampoco encontramos al Señor en la asistencia continuada al templo privilegiando este espacio como lugar de encuentro con Dios. A menudo convertimos el templo en un espacio místico, que llega a suplantar incluso al mismo Dios, Mt. 12, 6, Jer. 7, 4; Ez. 11, 23.

Jesús está por encima del templo. Es la auténtica revelación de Dios pero su persona, que encarna el mensaje ético fuera de las tradicionales mediaciones sacralizantes es difícil de asimilar por los que tratamos de localizar a Dios en espacios determinados, sin referencia a la vida y al hombre. Preferimos dioses desencarnados y silenciosos ante los cuales debemos postrarnos con reverencia y sumisión y a los cuales tenemos la posibilidad de llegar con ofrendas pero ese no es el Dios de Jesús, Mt. 12, 6. Sigue aquí también el argumento de los profetas cuando amonestan al pueblo por el desconocimiento de Yahvé al no reconocerlo como Dios de la justicia. Por seguir esta falsa conducta, Dios abandonará el templo de Jerusalén, Jer. 7, 4; Ez 11, 23.

El culto vacío es expresión de tradiciones elaboradas por los hombres aunque tratemos de disfrazarlas con ropaje religioso. Pero el Dios de la Biblia, el cual nos hace presente Jesús, no se identifica con este culto ni con este tipo de oración, van dirigidos a otros dioses pues nuestro corazón está totalmente alejado del Dios de Jesucristo, Mt. 15, 7-9. Aquí también Jesús toma una cita de Isaías, lo que nos muestra la identificación de Jesús con la línea profética del Antiguo Testamento, Is, 29, 13.

Entonces, ¿qué conlleva cumplir la voluntad del Padre según el pensamiento de Jesús? Sin lugar a dudas, para poder cumplir la voluntad de Dios y poder agradecerle, debemos cambiar radicalmente nuestra noción de religión. Podemos afirmar que no todo sentimiento religioso es cristiano y, que por mucha práctica ritual y mucha frecuencia en la recitación de oraciones, no nos estamos acercando a Dios. Esto lo denunció con insistencia Jesús y no fue comprendido y esta fue una de las causas que le llevaron a la muerte. Jesús denuncia la hipocresía que se encubre bajo formas religiosas para aparecer ante los demás como buenos e incluso como cercanos a Dios y para tratar de justificar nuestros abusos e intereses egoístas, Mt. 23, 5-6; Mt. 23, 13; 23, 31.

Con esta actitud religiosa, los escribas y fariseos trataban de aparecer como justos ante el pueblo cuando, en definitiva, lo que hacían era devorar las haciendas de las viudas, Mc. 12, 38-40; Lc. 20, 45-47; 11, 37-48. Justamente las críticas más duras de Jesús van contra las personas que pasan por ser las más religiosas en el sentido tradicional de la palabra, poniendo todo su corazón en el cumplimiento de normas externas, puntuales, las cuales no les impiden el explotar al pueblo con todo tipo de engaños e

**injusticias. Según los evangelios esto era lo que más detestaba Jesús porque mostraba un tipo de religión viciada que impedía conocer al verdadero Dios.**

**Según Jesús, cumplir la voluntad del Padre pasa por ser misericordiosos, compartir la vida con los demás Mt. 12, 7. en ello sigue también la tradición profética, Os. 6, 6. Es practicar la justicia entre los hombres. Mateo y Lucas ponen esta práctica de la justicia como la exigencia más fuerte del hombre que conoce al Dios verdadero. Jesús es claro: ante la práctica de la tradición y de la ley según la cual los judíos tenían que pagar el diezmo de sus productos, les recuerda con fuerza que la práctica de la justicia es lo primero de la ley, Mt. 23, 23; Lc. 11, 42. Ante esta exigencia nadie puede escusarse; ninguna otra práctica puede suplirla, es ineludible cumplirla y una vez satisfecha, pueden ejercerse las otras exigencias.**

**Esta es la dinámica que impone el conocimiento de Dios: el establecer relaciones de justicia y amor entre los hombres. Las obras que salen del corazón son la muestra de la comprensión del mensaje bíblico y del conocimiento de Dios; cumplimos su voluntad al tiempo que damos testimonio de El ante los hombres. No es otra la enseñanza de, Mt. 25, 31-46. En la medida en que somos capaces de compartir los bienes con los necesitados, de solidarizarnos con los que sufren, con los oprimidos, en la medida en que tengamos capacidad para acoger al forastero y en la medida en que clamemos por la libertad de los encarcelados, estamos aceptando al Dios totalmente otro enamorado del hombre que se nos revela en la sencillez y grandeza del ser humano. Este es el culto y el ayuno que agrada a Yahvé según nos lo narra, Isafas 58, 5-12. Si practicamos esta conducta, brotará nuestra luz como la aurora y nuestras heridas sanarán rápidamente. Nos precederá nuestra justicia y la gloria de Yahvé nos seguirá. El paralelismo entre Isafas 58, 5 y Mt. 25, 31 es otra muestra palpable de la línea profética en la religión de Jesús. Cuando le pregunta un maestro de la Ley, el cual se supone que conoce, al menos teóricamente, su contenido, cual es el primer mandamiento Jesús le pone un ejemplo concreto para que no quepa duda del contenido. Este es el del amor y ayuda al necesitado. Esta práctica es la prueba del cumplimiento del mandato de Dios a diferencia de la falsa comprensión que tienen el sacerdote y el levita quienes ponen todo el énfasis en el cumplimiento legal a través del culto; por eso pasan de largo, sin ningún remordimiento; cosa rara en unos hombres que teóricamente deben esforzarse en cumplir el mandato divino dado que están consagrados para ello. Su falta de sensibilidad hacia los problemas humanos nos muestran lo**

**difícil que resulta a los ministros y a los fieles, que siguen una religión basada principalmente en el culto, comprender la exigencia ética que nos revela el Dios de Jesús.**

**No es casual que Jesús nos ponga como ejemplo a seguir la actitud de un hombre tenido por hereje del cual según la tradición de la época, no se podía esperar obra buena. Sin embargo no es la primera vez que Jesús pone como receptores de su mensaje a las personas no religiosas y no aferradas a las tradiciones, Mt. 25, 31 y ss; Mt. 21, 31-32; Mt. 21-43. Estos ejemplos nos muestran el contenido radicalmente distinto y nuevo de la religión bíblica. Los que son capaces de ser sensibles a la necesidad y al sufrimiento humano y lo practican solidariamente, son capaces de recibir y acoger el mensaje de Dios. Sin embargo, los que nos aferramos a nuestro sentido religioso como algo consustancial a nosotros y pensamos que en la vivencia del culto y en la conservación de nuestras tradiciones estamos siendo fieles al Señor, nos sentimos incapacitados para abrir nuestro corazón al prójimo y acercarnos al necesitado y, de esta forma, nos estamos apartando del conocimiento del Dios de Jesús.**

**Así Cristo en el ejemplo del Buen Samaritano nos explica lo que es amor al prójimo, que no es otra cosa que ser capaces de acercarnos al necesitado que, en este caso como por lo general, es un hombre que ha padecido una injusticia.**

**San Juan, tan lleno del espíritu de Dios, el amado de Jesús, no nos narra la institución de la Eucaristía sino que nos muestra a Jesús en la Pascua como el liberador, entregando su vida por el pueblo. El culto que pone Juan es signo del culto que Dios acepta y que es el definitivo pues es el que entrega la vida como ofrenda a Dios y por amor a los hermanos. Es un culto existencial que implica el compromiso hasta entregar el ser como prueba del conocimiento de Dios y de la comunión fraternal, Jn. 13, 1-15; 15, 12-13.**

**El conocimiento de Dios nos lleva a adorarle en espíritu y en verdad, ese es el culto que propugna Jesús para relacionarnos con el Padre, Jn. 4, 21-23.**

**Jesús, igual que los profetas, defiende y privilegia a los pobres y a los marginados de la justicia.**

**El mismo nace entre los pobres; con este signo testimonia la predilección del Dios bíblico por los humildes. Los pobres son los primeros en conocer su nacimiento y su significado, Lc. 2, 7-14. Ya María, al alabar al Señor por haberla elegido para ser la madre de Jesús, reconoce la predilección del Dios Bíblico por los sencillos y su apuesta por la liberación, Lc. 1, 47-54.**

Al comenzar su misión, Jesús elige a sus discípulos mayoritariamente entre gente sencilla, trabajadora, Mc. 1, 16-20; Mt. 4, 18-22; Lc. 5, 1-11, y exige como conducta para su seguimiento el abandono de la seguridad y la apuesta por una vida austera, Mt. 8, 20. Los discípulos no deberán buscar el poder ni la riqueza pues la tónica de los seguidores de Jesús será la capacidad de desprendimiento, Mc. 6, 7-9, y el servicio será la señal del conocimiento de Dios, Mc. 10, 43; Mt. 20, 24-28; Lc. 22, 24-27.

Su misión está marcada por el servicio a los más marginados como eran los enfermos, incluidos los que padecían enfermedades consideradas como impuras por la Ley judaica, Mc. 1, 40; 2, 1-5; Mt. 12, 9-14. Los niños, como uno de los sectores sociales más desfavorecidos, también tienen un trato privilegiado de parte de Jesús, que llega a ponerles como ejemplo de conducta para conseguir el Reino de Dios, Mc. 10, 13; Lc. 9, 47. Las mujeres también son reivindicadas en su condición de marginación a pesar del escándalo que provocaba tal posición, Mc. 15, 40; Jn. 8, 3-11; 4, 7 y ss.

Jesús deja bien claro que hay que elegir entre el Dios que ama a los pobres y humillados o la riqueza a la que elevamos a categoría mística que es la que genera las estructuras injustas, Mt. 6, 24; Lc. 16, 13, y llama la atención de los ricos a que se conviertan y cambien de actitud pues su persistencia en el egoísmo da lugar al pecado de la injusticia como le sucede a Epulón en su relación con Lázaro, Lc. 16, 19, y contrapone a los pobres y humillados como bendecidos por Dios a causa de la injusticia sufrida y les promete la liberación con los ricos, quienes son rechazados y maldecidos por su dinámica injusta Lc. 6, 20-26.

## **1. Jesús denuncia y modifica la Ley de la Pureza**

Sin lugar a dudas, Jesús vivió la dinámica de la Ley de la Alianza y entroncó de esta forma con la más pura tradición profética. Su misma vida fue el mayor testimonio de su postura religiosa. Como era habitual en la



tradición profética, la vida del profeta debía ser un signo esclarecedor de su postura religiosa y de la comprensión del Plan que Dios tiene para la humanidad. Así su vida comienza con un nacimiento entre los pobres, sencillo, que nos muestra la trayectoria que va a seguir a lo largo de su vida. Una vida de trabajador artesano, residiendo en un pequeño pueblo, lejos de la gran urbe donde moran los principales y los que aspiran a ser algo dentro del sistema establecido.

Cuando comienza su misión, Jesús surge como un líder sencillo que va desde la periferia a la urbe con un mensaje basado en la más pura tradición bíblica. Pero, dado el carácter institucional y privilegiado que habían adquirido los líderes y sectores religiosos habían llegado a sofocar el componente esencialmente ético de la revelación, suplantándolo por una religión rito culturalista. Dicha religión se basaba en una interminable cadena de normas de difícil comprensión para el pueblo. Parece que había hasta 600 mandamientos dentro de la Ley, lo cual era demasiado para que la gente sencilla pudiera conocer y recordar. Solo los expertos, los profesionales, sacerdotes, escribas, fariseos, etc., manejaban con precisión estas normas, lo que les hacía aparecer como sabios, irreprochables, y garantes de la recta interpretación de la Ley ante el pueblo.

Su vida ministerial está marcada por la austeridad, el desprendimiento de todos los bienes materiales y en cierto sentido, posee connotaciones de la vida nómada del antiguo pueblo de Israel. Jesús y sus discípulos recorren continuamente el país sin poseer una Sede Central desde donde lanzar su mensaje, Mt. 8, 20. Continuarmente el Evangelio nos narra el peregrinar de Jesús y sus seguidores por las tierras más alejadas del país, Mc. 6, 55; 7, 24; Mt. 4, 23; 9, 35; 16, 13; 19, 1; 21, 1, lo que contrasta con la fuerte centralización de la religión oficial centrada en el templo en la ciudad de Jerusalén.

Desde su estilo de vida, a la proclamación del mensaje, Jesús contrasta con la forma de vivir la religión tradicional en su tiempo.

Frente a la rigidez y la norma estricta que era lo que imperaba en la religión judaica, muy influenciada por la escuela farisaica, Jesús cambia radicalmente el estilo para vivir la libertad en plenitud, sin importarle la crítica y la incomprensión en una sociedad basada en la autoridad jerárquica, y en la comprensión de que esta autoridad viene avalada por la voluntad divina. Las

**Instituciones eran incontestadas por la abrumadora distancia existente entre estas y el pueblo.**

En este ambiente, Jesús irrumpe sin mezclarse ni adherirse a ninguna de ellas, como muestra de la gran libertad y novedad que aporta su mensaje. En la iglesia no hemos sido capaces de entender esta actitud de Jesús. Hablamos de la libertad de Jesús y el fruto que produce en los que nos adherimos a su mensaje, pero la práctica, salvo en los primeros tiempos del cristianismo y en algunos colectivos a lo largo de la historia, nos muestra una dinámica distinta. Para los seguidores de este Jesús libre y liberador parece que pesa más la fidelidad a la norma y el acatamiento a la institución que la experiencia y el gusto por vivir libremente la máxima de Jesús expuesta en el Nuevo Mandamiento del amor fraterno, Jn. 15, 12-13. Podríamos decir que, viendo la práctica de los cristianos más nos parecemos a los impulsores de la religión tradicional de la época de Cristo, a la cual combatió con rotundidad y valentía, que al Jesús del Evangelio, el cual no dudó en aras de su libertad, el ofrecer su vida como muestra de ese gran convencimiento en el mensaje que transmitía y en la confianza plena en una causa justa capaz de engendrar vida e ilusión.

Podemos argumentar que las mayorías sociológicamente, sentimos pánico ante el hecho de ser libres, como acertadamente describió Erich Fromm. Que nos resistimos a asumir nuestra responsabilidad personal y colectiva y que declinamos ejercitarla escudándonos en las instancias existentes en los estados, convirtiéndolas en las únicas capaces de proponer y ejecutar, vaciándonos así de toda identidad y responsabilidad creadora. En los pueblos con niveles económicos y educativos incipientes, se suelen dar regímenes dictatoriales que tratan de inculcar que el dictador de turno y su camarilla de seguidores son los únicos capaces de pensar, actuar y de conducir la vida social y política de los pueblos sin riesgos de equivocaciones. En los países más desarrollados, en lo económico, las instituciones denominadas democráticas, pasan por ser el cauce de las aspiraciones de las mayorías, cuando la práctica nos indica, que aún siendo sin duda, preferibles a los sistemas dictatoriales, dada la burocratización, la excesiva concentración de poderes y la desorientadora información ejercida por los medios de comunicación, los ciudadanos nos conformamos con ejercer nuestra responsabilidad y libertad en las épocas de elecciones. Y en estos momentos nos vemos tan condicionados por la propaganda, los miedos, los sistemas de pensamiento imperantes y los intereses económicos

personales, que difícilmente podemos admitir que estos actos son muestra de la libertad personal y colectiva de los pueblos.

Esto que sucede en los ámbitos socio-políticos es buena expresión de la dinámica existente en el nivel religioso. Las estructuras eclesíásticas se han jerarquizado de tal forma, y los cauces existentes son tan reducidos, que los sujetos creyentes nos convertimos en meros individuos pasivos y seguidistas de las enseñanzas marcadas rígidamente por la jerarquía. Esto se agrava en el tema religioso por la experiencia de seducción que produce lo sagrado en la persona, y por la tradición hecha ley de que en este campo, las personas que dirigen la institución deben ser una especie de segregados y privilegiados por sus dotes en la interpretación de la revelación. Son en definitiva, los que tienen la capacidad de dirigir, opinar y promover todo lo referente a la experiencia religiosa. El pueblo sencillo se ha habituado a esta dinámica, se le ha castrado de tal forma su iniciativa religiosa, que van a ser necesarios muchos años, hasta que recupere su libertad y rompa con los miedos y tabúes seculares para decidir cual debe ser la forma de expresar su sentimiento religioso, que se asemeje a la dinámica vivida por Jesús.

Además está dentro del sistema el creer que el ciudadano y cristiano ejemplar es aquel con mayor capacidad de asimilación de las doctrinas oficiales y el que más obedezca sumisa y complacidamente las directrices de las autoridades. Por el contrario, aquel que se atreve a ejercer libremente lo que le dicta su conciencia es tratado de contestatario, peligroso, subversivo, y se tratará de maginarle en nombre de la prudencia, el orden y la tradición doctrinal.

Si esto es lo que impera en nuestro mundo después de tantas revoluciones y experiencias, qué no sucedería en aquella época en que vivió Jesús, tan dominada por la Ley. Por eso, su postura, es más significativa y muestra más su valor, sabiendo que el incumplimiento de algunas normas eran castigadas con la muerte, tal es el caso del quebrantamiento del sábado, Ex. 31, 12-14. Este texto es claramente de la escuela sacerdotal: en contraposición a la tradición deuteronomica en la cual el sábado es descanso para el hombre, en recuerdo de la liberación del pueblo, Dtm. 5, 13-15.

## *Postura de Jesús frente a la Ley*

La postura de Jesús frente a la Ley es clara: opta por la libertad como símbolo de la vida, y la contrapone a la ley, que simboliza la inmadurez personal y colectiva, Mt. 19, 7-8 y que se ha convertido en un peso para el pueblo y su liberación, pues la ley somete al hombre en vez de servirle. Se ha revertido el sentido: para Jesús lo importante e incuestionable es la vida del hombre, y todo lo que se oponga a esta realización hay que combatirlo por ir contra la voluntad de Dios, Mc. 2, 27.

Esta es la tendencia indiscutible como iremos viendo. El bien deseado es que el pueblo viva, la ley debe servir a este objetivo, si se opone a él, la ley no puede tener sentido. Es por esto que Jesús actúa con tal libertad y que se enfrenta a los defensores de la Ley por la ley como bien supremo en infinidad de ocasiones.

Sin embargo, en un texto de Mateo, Jesús dice que no ha venido a abolir la Ley y los profetas. "No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento", Mt. 5, 17. Hay autores que toman este texto para afirmar que Jesús fue un fiel cumplidor de la ley judaica y que nunca actuó de otra manera. La mayoría de los autores, ven en esta declaración no una afirmación en el sentido de ejecutar materialmente toda la ley antigua, sino de perfeccionarla, es decir, de darle su nueva y definitiva forma (Biblia de Jerusalén). José María Castillo en su libro "El proyecto de Jesús", nos dice que el texto de, Mt. 5, 17, se ha de entender en el sentido de lo que el propio Jesús dice en, Mt. 7, 12, "Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque esta es la ley y los profetas".

### *Jesús quebranta la ley al tocar a los leprosos y difuntos*

Nadie pone en duda que Jesús conociera totalmente la ley judaica y fuera por tanto, consciente del papel que jugaba en la sociedad, ni desconocía el peligro que debía afrontar todo aquel que la quebrantara; sin embargo, Jesús actuó muchas veces contraviniendo esta ley, y no lo hizo a escondidas, sino públicamente y en lugares frecuentados como la sinagoga o el templo. Además en ocasiones, podría haber evitado el infringirla sin haber dejado de obrar el bien, pues no afectaba al resultado de la acción, como era el caso de tocar a los enfermos, a los leprosos y a los cadáveres para sanarlos o resucitarlos. Esto nos debe hacer pensar, cuáles serían las motivaciones de

Jesús para actuar de esta forma en que ostensiblemente se descubriría como incumplidor de la ley, y por tanto, haciéndose reo de castigo e incluso de muerte, por su impureza manifiesta.

Nos hace pensar si no sería una táctica de Jesús para manifestar públicamente su postura radicalmente opuesta al sentido legalista y jurídico de una religión que impedía que la vida del pueblo entrara en una dinámica nueva de liberación, por voluntad expresa de Dios. Lo que Jesús hace públicamente en contra de la ley no puede tomarse como un descuido, o una actuación provocativa frente a las posiciones cerradas de sus adversarios. Hay que entenderlo dentro de un contexto más amplio y radical; es el deslindar posiciones entre dos conceptos religiosos diferentes: el de la ley de la Alianza y el de la Pureza. En esta última, prima una concepción legalista, ritualista y hierática de la divinidad. La santidad y la pureza es algo externo, hasta el punto de que una enfermedad es considerada como impedimento para la relación con Dios, hasta que no se haya curado. Este será el signo de estar ya limpio. Era una concepción de la enfermedad como consecuencia del pecado, Jn. 9, 1-2. Así una vez sanada una persona de una enfermedad considerada signo de impureza, debía presentarse al sacerdote para testificar su curación y poder así dejar de ser marginado de la asistencia al culto y de ser readmitido en la sociedad, una vez purgada su culpa, Mt. 8, 1-4; Mc. 1, 43-44; Lc. 5, 14.

Jesús no se siente obligado por esta ley por no considerarla reveladora del Dios de la misericordia, y de su acercamiento a los hombres. La santidad de Dios para Jesús, se encuentra en la irrupción de Dios en la historia de los hombres para liberarles de toda atadura, para acoger lo desechado y marginado, para manifestar una religiosidad que ya habían anunciado los profetas, una religión que produce la vida. Por eso la presencia cercana de lo divino, no mata sino que produce el efecto contrario, da la vida. Es por esto el que Jesús toca a los enfermos, Mc. 6, 56; 7, 32-35; Jn. 9, 6, y ese contacto es signo de comunicación de vida y salud. Es como el sello o salvoconducto que garantiza la auténtica relación del Dios del amor con los hombres y los efectos que produce. El tocar a los leprosos es un signo de acogida, de acercamiento, diríamos de comunión con el marginado. Es el sanar no desde una posición de privilegio y de paternalismo, sino de asunción de una realidad fraternal, de la manifestación de una nueva era para las relaciones interpersonales y sociales, Mc. 1, 40-45; Mt. 8, 1-3; Lc. 5, 12-13, en oposición a tiempos pasados, Lev. 5, 3; 13-45-46. Lo mismo hace para

resucitar a los muertos, Mc. 5, 41; Lc. 7, 14; Mt. 9, 25, es el contacto con el Señor lo que produce la vida.

Jesús con su actuación desacraliza el entorno, pues la cercanía de Dios no produce ni el temor ni la muerte como se creía en la tradición antigua, Ex. 3, 5-6; 33, 20; 19, 21, sino todo lo contrario.

### *Jesús infringe la ley, comiendo con pecadores*

También Jesús actúa contra la ley y la tradición judaica acercándose a los pecadores, conversando, comiendo, acogiendo, lo cual escandaliza a los apegados a la ley, Mc. 2, 15; Mt. 9, 10-13; Lc. 5, 29-32; 15, 1-10. Estas personas por sus malos usos y costumbres no eran bien vistos, siendo considerados impuros por lo que estaba prohibido relacionarse con ellos, Jesús también ejerce su libertad y rompe con esta norma anquilosada e hipócrita que trata de juzgar y descalificar a los otros autovalorizándose uno mismo. Para Jesús este punto de vista es falso, lo que cuenta para Él es el compromiso y la apuesta por la vida, por tanto, entra en contacto donde está el problema, se mezcla con las gentes y sus problemas para, desde ahí ofrecer una alternativa. Su postura no es la de escaparse por miedo a la contaminación sino la del compromiso para el cambio.

### *Jesús incumple el precepto del sábado*

Quizás la forma más llamativa de infringir la Ley por parte de Jesús fue el no respetar el sábado. La transgresión del día santo estaba penalizada con la muerte. Pues a pesar de ser un precepto tan arraigado, Jesús lo quebranta y lo hace en varias ocasiones, en un lugar público como la sinagoga donde acudía el pueblo para guardar el precepto del sábado y para orar. Allí, delante de las autoridades religiosas, Jesús hizo varias curaciones, Mc. 1, 21-25; Lc. 4, 31-36; con el beneplácito de la gente que reconocía en la postura de Jesús una señal de liberación. El Evangelio nos narra el asombro del pueblo ante la autoridad y veracidad de la palabra de Jesús, que realizaba lo que anunciaba; era una palabra de vida que no dejaba indiferente. Conforme había afirmado Isaias: "La Palabra de Dios se asemeja a la lluvia y a la nieve, que no regresan a la atmósfera sin antes haber fecundado la tierra para dar fruto", así la Palabra de Dios realizará lo que anuncia y para lo que ha sido enviada, Is. 55, 10-11. El autor de la Carta a los Hebreos señala también esta característica de eficacia de la Palabra de

**Dios y llega a compararla con una espada de doble filo, que penetra hasta lo más hondo del alma humana, Heb. 4, 12.**

Pero, si el pueblo recibía con alegría y expectación esta palabra eficaz y liberadora de Cristo sin pararse a mirar si esa vida llegaba en el día señalado como santo y si se cumplía o no la ley establecida en la religión tradicional, no ocurría así con las autoridades y líderes religiosos, que ponían el acento únicamente en normas y actitudes externas. Este comportamiento de Cristo les llenó de estupor, indignación y escándalo y comenzaron a espiarle en vistas de acusarlo e incluso con la determinación de eliminarlo, Mc. 3, 1-6; Mt. 12, 9-14; Lc. 6, 6-11. Mateo nos narra en este texto, la actitud de acecho de los fariseos que le provocan en la sinagoga preguntándole si era lícito curar en sábado a un hombre que tenía una mano paralizada. Son los fariseos los que preguntan. Lucas nos narra el mismo hecho, pero la interrogación sobre la validez de curar en el día sagrado, la pone en boca de Cristo, afrontando así la situación de acecho de los fariseos. En Lc. 13, 10-16 vuelve la misma situación ante la curación de una mujer y es el jefe de la sinagoga el que recrimina a la gente el que vengan a curarse en día sábado teniendo otros seis días en que no estaba prohibido. En Lucas 14, 1-6 cura también en sábado en casa de uno de los principales fariseos y es a estos y a un grupo de legistas a quienes interpela Jesús sobre la licitud de curar en sábado.

San Juan nos narra también la persecución de los judíos contra Jesús porque quebranta el sábado, Jn. 5, 7-16; 9, 13-16, e incluso se acrecienta la represión por el hecho de dirigirse a Dios como a su propio Padre, con lo cual se hacía a sí mismo Dios, Jn. 5, 18.

Pero Jesús no se conformó con infringir El personalmente la Ley como ejercicio pleno de su libertad, sino que aprueba y enseña públicamente la actitud de sus discípulos cuando arrancan las espigas para alimentarse en día sábado, además les defiende de los ataques de los fariseos, Mc. 2, 23-28; Mt. 12, 1-8; Lc. 6, 1-5.

### *Jesús y sus discípulos no cumplen con el ayuno*

Aquí la queja de incumplimiento por no observar el ayuno se le hace a Jesús como no observantes a los discípulos, Mc. 2, 18-22; Mt. 11, 16; 9, 14-17. Los discípulos de Juan Bautista y los fariseos eran fieles representantes

de la práctica del ayuno; para los fariseos el cumplimiento del ayuno, como el del resto de los preceptos ha llegado a convertirse en una especie de idolatría. No es que Jesús no practicara el ayuno; el Evangelio nos pone a Jesús ayunando al comienzo de su misión, Mt. 4, 2; Lc. 4, 2. El ayuno de Jesús es un ayuno unido a la reflexión profunda sobre la misión que tiene que emprender, es ponerse en contacto con Dios para aceptar su voluntad e ir dejando nuestros miedos, dudas y egoísmos; es una actitud de fuerte unidad con Dios para ser capaces de convertirnos en mensajeros de su Palabra. Mateo explicará nuevamente esta concepción del ayuno y rechazará la forma de ayunar de los que se aferran a las normas y ritos idolatrándoles y vaciándoles así de todo sentido, Mt. 6, 16. Al mismo tiempo, nos presenta a Jesús quejándose de la actitud de su generación, que es incapaz de conmoverse ante ninguna señal por tener endurecido el corazón. Jesús aquí muestra no seguir la práctica del Bautista y sus seguidores en la doctrina sobre el ayuno, por eso es acusado por la gente de comilón y borracho, Mt. 11, 16.

#### *Jesús y sus discípulos incumplen la tradición de lavarse antes de las comidas*

Otro motivo de escándalo para los fariseos y los aferrados a las tradiciones de sus antepasados fue la de romper con la norma de purificación previa a las comidas. Los judíos tenían costumbre de lavarse las manos, incluso hasta los brazos, antes de celebrar alguna comida y esto lo tenían como algo insustituible. Jesús, al verse libre de esta norma ritual, prescinde de ella con toda naturalidad lo cual es motivo de escándalo y controversia con los fariseos, Lc. 11, 37-38. Marcos y Mateo nos narran esta misma controversia pero ponen a los discípulos como los no cumplidores de la norma, Mc. 7, 1-5; Mt. 15, 1-2.

Esta cadena de hechos es bien expresiva y nos ayuda a comprender cual fue la postura que mantuvo Jesús frente a la religión tradicional de la época. No fue una postura en absoluto conciliadora ni, como hoy llamamos pedagógica, es decir, partiendo de la realidad religiosa del pueblo ir progresivamente desvelando la imagen del Dios bíblico tan adulterada y opacada por esta religiosidad tradicional y, por qué no decirlo, popular. Pues el pueblo guardaba también estos preceptos, los hacía suyos y vivía dentro de esta visión sacralizante de la vida, guiado por sus líderes religiosos, que cada vez le cegaban más y le impedían descubrir al Dios del amor.



La postura de Jesús frente a esta religión legalista fue de ruptura y de abierta confrontación y los Evangelios no nos cuentan que Jesús contemporizara con ella, al contrario, la combatía y la denunciaba como contraria a la vida, como una forma falsa e hipócrita de entender el hecho religioso, como legitimadora de situaciones de injusticia y privilegio para unas clases minoritarias a expensas de la mayoría del pueblo.

Jesús no pone parches a una religión envejecida, gastada, sin sentido por ser vehículo de explotación y adormecimiento del pueblo. No se plantea qué van a pensar de El los dirigentes y el pueblo mismo, si va a escandalizar o le van a acusar de que les quita la fe. Los escritos evangélicos nos dan fe de que Jesús arremete contra esta práctica religiosa por considerarla inválida, por ser instrumento de sumisión y por no ser signo ni revelación del Dios del amor y de la vida para el hombre. Jesús trae algo distinto a la práctica ejercitada en su tiempo, por eso no admite componendas, ni tácticas de "aprovechamiento de los tiempos fuertes" o "días señalados" en la tradición religiosa ni se plantea respetar el "ritmo del pueblo" y su capacidad de asimilación para, desde ahí, lanzar un mensaje nuevo. Si el precepto es alienante, no sirve para ser signo de una realidad liberadora. Los nuevos tiempos liberadores, instaurados por Cristo, anulan el tiempo de la injusticia y el dolor, por eso, necesitan de unos nuevos símbolos que reflejen la vida. Es lo que argumenta Jesús a quienes critican que sus discípulos no guardan el ayuno. Mientras tengan consigo la vida, la alegría representada en Jesús, no tienen necesidad de ayunar. Los signos de la religión de la vida y la libertad deben ser señales plenas de novedad, capaces de iluminar la nueva realidad histórica. Un vehículo viejo y gastado como era la religión legalista, no puede ser signo del Dios de la vida, Mc. 2, 19-22; Mt. 9, 14-17; Lc. 5, 33-39. Los discípulos de Juan y los fariseos con su piedad de la práctica del ayuno lo que consiguen es descubrir lo inválido de esas prácticas al querer rejuvenecerlas. Jesús lo rechaza pues su práctica es totalmente nueva.

Si Jesús incumple la ley, es por considerarla caduca y por ser expresión de una religión que no se ajusta al Plan de Dios ni es reflejo de su voluntad liberadora. Ya hemos visto cómo la ley de Santidad no es expresión de la vida ni de la irrupción y cercanía de Dios en la historia del hombre. Jesús no entra en esa dinámica por ser contraria a su misión, que es la de proclamar un Tiempo Nuevo en el que se cumplen las promesas del Dios misericordioso hechas a través de los profetas, Lc. 4, 16-21; y, precisamente, esta proclamación del cumplimiento de las promesas Lucas la

sitúa en un sábado, día Santo, símbolo de la antigua religión y de los tiempos ya pretéritos.

Estos Nuevos Tiempos tienen que tener símbolos nuevos, que reflejen la nueva realidad social y religiosa. Por eso los pecadores no son rechazados sino acogidos, no son odiados sino que son objeto de misericordia, no son repudiados sino que son buscados para ofrecerles la posibilidad de la conversión, de la curación, Mc. 2, 15-17, como nuevo es el signo de acercamiento y contacto con los auténticos marginados de aquella sociedad como eran los leprosos, los cuales tenían que vivir lejos de las ciudades. Jesús no sólo se acerca a ellos sino que les toca para curarles. Con este signo Cristo muestra su rechazo a unas leyes de la pureza que marginaban al hombre de Dios. Con esta actuación Jesús está denunciando no lo accesorio sino lo esencial de una religiosidad, que no apuesta por la vida del hombre; ese tipo de religión, por muchas que sean sus manifestaciones de piedad y de culto ritualista, no sirven, pues no descubren al verdadero Dios que apuesta por los hombres que sufren. Jesús nos muestra el sentido totalmente opuesto de su actitud frente a la antigua religión basada en las normas, preceptos y costumbres en su explicación sobre lo puro y lo impuro.

Jesús invalida la ley de la pureza por considerar que no es un vehículo para llegar a Dios. Al denunciar dicha ley, Jesús claramente enfrenta a los fariseos por su concepción desenfocada de Dios y por el desafortunado método que practican para llegar a El: Privilegian las formas externas de purificación como mediación para la relación con Dios. Jesús desautoriza esta concepción y propone la suya que entronca con la tradición profética y de la Alianza, Mc. 7, 1-23, que cita a Isaías 29, 13, para denunciar la postura farisaica: La honra que tratan de dar a Dios es meramente declarativa pues el culto es vacío ya que no buscan la verdad y la justicia por estar basado en doctrinas que son sólo preceptos humanos.

Ideologizan la religión pues interpretan el mandamiento de Dios en favor de la justicia y del amor a la persona a su antojo conforme a sus intereses. En esto consiste la religión enajenante, en anunciar la Palabra de Dios, que es libertad y justicia interhumana y en convertirla en un sistema de normas hecho a la medida del interés de unas clases privilegiadas sometiendo así al pueblo so pretexto de hacer la voluntad de Dios y de honrarle, Mc. 7, 13.

Jesús denuncia esta práctica religiosa de hipocresía ya que trata de encubrir en fórmulas religiosas la realidad social y su vida engañosa. Este tipo de religión sirve de justificación a una práctica injusta pues, al poner el acento y la centralidad del mensaje en prácticas rituales, permite a las clases privilegiadas aparecer como las más fervorosas cumplidoras de la ley a causa de su capacidad económica para ofrecer más sacrificios y regalos al templo, por su situación privilegiada en el campo intelectual, lo cual les capacitaba para el conocimiento y manejo de la Ley, llegando a añadir a la Tora (ley de Dios) toda una amalgama de preceptos, que, en la época de Cristo, llegaron a alcanzar la cifra de 613.

Las clases privilegiadas, que dirigían la sociedad en lo político y religioso practicaron un reduccionismo religioso adaptando la ley de la Alianza a sus intereses particulares, inmovilizando así al pueblo al separar la exigencia ética de la práctica religiosa y al canalizar su esperanza e ilusión hacia doctrinas elaboradas por hombres, lo cual impedía llegar a conocer la auténtica religión y la revelación de Dios, Mt. 23, 13; Lc. 11, 52. Ante esta inflación de preceptos, Jesús enfatiza que lo único importante es guardar y respetar el principal mandamiento, que encierra toda la ley y los profetas: El amor a Dios y al prójimo como a uno mismo, Lc. 10, 25.

Jesús enfrenta así el problema central: o se apuesta por la vida o por la muerte, por la libertad o por la sumisión y no entra en la cuestión periférica y anecdótica de si hay que lavarse las manos antes de comer o no, sino en lo que ese hecho encubre: la injusticia y la tergiversación del mandamiento de Dios en favor del amor y la justicia.

Nada hay fuera del hombre que, entrando en su corazón, pueda hacerlo impuro, sino lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre, Mc. 7, 14-16; Mt. 10, 11, y más adelante Jesús afirma que la Ley de la Pureza y el legalismo no representan la voluntad de Dios, por tanto hay que eliminarla, Mt. 15, 13.

• La concepción legalista de la religión lo que trata es de desviar la atención de la inexorable obligación de la justicia para encauzarla a sus prácticas rituales externas e ineficaces. Carlos Bravo Gallardo en "Jesús hombre en conflicto", dice que: "lo que amenaza la vida y la identidad del pueblo es lo que de él salga. Es la injusticia inmersa en ese listado de formas de alterar las relaciones humanas lo que amenaza la vida, no los tabúes

rituales en torno a la impureza lo que impide al pueblo comer, no es tener las manos sucias, sino la voluntad de unos cuantos de no compartir su pan".

### *Jesús y su posición frente al sábado*

Lo central de su actitud frente al sábado nos lo da al asegurar que "el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado", Mc. 2, 27. "De suerte que el Hijo del Hombre también es Señor del sábado", Mc. 2, 18; Mt. 12, 8; Lc. 6, 5. Este argumento nos muestra la alineación de Cristo con la Ley de la Alianza, Dtm. 5, 14 y la fuerza que pone en hacer creíble este axioma.

Jesús no se contenta con predicar sino que lo pone en práctica en numerosas ocasiones y públicamente para que no quepa duda. Cura insistentemente en sábado y además lo hace en la sinagoga para testificar que para Dios la vida del hombre es lo que importa y no el precepto de guardar el sábado, Mc. 3, 1-5; Mt. 12, 9-14; Lc. 6, 6-11. Jesús sigue la línea profética cuando condenaba el culto. No nos dice que hay que amar la justicia y seguir con el culto sino que el culto que Dios ama es practicar la justicia y la misericordia con los semejantes. Jesús lleva la misma dinámica: es esto lo que nos presenta Lucas a raíz de la curación de una mujer en la sinagoga, Lc. 13, 10-13. A continuación el jefe de la sinagoga, indignado por esta actitud de Jesús, increpa a la gente diciéndoles que tienen suficientes días en la semana para venir a curarse sin tener que hacerlo precisamente el sábado. La inquietud que se nos plantea es la de por qué Jesús no aprovecharía los restantes seis días para efectuar las curaciones. Muy bien podría haber hecho lo que proponía el jefe de la sinagoga, sin embargo, no es eso lo que quiere hacer Jesús; su objetivo es el de afirmar la primacía del hombre sobre el sábado. El concepto de lo sagrado varía sustancialmente: ya no es el sábado, o sea un tiempo específico, sino el hombre y por tanto para honrar a Dios no hay que buscar lugares ni tiempo sino que se le debe honrar a través de la búsqueda del bien del hombre y esto es imperativo el hacerlo en cualquier momento en que alguien lo necesite. Jesús cambia radicalmente el sujeto religioso; ya no es más el espacio o el tiempo sino el hombre y la experiencia de vida. Esto es fundamental no sólo para aquellos tiempos sino para nosotros mismos que hemos vuelto a privilegiar los tiempos, el espacio y el culto como sujetos religiosos en detrimento del hombre. Es ilustrativa la actuación de Jesús para nosotros que tantas veces predicamos el amor a los demás como esencial para cumplir el mandamiento de Dios, y después lo

**descuidamos y tratamos de honrar a Dios en el cumplimiento del culto dominical y otras normas y devociones ritualistas convirtiendo de nuevo la religión en algo externo a nuestra experiencia de vida. Jesús, para afirmar y testificar lo esencial, lo practica y denuncia al tiempo aquello que es objeto de confusión y de distracción de lo fundamental.**

Si Jesús hubiera querido decir que guardaran el sábado, al tiempo que hacían el bien a los necesitados, no habría quebrantado el sábado con la asiduidad que nos muestra el Evangelio, y, además, habría instado a sus discípulos a que así lo hicieran, Mc. 2, 23-24; Mt. 12, 1-8; Lc. 6, 1-5. No lo hace así, sino que los defiende y recrimina a los fariseos por no comprender lo esencial de la Ley: "Misericordia quiero que no sacrificio", Mt. 12, 7 haciendo suyas las palabras del profeta, Oseas 6, 6.

Jesús borra el culto judío tradicional, el sábado, la pascua, los tabernáculos, la dedicación son fiestas de judíos, no de los seguidores de Cristo, Jn. 5, 1; 6, 4; 7, 2. La fiesta judía deja de tener sentido en su presencia. Dice que en sábado El trabaja siempre, como su Padre, Jn 5, 17. No hay que pedir la lluvia en fiesta de pascua pues Jesús es la fuente de agua viva, Jn. 7, 37-38.

Jesús tocó aquí algo sustancial en la comprensión del hecho religioso para la gente de su época y para la nuestra. Nuestra época tampoco ha llegado a asimilar que lo más importante en nuestra fe y lo que se nos exige por encima de todo, es buscar el bien del hombre, lo demás, es accesorio y no obliga. Es un cambio tan radical en la mentalidad religiosa de aquella época, y también de esta, que no podemos digerirlo ni aceptarlo. Desde ese momento, nos narran los Evangelios, a Jesús se le consideró un próscrito y se buscaba la manera de eliminarle, Mt 12,14; Mc 3,6.

En la actualidad ahogamos esta exigencia del amor y la justicia en fórmulas culturales y las justificamos con infinidad de teorías que respaldan nuestro comportamiento religioso.

No se encuentra explicación lógica para seguir manteniendo esta postura culturalista al extremo, sobre todo, en los pueblos menos desarrollados y en los sectores más deprimidos. Se dice que a través de estas manifestaciones rituales y devocionales encontramos el vehículo adecuado para dar testimonio de la primacía del amor sobre el tiempo y el espacio.

sagrados. Y la práctica nos muestra que esto no es así, que al pueblo sencillo le es sumamente difícil descubrir el imperativo de la justicia y del bien del hombre a través de una serie de cultos en los que por tanto tiempo el clero y el mismo pueblo han privilegiado como instancia de acercamiento y relación del hombre con Dios. El mantener esta dinámica es prueba fehaciente de la no admisión de la práctica de Cristo y la no aceptación de que lo único verdaderamente sagrado y por tanto inobjetable es el no violar la vida del hombre.

Cuando en los niveles más netamente populares de Latinoamérica se llega a no admitir una celebración de la Eucaristía fuera de un recinto denominado sagrado, cuando el culto adquiere connotaciones míticas y se asemeja más a los rituales sacrificiales del A. Testamento donde el sacerdote adquiere un sentido sagrado a quien se le debe reverencia en detrimento del pueblo, no podemos hablar seriamente, aunque lo hagamos con supuesta buena voluntad de seguir la práctica de Jesús.

Jesús parte desde una posición laica, no vinculado a una institución sacral como es el sacerdocio, ni unido a espacios ni tiempos sagrados para afirmar la supremacía del hombre sobre este entorno sacral. Cómo podremos los sacerdotes, religiosos y laicos integrados en una institución denominada sagrada, lograr la desacralización de la Iglesia y su entorno en favor de la supremacía del ser humano? Cómo poder afirmar que lo sagrado y privilegiado por Dios, según la enseñanza de Jesús, se encuentra en lo profano, cuando manifestamos tanto temor al mundo secular y cuando todavía tratamos de fortalecer las instancias de lo sagrado como elementos privilegiados para la salvación?

## 2. Jesús y su posición frente al templo

Ante el templo, como lugar y espacio sagrado, Jesús muestra una actitud similar a la manifestada frente a la sacralización de la Ley y el tiempo, reflejado en el sábado. Su postura es netamente desacralizante. No encontramos en Jesús una postura de vinculación al templo como lugar sagrado o privilegiado para el encuentro con Dios. Por el contrario, en los Evangelios encontramos una postura de lejanía y distanciamiento frente al templo y a toda manifestación que representaba la religiosidad oficial y tradicional de Israel.

Más bien, volvemos a encontrar la coincidencia con las posturas de denuncia profética hacia lo establecido por encontrarlo viciado, obsoleto y no ser el camino para el encuentro con Dios. Los profetas denunciaron la vaciedad de un culto basado en ritos externos y sacrificios de animales por no ser expresión de la Alianza sellada entre Dios y su pueblo, Is 1, 11-18. Pero no solamente denunciaron el culto sino también el templo por haberlo llegado a mitificar de tal forma que parecía que su presencia garantizaba la salvación. Lo convirtieron en el lugar de la definitiva manifestación de Dios, Jer. 7, 2-4; Ez 10, 18.

Esta apreciación venía desde la época en que Salomón comienza la construcción del templo para centralizar la presencia de Yahvé en un sólo lugar, I Rey 5, 15-19. Hasta ese momento Dios acompañaba a su pueblo en su peregrinaje, Ex. 40, 34; II Sam 7, 6. A Yahvé se le encontraba en la historia no en un espacio geográfico. El arca acompañaba al pueblo en su lucha de liberación y era la señal de la presencia de Yahvé, I Rey 8, 1-8

Pero Salomón trata de asegurar la presencia permanente de Dios en Jerusalén donde tiene residencia la corte y para esto comienza la construcción del templo, I Rey 5, 15-19. Para su edificación se emplean los mejores materiales, la madera empleada es sacada de los cerros del Libano, I Rey 5, 20, que cubrirá con planchas toda la estructura interior, I Rey 6, 15-30; I Rey 7, 1-5. El lujo fue majestuoso cubriendo con oro el Santo de los Santos, lugar donde se colocó el arca de la Alianza

La construcción del templo empleó una ingente cantidad de trabajadores según nos narra el Libro de Los Reyes: Se hizo una leva de 30.000 hombres I Rey 5, 27-32, y además había setenta mil hombres para el transporte de materiales y ochenta mil trabajadores de la piedra.

Toda esta grandiosidad en la construcción del templo va a cambiar radicalmente la noción de Dios en el seno del pueblo. El Dios nómada, que acompaña a su pueblo en el devenir histórico, va a ser convertido en un rey poderoso, más que los grandes emperadores de la tierra, un Dios que produce temor y, que será capaz de castigar a quien no realice los sacrificios conforme al complejo ritual establecido por la clase sacerdotal. Es un Dios que ya no acompaña sino que exige ser acompañado, visitado y honrado en su morada. Así, el templo hegemoniza la localización en su recinto de la presencia de Yahvé, I Rey 8, 22-29; 9, 3

Desde este momento, el pueblo debe acudir al templo para encontrarse con su Dios, donde elevará sus peticiones más variadas, perdón de los pecados, en contra del prójimo o de Dios, solicitud de lluvias cuando los cielos se hayan cerrado a causa del pecado, solicitud de buenas cosechas y paralización de las pestes y enfermedades, I Rey 8, 31-40

El templo centraliza el culto hasta el extremo de convertirse en el lugar privilegiado en Israel como lugar de veneración a Dios. Hasta los extranjeros, provenientes de los países más alejados, llegarán a rendir culto a Dios al templo de Jerusalén, I Rey 8, 41. Incluso, estando fuera de Israel, para elevar la plegaria los fieles se tenían que colocar en dirección a la localización del templo, I Rey 8, 48.

En su inauguración, Salomón ofreció en sacrificio veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas, I Rey 7, 5, y este despliegue de sacrificios continuó hasta hacerse norma, lo cual llegó a convertirse en una creciente fuente de ingresos para la ciudad de Jerusalén.

La importancia del templo fue tal que sin duda la relevancia, que ocupaba Jerusalén en relación al resto de la ciudades de Israel, le viene dada por ser la sede de la casa de Yahvé. El templo, debido a su grandiosidad y continuas guerras e invasiones, necesitaba de continuas refacciones. Así era una fuente inagotable de absorción de fuerza de trabajo. Según Josefo, en los años 62-64 después de Cristo cuando se terminaron las obras de reconstrucción, quedaron sin empleo más de dieciocho mil trabajadores y en su comienzo empleó a diez mil trabajadores en una ciudad de venticinco mil habitantes y empleó también a mil sacerdotes adiestrados para efectuar trabajos en los recintos prohibidos a los "laicos". El templo constituía el centro de una colonia de profesiones sobre todo en la etapa que duró su construcción pero, incluso durante el ejercicio del culto, que era interrumpido. Allí encontraban trabajo los canteros, carpinteros, plateros, orfebres y fundidores de oro.

El trabajo se realizaba en la modalidad de destajo, los salarios eran generalmente altos y el tesoro del templo estaba obligado a socorrer a los obreros que se quedaban sin trabajo. Estas características convertían a los obreros del templo en los privilegiados de la ciudad. Se convertía así el templo en la mayor empresa de la ciudad, que movía una gran cantidad de dinero y que hacía crecer en su entorno toda una serie de profesiones y



transacciones comerciales de gran envergadura. Entre las profesiones relacionadas con el templo estaban los artesanos, que proveían las necesidades del culto, los que preparaban los panes de la proposición y los perfumes a quemar; se daba el caso de que las dos familias que se encargaban de estos menesteres, llegaron a hacer una huelga para exigir un aumento de salario; estaban también los que cuidaban las cortinas del templo y las cambiaban, los artistas y tejedores, que confeccionaban cortinas para el templo, al menos confeccionaban dos cortinas de veinte codos de ancho y cuarenta de largo al año; los orfebres, que trabajaron en la construcción del templo y después en su conservación. Se compraban placas de oro con el excedente de los impuestos que se cobraban a los judíos del mundo entero y se empleaba el oro en revestir el Sancta Sanctorum. Trabajaba también un maestro fontanero que era el responsable del abastecimiento de aguas, los barberos que aseaban a los sacerdotes y levitas, el médico del templo el cual, al parecer, tenía mucho trabajo debido a la gran cantidad de sacerdotes existentes y a sus continuas heridas que se ocasionaban al realizar los sacrificios de animales, y a la atención de sus enfermedades.

El templo fue quien le dio su gran importancia a Jerusalén. Así, partiendo de un hecho religioso, llegó a cimentar su importancia económica y política. Partiendo de una religión basada en el culto se desprende la importancia y el desarrollo de la economía y la infraestructura que llegó a hacer de Jerusalén la urbe por excelencia de Israel.

El templo atraía a multitud de peregrinos tres veces al año, pero sobretudo, en la pascua. Esta gente tenía que alimentarse y guarecerse lo cual generaba una gran fuente de ingresos. Además, según la ley, los que moraban lejos se veían obligados a cambiar en dinero los productos que traían para gastarlo en la ciudad. Esto estaba decretado y así todo israelita debía gastar en Jerusalén una parte de sus ingresos anuales. Existían dos diezmos: uno se entregaba a los ministros del culto y el segundo se gastaba en la ciudad.

El templo tenía no solo importancia religiosa sino también económica debido al culto que continuamente se realizaba y al impuesto para el templo. Se calcula que, sólo por este concepto, se recogían unas diecisiete mil toneladas de plata anuales.

Los ingresos del templo procedían de donaciones provenientes de todo

el mundo, de las tasas previstas por la ley según el impuesto de las dracmas, del comercio de víctimas, del pago de los votos, de las entregas de madera, de las rentas provenientes de los inmuebles.

Tenía tal importancia el templo que hasta la conservación de los edificios de la ciudad, la limpieza, pavimentación de las calles y conservación del servicio de agua, corría a cargo de los fondos del templo.

El culto era fastuoso, para realizarlo se traían las más lujosas mercancías: maderas, tejidos de la India para las vestiduras del Sumo Sacerdote (las joyas que lucía en su pectoral estaban consideradas como las más preciosas del mundo) y quizás lo que movía la mayor cantidad de dinero era el mercado de animales que se utilizaban en los sacrificios. Diariamente se hacían sacrificios públicos de la comunidad. Durante la Pascua se ofrecían a diario dos toros, un camero, siete corderos como holocausto y un macho cabrío como sacrificio expiatorio, pero no sólo se hacía el sacrificio público sino que se realizaban infinidad de sacrificios privados, que tenían como objetivo recuperar la pureza legal y que, a veces, llegaban a ser verdaderas hecatombes. Herodes, cuando terminó la reconstrucción del templo, sacrificó trescientos toros y en las fiestas esto aumentaba considerablemente.

Este gran desarrollo del culto es lo que fortaleció el comercio en Jerusalén. En la ciudad había varios mercados de animales, unos profanos y otros de ganado exclusivo para los sacrificios. Sobre el monte de los Olivos había dos cedros y bajo ellos se colocaban tiendas con los objetos necesarios para los sacrificios de purificación como eran palomas, corderos, aceite, carneros y harina e ingentes cantidades de pichones. Llegaban a contarse en torno a trescientas tiendas de animales ritualmente puros para los sacrificios y ochenta tiendas de tejidos de lana en los alrededores de Jerusalén. En la explanada del templo existía también un comercio de animales donde se situaban lo cambistas y usureros de todo tipo.

El culto del templo era el que generaba esta fuerte actividad económica, la cual enriquecía a la nobleza sacerdotal, a los cambistas, a los grandes comerciantes y a los arrendatarios de edificios y locales comerciales con los cuales especulaban.

En definitiva, el templo generaba una serie de intereses que, partiendo

de un hecho religioso, se expandía a lo económico, social y político.

Frente a este hecho vamos a reflexionar cual fue la actitud de Jesús y sus repercusiones.

A diferencia de Juan, los Sinópticos sólo sitúan a Jesús en Jerusalén la última semana de su ministerio, por tanto, la predicación y ministerio de Jesús la desarrollan fuera del templo.

Jesús realmente no estuvo ligado al templo ni por el lado institucional ya que no participaba de la casta sacerdotal ni su práctica religiosa se entroncaba con la religión tradicional ni con el culto. Jesús tuvo una postura, que podemos calificar de radical, frente a la religiosidad tradicional judía. Por tanto, Jesús no privilegió el espacio sagrado, el templo, como lugar de enseñanza de su mensaje, al contrario, fue el espacio profano, laico, el escenario de su vida y su misión y, esto no como hecho fortuito o secundario. A Jesús no es que no le agradara el templo como lugar por el culto que allí se desarrollaba por oposición a la jerarquía que lo dirigía, su oposición al templo y al culto provenía de algo mucho más profundo y venía dada por la concepción del hecho religioso. Jesús, como máxima revelación del Dios de la Alianza, afirma la indiscutible predilección del hombre como sujeto receptor del amor de Dios y sus promesas. Todo aquello que distraiga o se oponga a este fin y a esta dinámica de relación directa de Dios con el hombre y viceversa, todas las falsas mediaciones que se interpongan o dificulten esta relación hay que desecharlas. Esto es lo que pone de manifiesto la actitud de Jesús y, claro es, esta actitud y este compromiso irritaron y escandalizaron de tal forma a la clase dirigente, religiosa y política, que le llevaron a la muerte.

Nosotros hoy día, leemos en el evangelio sus discusiones y enfrentamientos con los piadosos y líderes religiosos de la época y parece que vemos muy clara la situación y apostamos por la actitud de Cristo. No parece tan definida nuestra postura cuando analizamos nuestra religiosidad en la teoría y en la práctica, pues claramente ponemos el acento en la Ley de la Santidad o Pureza aunque ahora no lo materialicemos en sacrificios de animales sino que más bien esté marcada en signos de carácter piadoso y espiritualista. Sin embargo, nuestra religiosidad tiene muchos puntos de contacto con la religiosidad tradicional judía y la postura de Jesús deberá causarnos inquietud y recelo: nuestras iglesias y templos tienen muchas

semejanzas con el templo de Jerusalén, suelen ser los edificios más notables en nuestros pueblos y ciudades y procuramos adornarlos con el mayor lujo y esmero. El concepto de que Dios mora principalmente en el templo, sigue vigente en nosotros, no tenemos Sancta Sanctorum, pero el Sagrario, en la práctica, recuerda a la concepción judía; la ofrenda de velas, incienso y adornos para los templos y el continuo culto, intensificado en momentos fuertes, tiene sin duda, semejanza con la religión culturalista de Israel a la cual se opuso Jesús. Nos cuesta mucho aceptar el hecho de que Dios se revele y manifieste en el hombre y en los acontecimientos profanos como son los hechos históricos o, para decirlo en lenguaje del Vaticano II, en los Signos de los tiempos. Lo sagrado nos sigue produciendo respeto, temor y al templo lo consideramos como un espacio sagrado en el cual debemos guardar silencio y una cierta compostura muy alejada de la que utilizamos en nuestra vida diaria; nos cuesta trabajo dialogar incluso sobre temas específicamente religiosos. El sacerdote parece ser el único indicado para hacerlo y, cuando se comienza una incipiente apertura y se permite ya la homilía comentada, hay muchos fieles que se escandalizan por la falta de respeto que supone hacia la santidad del lugar donde mora Dios. De otro lado, cuando salimos de los recintos sagrados al espacio profano de la vida normal, nuestro comportamiento religioso ya no tiene nada que ver. Se puede robar, insultar, oprimir, pues en ese espacio ya no mora Dios, su presencia está delimitada en exclusividad al templo, el espacio profano es patrimonio del más fuerte y el Plan de Dios parece que no tiene nada que ver con esa dinámica. Podemos argumentar que resulta un tanto desfasada en la actualidad y, aún admitiendo que se ha avanzado bastante, todavía una buena parte de los cristianos seguimos teniendo esta visión del hecho religioso.

Pues si todavía en este tiempo oponemos resistencia a una visión más desacralizante del mundo y de las relaciones del hombre con Dios podemos imaginarnos el impacto que causaría el comportamiento de Jesús frente a la religiosidad tradicional y en concreto frente al templo.

Los Sinópticos nos ponen el comienzo del ministerio de Jesús fuera del recinto sagrado; nos sitúan a Jesús en Galilea es decir, en un territorio periférico y, desde allí, comienza a predicar y a vivir la Buena Nueva, Mc. 1, 14; Mt. 4, 12-17; Lc. 4, 14-15. El grueso de su misión, excepto la llegada a Jerusalén en la última semana de su vida, Jesús realiza su misión en lugares profanos, entre la vida de la gente, Mc. 2, 13; 4, 1; Mt. 13, 1; Mc. 3, 7-8; Mt. 12, 15-16. Innumerables momentos de su vida y su misión se

desarrollaron fuera del lugar sagrado como la multiplicación de los panes, que se realizó al aire libre, en contacto con la naturaleza, Mc. 6, 30-44; Lc 9, 10-17; Mt. 14, 13-21. Las Bienaventuranzas o sermón del monte, Mt. 5, 1-12; Lc. 6, 20-23. La transfiguración en la que Jesús manifiesta la gloria de Dios se da también fuera del templo, Mc. 9, 2; Mt. 17, 1.

Un gran número de curaciones también se realizan en los lugares comunes de vida de la gente, incluso en sus propias casas como la curación de la suegra de Pedro, Mc. 1, 29-34; Mt. 8, 16; Lc. 4, 40; o en los caminos y puertos, Mc. 6, 53; Mt. 8, 2-4; Mc. 1, 40-41; 5, 1; Mt. 9, 18-26; Mc. 2, 1-12; Mt. 9, 1-8; Lc. 5, 17-26.

La Institución de los doce tampoco se hizo en un lugar señalado y con una ceremonia especial ni previa formación tradicional ni académica, Mc. 3, 13-18; Mt. 10, 1-4; Lc. 6, 12-16.

Para orar, Jesús tampoco acudía al templo, solía hacerlo en los montes, Mt. 14, 23; Lc. 9, 28; en el campo Lc. 5, 16; 9, 18; Mc. 1, 35; en lugares solitarios.

Al mismo tiempo, como buen conocedor de las tradiciones de su pueblo, sabía que la religiosidad estaba estrechamente vinculada al templo y a la sinagoga. Es por esto que aprovechaba esos momentos en los que se reunía gran cantidad de personas para en el centro, símbolo de la religiosidad, proclamar también su mensaje que contrastaba con mucha más fuerza en ese lugar, Lc. 19, 47; 21, 37; Jn. 7, 14.

Jesús en la sinagoga da muestra de la fuerza y novedad de su mensaje sanando a los enfermos, Mt. 12, 9-14; Mc. 1, 23-26; 3, 1-6.

En el recinto sagrado del templo enseña cual es la verdadera limosna, Mc. 12, 41-44; Lc. 21, 1-4.

Utiliza el templo para denunciar lo falso de la religiosidad tradicional descubriendo las motivaciones de los ricos cuando se acercaban al templo a ofrecer limosna, Mc. 12, 44. Para descubrir la hipocresía farisaica Mt. 23, 13-32 y contraponer la misericordia y la dinámica de la auténtica religión, Jn. 8, 7, para desenmascarar el afán de aparentar ante los demás, Mt. 23; 6-12 y descubrir la falsedad de las autoridades religiosas, que se erigían en jueces de

todo el mundo, Mt. 21, 23-27; Mc. 11, 27-33; Lc. 20, 1-7 y trataban de aparecer justos a los ojos de los demás mientras robaban las haciendas a las viudas, Mc 12, 38-40 para denunciarlos públicamente por haberse apoderado de la cátedra de Moisés, Mt. 23, 1-12, y por ser asesinos de los profetas, Mt. 21, 33-46; 23, 29; 23, 35; Mc. 12, 1-12. Enfrenta a las autoridades judías que le tratan de hereje por proclamarse Hijo de Dios y tratan de apresarle allí en el templo, Jn. 10, 34, y en el centro del culto y máximo exponente de la religiosidad tradicional y de la Ley de Santidad afirma lo central de la Ley y los profetas, en definitiva, apuesta por la Ley de la Alianza, Mt. 22, 34-40; Mc. 12, 28-34.

Sin embargo, lo más definitivo en contra del templo, fue la expulsión de los comerciantes del recinto, lo cual suponía enfrentar no sólo al poder religioso sino al económico, Mt. 21, 12-13; Mc. 11, 15-16; Lc. 19, 45; Jn. 2, 14-15. En esta acción se quiere ver una regeneración y purificación del templo contaminado por el mal uso del recinto sagrado pero a la luz de la postura tomada por Cristo frente a la religiosidad tradicional y a la ley, que no se queda en ponerle remiendos sino que muestra su inutilidad y más bien es impedimento para que la revelación de Dios llegue al pueblo, se constata que lo que Cristo denuncia es lo inservible del templo como centro y soporte de una religiosidad vacía y viciada. Juan así lo afirma cuando nos dice que el templo es Jesús, Jn. 2, 19. Por lo tanto, el templo ya no sirve y por eso predice su destrucción, Mt. 24, 1-2; Lc. 21, 5-7; Mc. 13, 1-4.

El templo no sirve porque impide que el pueblo sencillo y marginado se acerque a su Dios. Desde la llegada de Cristo, la mediación entre el pueblo y Dios es El solamente.

Esta desautorización fue bien entendida por los líderes religiosos y económicos que, desde ese momento, entran en acuerdo para matarle. La situación debió ser tan tensa que Mt y Marcos nos dicen que Jesús salió de Jerusalén seguramente por temor a que le prendieran en ese momento.

### *El rechazo al templo*

Los relatos evangélicos ponen de manifiesto el rechazo de Jesús al templo en toda su enseñanza. Ponen al templo como lugar de tentación de Jesús. El diablo lleva a Jesús desde el desierto, hasta lo más alto del templo y desde allí le conmina a que se lance, Mt. 4, 5.

Frente a la oración vacía y ostentosa que se realiza en el templo, Jesús recomienda una oración alternativa para la cual no es necesario asistir al templo, lo mismo dice de la limosna, Mt. 6, 5-6; 6, 2-4. Las ofrendas realizadas en el templo tampoco sirven pues quebrantaban la ley de Dios que manda honrar a los padres Mc. 7, 11-13. Jesús rechaza el formalismo como medio de llegar a Dios. Lo que Dios quiere es amor y compasión, no sacrificio, y para la práctica de esta religión el templo es innecesario, simplemente sobra.

Jesús es más que el templo, Mt. 12, 7 y sobre todo, se autodefine como el Nuevo Templo de Dios, Mc. 14, 58; Jn. 2, 19-21. Es el auténtico mediador entre Dios y los hombres por voluntad divina ya que el mismo Dios lo ha santificado y consagrado para esta misión, Jn. 10, 36. Porque el Padre está con El, por eso sus obras deben ser creídas ya que manifiestan la voluntad del Padre, Jn. 10, 37, y para probar que el templo no es válido, propone que el culto debe ser en espíritu y en verdad, Jn. 4, 20-24 y la comunidad de sus seguidores tampoco necesitan el recinto sagrado para el encuentro con el Señor, pues El se manifiesta en aquellos que se reúnen en su nombre, Mt. 18, 20.

Esta postura de Cristo clara y definitiva al denunciar y anular al templo como mediación para el encuentro con Dios y como representación de lo sagrado, no ha sido comprendida ni valorada. Se argumenta en el sentido del mal uso del templo ejercido por las autoridades religiosas de la época que fueron incapaces de reconocer en Cristo al enviado de Dios, y esto es cierto, pero lo definitivo es el porque no llegaron a aceptarle y esto Jesús nos lo aclara: porque las obras buenas, las obras que producían la vida, desenmascaraban la práctica hipócrita y egoísta de los jefes religiosos que, escudados en argumentos religiosos, explotaban y oprimían al pueblo, Jn. 10, 32-37.

Jesús pone de manifiesto que lo central del mensaje es el amor, el llegar a dar la vida por los demás, Jn. 13, 34; 15, 12-13. Para vivir esta dinámica no hace falta templo material, pues no sólo no ayuda sino que desvía y entorpece. Jesús no tuvo necesidad del templo para manifestar su obra y para anunciar este mensaje, sino que lo vivió en medio de la gente y fue en una casa sencilla y humilde donde celebró la Última Cena y les dio el signo del servicio como señal del amor, Jn. 13, 1-15, y de la creencia en el

Padre, Jn. 15, 8. La gloria del Padre se manifiesta en los frutos que demos en la vida.

Los seguidores de la religión tradicional rechazaron a Jesús como mediador y enviado del Padre de una religión nueva, porque se aferraron a la suya, y porque poseían otra mediación que era el templo, símbolo de la presencia de Dios. Les convenía este tipo de presencia, pues les permitía el tener localizado a Dios en un espacio, en el Sancta Sanctorum, donde el pueblo no tenía la posibilidad de entrar. Solamente el Sumo Sacerdote una vez al año lo hacía, por tanto, el pueblo para relacionarse con su Dios, necesitaba del clero como intermediario y debía gastar enormes sumas de dinero para ofrecer los sacrificios que según los sacerdotes era la dinámica que agradaba a Dios. A este Dios al cual le tenían secuestrado y mudo para el pueblo, es al cual niega Jesús quien con su vida y su actitud le hace receptor y portavoz del clamor del pueblo. Es un Dios despojado de todo poder, al que no agradan los sacrificios, sino la misericordia, Mt. 12, 7. Jesús rechaza la mediación del templo y los sacerdotes para llegar al Padre como signos de una religión que justifica una sociedad injusta y afirma ser el verdadero templo y el camino para llegar al Padre, Jn. 14, 6-7, pues es el Hijo de Dios. Esta postura le lleva a la muerte, Mt. 26, 61-63; Mc. 14, 58, 61; Lc. 22, 70-71; Jn. 10, 33.

Peró la muerte de Cristo produce la anulación definitiva del templo, su culto y por tanto, anula también una religión que no ponía como centro al hombre y a las relaciones de justicia interhumana. Este es el significado del rompimiento del velo del santuario que separaba al pueblo de la presencia de Yahvé, Mt. 27, 51; Mc. 15, 38; Lc. 23, 45.

La primitiva Iglesia así entendió la postura de Jesús y salvo en un primer momento en que los discípulos de tradición judía continuaban asistiendo al templo según nos dice el Libro de los Hechos, 2, 46; 3, 1. Pero seguidamente se nos narra que se reunían en sus casas para la fracción del pan, Hechos 2, 42 y en los versos 44 y 45 se nos dice que vivían en unidad compartiendo y comunicando sus bienes como expresión de la fe en el mensaje de Jesús.

En Hech. 21, 20 se nos presenta a los judaizantes, capitaneados por Santiago que seguían fieles a la ley, sin embargo, esto duró poco y cada vez fueron más los que siguieron el desarrollo de la tendencia que se apartó del



judasmo y del templo. El discurso de Esteban es bien ilustrativo, partiendo de la tradición bíblica afirma que Dios no habita en casas hechas por mano de hombre, con lo cual anula al templo como lugar de la presencia de Dios, Hech. 7, 47 y cita, para reforzar este argumento a Isafas 66, 1-2 quien también rechaza el templo como innecesario para el Dios de la Biblia.

En definitiva, Jesús rechazó las formas tradicionales de religión vigentes en su tiempo por no ser representativas del Dios de la revelación, e inaugura un Tiempo Nuevo en el que la relación del hombre con Dios pasa por la convivencia comunitaria y por la creación de situaciones de fraternidad, en las que los hombres puedan reconocer el paso de Dios en la Historia.

La antigua concepción divisoria de lo sagrado y lo profano, hace crisis; el tener que consagrar ciertos espacios en los que el hombre se encuentra con Dios queda fuera de lugar desde la llegada de Cristo por ser El la auténtica revelación de Dios.

En Cristo la causa del hombre se revela como la causa de Dios que se identifica con la vida del pobre y el humillado. De esta forma la historia de los hombres y la de Dios se hacen una por voluntad divina.

De esta forma podríamos afirmar que la historia toda queda impregnada por la presencia de Dios y, por tanto, no es necesario tener tiempos, lugares y leyes específicas para potenciar el encuentro con Dios, pues la historia, la vida se han convertido en lugar de ese encuentro y relación del hombre con Dios sin que pierdan su carácter profano y laico. La presencia de Dios en la historia no usurpa el quehacer del hombre, muy al contrario, se convierte en impulso y exigencia para el desarrollo de nuestra responsabilidad histórica, Gen. 1, 28-29.

El culto que Cristo afirma es el que lleva a ofrecer la propia vida al servicio de la causa del pobre que se irá realizando en la medida en que entremos en la dinámica del Reinado de Dios. Cristo reivindica lo profano como lugar del encuentro con Dios, Mt. 25, 31 y ss. El hombre cuanto más humanizado esté más será imagen de Dios, por eso el esfuerzo por lograr una sociedad más justa que permita la liberación del hombre de toda esclavitud y pecado es una tarea insustituible del cristiano y se convertirá en un signo de la relación del hombre con Dios.

### **3. Jesús se opone a los Estamentos de Poder**

#### *La sociedad en tiempos de Jesús*

Israel en tiempos de Jesús presenta rasgos característicos que podríamos denominar de una sociedad estratificada en clases sociales. Había una gran diferencia entre la privilegiada minoría y la gran mayoría del pueblo sobre el que recaía el peso de la explotación. En el medio, había una débil capa intermedia compuesta por pequeños artesanos y comerciantes y gente dedicada a la hospedería y elaboración de comidas.

La economía estaba basada principalmente en la agricultura y era apoyada por la artesanía y el comercio.

#### *La tenencia de tierra*

Después del asentamiento del pueblo de Israel, cuando se dieron las normas del reparto igualitario, sufrió una serie de transformaciones que fueron desposeyendo al pueblo en favor de las clases adineradas, unas veces por imperios extranjeros que dominaban a Israel y otras por las clases privilegiadas al interior del país como fueron la monarquía, sus colaboradores y los terratenientes entre los que se encuentran la nobleza laica y sacerdotal que poseían grandes latifundios a costa de destrozar las propiedades familiares lo cual dejó al pueblo en la mayor miseria teniendo que ofrecerse como fuerza de trabajo en condiciones de máxima explotación en los grandes latifundios. Los productos más comunes, que se cultivaban cerca de Jerusalén, eran los cereales, el olivo y los vifedos. La ganadería parece que se criaba al oriente del Jordán y el grueso se componía de ovejas, cabras y vacas. La pesca alcanzaba una relativa importancia en Galilea.

#### *La artesanía*

La artesanía gozó de gran estimación y tuvo un apreciable desarrollo siendo bastante variada y logrando valiosos trabajos en tejidos, cuero, alfarería, orfebrería, arquitectura y carpintería, que dieron empleo a bastante gente. Algunos oficios eran mal visto siendo mirados con recelo y acusados quienes los practicaban de sospechosos de impureza y engaño. Estos oficios mal considerados eran los de borriqueros, camelleros, barqueros, trajinantes,

posaderos, tenderos, médicos, carniceros, curtidores, recaudadores, cómicos, aduaneros, etc.

### *El comercio*

El lugar más importante para el comercio era Jerusalén debido al templo. El foco del comercio y el tráfico lo daba el templo. Gracias al impuesto pagado al templo, cuyo importe era de dos dracmas y que todos los judíos debían pagar, incluso los residentes en el extranjero y a los donativos que continuamente le hacían, permitió que acumulara tesoros ingentes que contrastaban fuertemente con la pobreza del país. Israel solo exportaba aceitunas, aceite y vino y por el contrario debía importar numerosos productos para el abastecimiento de la población. Lo que compensaba este desajuste entre las importaciones y exportaciones era el templo pues atraía a cantidades ingentes de fieles, provenientes de todo el mundo, llegaban en número de ciento veintiseis mil cuando Jerusalem tendría de veinticinco a treinta mil habitantes con los diezmos exigidos y lo que gastaban en Jerusalem, los peregrinos se podía pagar el déficit de las importaciones.

El gran mercado anual de la Pascua fue celebre y se encontraba situado en el patio exterior del templo que comenzaba unas tres semanas antes de la fiesta. Allí se cambiaban las diferentes monedas de los peregrinos en monedas del templo y sobre todo, se vendían los animales para el sacrificio. En los mercados y puertas de la ciudad había puestos aduaneros para percibir las tasas de las mercaderías importadas. Dichos puestos se daban en arriendo y esto daba lugar a que los grandes arrendatarios especularan con ellos pues solían quedarse con la gran mayoría de puestos y luego los subarrendaban cobrando precios muy por encima de la tasa establecida.

El comercio se realizaba por el sistema de trueque y al por mayor y estaba sujeto a los preceptos de pureza; así no dejaban introducir en Jerusalén, animales impuros y el trigo de Galilea no servía para el templo.

### *Las clases sociales.*

La clase de los ricos, que era una minoría, estaba compuesta por la nobleza, los grandes negociantes, terratenientes, recaudadores de impuestos y rentista, los negociantes de trigo, vino, aceite y madera, los cuales formaban parte del Sanedrín.

La nobleza sacerdotal pertenecía, por supuesto, a los círculos de los ricos pues disponían de grandes fortunas y disfrutaban de un gran bienestar y lujo.

Después estaba la reducida y débil capa media compuesta por pequeños comerciantes y artesanos y, en la base de la pirámide, la gran masa de los desposeídos, que padecían una situación de gran miseria, condenados a la esclavitud, al desempleo y la mendicidad. Entre los pobres se cuenta también al bajo clero debido a la explotación que ejercía sobre el la nobleza sacerdotal. El bajo clero se dedicaba a trabajos artesanales, que no fueran considerados impuros.

Al pueblo, además de haber sido despojado de su tierra, se le gravaba con impuestos de todo tipo civiles y religiosos. Debía pagar al César, a la corte herodiana, que exigió unos impuestos inexorables para paliar los excesivos gastos y, en lo religioso, para el funcionamiento del templo y mantenimiento del clero. Como no existía la práctica de la justicia, se instituyó la práctica de la limosna, la cual estaba muy desarrollada y desempeñaba un gran papel en la piedad judía; se encontraban mendigos por todo el territorio y los peregrinos practicaban la caridad en su peregrinación. El pueblo pobre solía trabajar como eventual en las grandes propiedades de los terratenientes y como esclavos al servicio de los grandes señores, que habitaban en lujosas mansiones en las ciudades.

Israel, en tiempos de Jesús era una auténtica teocracia, por eso es el alto clero en primer lugar quien constituye la nobleza y el Sumo Sacerdote, en la época en que no había rey, era el miembro más importante del pueblo.

Su prestigio se debe al carácter cultural de su cargo, a la "eterna santidad" que le confería su función y le capacitaba para realizar la expiación por la comunidad en calidad de representante de Dios.

El Sumo Sacerdote y la mayor parte de los sacerdotes jefes de Jerusalén eran miembros de familias de Sumos Sacerdotes, es decir, conformaban la aristocracia sacerdotal. Esta aristocracia sacerdotal mantenía una situación de privilegio en la sociedad israelí; partiendo de la religión, que jugaba un papel singular en el pueblo, lograba situarse en la cumbre de la pirámide social por su situación económica acumulada a través de la fe del

pueblo y por su influencia política, que se materializaba en su pertenencia al máximo órgano político: El Sanedrín.

Al lado de la aristocracia sacerdotal, existía una nobleza laica pero que no llegaba a alcanzar la importancia de la sacerdotal. El Sanedrín estaba compuesto por los sacerdotes jefes, los escribas y los ancianos, denominados "jefes del pueblo, notables y poderosos".

Los ancianos eran los jefes de las familias laicas notables, que poseían considerables fortunas. Ideológicamente, se emparentaban con el sistema de pensamiento de los saduceos, entre los cuales se contaba a un buen número de los máximos representantes de la aristocracia pontificia ilegítima.

El partido de los saduceos estaba formado por sacerdotes jefes y ancianos, es decir, por la nobleza sacerdotal y laica. Era un partido no muy numeroso.

Su teología era netamente conservadora, ateniéndose estrictamente al texto de la Ley (La Tora), incidiendo en las prescripciones que hacían referencia al culto y al sacerdocio, pero se oponían abiertamente a los fariseos con su Halaká oral, la cual declaraba obligatorias incluso para los laicos piadosos, las prescripciones sobre la pureza relativas a los sacerdotes. Las familias patricias saduceas formaban un grupo muy bien organizado, cimentado en una tradición teológica y un sistema doctrinal bien elaborado en base a la Escritura a la cual se atenían estrictamente, lo que indica su carácter conservador.

Debido a su estrecha relación con el grupo de mayor prestigio, la nobleza sacerdotal y las ricas familias patricias representan un factor muy influyente en la vida de la nación.

Los escribas eran una nueva clase superior, que vio su ascenso en los últimos siglos anteriores a nuestra era. En el grupo de los escribas había un buen número de sacerdotes: unos pertenecían a la nobleza sacerdotal y otros eran simples sacerdotes y miembros del bajo clero, es decir, levitas. Pero el grueso de los componentes pertenecía a la variada gama de profesiones como comandantes de la fortaleza del templo, comerciantes, carpinteros, orfebres, etc.

Su único poder estribaba en el Saber. Para poder ingresar en su grupo, era imprescindible hacer un ciclo de estudios de varios años. Las personas eran admitidas como miembros de pleno derecho una vez cumplidos los cuarenta años. A partir de ese momento, estaban autorizados a zanjar por sí mismos cuestiones de legitimación religiosa y ritual, a ser jueces en los procesos criminales y a tomar decisiones en los civiles. Son los únicos, fuera de la nobleza sacerdotal y de las ricas familias patricias, que consiguieron ingresar en el Sanedrín.

Los fariseos, que quiere decir "los separados", los santos se consideraban a sí mismos la verdadera comunidad de Israel. Los fariseos no pertenecían a ninguno de los grupos de poder; su grupo estaba compuesto mayoritariamente por gente sencilla del pueblo, que no llegaban a poseer la formación de los escribas aunque se relacionaban estrechamente con ellos. Son grupos y comunidades muy cerradas. Su ley les lleva a cumplir escrupulosamente las prescripciones sobre la pureza y el diezmo. A pesar de estar enmarcados socialmente en la clase sencilla, eran vistos por el pueblo como muy duros y orgullosos a pesar de tener una actitud seria y presta a la consagración.

### *El movimiento Zelota*

Israel sufría una dominación política del exterior que le convertía en una colonia del Imperio Romano desde el año 63 antes de Cristo y, al interior esta dominación se materializaba en la monarquía Herodiana que estaba vendida al Imperio de Roma. El Sanedrín también era aliado de Roma por lo que el pueblo de Israel no encontraba en sus instituciones una alternativa para la formación de un frente que planteara una respuesta al dominio imperialista de Roma.

Las clases altas, tanto laicas como sacerdotales estaban en franca connivencia con los romanos de quienes recibían beneficios con lo cual traicionaban las aspiraciones de liberación del pueblo.

El trono lo ocupaba un rey, que era una marioneta en manos del poder romano; ni siquiera podía considerarse judío de nacimiento al haber nacido en Idumea, una región no judaica, situada al sur de Israel. El pueblo no lo quería pues tenía la impresión de vivir una etapa de desgracia con la

intervención romana y con la práctica extinción de la última dinastía judaica auténtica:

Ante esta situación, al comenzar su reinado Herodes trató de congratularse con el pueblo para lograr la aceptación de éste. Repudió a su primera mujer y se casó por segunda vez con una princesa judía. Reconstruyó el templo de Jerusalén dándole una suntuosidad inigualable y se proclamó a sí mismo "Devoto servidor del Dios de Israel" pero esta postura no llegó a convencer al pueblo, que le despreciaba; y consideraba que su mandato era una maldición de Dios. Esta situación creó desconcierto en el pueblo y desconfianza hacia sus dirigentes sumiéndose en un estado de fatalismo del cual sólo esperaban salir con la llegada de un mesías, que fuera capaz de liberarles de la opresión socio-política y efectuara una reconciliación entre Dios y su pueblo.

Dentro de esta expectativa es donde cuaja el movimiento de los zelotas. La historia de Israel nos da una variada gama de grupos de resistencia o de guerrilleros que luchaban por la liberación del grupo exterior que van desde el levantamiento de los Macabeos a la guerra judaica. De esta corriente nace el movimiento zelota cuyo fundador parece ser Judas el Galileo según se nos narra en Hechos 5, 37.

El movimiento nació en Galilea, pero se expandió a otras regiones. El nombre parece indicar que agrupaba a los que eran "celosos por la ley". No hay acuerdo entre los autores para descifrar qué grupos de judíos conformaban el movimiento zelota. I.J. Lipoldt y W. Grundmann dicen que en el comienzo del movimiento, los fariseos desempeñaron un importante papel y también los esenios parece que influyeron bastante, inculcando los elementos proféticos que se encuentran en los Zelotas y puede ser que los habitantes de Qumram terminaron por sumarse a este grupo. Por su lado R. H. Eisenman cree que esenios, sadoquitas, nazareos, zelotes y otros varios grupos aparecen como designaciones diferentes, o a lo sumo, manifestaciones distintas de un único movimiento implantado en Israel y en el interior de Siria a partir del S. II a de Cristo. Para Eisenman no parece haber distinción entre Zelotes y Nazareos, pero aún en el caso de que la hubiera, los grupos habían permanecido unificados en una especie de coordinadora cuyo objetivo era el conseguir la liberación de su país de la dominación romana y restaurar la antigua monarquía judaica junto con sus sacerdotes legítimos.

Los romanos les llamaron Zelotas, o "ladrones" término genérico que utilizaban tanto para vulgares salteadores como para los revolucionarios, también les denominaron sicarios (los hombres del puñal).

La doctrina con la que justificaban su lucha venía del Primer Mandamiento, el cual decía que solo existía un Dios, el Dios liberador que sacó al pueblo de la esclavitud, por tanto, no se deben hacer otros dioses. Según su interpretación, el Reino de Dios en Israel era incompatible con cualquier otra dominación. Los Zelotas creían firmemente en la monarquía exclusiva de Dios y ésta estaba ligada a la libertad de Israel y a la aversión y hostilidad hacia Roma. Combatían con rigor la fabricación de imágenes y su culto, incluida la del Cesar, por eso también rechazaban el tributo a Roma en moneda del Imperio, pues al llevar la efigie del Cesar, si aceptaban este impuesto y esta moneda, se hacían idólatras.. Rechazaron también el censo realizado por Roma para no caer en la esclavitud y como medio de no pagar el tributo. Esta postura les dio mucha popularidad entre los pobres y campesinos, mientras que los grandes terratenientes y clases acomodadas cerraban filas en torno al invasor romano.

El que parece el fundador de este movimiento, Judas de Galilea, practicó la guerra de guerrillas. Esta postura la tomó a raíz de la ocupación de Judea por los romanos y de la realización del censo que posibilitaría a Roma cobrar el impuesto a todos los súbditos con la aprobación del Sumo Sacerdote. Ante este hecho surgió un descontento general en el pueblo que se materializó en un movimiento nacionalista radicalizado, liderado por Judas el Galileo. Utilizaron medios violentos atacando continuamente a las guarniciones romanas y tendiendo emboscadas a las caravanas de comerciantes, buscando cortar el abastecimiento de víveres para aislar los centros donde se concentraba el poder económico y político.

### *Jesús contra el poder económico*

La posición de Jesús frente a los que hacen de la riqueza el centro de su vida es de clara denuncia y desautorización, hasta el punto de poner a la riqueza como causa de la no participación en el Reino de Dios, Mt. 19, 23-26; Mc. 10, 23-27; Lc. 18, 24-27. Continuamente Jesús lanza una crítica dura contra la codicia del dinero como opuesta a los valores solidarios y del Reino que es lo que promueve y practica Jesús, Jc. 12, 13-21; Mt. 6, 19-21; Lc. 12, 33-34, y fustiga a quienes ponen toda su confianza en atesorar bienes como



garantía para asegurar la vida de una clase que existe gracias a la expoliación de las grandes mayorías. Esta es la causa por la que Jesús la rechaza y le hace apostar por un estilo de vida diferente. A los ricos les exige una definición clara que dejen de vivir la práctica contradictoria de intentar unir el amor a Dios y al dinero por ser de todo punto incompatible, Mt. 6, 24; Lc. 16, 13-15. En esta crítica llega a afirmar que la riqueza a la cual se aferran tanto los acaudalados es abominable para Dios. Con este rechazo, Jesús rompe con la legitimación de la riqueza a través del hecho religioso. Dios no admite la explotación del hombre por el hombre que hace que una minoría llegue a acaparar la mayoría de los bienes a través de un sistema de injusticia. De esta forma, desideologiza la religión y deja patente que no es lícito escudarse en ideas religiosas para justificar situaciones de injusticia.

Con la expulsión de los vendedores de palomas y animales para los sacrificios de purificación y de los cambistas que cambiaban el dinero común por dinero del templo, con lo cual practicaban una fuerte especulación, Jesús no ataca solamente a la falsa religión, sino también al centro económico por excelencia como era Jerusalén sirviéndose del templo. A través del templo se enriquecían los comerciantes, los cambistas y los sacerdotes jefes a costa del pueblo. Al denunciar este hecho y al llegar a predecir la destrucción del templo, Jesús toca el punto neurálgico de los intereses económicos de las clases privilegiadas y no lo hace declarativamente, sino de hecho en un enfrentamiento abierto y valiente.

Jesús rechaza el uso del enriquecimiento y el comercio a través de la religión por ser contrario al Plan de Dios y representar un modelo viciado en sí mismo por servir de engaño para el pueblo. Toda la crítica de Jesús a la riqueza se engloba en esta acción, justamente en la ciudad y en el lugar donde se realizan las mayores actividades económicas, por eso Jesús, no ataca a la riqueza de una manera anecdótica o coyuntural, sino que lanza su ataque contra la raíz del sistema económico que genera situaciones de extrema injusticia, Mc. 11, 15-16; Mt. 21, 12; Lc. 19, 46; Jn. 2, 14-16.

La denuncia de Jesús a la riqueza es radical por lo que representa de egoísmo y por ser causante de sufrimiento y muerte para muchas personas. El que sólo piensa en acaparar está incapacitado para preocuparse de la suerte de los demás, se encierra en sí mismo y ve al resto como objeto de sus intereses. La riqueza es contraria al proyecto de Jesús en el que es esencial el desprendimiento para posibilitar la convivencia y la comunicación. Por eso

Jesús no trata de dar consejos a los ricos, lo que plantea es el cambio radical de vida, es dar una opción diferente para tener posibilidad de acoger el llamado de Dios para participar en su reinado, Mc. 4, 18-19. Esto es lo que plantea al joven rico y este es incapaz de aceptar por su apego a las riquezas. Este joven se marchó, a seguir su camino, amparado en los bienes que le ofrecían seguridad y seguramente continuaría practicando, según él, los mandamientos, pero no pudo aceptar el mandato de Cristo porque le suponía cambiar radicalmente de actitud, dejar de mirar para sí y comenzar a pensar en los otros, Mt. 19, 16-22; Mc. 10, 17-22; Lc. 18, 18-23. Lucas la presenta como causa de condenación, Lc. 16, 19-30.

### *Jesús contra el poder religioso*

Jesús no participó de las estructuras del poder religioso, ni siquiera estuvo dentro de la Institución sacerdotal, aunque fuera al nivel más primario. Podríamos decir que Jesús se marginó de esta estructura por considerarla inválida para proclamar su mensaje desde ella. Pero no sólo no participó, sino que la combatió con dureza, hasta el punto de encontrar en sus representantes a sus enemigos más encarnizados.

El poder religioso estaba seguro con su doctrina, con su ley y con su templo. Estaba tan jerarquizada la estructura que garantizaba su supervivencia por mucho tiempo.

Al interior de la clase sacerdotal, también existían inmensas diferencias, que proyectaban la división social existente en el mundo judío.

En primer lugar se encontraba el Sumo Sacerdote, que era el titular de la primacía. Seguían los sacerdotes jefes, que regentaban el título de jefe supremo del templo. Después estaban los simples sacerdotes y, en último lugar, se encontraban los levitas, que tenían el oficio de cantores, músicos, servidores y guardianes del templo.

El prestigio del Sumo Sacerdote era debido al carácter cultural de su cargo y a la "eterna santidad" que le confería su función. El cargo se confería por investidura, le entregaban los ornamentos que constaban de ocho piezas que poseían virtud expiatoria cada uno de ellos. Por eso estos ornamentos eran para los judíos símbolos de su religión. Su muerte poseía virtud

expiatoria, y dado el carácter cultural de su cargo, expiaba la culpa de los homicidios cometidos por imprudencia.

En el siglo I de nuestra era había dos grupos de familias pontificias: las legítimas y las no legítimas. Las legítimas eran los sadoquitas, que prestaban su servicio en el templo de Onías pero el poder real lo tenían las ilegítimas que eran las familias que habían llegado a la dignidad religiosa por azar o por política a partir del año 37 a. de Cristo. Sin embargo, la conciencia popular colocaba por encima a las legítimas pues la ascendencia pasaba por ser la voluntad de Dios.

El Sumo Sacerdote tenía adquiridos un sin fin de privilegios: era el único que podía entrar al Sancta Sanctorum un día al año. Esto significaba tener acceso a la presencia de Dios. Siempre que quería participaba en la ofrenda y el sacrificio; incluso estando de luto podía ofrecer sacrificios; a los demás sacerdotes, en esta situación, les estaba prohibido ofrecerlos. A la hora de distribuir la parte de las ofrendas, él era el primero en elegir. Podía elegir para sí un sacrificio penitencial, un sacrificio expiatorio y una parte de las ofrendas alimenticias.

Presidía el gran consejo "el Sanedrín", que era la suprema autoridad administrativa y judicial de los judíos. Sus deberes eran netamente de tipo cultural. Era el único ungido con el óleo; el resto de sacerdotes sólo eran distinguidos con la investidura. Luego venían los ungidos para la guerra, después sigue el jefe supremo del templo, el jefe de la sección semanal de sacerdotes, el guardián del templo, el tesorero, el simple sacerdote y el levita.

En la época de Jesús el número del clero ascendía a unos dieciocho mil entre sacerdotes y levitas para una población de quinientos a seiscientos mil habitantes. Las funciones culturales de los simples sacerdotes se limitaban a dos semanas por año, además de las tres fiestas anuales de peregrinación. Los sacerdotes vivían diez u once meses en sus casas donde rara vez ejercían su actividad sacerdotal, por el contrario, debían dedicarse a los más diversos oficios pues no podían vivir de la religión ya que los privilegios eran para los sacerdotes jefes. Muchos de los simples sacerdotes eran escribas.

Después se encontraban los laicos agrupados, que también tenían un gran poder. Los más influyentes eran los saduceos, fariseos y escribas. Todos estos grupos formaban la cúpula, que controlaba la religión y que no

daba paso al pueblo, que se veía totalmente marginado y dominado por una religión estructurada a medida de los poderosos.

Jesús ataca a la cúspide del poder religioso por la manipulación que hacen de Dios en beneficio propio. Han ideologizado la religión hasta el punto de desfigurar totalmente el mensaje del Dios de la Alianza y la han hipotecado en favor de los grupos de poder. Así, el mensaje de liberación queda opacado para el pueblo y frustra las esperanzas que tenía depositadas en la promesa.

Por eso la denuncia de Jesús es radical, va al fondo mismo, no se queda en reformas de una religión viciada, es preciso destruirla; por eso ataca la falsa interpretación, que hacen de la ley y la práctica en torno al templo, el cual es un impedimento para la relación de Dios con el pueblo. Se ha convertido en causa de explotación y de muerte, por lo que es necesario acabar con el para que el pueblo encuentre otra referencia y mediación que es Jesús mismo.

Su ataque es frontal contra el centro de poder religioso como son los sacerdotes, que controlan el templo, Mt. 21, 15; Mc. 11, 18; Lc. 19, 45-46; Jn. 2, 14-16, contra los fariseos, escribas y ancianos por manipular la religión para su beneficio enmascarándola en preceptos que dicen que sirven a Dios, Mc. 7, 1-4; 7, 8-13; por querer aparentar como justos ante la gente practicando el abuso de poder, Mc. 12, 38-40; y llega a maldecirles, Mt. 23, 13-36; Lc. 11, 37-54 y a acusarles de homicidas por las intenciones que tienen de asesinarle, Mt. 21, 33-46; Mc. 12, 1-9; Lc. 20, 9-19.

Jesús lanzó esta crítica severa contra el poder religioso por ser donde se sustentaba la base de la sociedad. Lo religioso era lo que daba entidad a Israel como pueblo y en lo que se basaban las Instituciones para legitimarse, pero en la época de Cristo, el país está ocupado por una fuerza extranjera opuesta totalmente a la noción religiosa de Israel y la cúpula religiosa, en vez de oponerse y combatirla, pacta con ella prostituyendo el núcleo central de la religión judía, de no tener más rey que a Dios. De ahí que la denuncia del sistema religioso, hecha desde el mismo centro de poder como es Jerusalén, cobra todo su significado pues se ataca así a todo el sistema socio-político.

Jesús atacó a la religión libremente pues no participaba en ningún modo en las Instituciones religiosas; lo hizo desde su situación de simple y

humilde laico, que llega al centro religioso desde la periferia partiendo desde la base del pueblo. Fue una osadía que podría parecer falta de táctica porque le iba a llevar al fracaso, dada la desigualdad de la correlación de fuerzas. Sin embargo, se arriesgó porque, sin este desenmascaramiento, no hubiera sido posible anunciar el mensaje del Reino de Dios. Desde unas estructuras religiosas viciadas, que impiden que el pueblo descubra y se relacione con Dios no es posible ser signo de salvación ni producir ilusión ni esperanza. Convencido de lo justo de su causa, enfrentó directamente el problema ya que no existía posibilidad de un acuerdo: o se optaba por el Dios de la muerte o por el de la vida, la cúpula religiosa se quedaba con su Dios o admitían al Dios de Jesús, se encerraba en su reino para ella sola u optaba por el reino para todos.

### *Incidencia política del mensaje de Jesús*

Jesús en realidad fue un líder religioso pero su mensaje, sin lugar a dudas, tuvo una incidencia política indiscutible. No podía dejar de tenerla ya que se ajustaba al mensaje de Dios, revelado en la historia para la liberación del pueblo, y continuaba la tradición profética en favor del pobre. Todo el que se diga seguidor del Dios bíblico no tendrá más remedio que enfrentar las situaciones injustas por colocarse del lado de los desheredados. Esta posición tendrá siempre connotaciones políticas, lo cual no es de extrañar puesto que los dirigentes religiosos de su época también estaban vinculados a la política desde una posición de poder ya que los sacerdotes jefes participaban del Sanedrín.

Es chocante la postura de la Iglesia y de la mayoría de los comentaristas bíblicos en tratar de dulcificar y espiritualizar la práctica de Jesús para que no aparezca vinculada con la política. Es un miedo obsesivo, que se traduce en presentar a Jesús fuera de un contexto histórico y de intentar reinterpretar sus hechos desde un ángulo netamente espiritualista. Parece que no se entiende que toda actitud religiosa conlleva una postura política ya que la fe no puede estar nunca separada de la vida. Lo único que varía es de qué signo es la postura política y a quien favorece. Supongamos que, en la situación que atravesaba el pueblo de Israel, Jesús no hubiera optado por los pobres y marginados y no hubiera afrontado la crítica al sistema religioso imperante. Esta actitud no habría conllevado una postura política en el seno de la sociedad judaica? Claro que sí, lo único que habría variado es que o se habría colocado más directamente del lado de la postura

de los poderosos, como hicieron los dirigentes religiosos judíos o por inercia e indirectamente, al no denunciar nada, les habría hecho el juego y, por tanto, su poder quedaba intacto con lo que la situación establecida se prolongaba indefinidamente.

La postura de muchos cristianos y de parte de la jerarquía, al tratar de preservar y desvincular a la religión de la política, comporta ya una opción que es la de inmovilizar a los fieles y dejarlos a merced de la autoridad constituida. Claro que esto se aclara más cuando la autoridad constituida posee connotaciones de izquierda ahí ya no hay tanto pudor y se tratará de influir en la opinión de los creyentes para hacerles ver que las directrices del poder vulneran los principios religiosos.

Por tanto, debemos admitir que la práctica religiosa de Cristo tuvo una repercusión política innegable: el anuncio del Reinado de Dios que se manifiesta en la igualdad y la fraternidad y que, para alcanzarlo, es preciso luchar para derribar las estructuras injustas inquietó en los poderes establecidos como también preocupó su práctica de vida, que comportaba la comunidad de bienes.

Inquieta también su solidaridad con los marginados y su enseñanza de que son los predilectos de Dios en contraposición a los grupos de poder, que quedarán fuera del Reino por su apuesta por una sociedad injusta,

Preocupa su denuncia al poder absolutista de los gobernantes que se hacen dueños de la vida de los hombres. El poder se adueñaba hasta de Dios, pues el César era la personificación de dios, al cual había que rendirle veneración. Jesús critica agriamente a los gobernantes por oprimir con su poder, por gobernar con absolutismo, al tiempo que se hacen llamar bienhechores del pueblo, Mt. 20, 25; Mc. 10, 42; Lc. 22, 25. Por tanto, desenmascara la irracionalidad de la sociedad injusta y proclama el camino inevitable hacia una sociedad más justa y fraterna, y para lograrla, exige de la persona la aceptación de unos valores nuevos y el rechazo de los caducos, aunque se aparezca por ello como un signo de contradicción, Mt. 10, 34; Lc. 12, 51-53.

Este mensaje alcanza caracteres políticos incuestionables, desde el momento que denuncia a unas estructuras absolutistas y plantea una especie de alternativa, al anunciar un nuevo estilo de vida colectivista y comunitaria

donde los pobres y hambrientos quedarán saciados, donde los que sufren gozarán y por el contrario, los ricos, los poderosos, pasarán a ocupar el último lugar, en definitiva, serán vencidas las fuerza del mal, Lc. 6, 20-26.

Así lo entienden las autoridades que le condenan a muerte. Pilato trata de desentenderse mientras cree ver que se trata de un asunto meramente religioso entre judíos, pero ante la acusación política de subversión, de propiciar el no pagar el tributo al César, de proclamarse rey, y de soliviantar al pueblo no tuvo más remedio que condenarle.

### *La figura del Mesías*

Los signos de vida que realizaba Jesús experimentaban en el pueblo expectativas de la llegada del mesías esperado. Esto es lo que narran los evangelistas ante la práctica de Jesús, Mt. 7, 28-29; Mc. 1, 27-28. Todos quedaban atónitos y se preguntaban unos a otros qué serían esos sucesos que se realizaban en medio de ellos y coincidían en admitir que una nueva doctrina era expuesta con autoridad, Lc. 4, 32, y su fama se extendía por todos los lugares de la región y la gente le seguía por todas partes, Mt. 12, 15-17; Mc. 3, 7-12; Lc. 6, 17-19, esperando conseguir sus favores, Mt. 14, 34-36; Mc. 6, 53-56. Le seguían incluso teniendo que recorrer grandes distancias aún a costa de no comer ni dormir, Mt. 14, 13-14, Mc. 6, 31-34; Jn. 6, 1-3. Las gentes se preguntaban sobre su origen, Jn. 7, 26-27 y llegan a aclamarle como a un rey, Mt. 21, 8-11; Mc. 11, 8-10; Jn. 12, 12-13.

Hay una constante en los evangelios en que se le da a Jesús el título de Mesías. Juan Bautista ya lo había anunciado como el que bautizaría en Espíritu Santo y en fuego y en su mano tiene el bieldo para limpiar su herida, Mt. 3, 11-12; Mc. 1, 8; Lc. 3, 16-18. La gente esperaba al Mesías con ansiedad y creyeron en un momento que Juan podía ser el esperado, Lc. 3, 15; por eso, cuando Juan estaba en la cárcel escuchando de las obras efectuadas por Jesús, manda a sus discípulos a preguntar si es el que ha de venir o deben seguir esperando, Mt. 11, 2-3.

Juan en el Bautismo le da el espaldarazo, le manifiesta como Mesías, Mt. 3, 14-15. El hecho del bautismo es la unción de Jesús como Mesías, esto es lo que proclama el Espíritu Santo, Mt. 3, 16-17; Jn. 1, 32-34. Jesús es el elegido de Dios. También tiene el sentido de unción el óleo que le pone en la cabeza la mujer, Mt. 26, 7; Mc. 14, 3. El mismo Jesús se proclama

como el ungido por Dios, Lc. 4, 18-19.

La entrada a Jerusalén reúne las características de una proclamación como rey y Mesías, Mt. 21, 1-11; Mc. 11, 1-11; Lc. 19, 28-38; Jn. 12, 12-16. Mateo 21, 4 dice explícitamente que la entrada tiene como objetivo el cumplimiento de la profecía que nos narra Zacarías 9, 9 anunciando la llegada del Mesías. No es descabellado pensar que Jesús, buen conocedor del A. Testimonio, realizara este acto para dar cumplimiento a dicha profecía.

El pueblo al recibirle hace un reconocimiento público de Jesús como rey y Mesías pues no hay que olvidar que el rey en Israel tenía soberanía temporal y espiritual.

En el evangelio de Juan 1, 49 Natanael proclama a Jesús como rey de Israel, Mateo y Lucas inciden también en el argumento de que Jesús tiene origen dinástico para mostrar que es el Mesías, Mt. 1, 17; Lc. 2, 4; 3, 23-28, y los magos dicen que vienen a saludar al rey de los judíos, Mt. 2, 2. Vemos por tanto, que la figura de Jesús tuvo incidencias y connotaciones políticas al recibir títulos como los de Mesías, rey, ungido, etc.

### *Los Zelotes con Jesús*

Es seguro que Jesús tuvo entre los doce apóstoles a un guerrillero Zelote, este es el caso de Simón el Zelote; Lc. 6, 15 y Hech. 1, 13 nos lo dicen explícitamente. En la traducción de Mateo y Marcos, a este mismo personaje se le denomina Simón el Cananeo, Mt. 10, 4; Mc. 3, 18 pero este sobrenombre del Cananeo según los autores, parece claro que obedece a una mala traducción de la palabra Aramea Gannai, que significa zelote. Dicha palabra se tradujo al griego por "Kananaios" pero es bien claro que Simón el Cananeo de Mateo y Marcos corresponde al mismo personaje de Lucas y Hechos conocido por Simón el Zelote.

A. Judas, en los Evangelios Sinópticos, se le conoce como Judas Iscariote, Mt. 10, 4; Mc. 3, 19; Lc. 6, 16. Durante largo tiempo los comentaristas bíblicos, ante el confusionismo producido por los nombres griegos, tradujeron el término Iscariote por Judas de Keiroth, sin embargo, el profesor S. G. F. Brandon de la Universidad de Manchester dice que parece más probable que Judas Iscariote sea una derivación de Judas el "sicario" y este término era aplicado a los Zelotes y provenía de la sica, una



especie de puñal o daga curvada que empleaban los Zelotes en sus asesinatos políticos. Es por este hecho que a los Zelotes se les denominara sicarios, es decir los hombres de las dagas y puñales. El hecho de que los Zelotes estuvieran presentes en el grupo de los doce que acompañaron a Cristo en su peregrinar nos indica que el mensaje y la práctica de Jesús les era familiar y no entraba en contradicción con sus postulados de liberación nacional, lo cual contrastaba con el rechazo que producía en las autoridades religiosas de la época que sí estaban comprometidas con Roma.

El mismo Jesús debía conocer también suficientemente al movimiento zelote y la afiliación de alguno de sus discípulos, al mismo tiempo, sin embargo, los evangelios no nos dicen nunca que Jesús reprochara o desaprobara su conducta. Por el contrario Jesús si se manifiesta claramente contra la opresión de los gobernantes y jefes, Mc. 10, 42; Mt. 20, 25 que oprimen con su absolutismo al pueblo y desautoriza la dominación romana sobre Israel cuando dice que hay diferencia entre Dios y el Cesar, lo cual es afirmar que Dios es el que regenta el poder en Israel y no el Cesar por tanto, está descalificando y desautorizando el imperialismo romano sobre Israel, Lc. 20, 20-25; Mt. 22, 15-22; Mc. 12, 13-17. Se ha querido ver en este texto una especie de justificación por parte de Jesús al pago del tributo a Roma y no es así. Jesús lo que hace es quitarle autoridad a Roma y al Cesar al cual se le veneraba como a un dios. Lo que Jesús dice es que no se mezclen los asuntos, Dios está por encima del Cesar, por tanto, hay una descalificación de la dominación romana para afirmar las instituciones y leyes de Israel de las cuales, el auténtico soberano es el Dios de la liberación y la Alianza. Además es tan evidente la práctica de Jesús en favor del pueblo, que no se puede poner en duda su postura en contra de todo poder que oprima, y sojuzgue a los pueblos y a los oprimidos.

El objetivo de Jesús de anunciar la implantación de un Reinado de Dios donde exista la justicia, la fraternidad y la libertad, cuyo sujeto activo y beneficiario ha de ser el propio pueblo pobre y marginado, no es contrario sino coincidente con el proyecto de los Zelotes. Jesús fustiga a los opresores y los Zelotes también lo hacen. En lo que varían es en la táctica, Jesús practica la denuncia sin entrar en la violencia y los Zelotes desarrollan una guerra de guerrillas. Por tanto, el querer contraponer a toda costa a Jesús con los objetivos de liberar de la opresión al pueblo que proponían los movimientos de liberación en su tiempo, y el tratar de espiritualizar su

mensaje y su práctica se contradice abiertamente con lo que nos narran los evangelios.

Es claro que se ha intentado espiritualizar y desencarnar la figura y la práctica de Jesús, sin embargo, esto es imposible ante la evidencia de los hechos. Es tan palpable su apuesta por los pobres, por la libertad, por la igualdad y su fuerte condena de la opresión y de la clase que la sustenta, que carece de sentido y de rigor el plantearlo.

Hay textos incluso, en que Jesús se nos muestra con arranques de ira y violencia hacia la situación existente. El hecho de la expulsión de los vendedores del templo, Mc. 11, 15-16 y los momentos en que afirma que no ha venido a traer la paz sino la espada, Mt. 10, 34-35; Lc. 12, 51-53; o cuando dice textualmente "pues ahora el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada". Lc. 22, 36, pues afirma que es necesario que se cumpla en El lo que está escrito "ha sido contado entre los malhechores". Los discípulos responden mostrándole dos espadas que poseían, lo que demuestra que en el grupo de Jesús había miembros que iban armados, Lc. 22, 37-38.

Es interesante el que Lucas nos narre este episodio y lo coloque precisamente en la narración anterior al prendimiento de Jesús en el huerto de los Olivos, donde los discípulos preguntan a Jesús si deben defenderse "hiriendo a espada", y uno de ellos ejecuta la acción hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, Lc. 22, 48-50; Mc. 14, 47; Mt. 26, 51; Jn. 18, 10.

También es significativo el hecho que narra Juan en el prendimiento de Jesús. Dios que fue una cohorte (la misma Biblia de Jerusalén afirma) que era un destacamento de la guarnición romana establecida en Jerusalén. Esto supone un buen número de soldados, que podría haberse aproximado a los quinientos. El hecho de que enviaran a este número tan elevado de soldados implica el juicio que tenían de Jesús y sus seguidores los jefes y autoridades judías. Realmente lo trataban como a un malhechor y subversivo y presumían que su grupo estaba vinculado a los movimientos de liberación, por lo cual pensarían que estaban armados; de lo contrario, es decir, si hubieran tenido conciencia de que se trataba solamente de un reformador religioso, seguido de un grupo de pasivos pescadores no habrían desplegado este destacamento militar para prenderlo.

Su muerte por juicio político nos muestra también la repercusión que tuvo su práctica. Pilato trata de desentenderse en un primer momento por creer que el asunto es un pleito religioso entre judíos, pero cuando percibe que la acusación es netamente política e implica subversión por el hecho de propiciar el no pago del tributo al César, el proclamarse Rey y el soliviantar al pueblo no tuvo más remedio que condenarle, Lc. 23, 2-5.

El tipo de muerte por crucifixión era un castigo que se reservaba para los delitos contra la ley romana, lo cual muestra el carácter político que Roma dio a la muerte de Cristo.

El hecho es que Jesús se enfrentó a todo tipo de poder, poniendo el mundo patas arriba, pues su mensaje no entroncaba con los intereses de los poderosos. Por eso su vida fue conflictiva y generó el conflicto por donde pasó, ya que los valores propuestos cambiaban radicalmente el sentido de la vida y las relaciones entre los hombres. Jesús, como revelación del Padre, no se muestra neutral ante las contradicciones existentes en la sociedad judía, opta claramente por los oprimidos y por tanto, tiene que enfrentarse a los opresores, y lo hace decididamente. No se limitó a hablar de Dios sin hacer referencia a la realidad, no trató de "espiritualizar" o desencarnar el mensaje hablando de nuevas realidades sin espacio físico; muy al contrario su misma persona nos muestra el sentido de su mensaje: es la encarnación de Dios, es el mismo Dios hecho persona que irrumpe en medio de la historia para transformarla y darle un nuevo sentido a través del hombre.

Desde el punto de vista del poder, tanto religioso como político, el mensaje y la persona de Jesús resultó peligrosa y subversiva ya que rechazaba la situación establecida como opuesta al Plan de Dios, y anunciaba una nueva forma de convivencia realizada por el hombre nuevo como fruto de la conversión.

Jesús fue consciente del conflicto que acarrea su presencia y su práctica, era consciente del peligro que corría, y sin embargo, ni cambió de táctica ni se volvió atrás. Hoy diríamos que mantuvo una postura temeraria y que le faltó una metodología de trabajo, ya que arrasó con todo lo establecido por considerar que ensombrecía la vida del hombre. Y no sólo era consciente de lo que le podía pasar, sino que previene a sus seguidores de lo que les va a ocurrir si son fieles a su mensaje. Parece que va parejo el ser discípulo de Cristo y el sufrir la persecución, Mt. 16, 24-25; Mc. 8, 34-35;

Lc. 9, 23-24. Les dice que les envía como ovejas en medio de lobos, por tanto, han de ser prudentes pues siempre habrá alguien al acecho para llevarlos a los tribunales y serán azotados en sus sinagogas, Mt. 10, 16-24; Mc. 13 9; Lc. 21, 12-13; Jn. 16, 1-4. Aquí llega a decir Juan que incluso cuando maten a los discípulos creerán que están dando culto a Dios. Sin embargo, no por eso deja de actuar públicamente y manda que los discípulos también lo hagan, Mt. 10, 26, 27; Mc. 4, 22; Lc. 12, 2-3.

#### **4. Su Mensaje: El Reino de Dios.**

Jesús conoce la situación del pueblo, de hambre, enfermedad, opresión, pecado. El pueblo en estas circunstancias no tiene vida, por todo lado la muerte se hace presente.

Las condiciones de vida del pueblo son de lo más duro en lo laboral: no poseen tierras suficientes, pues poco a poco se las habían ido arrebatando los grandes terratenientes. Esto ha supuesto el que tuvieran que salir a trabajar a los grandes latifundios como eventuales. El evangelio nos narra la escena en la cual los trabajadores esperaban en las plazas públicas a que los capataces vinieran a contratarles, Mt. 20, 1-3.

Dependían de la voluntad de los patrones, y caían en manos de los acreedores, Lc. 16, 5-7. En lo social no existían derechos ni el estado se preocupaba por la salud, por eso la enfermedad reinaba por doquier. Los relatos evangélicos nos hablan frecuentemente de este mundo de enfermos donde se encontraban cojos, ciegos, mudos, lisiados, Mt. 15, 30; Lc. 18, 35; Jn. 5, 3; endemoniados, Mt. 15, 22; 9, 32; 8, 28; 8, 16; Mc. 1, 23, los que padecían hemorragias, Mt. 9, 18, parálisis, Mt. 9, 2, leproso Mc. 1, 40; Lc. 5, 12, sordos y tartamudos, Mc. 7, 32 y epilépticos, Lc. 9, 38-39.

El pecado se mostraba como una realidad que oprimía al hombre. No sólo era una realidad espiritual pues llegaba a ser causa de daños y enfermedades físicas, esta era la creencia popular, Jn. 9, 2 y a la persona considerada en pecado se la tenía por impura y, por tanto, era apartada de la sociedad y no se debía convivir con ella, Mt. 9, 11; Mc. 2, 16; Lc. 5, 30; 7, 39. A los pecadores, a veces se les condenaba a muerte, Jn. 8, 4-7; el pecado era una esclavitud que oprimía a Israel.

En este ambiente irrumpe Jesús para dar su mensaje que sin lugar a

dudas tiene un tema básico y central. El Reino de Dios, el término Reino, no significa espacio geográfico sino voluntad de realizar un proyecto liberador, por eso hoy día se habla más de reinado que de Reino por ser más fiel al pensamiento oriental, o sea, posee más un carácter dinámico que espacial.

El pueblo de Israel poseía la seguridad de que un día llegaría a reinar un rey que gobernaría con justicia al pueblo. Esta justicia se haría patente para los desheredados, para los oprimidos y menesterosos. En realidad, esperaban un benefactor que fuera capaz de atender a aquellos a los que secularmente se les había despreciado y no habían contado en la sociedad nada más que como objeto de trabajo y explotación. Por eso tenía que llegar el día en que un rey quebraría el yugo que les oprimía y rompería la vara del tirano, Is. 9, 3 y restauraría para que brillara la equidad y la justicia, Is. 9, 6; el Mesías, herirá al hombre cruel y matará al malvado que oprime al pueblo y la justicia será el ceñidor de su cintura, Is 11, 4-5; Zac 9,9. En el Salmo 72, 12 dice que liberará al pobre suplicante, al desdichado, al que nadie ampara, se apiadará del débil y del pobre, el alma de los pobres salvará.

Esta expectativa mesiánica de que a los pobres se les haga justicia Jesús la hace realidad cuando proclama en la sinagoga de Nazareth el cumplimiento del pasaje de la Escritura en Is. 61, 1-2 "El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" Lc. 4, 16-21. Lo que estaba anunciado es ya realidad en Jesús y, para dar testimonio, su palabra se hace vida y comienza a sanar de toda enfermedad y dolencia, Mt. 4, 23, 25; Mc. 1, 23-26; Lc. 4, 33.

Que el anuncio del Reino es lo central de su mensaje es patente según lo muestran los evangelios. Lo primero que hace en su ministerio es proclamar el anuncio de la Buena Noticia y afirmar que el tiempo se ha cumplido y que el Reino de Dios está cerca, Mt. 4, 17; Mc. 1, 14-15; Lc. 4, 18-21. Por si teníamos alguna duda sobre lo fundamental del mensaje de Cristo y cual fue el sentido de su práctica, los evangelistas por boca de Jesús nos lo confirman: Ha venido a la tierra a proclamar la Buena Noticia y a anunciar la instauración del Reinado de Dios.

Pero en qué consiste este Reinado entre los hombres? Fundamentalmente en la novedad: los tiempos viejos de marginaciones, opresiones,

donde prevalecía la hipocresía y la mentira dejan de tener vigencia, ya son caducos ante la llegada de Cristo. Esta novedad es tan radical que no admite parches ni componendas porque estas son incompatibles con la presencia de Dios en persona en medio de los hombres, Mt. 9, 15-17; Mc. 2, 19-22; Lc. 5, 34-39.

### *El Reino como Novedad*

Con la irrupción de la práctica de Jesús, se inaugura un Nuevo Tiempo en el que la vida y la sociedad alcanzan otro sentido diferente. Esta novedad trastoca y desconcierta a todos los patrones de vida que se conocían, no concuerda con la dinámica social establecida y hasta llega a aparecer como proyecto de una mente trastornada, pues no plantea la modificación solamente socio-económica sino que abarca todas las relaciones de los hombres desde lo más íntimamente personal hasta lo público y colectivo. Desde nuestros pensamientos, inclinaciones, deseos y egoísmos hasta la materialización de nuestra mínima obra y analizando el efecto que produce en el entorno familiar y social. También abarca nuestras expectativas de futuro incluso más allá de la muerte. La novedad del Reino plantea la transformación de la realidad integral por medio de la intervención divina.

La práctica de Cristo es el signo vital de esta nueva era, que va transformando la realidad. Cristo nos revela la novedad de la relación de Dios con el hombre. Dios había enviado antes profetas para comunicarse con su pueblo pero ahora es El mismo, hecho hombre el que se relaciona con el pueblo. Esto llegó a ser incomprensible para muchos, sobre todo para los que se aferraban a los tiempos y concepciones viejos sin dejar ninguna posibilidad para lo nuevo; rechazaban todo lo que apareciera como novedoso quebrando así toda posibilidad de esperanza. Jesús, al mismo tiempo que revelarnos la novedad de un Dios hecho hombre, nos da también el sentido de lo que significa el hombre nuevo. Un hombre que concibe a Dios como a un padre, que se comunica frecuentemente con El, que sólo busca cumplir su voluntad, que no vive para sí sino que viene a dar la vida por los demás. Un hombre nuevo, que vive plenamente la libertad sin atarse al yugo del pasado con su carga de normas y tradiciones que ahogan la manifestación del amor y de la vida. El hombre nuevo ha de vivir la nueva dinámica cimentada en el Ser en contraposición a la vieja postura del Tener. Esta es la disyuntiva que le ofrece Jesús al joven rico, Mt. 19, 16-22; Mc. 10, 17-22; Lc. 18, 23. Lo fundamental para aceptar el Reino es la capacidad de sentirse persona para

compartir la vida en toda su dimensión con los semejantes. El aferrarse a los bienes materiales, que en el tiempo viejo son la garantía de la identidad y la frontera que separa el mundo de los privilegiados de los que no poseen ni para comer, se convierte en impedimento para ser persona en toda su plenitud y se torna en aislamiento e incapacidad para aceptar el tiempo nuevo, que es vida comunitaria y alegría compartida, Lc. 11, 15. Por eso el joven rico, al no ser capaz de romper con el viejo mundo de los valores caducos para abrazar la novedad del gozo solidario, se aleja de Jesús entristecido sabiendo que ha perdido la gran oportunidad de participar en la experiencia del Reino. Por eso Jesús afirma a continuación que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios, Mt. 19, 23-24; Mc. 10, 23-27; Lc. 18, 24-25, pues el que se aferra a las riquezas está optando por un mundo caduco que degenera al hombre convirtiéndolo en esclavo del dinero sin el cual no tiene razón de ser, Mt. 6, 24, en contra de Dios y su Reinado, que privilegia al hombre como tal y le ofrece la posibilidad de la vida que no perece por entrar a tomar parte en el Plan y la vida de Dios, Mt. 6, 19-21; Lc. 12, 33-34. El que apuesta por ser con y para los demás recibirá todo lo que necesita para realizarse como persona y además participará en el Reinado de Dios, Mt. 6, 33; Lc. 12, 30-32.

El hombre nuevo se caracteriza por ser en el servicio a las personas no por la arrogancia de sentirse superior en la práctica de un poder, que es sumisión para sus semejantes, Mt. 20, 25-28; Mc. 10, 41-45; Lc. 22, 25-27. Por ser sencillo en vez de orgulloso: el que sea capaz de renovarse a semejanza de los niños participará del Reinado de Dios, Mt. 18, 1-3; Mc. 9, 33-37; Lc. 9, 46-48. El Reinado de Dios trae otra novedad sobre el concepto de familia, esta ya no se reduce a los lazos consanguíneos sino que se amplía hasta la coincidencia de ideales; es el proyecto común el que hermana y ese proyecto todavía se amplía hasta límites universales por las connotaciones del mensaje; el amor a todos los hermanos hasta llegar a dar la vida por ellos, Jn. 15, 12-13.

La novedad llega a la mayor exigencia ética y responsabilidad personal que nos haga aparecer más auténticamente libres ante la sociedad y ante Dios para hacer concordar nuestra fe y nuestro discurso teórico con la práctica; ya no hay ocasión para el desfase y ruptura entre discurso y práctica, Mt. 7, 21-23.

La novedad llega también al campo de la tradición y la ley; por eso, frente al mandato de no matar, ahora se plantea como homicidio a las relaciones de odio, rencor, de falta de convivencia, Mt. 5, 21-22, y se afirma como inválido el culto y la ofrenda que se hace a Dios, sino estamos en comunidad con los semejantes; lo cual nos da una visión radicalmente opuesta a la que tenían en la religión de Israel y que todavía hoy está vigente, es decir, que es el culto el que repara y salva. Aquí se nos muestra, como ya lo hicieron los profetas y está vigente en la Ley de la Alianza, que no es posible el culto ni la oración si no hay convivencia y fraternidad entre nosotros, Mt. 5, 23-24, pues con lo que agradamos a Dios es con el amor y no con el sacrificio, Mt. 9, 13; 12, 7. Se sustituye el juicio hacia las personas por el perdón y corrección fraterna como muestra del avance cualitativo en la convivencia humana, Mt. 7, 1-5, pues la fraternidad debe ser la pauta de nuestra conducta ya que todo lo que queremos que nos hagan a nosotros, debemos hacerlo también por los demás, Mt. 7, 12. Con esta práctica se constata la superioridad de la nueva justicia sobre la antigua, lo cual será garantía para la recepción de la dinámica del Reino.

La relación del hombre con Dios reviste características insólitas dentro de la concepción hierática y lejana, que era práctica en la religión judía en tiempos de Jesús. Ahora es fácil la relación, está al alcance de todos, no se necesita la mediación del sacrificio cultural ofrecida por el sacerdote, pues la relación fraternal con el hermano es garantía de la relación con Dios. Todo lo que hagamos al hombre para evitarle sufrimientos, carencia de alimentos, de asistencia sanitaria, cada vez que creemos sistemas de acogida a los forasteros, hoy día emigrantes o exiliados políticos, cuando visitemos a los presos y elevemos nuestra voz para conseguir su libertad y evitar las causas generadoras de situaciones de opresión y dolor lo estamos haciendo con Dios, por tanto, la mediación actual es el amor, la convivencia y el compromiso con el hermano, Mt. 25, 31 y ss.

### *El Reino es Vida.*

En los Nuevos tiempos el hombre es el fundamento del Reino, por eso todo lo que se oponga a su pleno desarrollo debe ser combatido y sustituido por una dinámica que lleve a alcanzar su plenitud. La práctica del Reino se centrará en crear condiciones de vida y en combatir los hechos de muerte que oprimen y degradan al hombre, Jn. 5, 21.



La práctica del Reino es una apuesta por la vida en toda su dimensión, así Jesús, como signo vivo de este Reinado, dará infinidad de señales que avaleen esta apuesta por la vida del hombre sanándole de toda enfermedad y dolencia, Mt. 9, 5; 4, 23-25; Mc. 1, 39; 1, 40-42; Jn. 4, 47-50, aunque para ello tenga que combatir la vieja tradición, que enmascarándose en el cumplimiento de la ley, mantenía una dinámica de muerte en el pueblo. Jesús curó varias veces en sábado para demostrar que lo importante para Dios es la vida del hombre y desenmascarar la falsa postura pietista de los fariseos y los escribas que, escudándose en la ley, generaba una práctica de muerte, Mt. 12, 9-14; Mc. 3, 1-6; Lc. 6, 6-11. Los fariseos, escribas y ancianos, para defender su proyecto de muerte, se confabulan contra El para matarle, pues no sólo desautoriza su práctica sino que anula su ideología escondida en un ropaje religioso.

Jesús enseña que para buscar la vida del pueblo hay que acercarse y comprometerse con el, no es cuestión de hacer separaciones como hacían escribas, sacerdotes, fariseos, y ancianos clasificando a la sociedad entre puros e impuros y al tiempo y al espacio entre sagrado y profano. Eso es hipocresía para no entrar en el verdadero problema: se está a favor o contra la vida. Jesús deslinda claramente posiciones y rompe las barreras que han construido las clases dirigentes para ampararse en sus privilegios y dejar marginado al pueblo y sana en cualquier tiempo y espacio para poner de manifiesto su apuesta por la vida, Mt. 9, 1-8; Mc. 2, 1-11; Lc. 5, 17-26.

El mismo sentido tiene cuando afronta el problema de la escasez de alimentos; le preocupa cualquier problema que pueda afectar a la vida del hombre, así, cuando la gente le sigue y no tiene para comer, realiza la multiplicación de los panes y los peces para satisfacer una necesidad tan básica del pueblo como es el alimento, Mt. 14, 13-21; Mc. 6, 34-44; Jn. 6, 1-13.

Como signo de que la vida del hombre es lo que Dios quiere, Jesús resucita a los muertos como primicia de la plenitud del Reinado de Dios que vencerá hasta el último enemigo del hombre como es la muerte, Mt. 9, 23-25; Mc. 5, 39-42; Lc. 7, 11-15; Jn. 11, 39-44, para mostrar que; Dios es un Dios de vivos y no de muertos, Mt. 22, 32.

En el mandato que hace Jesús a sus discípulos antes de enviarles en misión que tienen como mensaje prioritario proclamar que el Reinado de

Dios está ya cercano y, para manifestarlo y hacerlo creíble, llevan un único signo: la apuesta por la vida que se manifiesta en sanar a los enfermos, limpiar a los leprosos, expulsar demonios y resucitar muertos y, como prueba de esta voluntad de vida, todo lo harán gratuitamente, Mt. 10, 6-8.

Los signos de vida que Jesús realiza en el Tiempo Nuevo del Reinado tienen una orientación definida: combatir el mal y el dolor, que oprimen y atentán contra la vida del hombre. Lo que define a la persona, que ha aceptado la dinámica del Reinado es su apuesta por la vida y el rechazo de las condiciones de muerte existentes en el mundo. No hay otra posibilidad, o se abraza esta dinámica por la vida o se está justificando y propiciando la muerte lo que explica por sí mismo la no aceptación y rechazo del Reinado de Dios.

### *El Reino es justicia.*

El Tiempo Nuevo del Reino comporta la justicia para los que nunca la tuvieron, para los olvidados de siempre. Esta es la característica de la justicia bíblica: es dar vida a los que no la tienen, es posibilitar a los que carecen de todo lo necesario, alimento, trabajo, educación, sanidad, vivienda, y por tanto, también de dignidad; alcanzar estos bienes imprescindibles, que hasta ahora siempre les han estado vetados. Esta justicia comporta una opción clara por el oprimido al tiempo que conlleva un rechazo del opresor causante de la estructura de injusticia, que oprime a las mayorías. Esto es nuevo y desconcertante, sin embargo, es fundamental en el mensaje del Reino. Lucas nos lo dice textualmente: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios, Lc. 6, 20. Pero ¡Ay de vosotros los ricos! porque habéis recibido vuestro consuelo. Lc. 6, 24; Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis, Lc. 6, 21; ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos porque tendréis hambre! ¡Ay de los que reis ahora! porque tendréis aflicción y llanto, Lc. 6, 25; Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre, Lc. 6, 22. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque de ese modo trataron vuestros padres a los falsos profetas, Lc. 6, 26.

Ante la fuerza y claridad del texto, no es posible poner en duda la opción por los humildes en contraposición a los poderosos; en la misma línea está el cántico de María, el Magnificat, que hace la misma contraposición: al

ensalzar a los humildes, derriba a los poderosos de sus tronos, al colmar de bienes a los hambrientos, despide vacíos a los ricos, Lc. 1, 52-53. Para realizar esto no hay más remedio que desplegar la fuerza para dispersar a los soberbios en su propio corazón, Lc. 1, 51. Esta actitud es una constante en el mensaje bíblico que la hace incuestionable. Es la forma como se entiende la justicia en la Biblia y la única posible dentro de una ética transformadora vista desde el humillado, desde el pobre, desde el pisoteado. La única garantía para conocer que un Nuevo Tiempo ha llegado es la realización de esta justicia tan esperada que responde al clamor del desheredado y que garantiza un nuevo orden para la humanidad. En definitiva, para los que decimos creer en el Dios de la Biblia, esta es la justicia que instaura nuestro Dios.

El reinado introduce una dinámica, que por su novedad, desconcierta a grandes y pequeños, a los grandes por hablar un lenguaje inusual y por apostar por aquellos a los que ellos siempre han despreciado y por sentirse desplazados de la Alianza y promesas divinas y a los oprimidos, por escuchar, al fin, que son amados y bendecidos por Dios y por sentirse sujetos de liberación.

El Evangelio, Buena Noticia, privilegia a los pequeños. Ellos son la pauta para la vivencia de los valores del Reinado de Dios. Sin sencillez, seremos rechazados en el Reino, Mt. 18, 1-4. Ellos son puestos como modelo y como reivindicación de unos sectores sociales que eran los más marginados dentro del sistema de explotación general. Así se verán beneficiados por la justicia los niños, las mujeres, los humillados, Mt. 19, 13-15; Mc. 10, 15; Lc. 18, 15-17. La Buena Nueva del Reino ha sido revelada a los sencillos, a los que no tienen voz y ocultada a los que se creen los poseedores del conocimiento y a los instalados en la prudencia, que les inmoviliza e incapacita para aceptar y luchar por la novedad del Reino, Mt. 11, 25; Lc. 10, 21-22, y remacha continuamente un anhelo, nunca hecho realidad: los perdedores, los que siempre han estado marginados de todo bien, van a pasar por delante de los que actualmente dominan y se enseñorean en medio de la humildad del pueblo, pues bien, los últimos, los que nunca han contado para el reparto de beneficio alguno, son ahora los primeros; por fin cuentan para algún proyecto de esperanza, Mt. 19, 30; 20, 16; Mc. 10, 31; Lc. 13, 30.

Desconcierta la manera de entender y distribuir la justicia enmarcada

siempre en la línea de beneficiar a los marginados, Mt. 20, 1-15. Pagará lo mismo a los que trabajaron todo el día como a los que lo hicieron sólo media jornada pues no habían sido convocados antes. Al Reino también son llamados los que la sociedad desprecia y estos son los que asisten a la convocatoria mientras que, los bien vistos, los que se sientan en los primeros asientos, la desprecian, Mt. 22, 9.

La justicia del Reino es aceptada por todos los que eran despreciados y marginados. Ellos son los que confían en el mensaje y apuestan por él, sin embargo, los que se consideraban puros y conocedores de la ley son incapaces de sentirse interpelados por aferrarse a su posición conservadora contraria a toda idea de renovación y esperanza. Así las prostitutas, los pecadores, e infieles fueron capaces y permeables para dejarse penetrar por el mensaje, condición para participar en el Reino, Mt. 21, 31-32; Lc, 7, 29-30; 13, 29.

### *El Reino es liberación*

Jesús nos dice que no temamos ante la presencia de Dios, pues el Padre no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo sino para salvarlo, Jn. 3, 17; 12, 47.

Esto es lo que practica Jesús en su vida ministerial. Por eso se acerca a los sectores más despreciados como eran: los pecadores con los cuales comparte casa y comida y logra liberarles de la práctica del pecado, Mt. 6, 14; 9, 10; Mc. 2, 5; Lc, 2, 15-17 y, ante las acusaciones de los fariseos y escribas, que se escandalizan de la postura de Cristo, les contesta que no necesitan del médico los sanos sino los enfermos y, les apostilla: "No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores" Mt. 9, 11-13 y lo rubrica, cuando perdona y acoge a la pecadora que iban a lapidar, Jn. 8, 3-11.

El Reino trastoca las normas tradicionales y libera de todo yugo, así el pecador no será desechado como objeto de condenación; por el contrario, se le ofrecerá la liberación y la vida.

No sólo libera del pecado, sino de todo lo que ponga en peligro la vida del hombre: la enfermedad, la injusticia, la muerte y la esclavitud de la ley. Por eso Jesús nos libera de las normas anquilosadas, que se anteponen al hombre como son el sábado, la pureza, el sacrificio, el ayuno y los ídolos

que nos ciegan e incapacitan para reconocer y amar al verdadero Dios, Mt. 6, 24.

### *El Reino es amor*

El Reino entra en la dinámica del amor como prueba del Tiempo Nuevo que instaura unas nuevas relaciones rompiendo el egoísmo institucionalizado y sustituyéndolo por la ayuda fraterna, por eso la norma para la relación será el hacer a los demás lo que deseamos que nos hagan a nosotros, Mt. 7, 12. Aquí se condensa toda la ley y la tradición profética. La característica fundamental es la de la entrega y el servicio a ejemplo de la práctica efectuada por Jesús, Jn. 13, 1-15. La grandeza en el tiempo del Reino se caracteriza por la capacidad y actitud de servicio al prójimo. Este es el concepto de autoridad que entraña un cambio radical de pensamiento para aceptarlo pero, sin el cual, es imposible la aceptación del mensaje. El hombre nuevo no será interpelado sobre la dinámica del Reino por su práctica religiosa de asistencia al culto y por su práctica pietista sino por su capacidad de encontrar a Dios en el hermano, en el necesitado y amarle, en la solidaridad mostrada hacia el prójimo. El Reino nos manifiesta también el sujeto de la revelación de Dios, que no es un lugar ni una imagen sino el hombre mismo con sus necesidades e ilusiones. Este es el reto que se nos impone: saber buscar a Dios donde realmente está, pues de lo contrario, estaremos engañándonos continuamente y con escasas posibilidades de ponernos en el camino indicado. Este cambio radical y desconcertante del hecho religioso o esta desacralización de la imagen de Dios es lo que nos narra Mateo en el relato del Juicio final. Nos muestra claramente el desconcierto y frustración producida en las personas que pasaron su vida buscando a Dios a través del culto, de ritos y lugares sagrados alejados de la vida del hombre y deben reconocer que se equivocaron, Mt. 25, 31 y ss. En el Reino el hombre es la única imagen que nos revela a Dios y la relación con Dios se hace a través de la práctica solidaria, fraternal y de servicio como medida del cumplimiento del Nuevo Mandamiento: El amor fraterno, Jn. 15, 12-13, lo que da idea de la diferencia radical entre la religión vieja, basada en el sentimiento y en la comprensión misteriosa lejana, y sacrificial de la relación del hombre con Dios, y la nueva dinámica basada en las relaciones que comportan el escuchar el clamor de Dios a través del hombre.

Esta es la norma y nueva comprensión, que comporta una actitud ética sin la cual no podemos conocer a Dios. El amor a Dios y al prójimo es la

única norma válida en la dinámica del Reino, Mt. 22, 34-40; Mc. 12, 28-31; Lc. 10, 25-28.

### *El Reino es verdad*

El Reino es incompatible con el formalismo y la hipocresía religiosa, con el aparentar y no ser plenamente. Por eso rompe con esa práctica enquistada en las formaciones religiosas, una vez institucionalizadas, de quedarse en lo externo, en lo formal descuidando el compromiso ético, personal, la exigencia profética que es signo y pauta de conducta para los demás. Como definía Cristo al Reino: ser la levadura capaz de fermentar a la gran masa, de darle una nueva savia al mundo, Mt. 13, 33; Lc. 13, 20-21.

La conducta de los que admiten los valores del Reino ha de ser siempre auténtica, purificándola de toda connotación superflua y de ostentación como en la parábola del Fariseo y el Publicano, Lc. 18, 9-14. En la vida del Reinado de Dios no cabe la falsedad. Jesús, al hacer el elogio del Bautista, incide en la autenticidad de su vida, en el sentido profético de su signo en contraposición a los que habitan en palacios y se dedican a una vida holgada, Mt. 11, 7-9. Le proclama como el mayor de los profetas, sin embargo, el más pequeño de los que vivan la dinámica del Reino será aún mayor que él. Esto nos revela el carácter de autenticidad y verdad que conlleva el espíritu del Reino. Es una exigencia que no podemos descuidar pues tenemos la enorme responsabilidad de ser testigos de la verdad de Cristo, por eso debemos ser fieles al mandato de ser luz del mundo y sal de la tierra, capaces de darle un nuevo sentido a la vida del hombre, Mt. 5, 13-16; Mc. 9, 50; Lc. 14, 34-35.

Al obrar la verdad estamos testificando que nuestras obras son signo claro de la voluntad del Padre, Jn. 3, 21 pues la gracia y la verdad que percibimos nos ha llegado por medio de Jesucristo, Jn. 1, 21.

### *El Reino es del presente*

Se ha querido ver el Reino de Dios como algo meramente espiritual y que no tiene nada que ver con este mundo. Han tomado como argumento la denominación de Mateo, que utiliza el término Reino de los cielos. Pero aferrarse a este término no es argumento pues se sabe que Mateo, centrado en la tradición judaica, no nombra a Dios por estar prohibido; es por esto que

traduce Reino de Dios por Reino de los cielos. Claro que este no es el principal argumento para desplazar al Reino de la realidad terrena a un espacio celeste y a una condición de intemporalidad. Lo fundamental está en algo más profundo y es en la visión que se tiene del mensaje de Jesús y del encuadramiento del Reino dentro de la Ley de la Pureza y Santidad traducidas a nuestro tiempo. Por eso se trató de negar al Jesús histórico y se incide con énfasis en la visión espiritualista y desencarnada del contenido evangélico. Se tiene miedo a la radicalidad del mensaje, por eso se extrapola dicha radicalidad desde este mundo a otro intemporal; se traducen términos como pobre por un concepto espiritualista y la promesa de liberación y satisfacción de las penurias y necesidades temporales y espirituales se la enmarca en el más allá con lo cual se mutila la capacidad de engendrar esperanza e ilusión en esta vida, quedando esa esperanza estancada para después de la muerte.

Cuando se trata de comprender el sentido de justicia y liberación del mensaje hacia la clase más oprimida y olvidada se traduce en la práctica por caridad que raya con la limosnería lo cual es contrario al espíritu del Evangelio ya que no libera sino más bien crea dependencia.

Sin embargo, en el Evangelio se tiene un concepto distinto de lo que significa el Reino. Es la introducción de la realidad material y espiritual en la dinámica de Dios para su total transformación, por tanto con la llegada de Cristo y sus signos liberadores de desgracias e injusticias temporales que afectan al hombre, se instaura ya en la tierra este Reinado y es el mismo Jesús el que lo afirma: "El Reino de Dios ya está entre vosotros" Lc. 17, 20-21 y se hace cognoscible por los hechos de liberación que produce en este mundo los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva, Mt. 11, 4-5; Lc. 7, 21-23 y termina este relato diciendo "Y dichoso aquel que no se escandalice de mí". Mt. 11, 6; Lc. 7, 23. Cristo ya sabe que es motivo de escándalo por su concepto religioso y por su práctica, que instaura el Reinado donde brilla la verdad desenmascarando a la mentira y a la tiniebla. El no querer reconocer el significado del Reinado y su ya instauración entre nosotros, no será prueba de que nos escandalizamos de Cristo y de su práctica?

Jesús insiste en el hecho de la implantación del Reino por intermedio de su persona y sus obras, que liberan a los cautivos y dan libertad a los

oprimidos, Lc. 4, 18. En otro momento, en oposición a los fariseos, que no quieren aceptar el Reino, afirma que si por el espíritu de Dios expulsa los demonios es que ha llegado ya el Reino de Dios (aquí Mateo sí utiliza correctamente el término), Mt. 2, 28 y dichosos los que pueden ver y oír, es decir, estar presentes en la irrupción del Reinado de Dios en la historia del hombre pues muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no pudieron pues no se habría instaurado todavía el Nuevo Tiempo, Mt. 13, 16-17; Lc. 10, 23-24. A la Samaritana también le responde que el Mesías esperado, el Cristo, ya ha llegado, Jn. 4, 25 por eso cambia la forma de relacionarse y de adorar al Padre. A tiempos nuevos, expresiones nuevas; ahora, se adorará en espíritu y en verdad, Jn. 4, 23-24. Estos nuevos tiempos, son tiempos de vida, Jn. 5, 25.

En varias ocasiones Jesús promete recompensas del ciento por uno a los que sean capaces de apostar por esta nueva vida y por tanto, abandonen todo por dedicarse al Reinado de Dios, Mt. 19, 27-30; Mc. 10, 30; Lc. 18, 28-30.

Cristo es consciente de que con El ya ha comenzado el Reino y por tanto el mundo viejo tiende a su fin "Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda" Mc. 13, 30.

La presencia del Reinado de Dios en la Historia es un hecho incuestionable según la narración evangélica, lo cual no significa que ya esté totalmente realizado. Jesús más bien nos indica que es una dinámica que hay que seguir hasta que alcance mayor plenitud y este tiempo nadie lo conoce sino el Padre, por eso nos exhorta a estar vigilantes ante la espera, Mt. cap. 25.

El Reino de Dios no apacrecerá aparatosamente sino que llega humildemente y a través de signos sencillos pero que son capaces de ir transformando las mentes y conciencias para posibilitar un cambio radical en el estilo de concebir el mundo y las relaciones humanas. Es lo que nos dicen las parábolas del Reino como la del grano de mostaza, que comienza casi sin ser percibido hasta que se hace plenitud, Mt. 13, 31-33; Mc. 4, 30-32; la semilla del Reino no puede ser totalmente ahogada; una vez sembrada en el corazón de los hombres irá germinando aunque sea silenciosamente. Por eso aunque se trate de asfixiarla no se logrará, siempre en la historia quedarán personas que oirán la profecía y la práctica revolucionaria del amor, Mc. 4,



26-29. Pero no todos admitiremos el reino por nuestra ceguera, egoísmo y cerrazón en nosotros mismos y en las ideas caducas, pero los que sean capaces de descubrirlo lo guardarán como un tesoro inapreciable, Mt. 13, 44-46.

### *La Conversión*

Para aceptar el Reino de Dios es preciso cambiar de actitud profundamente pues se entra en una dinámica opuesta a la de los valores caducos. Todos estamos llamados pero no todos seremos capaces de admitirlo.

Por eso en el comienzo del anuncio del Reino, ya Juan Bautista predica la necesidad de la conversión sin la cual no será posible aceptar el Nuevo Tiempo, Mt. 3, 2; Mc. 1, 4; Jesús incide en la misma idea: es necesario convertirse porque el Reino de dios está cerca, Mt. 4, 17.

La conversión significa un cambio cualitativo de actitud y posición ante la vida, es vaciarse del antiguo concepto para abrazar un modelo diferente y esto no es algo pasajero, fruto de un sentimiento, sino que necesita de un tiempo de reflexión que sea capaz de hacernos optar libre y conscientemente por los valores del Reino. El Bautista explicaba con ejemplos claros a la gente que se iba a bautizar en qué consistía la conversión: en compartir los bienes para hacer una sociedad más igualitaria, en no fomentar la injusticia aprovechándose de los cargos de responsabilidad que se poseen, en no hacer extorsión a nadie, en definitiva, es vivir solidariamente y abandonar el estilo de vida egoísta para ponernos al servicio de los demás, Lc. 3, 8-14.

Hay que arriesgar y exponer nuestra vida basada en el conservadurismo y en la seguridad. La apuesta por el Reino comporta el zanjar con situaciones, compromisos y personas con las cuales nos hallábamos vinculados, lo cual comportará una ruptura dolorosa, Mt. 10, 37; Lc. 14, 25-27; 9, 59; Mt. 8, 21-2, incluso nos dice que dejemos a los muertos que entierren a los muertos. El dejar la vida pasada para abrazar el Nuevo Camino comportará enfrentamientos y divisiones familiares, Lc. 12, 51-53; Mt. 10, 34-36, que incluso llevarán a la cárcel y a la muerte creyendo los que impulsen estas acciones que obran rectamente, Mt. 10, 36; Mc. 3, 21.

La conversión exige un esfuerzo para vaciarse del hombre viejo, y por tanto, entraña dificultad, Lc. 13, 23, pues la puerta ancha que tiene una entrada espaciosa y fácil es la senda que lleva a una concepción falsa de la realidad y de la vida, por el contrario, ¡Qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida! por eso son pocos los que la encuentran, Mt. 7, 13-14.

La conversión es abrirse al camino de Dios, a una nueva realidad y es como un nuevo nacimiento, Jn. 3, 3. Comporta un cambio de mentalidad que no todos estamos dispuestos a aceptar. Todos somos llamados a este cambio de vida y todos tenemos capacidades para realizarlo, pero no siempre estamos dispuestos por miedo, por cobardía, por desinterés y por la comodidad de quedarse anclado en la estabilidad y la apatía, Lc. 14, 16-19, por egoísmo de querer exclusivamente los beneficios para sí mismos sin ver que los demás tienen los mismos derechos, Mt. 18, 23-33.

Pero si no hay conversión, si no damos una respuesta positiva a la invitación de Dios, seremos rechazados del Reino, Lc. 13, 6-9, pues el hacha está puesta a la raíz del árbol para sacarlo a cuajo y quemarlo, Lc. 3, 9. El Reino se entregará a quien tenga capacidad de conversión que le posibilite creer en él. Si nos aferramos a nuestro egoísmo y a nuestra tradición y forma de pensar será imposible captar el mensaje, Mt. 21, 31-32. El rechazo nos lo manifiestan los evangelios con la figura de cerrarnos la puerta de acceso a la vida, como le sucedió a las vírgenes necias que no supieron vigilar y prevenir lo que les podía suceder, Mt. 25, 1-13 y a los que no se esfuerzan lo más mínimo por entrar por la puerta estrecha, Lc. 13, 22-27, o con el ejemplo de los talentos por no arriesgar sino quedarse anclado en la apatía ante el miedo a lo nuevo, Mt. 25, 14-30.

Los ricos y ambiciosos será rechazados del Reino por negarse a compartir y vivir una vida de solidaridad, Mt. 19, 23-24; Mc. 10, 23-27.

El definirse por el Reino no puede darse con dudas de estar entre dos aguas, cuando me interesa la comodidad y guardar mis propios intereses, no lo sigo, o lo acomodo según me conviene; cuando tengo un arrebatado de generosidad lo sigo. Jesús nos dice que esa decisión no es válida, la opción hay que hacerla seriamente, sabiendo lo que comporta, por eso es preciso reflexionar a fondo antes de dar el paso. El Evangelio nos cuenta con bellos ejemplos esta realidad de tibieza e indefinición en muchos de los seguidores,

Lc. 14, 28-33. No debemos querer engañarnos con muestras vanas y exteriorizantes para aparentar ante Dios y los demás que apostamos por el Reino cuando es falso, Lc. 6, 46; Mt. 7, 21. El rechazo será mayor aún para estos, que para los que no se definen todavía y están en búsqueda, Mt. 12, 43-45; Lc. 11, 24-26. La actitud que nos muestra el Evangelio es la de saber ser prevenidos antes de lanzarnos a una aventura tan arriesgada como la del Reino, para no fracasar; el camino es ir cimentando nuestra decisión sobre bases sólidas capaces de resistir los envites del tiempo viejo, que continuamente acecha para recuperar su poderío, Mt. 7, 24-27.

El Reino es para aquellos que se definen de por vida y que apuestan valientemente por hacerlo realidad, para los que son conscientes de que es preciso dejar la comodidad y la apatía, y buscar nuevas fronteras, aunque ello acarree persecución, Mt. 10, 16-33. La persecución va ligada a todos aquellos que tratan de hacer presente el Reino de Dios en la vida, pues genera ilusión en los más desposeídos, y por tanto, desconfianza en los que detentan el poder como lo hicieron con Jesús.

Así, contra el Reino de Dios se usará continuamente la violencia por la carga de vida y definición que comporta, Mt. 11, 12; Lc. 16, 16 y los violentos, los aguerridos, los que no tienen temor a ofrecer su vida lo consiguen, pues quien quiera guardar a ultranza su vida la perderá, y aquellos que sean capaces de ofrecerla, la conservarán y acrecentarán, Mt. 10, 39; Mc. 8, 35.

## 5. Jesús no formó parte de la casta sacerdotal

A Jesús le otorgaron diversos títulos, pero entre ellos no se encuentra el de sacerdote. Había una gran expectación en el pueblo ante sus obras y mensaje. Se especulaba sobre su persona, y todos se interrogaban quién podría ser ese hombre que hacía tales prodigios y que enseñaba con tanta autoridad. Así encontramos una diversidad de títulos conferidos a Jesús, entre los principales están los de Mesías-Ungido y Cristo, Mt. 3, 11-12; 16, 16; 26, 63; 27, 22; Mc. 1, 10; 8, 29; Lc. 2, 26; 3, 16-18; 4, 18; 22, 67; Hech. 10, 38. Rey = Hijo de David, Mt. 2, 2; 21, 9; 27, 11; Mc. 10, 47; 11, 10; Lc. 19, 38; 23, 3; Jn. 1, 49; 18, 33. Maestro, Mt. 19, 16; Mc. 10, 17; 11, 14; 13, 1; 10, 51; Lc. 18, 18; Jn. 20, 16. Hijo del hombre, Mt. 17, 9-12, 16, 27-28, Mc. 2, 28; 2, 10; 9, 12; Lc. 6, 5; 22, 69. Hijo de Dios, Mt. 4, 3; 3, 16; 26, 63; Mc. 1, 9. El mismo Espíritu Santo le señala como Hijo de

Dios y quizás uno de los títulos más frecuentes entre el pueblo fue el de profeta. El pueblo con asiduidad le consideraba como un profeta, Mc. 6, 15. Ante la pregunta de Jesús a los apóstoles sobre quién decía la gente que era El, estos contestan que unos dicen que es Juan Bautista, o Elías o Jeremías Mt. 16, 14. Incluso el mismo Cristo se atribuye el título de profeta, Mt. 13, 57; Lc. 13, 33. Las gentes que seguían a Jesús le reconocen como un profeta que Dios ha enviado a su pueblo, Lc. 7, 16. Incluso la Samaritana le admite como tal, Jn. 4, 19; el ciego de nacimiento reconoce en la persona que le ha sanado a un profeta, Jn. 9, 17, después de la multiplicación de los panes, Jn. 6, 14 y ante las palabras de Cristo que manifiesta ser la fuente de agua viva, Jn. 4, 40, el pueblo le adjudica también el mismo título.

A veces los fariseos ponen en duda su condición profética que el pueblo le otorga, Lc. 7, 39, sin embargo, después de escuchar la parábola de los viñadores homicidas, que se adjudicaron para sí, intentaron detenerle, pero no lo hicieron por miedo a la gente que le tenía por profeta, Mt. 21, 46, y hasta después de la muerte, el pueblo seguía recordándole como un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, Lc. 24, 19.

Está claro que ni la gente ni El mismo vieron vinculación alguna de Jesús con la casta sacerdotal. Cristo no se vinculó en absoluto al tipo de religión sacralizante que promovían los sacerdotes, ni al tiempo ni a los espacios sagrados. Tampoco su estilo de vida itinerante y sencilla encuentra ninguna semejanza con el poder económico, social y religioso de los sacerdotes. Además, marca constantemente distancias con este estilo de concebir la idea religiosa y enfrenta al poder religioso, que negocia con lo sagrado, aprovechando la sencillez y buena voluntad de las gentes del pueblo. Ese no era su estilo, a su Dios no se le encontraba en el templo, pues allí se habían instalado los usurpadores del Dios liberador y se habían apoderado de su mensaje para desvirtuarlo y convertirlo en una mercancía que procuraba grandes ganancias. Todo esto lo rechazó rotundamente Jesús y marcó unas pautas opuestas radicalmente para conocer y seguir la voluntad de Dios.

Ni el templo como espacio, ni el sábado como tiempo, ni el culto como mediación, ni el sacerdocio como segregación y profesión responden a las exigencias del Reino. Por el contrario, son opositores, ya que responden a otro concepto de Dios: un Dios al cual ellos han localizado, domesticado y del cual se sirven para su beneficio. Por eso se sienten celosos, inquietos e

irritados ante la presencia de Cristo y su forma de presentarse como enviado de Dios desde una posición totalmente laica, sencilla, pero rupturista con la forma institucionalizada y jerárquica de la casta sacerdotal y de las asociaciones de escribas y fariseos tan aferrados a la ley y a una falsa piedad. Jesús es algo tan nuevo que no permite la comparación con estos grupos de la cúpula religiosa ni con su doctrina, por eso, su comportamiento surtió el efecto de un revulsivo sin límites para estos estamentos que resolvieron matarle como única forma de eliminar este mensaje tan vital y esperanzador, que les descubría como impostores e invalidaba un concepto religioso caduco y creador de dolor y muerte.

No es de extrañar que en los evangelios haya una constante al presentar la figura de los sumos sacerdotes como portadores de muerte. Ya desde el nacimiento de Jesús aparecen vinculados al poder y son capaces de informar a Herodes sobre el lugar de nacimiento del Mesías, Mt. 2, 4. Durante su ministerio le asedian continuamente tratando de detenerle, Mt. 21, 45, desautorizándole, Mc. 11, 27, 28, Jesús es consciente del rechazo que genera en la casta sacerdotal por eso los ve como ejecutores de su muerte, así en las predicciones de su Pasión involucra a los sumos sacerdotes, Mc. 8, 31; Mt. 16, 21; Lc. 9, 22 y, al final los sumos sacerdote son los que urden la trama para matarle, Mt. 26, 3; 26, 47; 27, 20; Mc. 14, 1; 14, 53 y 15, 2; Lc. 22, 66-71.

Está claro que los sacerdotes no concuerdan con el mensaje de Cristo pues el ejercicio de su función sacerdotal no presupone el renunciar a un tipo de vida cómoda y al prestigio muy al contrario, su profesión era garantía para alcanzar un alto rango en la vida social y un nivel económico fuerte; en definitiva, todo lo contrario a lo que practicaba y predicaba Jesús quien exigía una renuncia radical a todo lo que significaba prestigio social, acaparamiento de bienes o institucionalización del mensaje. La postura de Jesús se define por la vocación, que posee fuertes connotaciones proféticas de denuncia de la injusticia y de apuesta por una vida comunitaria, fraternal, donde la verdad y los valores del Reino se manifiesten en lo cotidiano. No se encuentra en las palabras y los hechos de Cristo orientación alguna hacia la institucionalización de sus seguidores, más bien predomina el despojo, el desasimiento de toda seguridad; así les envía como ovejas en medio de lobos, sin alforja, sin sandalias, sin bastón y con la sola seguridad de confiar en la providencia divina.

Si Jesús no asumió la función sacerdotal ni en la teoría ni en la práctica, es lógico que tampoco la recomendará a sus seguidores. El encargo que les da es que se sientan enviados como mensajeros de la Buena Noticia del Reino, Mt. 10, 7-9; Mc. 3, 14; Lc. 9, 1-6.

En la confesión de Pedro, narrada por Mateo 16, 18, al referirse Jesús a la función de Pedro en el grupo de los discípulos, parece que Jesús utiliza un término que se traduciría por asamblea y sería el equivalente de lo que en el A. Testamento se utilizaba para designar a la comunidad del pueblo elegido, especialmente en el desierto. Al recoger este término del A. Testamento, Jesús designa a "la comunidad mesiánica", según la Biblia de Jerusalén. Hay que resaltar que es solamente Mateo quien introduce esta cita pues en los paralelos de Marcos y de Lucas el texto termina así: "y vosotros quien decís que soy yo? Pedro le contestó: Tu eres el Cristo". Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de El. Mc. 8, 29-30; Lc. 9, 20-21. Juan narra algo similar y tampoco hay ninguna referencia a la cita de Mateo Jn. 6, 67-70.

Por tanto, en el único texto de los evangelios, que hace referencia a cierta organización, se habla de comunidad o asamblea, cosa muy diferente a la estructura sacerdotal del A. Testamento o, a lo que nosotros conocemos hoy como Iglesia.

Después de la resurrección, la misión que les da sigue siendo la de hacer discípulos en su nombre para que los pueblos aprendan a guardar y cumplir las enseñanzas de Jesús, la Buena Nueva, Mt. 28, 19; Mc. 16, 15.

Por la narración de los evangelios, concluimos que los sumos sacerdotes son el polo opuesto de la Buena Noticia de Jesús por representar valores fundamentalmente distintos, Jesús es signo de vida y los sacerdotes son signo de muerte lo cual les hace aparecer como posturas irreconciliables.

Donde sí se nos habla del carácter sacerdotal de la figura de Jesús, incluso se le nombra como Sumo Sacerdote es en la Carta a los Hebreos. Pero las características que da de este sacerdocio de Cristo difieren radicalmente de las que tenía el sacerdocio antiguo. Condición esencial para que Cristo alcanzara el sacerdocio fue el tener que encarnarse en el mundo de los pobres, el acercarse y hacerse pueblo hasta el punto de ser semejante a él, menos en el pecado.

Para ser misericordioso y Sumo Sacerdote, tuvo primero que asemejarse a los hermanos, Heb. 2, 17. Aquí ya encontramos una distinción fundamental con el sacerdocio antiguo, que era la segregación, el alejamiento de los demás a los que se consideraba impuros. En el sacerdocio antiguo había una división tajante entre el mundo profano, pueblo y el sagrado, sacerdocio. En Cristo se rompe esta división, pues lo santo, lo sagrado está íntimamente unido a lo profano hasta el punto de que, para acceder al Sumo Sacerdocio, Cristo tiene que encarnarse en lo profano, participar en la vida del pueblo y compartir el dolor, el sufrimiento y la aniquilación por la muerte.

Vamos a tratar de ver las diferencias entre el sacerdocio antiguo y el de Cristo que aparecen en la Carta a los Hebreos:

1. El sacerdocio antiguo venía por herencia y se apartaba del pueblo. Para acceder al mundo de lo sagrado, se daba una segregación que le confería el carácter de casta.

El Sacerdocio de Jesús vino dado por su capacidad de asemejarse en todo a sus hermanos pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados, Heb. 2, 17-18.

2. El Sumo Sacerdote antiguo tenía capacidad de entrar en el Sancta Sanctorum del templo donde se suponía que moraba Dios. Este sacerdocio no podía compadecerse de nuestras flaquezas.

Jesús, como Sumo Sacerdote, no entra en el Sancta Sanctorum del templo sino en los cielos y tiene capacidad de compadecerse de nuestras flaquezas, Heb. 4, 14 y nos alcanza misericordia, Heb. 4, 16.

3. El sacerdocio antiguo era temporal porque la muerte les impedía perdurar, Heb. 7, 23

El Sacerdocio de Jesús es para siempre, es eterno, Heb. 5, 6; 7, 24.

4. El Sacerdocio antiguo se transmitía por prescripción carnal.

El de Jesús le viene dado por la fuerza de una vida indestructible, Heb. 7, 16.

De este modo, el sacerdocio antiguo queda abrogado por ser ineficaz e inútil pues se basaba en la ley antigua y esta no llevó nada a la perfección, pues no era más que introducción a una esperanza mejor por la cual nos acercamos a Dios, Heb. 7, 18-19.

5. El sacerdocio antiguo fue hecho sin juramento, Heb. 7, 20.

El de Jesús fue bajo juramento por Aquél que le dijo: "juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre", Heb. 7, 21.

6. El sacerdocio antiguo tenía necesidad de ofrecer sacrificios cada día primero por sus pecados y después por los del pueblo, Heb. 7, 27.

Jesús no tuvo que ofrecer sacrificios por El mismo ya que no tenía pecado, y por los del pueblo lo hizo, una sola vez para siempre ofreciéndose a sí mismo, Heb. 7, 27; 9, 25-27.

7. Los sacerdotes antiguos daban culto en lo que es sombra y figura de realidades celestes como eran el tabernáculo, Heb. 8, 5 y el templo, Heb. 9, 1-9.

Jesús entra al auténtico santuario, que es el cielo y se sienta a la diestra de Dios, Heb. 8, 1-2; 9, 11; 9, 24.

8. El sacerdocio antiguo se basaba en la Alianza primitiva.

Jesús es mediador de una Nueva Alianza y superior por estar fundada en promesas superiores. Es el intermediario único de la revelación definitiva, Heb 8, 6; 9, 15.

9. El sacerdocio antiguo ofrecía dones incapaces de perfeccionar la conciencia del hombre, pues sólo son prescripciones carnales basadas en comidas y bebidas y abluciones de todo tipo, Heb. 9, 9-10.

Jesús no tuvo que ofrecer sangre de machos cabríos ni de novillos sino que ofreció su propia sangre consiguiendo así la redención eterna, Heb. 9, 12.

10. Los sacrificios antiguos, ofrecidos por los sacerdotes con sangre de



toros y machos cabríos, eran ineficaces pues no servían para borrar los pecados, Heb. 10, 1-5.

El sacrificio de Cristo, hecho una sola vez para siempre, si que ha sido eficaz pues nos trae la salvación y nos santifica, Heb. 10, 12-14, y, por esta eficacia en remitir los pecados, ya no hay necesidad de más oblações por el pecado, Heb. 10, 18.

La carta es bien explícita en marcar las diferencias entre el sacerdocio antiguo y el de Cristo, que tiene diferencias esenciales como la de que el de Cristo no es de tipo ritual, sino existencial, pues lo que ofreció fue su propia vida. Es sumamente importante esta característica y radicalmente distinta ya que Jesús accedió al sacerdocio no por el alejamiento de la vida cotidiana del hombre es decir, de la realidad profana, sino por todo lo contrario: por su encarnación a semejanza del pueblo que sufre. Tampoco necesitó de ritos y ceremonias sagradas sino que se realizó por el compromiso y entrega de su vida a través del sufrimiento.

La carta sigue la línea de la tradición profético-deuteronomica de la ley de la Alianza en oposición a la ley de la Pureza o Santidad. La santidad viene dada no por fórmulas externas al hombre sino por la entrega de la propia existencia en favor de los hombres. Lo mismo que la tradición profética y Jesús, invalida el culto ritual como forma de relación del hombre con Dios. Lo que hace simplemente es decir que el culto no sirve. No plantea reformas ni hace disquisiciones sobre si la postura de los sacerdotes tenía que haber cambiado o se tenía que haber efectuado una reforma litúrgica, que hubiera permitido una renovación del culto. Lo que plantea es algo más profundo, es la cuestión de fondo, es decir: el sentido que se tiene de Dios y la forma de relacionarse con El. Lo que rechaza la carta es el sistema religioso porque el rito cultural nos lleva a la autocomplacencia, a justificarnos y a callar nuestra conciencia. En una palabra, el rito es empleado como sustituto del compromiso de alteridad con el prójimo, de la entrega al hermano, de la aceptación de la dinámica del Reino.

Este tipo de religión y de culto no sirve por tener características que rayan en la idolatría como ya lo denunciaron Cristo y la tradición profético-deuteronomica, Dtm. 5, 8-9.

El culto no sirve por ser solamente una sombra de la realidad. El

templo ni el Sancta Sanctorum no garantizaban la presencia de Dios. Cuando el Sumo Sacerdote ingresaba al Santo de los Santos, no entraba a la presencia de Dios, sencillamente porque Dios no estaba allí, por ser un santuario hecho por los hombres sin tener en cuenta los deseos de Dios, Heb. 8, 4 y el culto era una mera representación de lo que debe ser en realidad: el ofrecer la propia vida.

El culto que se basa en lo externo sin que tenga nada que ver con la vida del hombre no entra en contacto con Dios.

Así, la carta nos dice que el sacerdocio de Cristo es el parámetro de lo que debe entenderse por sacerdocio, que es el compartir la suerte de los débiles, pues El mismo sufre la debilidad y, desde su sufrimiento, clamó al Padre, Heb. 5, 7. Partiendo de lo humano, de su anonadamiento en el pueblo y, por la voluntad del Padre, Jesús llegó a ser sacerdote, Heb. 5, 5-10.

Pero la carta llega a otra conclusión que nos aparece como sorprendente y definitiva: la muerte de Cristo suprimió por completo la necesidad de ofrecer otros sacrificios pues el de Cristo ya nos ha traído la redención eterna, Heb. 7, 27; 9, 12; 9, 25; 10-18.

Así la relación del hombre con Dios está marcada desde la muerte de Cristo por la entrega personal y no por ritos y ceremonias. Desde entonces, el único sacrificio posible y válido es el ofrecimiento de la propia vida. Con lo que se suprime la noción de separación entre lo sagrado y lo profano, ya que lo más santo, que es Dios, ha irrumpido en nuestro mundo y su muerte fuera del recinto sagrado, incluso fuera de la muralla de Jerusalén rasgó el velo del templo para siempre por lo que Dios se hace presente en nuestra realidad sin necesidad de prepararle lugares especiales y consagrados.

Podremos entonces hablar de culto y de sacralización como en la práctica lo hacemos?

Nuestras liturgias y vida religiosa, tan basadas en el culto, tendrán sentido?

Cómo explicar nuestra religiosidad por muchas denominaciones que le pongamos como popular, de cristiandad, si sus señas de identidad parten de

**un universo sacralizado y en buena parte comporta una carencia alarmante de compromiso por la justicia?**

**Debería parecernos imposible escudarnos en la práctica cultural para evadirnos de nuestra responsabilidad de entregar la vida por los demás y, sin embargo, esta realidad es la que constatamos en las grandes mayorías llamadas cristianas. Podremos llevar este nombre, si nuestra práctica no es acorde con la tradición bíblica?**

## CAPITULO IV

### LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y EL CULTO

Al hablar de los primeros cristianos corremos a veces el riesgo de simplificar al unificarlos en la denominación de "Iglesia Primitiva", cuando en realidad, es que se trataba de diversos grupos con posturas bien diferenciadas y que tardaron un buen tiempo en ir acercando posiciones y limando diferencias.

En un primer momento al menos, encontramos dos grandes bloques, el de los seguidores de los doce o iglesia de Jerusalén y el de tendencia helenista, que es el que llegaría a imponerse finalmente anulando al de tendencia judaizante. En este grupo, según nos narran los Hechos de los Apóstoles 2, 46; 3, 1 y 22, 17, los cristianos, seguidores de los doce, asistían al templo para orar como es muy posible que también lo hicieran los primeros cristianos de tendencia Joanica.

En este grupo se hallaban integrados los cristianos de origen judío aferrados a la Ley, cuya cabeza dirigente era Santiago y se expresaban solamente en hebreo y arameo. Dicho grupo era de fuerte tendencia nacionalista, y hoy día, se les incluye dentro del partido Nazareo al cual pertenecían los más inmediatos seguidores de Jesús, según lo muestra la investigación del Dtr. Hugh Schofield. La orientación fuertemente nacionalista de este grupo la comprobamos por el libro de los Hechos, el cual presenta a Santiago y sus seguidores como "celosos por la ley" Hec. 21, 20. Estos cristianos tratan de convencer a Pablo para que muestre su obediencia a la ley y la tradición ante los miles de judíos conversos, que estaban extrañados de las enseñanzas de Pablo a los judíos, que vivían entre los

gentiles apartándoles de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones, Hech. 21, 21-22. De esta forma, Pablo, para disipar la sospecha e inquietud, que ha generado su doctrina entre los judíos conversos de Jerusalén, se purifica con cuatro hombres que tienen un voto que cumplir; este voto era preciso para participar en el partido Nazareno, Hech. 21, 24.

En este grupo de cristianos judaizantes existía una tendencia por unir la religión y tradición judía a la cual se sentían muy ligados y las enseñanzas de Jesús que chocaban frontalmente con esta tradición.

Los evangelios nos muestran insistentemente la extrañeza que producían las enseñanzas y las prácticas de Jesús entre sus mismos discípulos. Desconfiaban de El llegando a pensar que no le importa que perezcan en medio del mar asolados por una tempestad mientras El sigue dormiendo, Mt. 8, 23-25; Mc. 4, 35-38; Lc. 22, 24 y, cuando Jesús acude en su ayuda, se quedan desorientados interrogándose sobre quién podría ser para actuar de esa forma, Mt. 8, 26-27; Mc. 4, 39-41; Lc. 8, 24-25. Tampoco entienden la práctica de Jesús ante la multiplicación de los panes, que es un signo del compartir los alimentos y hasta la propia vida, Mt. 14, 18-21; Mc. 6, 41-44; Jn. 6, 11-13. Se extrañan ante la actitud de Jesús frente a la explosión de entusiasmo popular que intenta proclamarle Rey y El se escapa ocultándose de la muchedumbre, Jn. 6, 14-15. Marcos nos dice que, ante estos hechos, quedaron confundidos y no podían entender ya que su mente estaba embotada, Mc. 6, 52 como tampoco entienden su comportamiento cuando la hemorroísa se acerca a El y le toca por detrás y Jesús pregunta que quién le ha tocado. La respuesta de los discípulos aparece un tanto airada por entender que era una incoherencia preguntar quién le había tocado cuando iban estrujados en medio de una gran multitud, Mc. 5, 30-31; Lc. 8, 45. Su incompreensión llega incluso a confundirle con un fantasma que les atemoriza, Mc. 6, 49-50; Mt. 14, 26; Jn. 6, 19.

Esta actitud ante la práctica de Jesús llega a incomodar de tal manera a Cristo que les echa en cara este constante recelo frente a su práctica, Mt. 16, 7-9; en el texto de Marcos, Jesús molesto, les replica y reprocha por el embotamiento de la mente, ya que, teniendo ojos y oídos no son capaces de ver ni oír, Mc 8, 17-18.

Los discípulos como mucha gente, no entendían la dinámica del

Tiempo Nuevo que rompía con la tradición y la antigua ley, para abrazar la novedad del Reino, por eso se extrañan ante el rechazo de Jesús a la ley que permitía al hombre repudiar a la mujer y exclaman que ante esta situación, mejor le es al hombre el no casarse, Mt. 19, 10; Mc. 10, 10. Les es difícil aceptar el hecho de tener que compartir los bienes con los pobres como medio de salvación, tan descabellada les parece la idea y tan incumplible, que exclaman: entonces quién podrá salvarse? Lo cual muestra que no estaban dispuestos a ponerlo en práctica, Mt. 19, 23, 25; Mc. 10, 24; Lc. 18, 26. Por el hecho de haber seguido a Jesús, esperan recompensas materiales, lo cual se hace patente en la pregunta de Pedro donde interroga sobre los beneficios a percibir por haberle seguido, Mt. 19, 27; Mc. 10, 28; Lc. 18, 28, y también en la petición expresa de los hijos de Zebedeo para sentarse con Él en su gloria, Mt. 20, 20-28; Mc. 10, 35-44. Se cansan de la vida de lucha y privaciones y quieren vivir tranquilamente, Mc. 9, 5; Mt. 17, 4; Lc. 9, 33 y son incapaces de entender la resurrección, Mc. 9, 10.

Por esto, no es de extrañar que una vez carentes de la presencia de Cristo y a pesar de haber recibido el Espíritu, la tendencia a seguir con las tradiciones de toda la vida, aflore en este grupo de judío-cristianos, hasta ir asimilando con el tiempo, la ruptura radical que significaba el Evangelio frente al culto y la religión judía. En los primeros momentos, se mezclan elementos de la tradición como es el asistir al templo a orar, Heb. 2, 46; 3, 1 con la práctica introducida por la dinámica del Reino y de las Bienaventuranzas, de compartir los bienes materiales y la vida, y con el acudir a la enseñanza de la Buena Nueva y a la fracción del pan, Hech. 2, 42-45; 4, 32.

Los helenistas eran cristianos judíos que habían vivido fuera de Palestina y disponían en Jerusalén de sinagogas particulares. Hablaban siempre en griego, incluso la Biblia la tenían en este idioma, frente a la tendencia judaizante que hablaba en arameo, aunque la lectura de la Biblia la hacían en hebreo. El representante más conocido y cualificado de esta tendencia es Esteban, Hech. cap. 6 al 8.

Pero también existían otros grupos de cristianos, los más conocidos son los que estaban integrados en la denominada comunidad Joánica. Según Raymond E. Brown, dicha comunidad estaba compuesta en primer lugar por los judíos que se acercaron a Jesús y que le reconocieron como el Mesías esperado, Jn. 1, 35. En este grupo estaban incluidos los seguidores de Juan

Bautista. En un segundo lugar se encontraban los judíos que tenían tendencias anti-templo; estos judíos creían en Jesús y parece que consiguieron convertir a un grupo de samaritanos. Oscar Cullman dice que este grupo debió estar muy relacionado con los helenistas que describe el libro de los Hechos en sus capítulos 6 al 8 y en tercer lugar, están los gentiles convertidos, es decir, ciudadanos de cultura griega.

Otros grupos que no estaban integrados en la comunidad joánica ni en el grupo de seguidores de los doce o la llamada iglesia de Jerusalén. Entre estos encontramos a los cripto-cristianos que eran cristianos judíos que siguieron dentro de las sinagogas y que se negaban a confesar públicamente su fe en Jesús. Pensaban que era posible conciliar su adhesión pública al judaísmo con el mantenimiento en privado de su fe en Jesús. Otro grupo estaba compuesto por cristianos judíos, que aún habiendo dejado las sinagogas, tenían una fe inadecuada según las normas establecidas en la comunidad joánica. Parece que eran herederos de las tendencias cristianas seguidoras de Santiago.

Así, frente a la tendencia judaizante que sí estaba vinculada al templo, la de tendencia griega, que es la que se llegó a imponer, rompió totalmente con el templo y el culto judío hasta el punto de ser perseguidos, encarcelados e incluso asesinados por las autoridades judías ya que veían en estos cristianos una especie de herejes, que combatían a la tradición judía.

### 1. El rechazo del templo

El rechazo del templo por los primeros cristianos se hace patente en el discurso de Esteban, Hech. cap. 7. Esteban, según nos refieren los Hechos, estaba lleno de gracia y de poder y no paraba de predicar, de hacer prodigios y señales. Unos judíos pertenecientes a las sinagogas de los libertos se cansaron una vez de escuchar su doctrina y comenzaron a disputar con él. Al verse incapaces de poder corregir la doctrina de Esteban, instigaron a la gente para que testimoniara contra él diciendo que había blasfemado contra Moisés y contra Dios por lo que fue llevado ante el Sanedrín y acusado de haber dicho que Jesús Nazareno destruiría el templo y cambiaría las costumbres, que Moisés les había transmitido, Hch. 6, 8-15.

Se puede constatar que el proceso que le hacen a Esteban es repetición

del de Cristo, Mt. 26, 60-66, donde es acusado por falsos testigos de haber predicho la destrucción del templo.

El discurso de Esteban hace un recorrido por la historia de la salvación incidiendo en los personajes de Abrahám, José y sobre todo de Moisés para mostrar a los israelitas su actitud de rechazo a este Plan salvífico de Dios con lo cual muestran su infidelidad. La temática es tradicional en la escritura, pero la novedad consiste en que Esteban lanza el planteamiento desde una visión cristiana. Así la persona de Moisés está vista como figura de Cristo y la postura de los judíos de renegar de Moisés es figura del rechazo que el pueblo judío tuvo para con Jesús.

Dentro del discurso hay un tema central, el templo. Esteban afirma con toda claridad que Dios no mora en un templo construído por mano de hombre, Hch. 7, 48, citando a Isafas, 66, 1-2 y después de este rechazo firme del templo al cual veneran los judíos, les acusa duramente de incircuncisos de corazón y de oídos, que son igual que sus padres capaces de asesinar a los profetas enviados por Dios para anunciar la venida de Jesús al cual han asesinado. Ante tal rechazo de su religiosidad y la acusación del asesinato de Jesús le echaron fuera de la ciudad y le mataron a pedradas, Hch. 7, 1-59.

Esteban es tajante en el rechazo del templo porque Dios no habita en casas fabricadas por mano de hombre, lo que quiere decir que la presencia de Dios no está en un espacio o lugar determinado pues, desde la llegada de Cristo, ésta se manifiesta en su persona. Esto lo deja bien claro Jesús en su conversación con la Samaritana: "creeme mujer, que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre" Jn. 4,21. Jesús rechaza a un tiempo el culto que los samaritanos dan a Dios en el monte Garizin y el que daban los judíos en el templo de Jerusalén pues ha llegado la hora en que se adorará a Dios en "espíritu y en verdad" Jn. 4, 23. Se instaura así un nuevo culto a través de la persona de Jesús que es el nuevo templo según lo afirma el mismo Jesús, Jn. 2, 21. De su persona, máxima presencia de Dios, manan ríos de agua viva, Jn. 7, 37-39.

En la misma línea se encuentra el discurso de Pablo a los atenienses cuando les dice que el Señor del cielo y la tierra no habita en santuarios fabricados por mano de hombres ni se le puede servir con ritos cálticos de carácter externo, como hacen los profetas al denunciar el culto externo y vacío, Am. 5, 21. Desenmascara la pretensión de querer encontrar a Dios a



través de representaciones artísticas elaboradas con oro, plata o piedra por el arte y el ingenio humanos, Hch. 17, 23-24. Pablo explica este tipo de culto por la ignorancia a través de la cual el hombre queda incapacitado para conocer al verdadero Dios, pero una vez que Este se ha manifestado a todos los hombres ya no hay excusa para persistir en dichos ritos religiosos, ahora es necesaria la conversión, que nos hará descubrir el error anterior para abrazar la fe de Jesucristo, auténtico Dios garantizado por su resurrección, Hch. 17, 30-31.

La Carta a los Hebreos nos muestra el mismo argumento lo cual da fe de la fuerza con que arraigó el rechazo al templo en los primeros cristianos, Heb. 8, 2; 9, 11. El templo era sólo una mera representación de la realidad, con la llegada de Cristo un Nuevo Tiempo y un Nuevo Santuario se inauguran.

Vemos así que, para los primeros cristianos, exceptuando a la tendencia judaizante, está bien claro el rechazo que hace Jesús del templo y que ésta fue la causa de su muerte, lo muestran con la contundencia del argumento fundamental: el Nuevo templo, es Cristo y, por tanto, el rechazo al templo construido por manos humanas, es frontal. Este lugar es invalidado y queda ya caduco. Este es un argumento constante y principal que encontramos en la corriente profético deuteronómica y la Ley de la Alianza en el A. Testamento y explicitada y aclarada en el N. Testamento.

Es conocida por todos la práctica de los cristianos de reunirse en casas particulares para celebrar la fracción del pan y para la explicación de la Buena Nueva del Reino. Los Hechos de los Apóstoles y las Cartas así lo ponen de manifiesto: los apóstoles se hallaban reunidos en una casa cuando reciben el Espíritu Santo, Hech. 2, 2. La fracción del pan la hacían en las casas lo que muestra que esto es lo típicamente cristiano incluso en los cristianos judaizantes, Hech. 2, 46. La Buena Nueva del Reino no cesaban de anunciarla en el templo, y en las casas, Hech. 5, 42. Es curioso que en estos textos en los que se menciona el templo aparezca también la casa como lugar de reunión. En la persecución contra los cristianos apacere Pablo arrasando las casas, que eran centro de reunión apresando a hombres y mujeres Hech. 8, 3 y, una vez ya convertido al cristianismo, Pablo anuncia la Buena Nueva del Reino en una escuela de Tirano, Hech 19,9; o envía saludos a través de sus cartas a los cristianos, que se reúnen en casas como las de Prisca y Aquila, Rom 16,5; I Cor. 16, 19; de Ninfas, Col. 4, 15 o Filemón, Fil. 2. Las

casas servían también como lugar de oración, Hech. 1, 13-14 y de celebración de la Cena del señor, I Cor. 11, 17-27.

Los primitivos cristianos rechazan el templo como mediación para llegar a Dios, como lugar sagrado donde se puede encontrar la presencia del Señor. Esto es claro pues comprenden en toda su dimensión que el único mediador, el único templo es Jesús, I Pe. 2, 4-6. Se da así un cambio sustancial en la mediación, ya no es un lugar sino la persona de Cristo y por la comunión que se produce por la fe, el amor y la esperanza en Cristo, los cristianos nos convertimos del mismo modo en templos de Dios. Aquí volvemos a encontrar el tema de que en lo profano, en lo humano con todas sus limitaciones, irrumpe la presencia de Dios como signo de liberación y plenificación. Pablo y sus comunidades así lo entienden cuando designan a los cristianos como templos y santuarios del Señor: "no sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario, Dios lo destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado y vosotros sois ese santuario" I. Cor. 3, 16-17; 6, 19. Los cristianos son el nuevo santuario edificado sobre el cimiento de los apóstoles y profetas siendo la piedra angular de este edificio el mismo Cristo, Ef. 2, 20-21.

Somos santuario de Dios vivo como dijo Dios: "habitaré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" II Cor. 6, 16. Así la persona queda revalorizada hasta convertirse en la imagen viva de Dios y sujeto de su presencia desbancando al espacio como lugar de encuentro con el Señor.

Esto comporta un cambio radical en las relaciones entre los hombres y de estos con Dios. Así lo entienden las primeras comunidades al poner el amor y la justicia como base de las relaciones humanas.

## **2. Los primeros cristianos viven los valores del Reino**

El libro de los Hechos pone de manifiesto la fidelidad de los primeros cristianos a la persona de Jesús y a su mensaje con la puesta en práctica de los valores del Reino. Buena prueba es la comunicación de bienes que había entre los cristianos, Hech. 2, 44, que propiciaba una vida de igualdad y fraternidad como si tuvieran un solo corazón y una sola alma, Hech 4, 32. Daban testimonio de la resurrección del Señor y por ello gozaban de gran simpatía, Hech. 4, 33. El testimonio que hacía creíble su opción de fe pasaba

por el hecho de compartir sus bienes y sus vidas logrando así el que no hubiera entre ellos ningún necesitado porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según sus necesidades, Hech. 4, 34-35. El hecho de no compartir era considerado un fraude que rompía la comunidad y era signo y causa de muerte, Hech. 5, 1-5.

Los signos de vida del Reino instaurado por Cristo se hacen patentes también a través de la práctica de los primeros cristianos, sanando enfermos, Hech. 5, 15-16; 8, 6-8; 9, 33-34; 14, 8-10 y resucitando muertos, Hech. 9, 40-41. Las gentes se convertían ante el anuncio y señales de la Buena Nueva del Reinado de Dios, Hech. 8, 12; 19, 8; 28, 30, mostrando así el cumplimiento del mandato hecho por Jesús a sus discípulos después de su resurrección, de anunciar el Evangelio y el Reino, Hech. 1, 3.

El amor es la norma fundamental que siguen las comunidades y llega a convertirse en la señal de identidad del cristiano. Juan pone de manifiesto que la condición esencial para conocer a Dios es amar a los hermanos, si no somos capaces de amar y compartir, no podemos conocer a Dios, por tanto, no estamos en la luz, sino en la tiniebla: "si alguno dice amo a dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano, a quien ve no puede amar a Dios a quien no ve" I. Jn. 4, 20.

El querer aparentar con el culto, sólo sirve para descubrirnos como mentirosos e impostores, pues sólo hay una medida para saber si estamos en la dinámica de Dios, ésta es el amor.

Pedro insiste de igual manera, en la perseverancia en el amor, I Pedro 1, 22, pues el amor cubre todos los pecados, I. Pdr. 4, 8, y Pablo ve en la práctica del amor, la manera en que expresamos dignamente el llamado que Dios nos ha hecho a vivir su Reino y su gloria. "Con nadie tengais otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley: en efecto, lo de no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos se resumen en esta fórmula: Amarás al prójimo como a tí mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud. "Rom. 13, 8-10. Sólo por el amor podremos llegar a Cristo, Ef. 4, 4-15. La fe y la caridad es vida que debe manifestarse en la vivencia de la verdad. La mayor de todas las virtudes es la caridad, I. Cor. 13, 13. Pablo afirma a la comunidad de Corinto que no sirve de nada ni

aprovecha la participación en la Cena del Señor, si no practicamos la fraternidad de compartir nuestros bienes, por el contrario, será causa de condenación y rechazo, el participar en el signo de la fraternidad y la unidad, existiendo desigualdades entre quienes la celebran, I Cor. 11, 17-21. Por eso invita a todos los cristianos a revestirse del amor por encima de todo, por ser el vínculo de la perfección, Col. 3, 14.

La caridad que predica Pablo es igual a amor, y el amor no puede darse sin relaciones de justicia.

El tema de la justicia interhumana está presente en las primeras comunidades, siguiendo la más pura línea profética. La Ira Carta de San Juan pone de manifiesto esta constante bíblica: el culto de los cristianos, como el de los que confesaban en el A. Testamento su fe en Yahvé, Dios de la Alianza y liberación, es el promover la justicia y fraternidad humanas:

- Debemos dar la vida por los hermanos. Si alguien ve que su hermano pasa necesidad y le cierra el corazón, cómo puede permanecer en él el amor de Dios? No amemos de palabra sino con obras y según la verdad, I. Jn. 3, 16-18.
- En esto sabemos que le conocemos: en que guardamos sus mandamientos. quien dice "yo le conozco" y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él, I. Jn. 2, 3-4.
- Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza, I. Jn. 2, 9-10.
- A Dios nadie le ha visto nunca, sin nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud, I. Jn. 4, 12.
- Queridos, amémonos unos a otros ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, I. Jn. 4, 7.
- Si sabéis que El es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de El, I. Jn. 2, 29.

En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios ni tampoco el que no ama a su hermano I. Jn. 3, 10.

El argumento de la Ira carta de Juan es claro y contundente, no da pie a equívocos o falsas interpretaciones: el que ama a sus semejantes es el que conoce a Dios, ya que el amor es de Dios y el que obra y predica la justicia es porque ha nacido de Dios. Sin amor y sin practicar la justicia no podemos decirnos seguidores de Dios sino del diablo.

Queda patente cual es la religiosidad del cristiano, una religión con un fuerte componente ético sin el cual será imposible reconocer al verdadero Dios.

Pablo también afirma esta apuesta por la justicia como el centro de la fe del mensaje cristiano. En Romanos 1, 18 dice que la cólera de Dios se revela desde el cielo contra la piedad e injusticia de los hombres, que aprisionan la verdad en la injusticia, y en Ef. 4, 14-15 insiste en que el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad.

En la carta de Santiago encontramos una apasionada defensa de la justicia según se entiende en la Biblia: la defensa del pobre y marginado y el fustigamiento a los opresores, que comercian con el hombre. Con realismo Santiago nos narra las abismales diferencias existentes en la sociedad de su tiempo y el trato discriminatorio que sufren los pobres, Sant. 2, 1-4. Ante esta situación, muestra la predilección de Dios por los pobres, Snt. 2, 5-9 y manifiesta claramente cómo los cristianos ponen el énfasis en la necesidad de practicar la justicia interhumana cuando exhorta a compartir los bienes: "pues de qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: "Tengo fe", si no tiene obras? Acaso podría salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y algunos de vosotros les dice: "Idos en paz, calentaos y hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿De qué sirve?" Sant. 2, 14-16. Al tiempo que defiende a los pobres, lanza una dura condena contra los ricos que recuerda a la empleada por Lucas en sus maldiciones Lc. 6, 24-26.

"Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están

tomados de herrumbre... Mirad; el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos". Sant. 5, 1-4.

El Nuevo Testamento nos muestra que la relación del hombre con Dios no está marcada por el rito de carácter sagrado, sino por la entrega de la vida, es decir, el culto externo que sacraliza espacios y tiempos como mediadores entre el hombre y Dios no tiene razón de ser, pues la mediación que establece Cristo pasa a través de la persona con la entrega de su existencia.

Esto es fundamental e inexcusable; sin la dinámica del amor, que lleva al compromiso de la propia vida en el anhelo de vivir los valores del Reino, no hay cristianismo posible.

### **3. Las Asambleas cristianas**

Una vez establecida esta dinámica, los cristianos tenían asambleas donde celebraban la fe y el compromiso asumido. El Nuevo Testamento refiere esta práctica de los grupos de cristianos reunidos comunitariamente para:

#### *La predicación de la Palabra*

La predicación de la Palabra se convirtió en tarea fundamental del cristiano. A través de ella se llegaba a la conversión, al bautismo y a la pertenencia a la comunidad. La predicación de la Palabra era elemento fundamental en el culto de la primitiva iglesia. El anuncio de la Palabra se convierte en el principal motivo de la misión y de la creación de la iglesia. Es la Palabra la que toca el corazón de las gentes y, es por tanto, generadora de conversión y de comunidad. Sin ella, no existiría la iglesia, ni se habría generado la dinámica en favor del Reinado de Cristo. El Libro de los Hechos muestra palpablemente la importancia que concedían los apóstoles al Anuncio de la Buena Noticia no abandonando su proclamación, Hech. 6, 2; 9, 15; 9, 20-21; 10, 42; 11, 19-20. A través de la palabra el número de cristianos aumentaba Hech. 6, 7.

Pablo siente la exigencia del anuncio de la Palabra como una necesidad y como el principal mandato recibido por Cristo. Así lo manifiesta en I. Cor. 1, 17. El predicar la Buena Nueva es un deber ineludible que le hace exclamar: "¡Ay de mi si no predicara el Evangelio!" I Cor. 9, 16; y así recorre países y regiones enteras para llevar a los hombres la Buena Noticia, II Cor. 2, 12, sin falsearla, dando testimonio de la autenticidad de la Palabra Gal. 1, 8 que nos muestra la inescrutable riqueza de Cristo, Efe. 3, 8 y nos lleva a dar a conocer valientemente el misterio del Evangelio.

### *Para la celebración del bautismo*

El anuncio y proclamación de la Palabra motiva al pueblo a la conversión que se concretiza en la recepción del bautismo como signo de la nueva vida y de la pertenencia a una iglesia. Este es el caso de Pablo, Hech. 9, 18.

En el libro de los Hechos encontramos numerosos testimonios, que prueban que el anuncio de la Palabra creaba una dinámica, que desembocaba en la recepción del bautismo, Hech 8, 12; 8, 26-39; 8, 34-38; 10, 34-48; 16, 11-15; 16, 32-33; 18, 7-8.

El bautismo era tenido como un signo de la recepción del Espíritu Santo, Hech. 1, 5; 2, 38; 11, 16; I. Cor. 12, 13.

El bautismo practicado por los primeros cristianos aún entroncándose con el de Juan, tiene una diferencia sustancial pues se hace ya en el nombre del Señor Jesús, Hech. 2, 38. Esto significa que, el que se bautiza queda inmerso en la salvación traída y manifestada por Cristo, Hech. 19, 3-5; 13, 24; Gal. 3, 27-29; Efe. 4, 5; Col. 2, 12; I. Ped. 3, 21.

A diferencia del de Juan que era un bautismo de conversión, los primeros cristianos entendían el bautismo en nombre de Jesús como un signo escatológico de salvación.

### *Para la celebración de la Eucaristía*

La celebración eucarística era central en el culto de la primitiva iglesia. Daba sentido a la vida de los cristianos impregnándoles con un sello de comunión con Cristo ;que les hacía compartir la vida y los bienes como signo

de la unión con el cuerpo de Cristo, I. Cor. 10, 17. Según los Hechos, la Eucaristía se celebraba asiduamente entre los cristianos, Hech. 2, 42.

Esta comunión celebrada en la Eucaristía se veía reflejada en la vida de los cristianos, quienes hacían causa común de su existencia hasta el punto de no poseer cosas propias pues, si compartían la alegría de la salvación no tenía sentido el no compartir los bienes temporales, Hech. 2, 44-45; y, 34-35. Era tan fuerte la exigencia comunitaria que aquél que se resistía a vivirla era considerado como atentador contra el Espíritu del Señor lo cual comportaba la enfermedad y la muerte, Hech. 5, 1-10; I. Cor. 11, 28-32.

### *Para la oración*

La oración está presente en las primitivas comunidades cristianas como expresión de la unidad del cristiano con Dios a través del Espíritu. Unas veces será a plano personal, Hech. 6, 4; 10, 9 y otras en común, Hech. 2, 42; 2, 47; 13, 2-3; Rom. 12, 12; Sant. 5, 16.

Pero una fuerte característica de la oración en los primeros cristianos que le da un sello propio es la de su ligazón a la solidaridad con el prójimo. Sin esta connotación no tiene sentido cualquier tipo de experiencia mística personal.

Pablo llega a relativizar todos los carismas, dones y experiencias del espíritu y oración frecuente en esa primera época del cristianismo y lo hace manifestando un criterio mucho más difícil de simular como es el amor, Rom. 12, 8-21; I Cor. 13.

Los primeros cristianos empleaban para el discernimiento de las experiencias personales de oración un criterio último, que se basaba en las consecuencias y frutos que producía en su entorno, I. Jn. 3. Así, si la oración genera y produce amor y solidaridad, es señal de que está bien orientada y es fruto de una experiencia de unión con Dios.

De esta forma, vemos que, en las primitivas comunidades, la oración quedaba supeditada a las relaciones con el prójimo compartiendo los bienes y la vida por entender que el prójimo es el lugar privilegiado del encuentro con Dios.



## *Para la confesión de los pecados y la imposición de las manos*

La confesión de las faltas también se daba entre los cristianos antes de celebrar la Eucaristía. Parece que esta práctica estaba bastante extendida en algunas comunidades, Sant. 5, 16; I. Jn. 1, 9.

En las reuniones culturales practicaban también el signo de la imposición de las manos, Heb. 6, 2, que significaba la recepción y asunción de un ministerio, Hech. 6, 6; I. Tim. 5, 22; II Tim. 1, 6. La recepción del Espíritu Santo, Hech. 8, 17-19; I. Tim. 4, 14 y la curación de enfermedades, Hech. 9, 12-17.

El culto en las primeras comunidades cristianas era muy participativo. Cada cual ejercía los diversos carismas, I. Cor 14, 26. Primaba el aspecto comunitario: debían esperarse unos a otros, se saludaban y se animaban mutuamente, se consolaban y se enseñaban unos a otros.

En definitiva, el culto y liturgia de la primitiva iglesia era un culto existencial, Rom. 12, 1-2 donde se vivían unas relaciones de reciprocidad y ayuda mutua. Toda la vida de los creyentes era una ofrenda que se concretaba en la relación con los demás, Mt. 25, 31-46; I. Jn. 1, 3-11; 3, 10-24; 4, 7-21. Esto queda bien patente en las recomendaciones dadas por los apóstoles a los cristianos:

- Estimad en más a los otros. Rom. 12-10
- Tened un mismo sentir los unos para con los otros. Rom. 12, 16
- Acogeos mutuamente. Rom. 15, 7
- Amonestaos mutuamente. Rom. 15, 14
- Saludaos los unos a los otros con el beso santo. Rom. 16, 16
- Esperaos los unos a los otros. I. Cor. 11, 13.
- Preocupaos lo mismo los unos de los otros. I. Cor. 12, 25.
- Servíos por amor los unos a los otros. Gal. 5, 13
- Ayudaos mutuamente a llevar las cargas. Gal. 6, 2
- Consolaos mutuamente. I. Tes. 5, 11
- Vivid en paz unos con otros. I. Tes. 5, 13
- Soportaos unos a otros por amor. Ef. 4, 2.
- Sed bondadosos y compasivos unos con otros. Ef. 4, 32
- Sed sumisos los unos con los otros. Ef. 5, 21
- soportaos unos a otros y perdonaos mutuamente. Col. 3, 13

- Confesaos mutuamente los pecados. Sant. 5, 16
- Orad los unos por los otros. Sant. 5, 16
- Amaos sinceramente los unos a los otros como hermanos. I. Ped. 1, 22
- Sed hospitalarios unos con otros sin murmurar I. Ped. 4, 9
- Revestíos todos de humildad I Ped. 5,5
- Estad en comunión unos con otros I. Jn. 1, 7.

Estas recomendaciones nos muestran que no eran comunidades perfectas, pero sí se encontraba en ellas el espíritu por vivir estos valores comunitariamente, pues si un miembro fallaba, la comunidad entera se resentía y el fallo pesaba sobre toda la comunidad, de ahí el afán de corregirse mutuamente en las debilidades.

## CAPITULO V

### VUELTA A LO SAGRADO

Con Constantino, durante el Siglo IV, la iglesia cambia radicalmente de rumbo, pasando de la estructura de comunidades e iglesias locales con total libertad y autonomía, a una estructura institucionalizada y paulatinamente centralista. En la primitiva iglesia la unidad se manifestaba en la común fe compartida mas que en las estructuras institucionales. En esa época no existía un aparato organizativo permanente que estuviera por encima de las iglesias locales. Este modelo tuvo vigencia mientras las comunidades eran pequeñas y estaban situadas geográficamente cerca unas de otras.

Así, hasta el siglo IV, el cristianismo se desarrolló a través de comunidades e iglesias sin organización burocrática y sin papado. El responsable máximo de cada comunidad o iglesia era el obispo y solamente existía una especie de veneración hacia las iglesias que se creían fundadas por los apóstoles como eran las de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Roma.

Esta práctica se ve truncada por la irrupción de Constantino en la marcha de la iglesia. Así, cuando hay discusiones entre las diferentes iglesias locales a propósito de las creencias, es el propio emperador Constantino el que se erige en juez convocando a todos los responsables de las iglesias a resolver los problemas. De esta forma, Constantino se arroga la competencia de convocar personalmente concilios y esta práctica la mantendrán los emperadores siguientes. Hasta el año mil se convocarán ocho concilios ecuménicos por los emperadores y no por los papas apoyándose en lo dispuesto por Constantino el Grande.

El cristianismo, de esta forma, pasa de ser un conjunto de comunidades marginadas e incluso perseguidas dentro del mundo de las religiones consolidadas y que ni siquiera al interior ni al exterior se las consideraba como tales, a convertirse en la "religión oficial" del Imperio. Desde este momento, la iglesia se organizó como cualquier religión con sus templos, sus sacerdotes, sus ritos sagrados y sus fiestas.

Debemos indicar que este proceso de transformación profunda se había iniciado ya con anterioridad a Constantino. Ya a fines del siglo III los cristianos poseían buena cantidad de bienes y esto les llevó a construir edificios religiosos.

Se inicia así en el siglo III un proceso, aunque lento, de sacralización del espacio que llegará a culminar en la construcción de auténticos templos y ya con Constantino, los templos se multiplican.

En cuanto al título de sacerdote, se sabe que en el Nuevo Testamento y durante todo el siglo II, a los ministros de la Iglesia no se les designaba con tal nombre, y es a partir del siglo III cuando se les comienza a designar con tal título, lo cual muestra el carácter netamente sagrado que se imputa a las personas que presiden los actos culturales en la comunidad cristiana.

El obispo de Cartago, Cipriano, afirma que los que "han sido dignificados con el divino sacerdocio" no pueden dedicarse nada más que al servicio exclusivo del altar y de los sacrificios y a pronunciar las preces y las oraciones. Según esta afirmación, lo característico del ministerio cristiano no es ya el servicio que promueve el Evangelio o la proclamación de la Palabra y el anuncio del Reino de Dios, sino el servicio del altar y los sacrificios.

Encontramos aquí un cambio radical. Lo fundamental queda así en un segundo plano y pasa a ocupar su puesto el rito litúrgico, por tanto, la sacralidad se irá tomando más hierática con el transcurrir del tiempo.

La mentalidad cristiana que se encuentra formulada por Pablo en la I Carta a los Corintios, capítulo 9 versos 13-14, según la cual "los que anuncian el Evangelio se contraponen a los que sirven el altar", en la formulación de Cipriano se encuentra totalmente al contrario. Aquí lo importante es solamente servir al altar y atender a los sacrificios. Cipriano se olvida y anula el pensamiento y la práctica del Nuevo Testamento y se alinea

con la cultura pagana del Imperio en la idea que tenía del sacerdocio que es el hombre que se dedica exclusivamente a los asuntos divinos, es decir, el ministro de las cosas sagradas. A partir de esta época la sacralización del ministerio cristiano se va implantando de forma progresiva y se deja a un lado la práctica del servicio.

Encontramos así que en el siglo III la iglesia retorna a la sacralidad, la cual había sido rechazada por Jesús y por la primitiva iglesia. De este modo, la iglesia vuelve a los templos, a los sacerdotes, e impone la obligación de asistir al culto religioso los días señalados como fiestas relevantes. Se implanta progresivamente la práctica religiosa comprendida como un conjunto de ritos que se realizan en los espacios sagrados, los templos, por los sacerdotes dedicados exclusivamente a lo sagrado y en las fechas determinadas.

Se ponían así los cimientos para convertir al cristianismo en lo que nunca pretendió ser: "una religión" institucionalizada, pues al convertirse en tal, comenzó a fomentar y defender no sólo la relación de los hombres con Dios, sino la puesta en práctica de un conjunto de ritos sagrados con una infraestructura material y humana semejante a las diversas religiones de su tiempo, con lo cual asfixió el mensaje evangélico y la práctica del servicio, característica indiscutible de la primitiva iglesia.

Con la institucionalización del cristianismo y su conversión a la categoría de "religión", la iglesia comenzó a tener poder y a acumular riquezas. Cipriano de Cartago escribía hacia el año 251 su tratado *De Lapsis* (sobre equivocaciones) en el que cuenta la vida de la Iglesia de mediados del siglo III, empeñada en la codicia del dinero, la vanidad, el orgullo y la sensualidad, acentuándose cada vez más la falta de servicio y amor por el prójimo.

Pero cuando realmente la Iglesia comenzó a disfrutar del ejercicio del poder es a partir del siglo IV con Constantino, que dejando de lado las constituciones y textos jurídicos que eran la norma exclusiva para dirigir al Estado, comienza el desarrollo de un proceso por el cual convertirá al imperio en un estado teológico dando grandes poderes a los obispos. Estos llegan a alcanzar tal poder que la palabra de un obispo puede decidir la vida y la muerte del ciudadano de mayor rango del imperio, pues es el obispo quien debe certificar si ese ciudadano es fiel a la fe del Evangelio y a la tradición

apostólica. Si afirma que no lo es, el ciudadano será considerado hereje y por tanto, declarado reo de muerte. La constitución imperial del cinco de Mayo del año 333 declara que las sentencias de los obispos son inapelables y ejecutivas en el acto: El decreto imperial advierte a los jueces que acepten como algo sagrado la decisión del obispo.

Cualquier persona privada, comunidad o ciudad enfrentada con la autoridad civil puede colocarse bajo la protección episcopal con lo que automáticamente escapa al poder civil.

El obispo puede juzgar al emperador y Constantino se compromete a que los pecados de un obispo jamás serán dados a la luz. Este apoyo absoluto al obispo y a la iglesia por parte del emperador Constantino no es una medida religiosa, sino política. La iglesia por su parte sacraliza al emperador rodeando a su figura de un aire de temor y reverencia fortaleciendo de este modo su autoridad y reforzando el orden establecido.

Unido al poder que ejerce la jerarquía eclesiástica, comienza al "comercio de lo sagrado". Se ordena a obispos por dinero, se exige dinero para conceder gracias y se conceden dispensas por dinero.

El poder de los obispos tiene un largo proceso hasta que se institucionaliza. Ya en el siglo II se constata que hace falta un obispo para coordinar el cada vez mayor grupo de comunidades y a los abundantes grupos de clérigos. Se produce así un cambio decisivo en las relaciones que mantenían las diferentes iglesias locales y comunidades.

Los clérigos se organizan entre ellos para elegir a uno como máximo responsable y le encargan que asigne a cada cual su tarea, mantenga las relaciones con otras comunidades e integre y presida la propia comunidad; además de administrar los bienes. Clemente Romano describe las pasiones que las Sedes episcopales desatan entre los arribistas por asegurarse una vida de honores, bienestar, autoridad y dominio. Crece así el ansia de poder y la pugna por ocupar cargos episcopales.

En el siglo XI se decide que la autoridad trae consigo la santidad y se reviste al Papa de los símbolos imperiales.

Hacia el año 1140 se edita un volumen sobre normas jurídicas, que

representa el acta de nacimiento del tratado de ECCLESIA (sobre la Iglesia) en la que esta queda consagrada como una estructura jerárquica de poderes y derechos en la que a los laicos se les asigna el papel de súbditos. Se trata de institucionalizar la religión para que esta adquiere la obligatoriedad consustancial a los productos del derecho. Así la iglesia, al ser traducida a leyes, se convierte en institución y, por lo tanto, en producto humano.

El derecho es el nuevo idioma de la iglesia que buscará su cohesión no en el mensaje de Jesús sino en la ley promulgada por la jerarquía. En el siglo XI se configura el catolicismo romano, cuya identidad es de carácter jurídico, absolutista y teocrático. La comunidad cristiana queda bajo el dominio del derecho, así nada podrá hacerse sin la previa sanción de los cánones.

Solo el Pontífice está por encima de las leyes en clara referencia a los emperadores romanos.

Convertida en una Institución humana, la iglesia entre los siglos XI y XII se presenta como una potencia temporal, negociando treguas, convenios o concordatos con los príncipes, reyes y emperadores de otros países, llegando incluso a utilizar un cuerpo diplomático cada vez más numeroso y eficaz.

Nace así el poder temporal de la iglesia en contraposición a la actitud de los cristianos durante los tres primeros siglos, que es de servicio y que prevalece en ellos la tendencia vocacional por vivir el Evangelio y proclamar el Reinado de Dios sin ninguna apetencia de poder. Pero, desde el siglo IV se cambia el rumbo hasta que en el siglo XI Gregorio VII formula públicamente el deseo (ratificado después por sus sucesores) de acrecentar y conservar los bienes naturales para subordinarlos a sus fines espirituales.

La iglesia adquiere en poco tiempo los elementos del poder atribuyendo la fuente de todo poder a Dios y deja de lado al pueblo como origen próximo o remoto de autoridad. El pueblo se vió privado de su derecho para elegir obispo y a sus sacerdotes y quedará así reducido a una función pasiva durante mil años.

En esta dinámica de poder y de ambición sin límites, comienza el mercado de lo sagrado. Tenía tal poder la iglesia que llegó a controlar la mentalidad popular. Todo lo sagrado era la máxima expresión de prestigio.

El pueblo, que no tenía acceso a lo sagrado, a no ser por la intermediación del clero, ansiaba conseguir los beneficios de lo sacro pero esto también le estaba vedado por carecer de medios económicos para pagarlo.

Así, en la naciente práctica de las indulgencias generada a partir de las Cruzadas, quienes adquirían estos beneficios celestiales eran los que iban a luchar a Tierra Santa. Estas mismas recompensas que ganaban los cruzados también se adjudicaban a aquellos, que no pudiendo ir personalmente, ofrecían a la Iglesia importantes ayudas económicas.

Con el inicio de esta práctica, parece evidente que al mediar el dinero dentro de un bien espiritual, la iglesia se fue alejando de los pobres que no tenían acceso a estos bienes por su carencia económica.

También se comercia con las reliquias de los mártires. El culto a los mártires parece que viene de los primeros siglos del cristianismo. Ya en tiempo del papa Pelayo (556-561) se daba con fuerza este culto y se sabe que dicho Papa envió al rey Childaberto infinidad de reliquias aunque el gran impulsor del culto a las reliquias de los mártires fue el Papa León IV (847-855). En esta época la inflación de mártires llegó al máximo, convirtiéndose en el principal motivo de culto. Todo el mundo ansiaba poseer una reliquia de algún mártir con lo que apareció un comercio de lo sagrado falsificando reliquias que aparecían por doquier.

## 1. La vuelta a la riqueza

Las primeras comunidades de cristianos se caracterizaban por el escaso interés personal por el dinero y los bienes materiales. Esto era palpable por la generosidad con que lo compartían. Tertuliano escribe: "El dinero de los cristianos es para dar pan a los pobres, pagar sus sepulturas, alimentar a los huérfanos y socorrer a los ancianos". Existía un gran recelo ante las riquezas que se ponía de manifiesto al prohibir la incipiente costumbre que introdujeron los ricos, que se convertían al cristianismo, de entregar el día que recibían el bautismo considerables sumas de dinero. La prohibición se basaba en la norma que afirmaba que "el bautismo no se compra".

Cuando un cristiano rico cometía algún pecado y reincidía públicamente, como fue el caso del romano Marcio, se le negó la entrada a la



Iglesia al tiempo que se le devolvió todo el dinero que intentó entregar como ofrenda, argumentando que "es mejor morir en la miseria que aceptar los dones de los impíos y pecadores".

Las comunidades cristianas o iglesia locales de los primeros tiempos tenían dos tipos de ingresos: las limosnas en metálico dadas libre y espontáneamente por los fieles y las ofrendas en especies. Alguna vez una Iglesia se dirigía a otra para solicitar ayuda. El dinero en los primeros tiempos del cristianismo era considerado como un mal compañero de viaje.

La vivencia de las comunidades la narra La Carta de Diogneto "Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad esta doctrina no ha sido inventada por ellos gracias al talento y especulación de hombres sabios, ni profesan como otros hacen, una enseñanza humana, sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en comida, vestido y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en carne, pero no viven según la carne. Obedecen a las leyes, pero sobrepasan las leyes con su vida. A todos aman y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se les condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a todos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonorados y en las mismas deshonras son glorificados. Se les maldice y se les declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se les castiga como malhechores. Condenados a muerte, se alegran como si les dieran la vida".

Pero con la expansión de la iglesia, aparecen nuevas necesidades y cambia la mentalidad. Constantino revoca un decreto de Diocleciano que vetaba a las comunidades heredar bienes; con dicha revocación, desde el año 321 se autoriza a la iglesia para que reciba herencias. De esta forma, la iglesia comenzó a acumular bienes en tales proporciones que, sesenta años más tarde, el emperador Valentiniano tuvo que prohibir expresamente a los

eclesiásticos aceptar herencias o donaciones de viudas, vírgenes o de cualquier otra mujer.

Poniendo como argumento que las necesidades espirituales requieren de medios materiales para ser atendidas, la iglesia abandonó sus escrúpulos ante el dinero y no sólo favorece sino que impone la generosidad a los fieles pasando así de la recomendación del consejo evangélico "conviene dar el precepto económico" a la ley "quien no da, peca".

Se puede hacer un resumen sobre el proceso de cambio acerca del sentido del dinero en la iglesia, concretándolo en cuatro fases:

1. Al comienzo, como nos narran los Hechos de los apóstoles 4, 31 y ss, los bienes se ponían en común. El dinero era considerado como un mal compañero de viaje. Las diversas iglesias locales se ayudaban mutuamente con colectas. En definitiva, el dinero era para la comunicación de bienes y rendir servicios. No existía el afán de acumulación.
2. La iglesia organiza su tesoro y constituye El Patrimonio de San Pedro con donativos y herencias, que recibe en gran cantidad. Se crea así un espacio jurídico para poseer. Las propiedades no se venden y sólo se dedican las rentas a la ayuda.
3. Triunfa el Derecho Canónico: en esta época, las rentas se dividen en cuatro partes iguales, que son repartidas cada una entre obispos, clérigos, pobres y la cuarta se dedica para los gastos de mantenimiento.
4. El derecho establece que el usufructo de los bienes de la iglesia sea exclusivamente para los clérigos.

Cada una de estas fases no se da de una forma inmediata sino que es el resultado de un largo proceso. De esta forma, los papas acumulan riquezas, monumentos, libros, pinturas, objetos sagrados, propiedades mobiliarias e inmobiliarias. Ya en el siglo IV se calcula la renta de las propiedades de la iglesia de Roma en unos ocho millones de francos de oro anuales.

Habilitada por las leyes para poseer, la iglesia se convertía vertiginosamente en una poderosa propietaria.

Así la curia romana, mediante sus rentas e ingresos de toda índole, sufragará con holgura su presupuesto, y el entorno del Papa podrá convertirse en una de las cortes más lujosas de Europa, no sólo durante la época de Aviñón sino también en Roma, por lo menos hasta el siglo XVIII en que los nacionalismos intensifican su presencia.

Cuando finaliza el siglo XI, la iglesia de Roma, asentada definitivamente en el poder, dispone ya de un arsenal completo de principios ideológicos traducidos a leyes y cánones que legitiman su poder y la recaudación de medios económicos, que facilitan, a la vez, la imposición de esos cánones.

Durante los años del pontificado de Aviñón, las relaciones de impuestos subieron enormemente. El historiador Michelet describe este período no como la historia de un pontificado, sino como la de una casa de comercio. El papa Clemente VI (1342) convirtió en tercio el noveno que correspondía al obispo y al clero de los bienes muebles de un difunto. Pero fue su antecesor Juan XXII (1316) quien introdujo más impuestos que ningún otro Papa y reforzó los existentes. Nadie escapaba a las imposiciones de la curia romana.

Los censos feudales también eran pagados en la curia. Se trataba de fuertes sumas en señal de vasallaje de algunos reinos al Papa: el rey de Aragón (España) entregaba dos mil marcos de plata por las islas de Córcega y Cerdeña, Nápoles (Italia) ocho mil onzas de oro; la corona inglesa, setecientos marcos por Inglaterra y trescientos por Irlanda. Se trataba de pagos anuales a los que había que añadir los llamados censos menores a cuentas de iglesias, monasterios o ciudades, que así obtenían la protección de San Pedro. También se pagaba el "obolo de San Pedro" que enviaban anualmente a la curia, España, Portugal, Inglaterra entre otros países, y finalmente lo harían todos los países.

También se cobraban las tasas e impuestos en el lugar del beneficio y que eran de mayor volumen económico y también de mayor interés histórico. El concepto más típico y conocido era el de los diezmos. Dichos diezmos encontraron respaldo estatal en un solemne decreto que dictó el emperador Carlomagno y se extendería más tarde por toda la cristiandad de mano de los funcionarios de la curia. Los diezmos se obtenían sobre el total del fruto

recolectado sin descontar los gastos de semillas y trabajos en la finca. En la práctica equivalía al veinticinco por ciento de la cosecha.

Había diversas clases de diezmos, a los "prediali" se añadieron los "miste" de los frutos de los animales, los "militares" también los "diezmos de los soldados", distintos de los anteriores porque se pagaban al incorporarse al servicio; "los minute" sobre la lana, el lino, los corderos y los becerros; los diezmos "del pan y del vino" y hasta se pagaba diezmo por el alma el diezmo denominado "almate".

También fueron introducidos diezmos llamados "espirituales", por los huertos, la caza y los molinos de viento.

Las indulgencias han sido una formidable fuente de ingresos para la curia romana desde el siglo XV en que el papa Sixto IV introduce la doctrina de que los vivos pueden ganar indulgencias mediante limosnas y aplicarlas en favor de los muertos.

## 2. Vuelta al culto.

Al tiempo que la iglesia adquiere el poder temporal, se refuerza el ritualismo como expresión de la vivencia cristiana, apartándose de la práctica de la primitiva iglesia.

En el siglo II sabemos por el testimonio de Justino, la forma en que se desarrollaba el culto cristiano "El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los apóstoles o los escritos de los profetas. Luego cuando el lector termina, el presidente, de palabra hace una exhortación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras oraciones y, estas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan, vino y agua".

Tertuliano en su Apologeticum nos ofrece una hermosa descripción: "somos una corporación por la comunidad de religión, la unidad de disciplina y el vínculo de una misma esperanza... Nos reunimos para recordar las palabras de la Escritura divina, para buscar en ella avisos para el futuro y explicaciones del pasado. Con estas santas palabras apacentamos nuestra fe, levantamos nuestra esperanza, fijamos nuestra confianza y

estrechamos nuestra disciplina inculcando los mandamientos. En tales asambleas se tienen también, las exhortaciones, las penitencias, los avisos en nombre de Dios... Presiden bien probados presbíteros, que han alcanzado tal honor no por dinero sino por el testimonio de su vida porque ninguna cosa de Dios cuesta dinero. Y aunque exista entre nosotros una caja común, no se forma como una suma honoraria puesta, por los elegidos, como si la religión fuese sacada a subasta. Cada cual cotiza una módica cuota en día fijo del mes, cuando quiere y si quiere y si puede, porque a nadie se le obliga: espontáneamente contribuye. Estos son como los fondos de piedad. Porque de ellos no se saca para banquetes ni libaciones ni estériles comilonas, sino para alimentar ancianos, niños, doncellas y esclavos y a viejos, como también a los naufragos y a los que están en minas, islas y cárceles por causa de nuestro Dios..."

Según se comprueba por estos testimonios, la estructura de la celebración cristiana estaba ya globalmente fijada en la segunda mitad del siglo II. Dicha estructura se compone de dos elementos principales: 1. El anuncio y la explicación de la Palabra. 2. Seguidamente, se hacía la ofrenda eucarística. Vemos aquí la unidad indivisible entre Palabra y sacramento. La Palabra era elemento esencial en el culto cristiano de los primeros siglos por la cual los participantes se sentían interpelados y motivados a vivir la Buena Noticia del Reino, que para unos produce alegría y para otros es escandalosa e insoportable. Los ministros de esa época explicaban la Palabra con total libertad y valentía sin cortapisas y acomodados dulzones. En este culto se tenía una experiencia vivencial de la Buena Noticia del Reino, de la libertad y la audacia que se necesitan para la proclamación del mensaje de Jesús.

Pero con el tiempo y sobre todo, en la Edad Media, los signos sacramentales pasaron a ser ritos comunmente aceptados y obligatorios de la "religión oficial".

La iglesia cayó en el ritualismo sin sentido donde lo que preocupa es la forma como se hace, pero se descuida escandalosamente la experiencia vital del creyente a la luz del mensaje.

Se privilegió el número de creyentes en vez de apostar por la mayor autenticidad del testimonio de vida con lo que la liturgia perdió riqueza y la vida de la iglesia se enrumbó por el culturalismo sin contenido existencial ni exigencia evangélica.

La iglesia optó por una pastoral ritualista de cristiandad. Los ritos invadieron la vida de la iglesia y se convirtieron en lo fundamental de la vida cristiana. El rito valía por sí mismo en cuanto era la mediación sagrada entre los hombres y Dios. De esta forma, se vaciaba de contenido a los signos, que no tenían conexión alguna con el mensaje ni con la vida de los creyentes. La práctica cristiana estaba disociada de la Buena Nueva, de la ética, del compromiso y del servicio. Esta exigencia era sustituida por el culto ritualista más fácil de asimilar por las grandes masas que conformaban ya la iglesia.

La Iglesia impuso como obligatoria la recepción de los sacramentos como condición para la salvación y para poder ser receptor de la gracia y el amor de Dios. Así se entendía que el amor pasa a través del acatamiento a la ley. De esta forma, el sacramento convertido en ley, es el medio y el conducto del amor. De aquí se desprende que la ley religiosa ocupa el lugar privilegiado en la relación del hombre con Dios. El pueblo adquirió el convencimiento de que para estar más cerca de Dios es imprescindible el observar fielmente la ley en oposición a lo explicado y practicado por Cristo.

Los ritos de la Iglesia, se convirtieron en las mediaciones privilegiadas entre los hombres y Dios, pero estas mediaciones se fueron degradando, consiguiendo el efecto contrario, es decir, sirvieron para ocultar el rostro de Dios y por tanto para entorpecer la relación y comunicación del hombre con Dios.

### 3. Nace el poder temporal de la Iglesia.

Al querer sacralizar la sociedad, la iglesia creía que convertiría en sagrada a la realidad profana y así establecería la sociedad santa dirigida por las leyes de la iglesia. Pero el resultado nos muestra el efecto contrario: no logró humanizar ni santificar a la sociedad profana con sus leyes y cánones sino que fue la iglesia la que se desvirtuó, se contaminó con los vicios de la sociedad profana de la época, sobre todo de las cúpulas del poder y terminó siendo arrastrada por la ambición del poder económico, político, cultural e ideológico, descuidando su auténtico papel de ser signo de salvación que produjera humanización en unas sociedades donde la desigualdad y explotación del pueblo de parte de los emperadores, amos y señores feudales convertían a los hombres en carne de cañón para las guerras, esclavos y siervos que manejaban a su antojo y capricho como si de peones de ajedrez se tratara.

A imagen de las instancias de poder de la sociedad profana los dirigentes de la iglesia incitaron y desencadenaron guerras para ampliar su dominación sobre amplios territorios del mundo conocido. Según la historiografía oficial, se mantiene la teoría de que el papa Gregorio VII (1073-1108) "no aspiró nunca a fundar una monarquía universal de los papas sino a establecer el imperio de la ley de Cristo". Pero de hecho lo que se constata es que Gregorio VII mantenía un dominio feudal sobre los príncipes normandos de Italia meridional, sobre España, Hungría, Croacia, Dalmacia como también sobre el reino de Kiev, Córcega, Cerdeña, Dinamarca, Suecia, Noruega e Inglaterra. Gregorio VII afirmaba sus derechos sobre estas naciones y pretendía ampliar su poder a otras naciones y exigía derechos soberanos con tanta insistencia que el obispo francés Bossuet llega a calificar al Papa de "Inverecundum petitozem" (Desvergonzado pedidor) cuando denuncia las falsificaciones y tergiversaciones llevadas a cabo por la Curia Romana para imponer el feudo a todos los países cristianos.

Ya a los ocho días de ser elegido Papa y sin aguardar siquiera a su consagración (que tendrá lugar cuando llegue el visto bueno del emperador Enrique IV) escribe una comunicación "A todos los príncipes que quieran viajar a España" para impulsarlos a recuperar aquellas tierras de las manos de los infieles y los sarracenos, quienes las poseían, y devolverlas a su legítimo propietario, San Pedro, es decir, al Papa. En dicha Carta se dice "No se nos oculta que el reino de España desde antiguo fue de la jurisdicción de San Pedro y aunque ese territorio ha estado ocupado tanto tiempo por los paganos, pertenece todavía por la ley de justicia a la Sede Apostólica solamente y no a otro mortal cualquiera".

En otra Carta dirigida al Rey de León y Castilla, Alfonso VI, el Papa advierte que el Dios omnipotente ha dado a Pedro y a sus sucesores "todos los principados y los potestades de la tierra".

Se asiste al despliegue de una campaña desencadenada por el Papa y la Curia Romana para asentar el dominio pontificio en la que constituye una exigencia reiterada la afirmación de que hay que someterse a lo que promulga el Papa desde Roma.

Bajo el pretexto de establecer el imperio de la ley de Cristo, la Iglesia fue acumulando tal poder temporal que la convirtió en una de las mayores

potencias de la época. Se sustentaba este poder en la afirmación de que todo el orbe pertenece a Dios y la Iglesia es su más directo representante. Se trataba de justificar con argumentos sagrados intereses meramente temporales.

Las reivindicaciones pontificias de territorios y hasta de naciones se apoyan invariablemente en uno de los más famosos documentos de la historia de la Iglesia, en la denominada donación de Constantino. En dicho texto se informa del regalo que hace el emperador Constantino al Papa Silvestre I del palacio Laterano y Roma entera, además de Italia con sus islas y los territorios del imperio romano de Occidente y también la propia diadema imperial y todos los símbolos del poder imperial.

Dicho documento parece que es falso y se da como fecha de la falsificación de mediados a fines del siglo VIII. La razón que se pone por la que Constantino donó estas propiedades al Papa es en agradecimiento por haberle curado de la lepra, pero se sabe que Constantino no padeció jamás de lepra.

#### *El nacimiento de los estados Pontificios.*

Lo que propició el nacimiento de los estados Pontificios fue la colaboración prestada por el rey francés Pipino el Breve, quien realizó dos campañas en los años setecientos cincuenta y cuatro y setecientos cincuenta y seis para combatir a los lombardos y expulsarlos del Exarcado Bizantino. Las tropas francesas, una vez vencidos los lombardos, entregaron al Papa una extensión de terreno de aproximadamente cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados en el corazón de Italia donde se instauraron los estados Pontificios. Más tarde se anexionarían al patrimonio de San Pedro el Exarcado de Ravena y la Pentápolis. Así los estados Pontificios se extendían desde un mar a otro, desde el Toscano al Adriático ocupando las mejores tierras de Italia y todavía no se había anexionado Bolonia.

Pero los estados pontificios no se afianzaron realmente hasta dos siglos después y llegarían a ser considerados como una nación más en el siglo XV. El documento que garantizaba la legitimidad de los estados Pontificios era la famosa donación de Constantino y, basándose en ella, los Papas explicarían a toda Europa el verdadero alcance del documento, a saber: que todas las naciones de Occidente son feudo del Vaticano. Un papa, León



IX en el año 1054 utilizará dicho documento para advertir a Miguel Cerulario, Patriarca de Constantinopla, que los Papas son los herederos más poderosos de la tierra, gracias a la "Imperialis Celsitudo" de Constantino, que lo recibió de Dios y se lo devolvió a Dios a través de sus ministros.

### *Los Nuncios*

Como el patrimonio de San Pedro iba en considerable aumento, el Vaticano necesitó la ampliación de sus representantes en los diferentes países para afrontar los diferentes problemas, entre los que ocupaban un lugar destacado los conflictos por intereses temporales, que gradualmente iban ganando terreno sobre los de índole religiosa.

Así razones económicas como eran las de administrar los bienes del Patrimonio del Papado abrieron las puertas de Europa a los representantes pontificios; en un primer momento, comenzaron llamándose Nuncios colectores y, más tarde, adoptarían el título de Nuncios Embajadores a pesar de que la función que desempeñaban fuera la misma: defender los intereses, especialmente económicos del Vaticano.

Roma tuvo buen cuidado de elegir hombres de probada lealtad y se les conoce como los primeros financieros del continente.

Fue así como se establecieron la Nunciaturas. Casi todos los Nuncios han sido italianos salvo en los paréntesis en que hubo Papas extranjeros. La experiencia daba que un Nuncio o colector italiano en Francia, por ejemplo, era capaz de recaudar una suma cuatro veces mayor a la que recolectaba el delegado apostólico y obispo de Arlés de nacionalidad francesa.

Si la aparición de los Nuncios como cuerpo diplomático coincide con el período de mayor prestigio y fuerza del estado Vaticano, cuando realmente aparecen como profesionales de la diplomacia es en el momento en que este cargo se institucionaliza en las cancillerías de Europa.

Las tareas de los Nuncios eran múltiples, una muestra ilustrativa nos la ofrece un texto con las instrucciones dadas al Nuncio Alberto Bolognetti, enviado a Venecia el año 1578, a quien se le encomiendan cuatro misiones específicas: apoyar la Inquisición con todos los medios; exigir el pago puntual de los diezmos; defender la libertad de navegación por el Adriático y,

por último, apoyar los movimientos revolucionarios de cualquier signo que puedan surgir en la isla de Chipre y esperar "a ver qué podrá salir de aquello".

El poder temporal de la iglesia se consolidó de tal forma que sus ministros, al ser representantes de un poder tan grande, ostentaban títulos de realeza. Al Papa se le consideraba rey y los cardenales, que eran quienes tenían que sucederle, adoptaron el título de príncipes dentro de las más pura tradición renacentista donde sólo los príncipes podían ser coronados reyes. Es así, que, hasta hoy día, ha llegado el título de príncipes de la Iglesia para nominar a los más altos cargos de la jerarquía eclesiástica.

### *Los Papas Reyes*

Una vez superado el Cisma de Occidente y la amenaza conciliarista, los papas de Quattrocento renuncian a dominar el mundo, para pasar a instalarse en su reino. Su interés se centra en esos momentos en la riqueza y en la seguridad, y ambas están estrechamente ligadas al ejercicio del poder. Su interés se cifra en enriquecer a sus familias y en rodearse de artistas con lo que embellecieron a la ciudad de Roma.

Los Papas, para defender sus posesiones y su estado, poseían ejércitos bien preparados y equipados; desde mediados del Quattrocento los Papas disponían al menos de ocho mil a diez mil soldados, un ejército superior al de las restantes ciudades y repúblicas de Italia. Su estado mayor estaba dirigido por un "Gonfaloniero" o capitán general de la Santa Iglesia.

Una vez que se resolvía el grave problema de la seguridad, los Papas se dedicaban a la escalada social y económica de sus familiares, al tiempo que convertían a la corte de Roma en un modelo de lujo, pompa, bullicio y cultura. En ese tiempo el ceremonial pontificio entra en una etapa de exaltación y al mismo tiempo de secularización, así la solemnidad ocupa el lugar de la pastoral; el Papa solamente asistía a tres misas al año y lo hacía con una postura netamente hierática y ni siquiera predicaba en las misas.

De esta forma el papado se convierte en una gran potencia italiana y los papas en grandes señores seculares en una de las etapas más corrompidas del papado aunque al tiempo fuera de las de mayor florecimiento del arte.

## *Los papas mecenas*

Quizás sea en esta época del Renacimiento, la única vez, o al menos la primera, en que la iglesia ofrece su mecenazgo y estimula a un movimiento cultural nacido al margen de ella. Sin lugar a dudas el papel impulsor de los papas fue decisivo para la maduración del Renacimiento.

A pesar de que la mayor parte de los papas renacentistas discurrió entre graves conflictos y guerras, supieron unir al mismo tiempo su apoyo a las artes con lo que embellecieron a Roma con fastuosos monumentos y soberbios museos y bibliotecas.

Nicolás V (1447-1455) es el primer papa del Renacimiento; fundó la Biblioteca Vaticana.

Sixto IV (1471-1484) atrajo con su mecenazgo a Roma, a los más insignes humanistas dando un gran impulso a las corrientes intelectuales de la época. Mandó edificar la famosa Capilla Sixtina donde dejaron su arte pintores ilustres como Botticelli, Ghirlandaio, Perugino y Filippino Lippi.

Julio II (1503-1514) conocido como el "Papa guerrero" llegó a convertir a Roma en el centro político, artístico y religioso de Europa. El fue quien encargó a Miguel Angel la realización de los frescos de la bóveda de la capilla Sixtina. También Rafael decoró con sus pinturas las célebres "stanze" del Vaticano.

León X (1514-1521) edificó San Giovanni en la vía Giulia e hizo avanzar las obras de San Pedro en el Vaticano. También creó una imprenta griega en Roma.

Durante un siglo, los papas se convirtieron cada vez más en príncipes y reyes poderosos en lo temporal, rodeados por un círculo de familiares y preocupados por conseguir una gran riqueza y por aumentar y consolidar los estados Pontificios. Todos ellos han pasado a la historia por fomentar el arte y las letras pero su espíritu religioso y el testimonio de vida cristiana es francamente nulo.

La historia nos muestra que cuando la iglesia trata de aferrarse a lo sagrado como distintivo frente a la realidad profana, se produce el efecto

contrario. En vez de ser signo de salvación trascendente y modelo para la relación del hombre con Dios, se convierte en una institución con intereses humanos que reproduce instancias de poder e impone estructuras jerarquizantes nada democráticas, ni fraternales que bloquean al ser humano en su búsqueda de sentido último.

Lo sagrado como expresión de lo religioso se opone a la vivencia profunda del compromiso cristiano que exige renunciar a todo poder y ambición personal o colectiva, y nace por el contrario una estructura que se hace fin en sí misma, en su afán de creerse la mediadora insustituible entre Dios y el hombre. Toda estructura jerarquizada trata, por su propia dinámica, de competir con las diferentes existentes en el mundo y necesita de medios que nunca parecerán suficientes para conseguir unos fines que por estos métodos son inalcanzables.

Así la iglesia, tratando de sacralizar la historia humana, en su afán de negar la realidad profana, se vió envuelta en el torbellino de poder y el interés económico, llegando a emplear medios totalmente opuestos al mensaje del Evangelio en el cual se basa.

Por el contrario, las experiencias de la primitiva iglesia y del Evangelio, alejándose de la intención de sacralizar la historia humana, al contrario, combatiendo la sacralidad nos muestran el camino para participar en el avance de la sociedad y la liberación del hombre. Este camino no es otro que comprometerse en la lucha de la humanidad por conseguir que la vida del hombre sea defendida en todo momento y lugar histórico. La fe así comprendida, se concretará en un compromiso crítico de todo poder y situación en la que el hombre no sea el principal sujeto. En esta dinámica de profundo sentido místico, se llegará a la verdadera relación del hombre con Dios, que nos impulsa a la plenificación y liberación del hombre. Este es el sentido de la fe cristiana, testimoniada en gestos heroicos por diferentes grupos de cristianos que han tratado de poner los auténticos cimientos para una iglesia de comunidades fraternales que a través del servicio y la búsqueda de la justicia sean símbolo inequívoco de salvación.

La justificación con lo sagrado de netos intereses temporales, también se dio en tiempos de Cristo a través de la estructura del templo. De ahí surge el contundente rechazo de Jesús a esa situación que manipulaba lo sagrado para defender intereses personales y de grupo.

La vuelta a la sacralidad acarrió a la Iglesia innumerables males como es el de alejarse de la práctica del servicio evangélico y el de defender la justicia en favor de los oprimidos y el ser signo vivo del Reinado de Dios entre los hombres. Dichos males han calado hondo al interior de la estructura eclesíastica llegando hasta nuestros días, atrapándola en un sistema que tiene difícil solución y que ha imposibilitado la auténtica vivencia del mensaje cristiano.

## CAPITULO VI

### LAS CORRIENTES PROFETICAS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Desde el comienzo, cuando los cristianos inician sus reuniones en grupos reducidos, la dimensión profética del mensaje se hace patente al interior de las comunidades, como signo indiscutible de la presencia del Reino en medio de los creyentes que aceptan el mensaje.

En los primeros siglos del cristianismo la profecía y su mensaje ético estuvo presente en la vida de los cristianos como una característica insustituible, ya que sin ella no hay cristianismo posible.

Cuando la Iglesia comienza su crecimiento y llegan al cristianismo gentes de los más diferentes niveles y se van relajando las exigencias y la práctica cristiana, nunca falta en la Iglesia el testimonio profético afincado en grupos de cristianos fieles al mensaje de Cristo, y dispuestos a transmitir lo central del Evangelio a las nuevas generaciones como prueba de la permanente presencia del espíritu en aquellos grupos capaces de acogerle y de dejarse penetrar por su fuerza y su carisma transformador.

#### 1. La represión por la muerte

A la luz de la relación existente hoy día entre la Iglesia y el estado, resulta extraño el comprender la persecución que sufrieron las comunidades cristianas de parte del imperio romano, más aún, cuando poseemos una idea de él de ser una de las cumbres humanas de la justicia y el derecho. Cómo pudo un estado de derecho perseguir hasta la muerte a unos ciudadanos pacíficos y honrados como eran las comunidades de cristianos?

Para entender estos hechos, es preciso tener al menos, una somera idea de como estaba estructurado el imperio romano. Sin duda, este era un estado clasista y esclavista, donde los esclavos no poseían ningún derecho. Pero la sociedad romana no se dividía exclusivamente entre hombres libres y esclavos, entre los libres también había una considerable diferencia de clase.

Lo primero que se necesitaba era conseguir la ciudadanía romana, y esto no se encontraba a disposición de cualquiera. Los miembros del imperio tardaron siglos en conseguirla. Entre los ciudadanos libres estaba la plebe, a la cual se la apaciguaba de su descontento a base de "pan y circo". La clase de la plebe no poseía nada, estaba al servicio y dependía de los grandes de la sociedad romana, que era minoría aristocrática, los patricios, quienes poseían todo el poder en lo económico, político y social.

El tan afamado Derecho Romano no era otra cosa que un derecho esclavista y en favor de una clase privilegiada, los Patricios. Tal derecho era el arma justificativa del orden establecido, manteniendo la defensa de la propiedad privada de los poderosos.

La plebe y los esclavos no tenían ningún derecho, eran fuerza de trabajo, objetos de explotación y nada más. Ante la gran opresión ejercida sobre ellos, estos se levantaron frecuentemente, pero fueron reprimidos a sangre y fuego.

Para mantener el orden público tenían un gran ejército que se calcula en tiempos de Augusto, en unos 300.000 hombres y en el Alto Imperio llegó a alcanzar a 400.000. Los romanos fueron sanguinarios en el tema de la represión para mantener el orden establecido. Llegaban a arrasar a las ciudades que se rebelaban no dejando piedra sobre piedra; ahí están los casos de Jerusalén, Cartago y Numancia. Llegaban a sembrar los campos con sal y crucificaban a miles de personas en una sola tarde.

A las personas que no tenían la ciudadanía romana podía costarles la vida por la menor acusación. La ley de lesa majestad o de alta traición abarcaba desde las reuniones nocturnas o el hablar mal del emperador hasta la sublevación armada. El castigo aplicado ante tal infracción era la muerte ignominiosa según la clase social a la que perteneciera.

Los romanos anexionaron a su imperio inmensos territorios y

afianzaban su dominación en base a la administración y el ejército, la fundación de ciudades, el derecho de ciudadanía, la lengua y la religión y, por supuesto, la religión oficial del imperio.

Admitían a todos los dioses de los países conquistados a los cuales anexionaron a los propios dioses romanos, pero exigían la unidad religiosa en torno al culto del emperador, que estaba asociado al culto de Roma. Dicha religión constituía la base moral de la unidad imperial; oponerse a ella estaba considerado delito de lesa majestad.

## **2. Las comunidades cristianas consideradas como revolucionarias**

Al interior de este imperio se asientan las comunidades de cristianos que aparecieron como un revulsivo revolucionario. Su conducta socavaba los cimientos del imperio y amenazaba con destruir todo el montaje. Según dejó plasmado Orígenes en su obra "Contra Celso": "Si es que no surge un gobernante con inteligencia que prevea lo que va a suceder y antes de perecer él os destruya a todos en masa".

Los emperadores romanos cobraron conciencia del peligro que suponía una organización religiosa no controlada por el estado y que con sus planteamientos y postura de vida minaba las bases ideológicas del imperio romano. Esta fue la causa de perseguirles hasta la muerte.

Un buen material para conocer los motivos, que esgrimían los romanos para lanzar la persecución contra los primitivos cristianos, son las apologías escritas por los cristianos y frecuentemente dirigidas a los emperadores o a los jueces como documentos de defensa en contra de las acusaciones vertidas contra ellos.

Seguramente, la mejor de las apologías es la que escribió Orígenes contra Celso para refutar un libro de este contra los cristianos llamado "Discurso verdadero" escrito en el año 178. Pero se conservan también dos apologías de Tertuliano, dos de S. Justino y otras de Cuadrato, Aristides de Atenas, Aristón de Pella, etc.

Según los testimonios de estas apologías conocemos la opinión que los paganos tenían de los cristianos:



1. Para los señores romanos los cristianos eran un grupo proletario. Celso, desde su postura patricia que sistemáticamente desprecia a los pobres, describe así a los cristianos: "Son un atajo de cabreros y pastores, que siguieron a Moisés como a un caudillo... Jesús proviene de una aldea judaica y de una mujer lugareña y mísera, que se ganaba la vida hilando... Apremiado por la necesidad se fue a trabajar como jornalero a Egipto y es menos que un seripio... Juntando en torno así a diez u once hombres de mala fama, alcabaleros y marinos, de vida rotísima, anduvo con ellos errante de acá para allá, mendigando mísera e inoportunamente para comer" y ahora los cristianos "no quieren ni pueden persuadir más que a necios, plebeyos, estúpidos, esclavos, mujerzuelas, y chiquillos. Vemos como efectivamente, en las casas privadas a cardadores, zapateros, a las gentes, en fin, más incultas y rústicas, que delante de los señores o amos de casa, hombres perfectos y discretos, no se atreven a abrir la boca, pero apenas están solos y cogen a los mismos niños o a mujerzuelas sin seso, hay que ver las maravillas que dicen: que no hay que atender ni a padres ni a preceptores, sino creerlos únicamente a ellos, pues aquellos son unos necios y unos estúpidos... Entre ellos se dan órdenes, como estas: nadie que sea instruído se nos acerque, nadie sabio, nadie prudente... Si alguno es insensato, si alguno tonto, si alguno inculto, venga con toda confianza. Cualquiera que sea pecador, cualquier insensato, cualquier crio pequeño y, en una palabra, cualquier miserable, a este lo aceptará el Reino de Dios... A qué otros llamará a quien quisiera leva de bandidos?".
2. Este grupo proletario procede de una sedición "Su unión tiene un sólido fundamento que es la sedición y el provecho que de ella se sigue, juntamente con el miedo a los de fuera; esto afianza su fidelidad.
3. Es una asociación clandestina. "De las asociaciones unas son públicas y se forman conforme a la ley: otras clandestinas, que van contra lo legislado... Los cristianos forman entre sí asociaciones clandestinas contra la ley". Esta es la primera acusación del libro de Celso. Por el hecho de ser asociaciones clandestinas "enseñan" sus doctrinas a sombra de tejado y no sin razón lo hacen así, pues tratan de eludir la pena de muerte que les amenaza".

4. Es un peligro para el Estado, porque destruye la doctrina que afirma que el emperador es uno sólo por mandato de los dioses... "Si destruyes esta doctrina con razón te castigará el emperador, pues si todos obraran como tu nada impediría que aquel se encontrara solo y abandonado y el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros, más sin ley y salvajes, y entonces ni de tu religión ni de la verdadera sabiduría quedaría memoria entre los hombres".
5. No quieren colaborar en la marcha del imperio. No ayudan ni con las armas ni con sus cualidades. Los cristianos eran considerados como personas al margen del sistema establecido.
6. En sus reuniones hacen obras de magia. Esta acusación de magia es grave por la existencia de leyes contra la magia.
7. Son Ateos. No acuden a los templos, no tienen prácticas religiosas. Solamente se reúnen en sus casas. Ni siquiera tienen templos para adorar a su Dios. Esta acusación de ateísmo es de las que más se repiten. El ateísmo llevaba consigo la negación de rendir culto al emperador y esto era considerado como crimen de lesa majestad. La consecuencia de negar el culto al emperador, minaba la base moral y religiosa del imperio esclavista. Sin duda, este fue el gran delito de los cristianos.
8. Tertuliano, jurista, en su Apología dirigida a los jueces resume en tres las acusaciones: El crimen de Lesa Patria, el crimen de Lesa Religión Romana y el crimen de Lesa Majestad. Es decir, el ir contra el estado, contra la religión y contra el emperador. Y todo esto, no individualmente, sino como asociación. Por ello el mero hecho de pertenecer a la asociación era ya objeto de castigo.
9. Junto a estas acusaciones serias aparecen en las apologías las defensas de otros Crímenes, provenientes sin duda, del odio y la calumnia, como eran el de ofrecer sacrificios humanos y comerse a las víctimas. Celso, al ser más culto, no menciona este crimen, que a todas luces aparece como una calumnia sin visos de realidad.

La práctica jurídica consideró a los grupos de cristianos como enemigos del orden público y por el derecho de represión, los magistrados

les condenaban. Con argumentos como el de proteger el bien común y mantener el orden público, condenaron a muerte a centenares de cristianos.

### *La Comunicación de bienes*

Es conocido de todos, por la descripción que hace el libro de los Hechos de los apóstoles, que entre los primeros cristianos existía la práctica de la comunicación de bienes, pero este hecho no quedó aislado, sino que durante los siglos II y III hay constancia de que esta práctica siguió vigente como prueba de testimonio vivo del Evangelio.

Así en la Carta a Bernabé y en la Didajé encontramos textos referentes al tema: "comunicarás en todas las cosas con tu prójimo y no dirás que algo es propio tuyo; porque si en lo incorruptible sois co-partícipes, ¿Cuánto más en lo mortal?".

La Didajé describe de esta forma a los que siguen la senda de la muerte: "amadores de la vanidad, buscadores de su paga, que no se compadecen del pobre, no sufren por el atribulado, no conocen a su creador, matadores de sus hijos, corruptores de la imagen de Dios, los que rechazan al necesitado, oprimen al atribulado, abogados de los ricos, jueces injustos de los pobres, pecadores en todo".

San Justino, comentando el libro del Exodo afirma que los israelitas no robaron al salir de Egipto llevándose todo cuánto pudieron de las casas en las que habían trabajado como esclavos porque recibieron salario pequeñísimo por haberles servido, y les dieron sólo un poco de los bienes que los egipcios habían adquirido a costa del trabajo de los esclavos. ¿Qué se llevaron de más? (Contra los herejes).

Clemente de Alejandría escribe en su obra El Pedagogo: "Dispuso Dios la naturaleza para la mutua comunión... haciendo todas las cosas para todos. Todas son, pues, comunes. Todo es común y no pretendan los ricos tener más que los demás... Dios nos ha dado la facultad de uso y sólo lo necesario, y por otra parte quiso que el uso fuera común. Y es absurdo que uno solo viva entre deleites, mientras los demás, están en la miseria... Como el pie es la medida del zapato, así el cuerpo es la medida de lo que se ha de poseer".

Afirmar estas cosas en una sociedad esclavista como era la romana, con todo el derecho orientado a la defensa de la propiedad privada, era algo realmente subversivo y hasta revolucionario.

Orígenes afirma sobre la limosna: "Parece adecuado atender a las necesidades de los santos honesta y decentemente, no como quien da una limosna a un mendigo, sino poniendo nuestra hacienda en común con ellos".

Tertuliano dice: "Todas las cosas son comunes entre nosotros, menos las mujeres". Y Lactancio: "Dios nos dió la tierra como cosa común".

Esta enseñanza se daba en las escuelas cristianas y lo interesante es que no se quedaba en mera teoría, sino que era práctica común entre los cristianos. Así la comunicación de bienes, el servicio al pobre, el destino de la tierra para todos los hombres y el ataque a los acumuladores injustos queda bien clara en la vivencia cristiana y marca a los seguidores de Jesús diferenciándoles netamente de las religiones y culturas paganas, que defendían la propiedad privada y mantenían un silencio cómplice con la sociedad injusta de la época.

### *La huida hacia el desierto*

Como ya hemos dicho, a partir de Constantino, la iglesia pasa a formar parte del engranaje administrativo de un imperio totalitario, disfrutando de privilegios y adquiriendo bienes para el clero, celebrando el culto en grandes templos y dando bendiciones al opresor.

Hasta este momento, podemos afirmar en general que toda la iglesia había sido profética; había sido la iglesia de los pobres, que lucha por los pobres y pertenece a los pobres. Hasta ahora, toda la iglesia ha sido un revulsivo en la sociedad esclavista. Pero al declarar Constantino la libertad religiosa en todo el imperio, se produjo en los grupos de cristianos oprimidos y perseguidos y en los sobrevivientes de las matanzas, una especie de alivio y de euforia acompañada de un sentimiento de agradecimiento hacia Constantino por haberles librado de la persecución y darles la oportunidad de vivir su fe sin sobresaltos.

Comienzan en este momento las conversiones en masa y entre esta gran cantidad de "conversos" abundan los señores importantes y comienza

así la diferencia de clases al interior de las comunidades. Ya no se las puede tipificar, como hizo Celso, de ser un grupo de proletarios, parias, niños y mujerzuelas, o como decía Pablo, el deshecho de la humanidad. Actualmente hay pluralidad en los miembros pero cada vez más quienes ejercen mayor influencia en ideas y modos de vida son los de mayores recursos económicos y los intelectuales, marginando a los auténticos testigos y seguidores de Cristo.

Ante este nuevo estilo de entender el cristianismo, opuesto a la primera vivencia, muchos cristianos, ante la añoranza del amor fraterno, de la comunicación de bienes, de la comunidad de pobres y sencillos, de la corresponsabilidad en la marcha de las comunidades frente a la creciente jerarquización, comienzan un éxodo hacia el desierto tratando de apartarse de la nueva dinámica introducida en la iglesia, rechazando la fastuosidad de los templos, el culto y la relajación de la vida cristiana. Se afirmaba: "Para ser cristiano no hace falta tanto", y luchando por ser fieles a sus convicciones y a la esperanza del Reino prometido por Jesús.

Se crea así lo que más tarde se conocerá por comunidades de monjes pero con unas características muy distintas a las que hoy conocemos en los actuales conventos. Poco a poco los descontentos con la nueva situación se van agrupando hasta llegar a ser un fenómeno social. Sus motivaciones fueron las de rechazar aquella sociedad y el nuevo modelo de iglesia protestando ante tal estado de cosas. Anhelan la vida limpia y sincera de la convivencia en paz, de la honradez, la solidaridad, la fraternidad y la pobreza.

En su rechazo al mundo opulento y superfluo, se visten de saco, no se lavan o lo hacen escasamente, se dejan crecer el pelo, la barba y las uñas. De esta forma, manifiestan su rechazo frente a la sociedad romana excesivamente pulcra con derroches de baños suntuosos y de grandes banquetes con lujos refinados.

El primero en tomar esta forma de vida, fue Antonio, labrador, pobre de nacimiento. Para él ser monje era tomarse en serio los "consejos evangélicos".

Al comienzo de su decisión, vivió apartado junto a su pueblo; más tarde, en una fortaleza abandonada y, al fin, se instaló en el desierto. Vivía

de su trabajo cultivando la tierra y su lema fue el de trabajo y oración. Salió de su retiro dos veces para ir a Alejandría a fin de animar a los cristianos consecuentes durante la persecución de Diocleciano y la segunda, para aliarse con Atanasio en contra del arrianismo.

Desde su destierro, tuvo una gran influencia entre los cristianos, que lo tomaron como ejemplo de vida consecuente. Mantuvo el contacto con sus hermanos y abandonó su retiro en los momentos en que estos le necesitaban.

El movimiento se extendió por Egipto, al sur en Tebaida y al norte en las orillas del Delta, en ese tiempo en estado semi salvaje.

Dentro de este movimiento surgieron las comunas agrícolas con Pacomio, que fue el primer monje que, al ideal de orar y trabajar, une el sentido de comunión en todo con otros monjes. El año 323 se fue con un grupo de compañeros a comenzar una vida comunitaria a un pueblo abandonado en el desierto con el afán de vivir el Evangelio. En estas comunas, los integrantes se alimentan de los frutos de su trabajo en las labores agrícolas; viven muy pobremente pero todo lo tienen en común. Esta experiencia creció rápidamente y llegaron a ser varios miles los seguidores de Pacomio, que se agruparon en torno a nueve monasterios de varones y dos de mujeres, situados siempre en lugares abandonados y alejados.

Egipto fue la cuna de estos movimientos pero muy pronto se propagaron a otros países y así, aparecieron monjes en Siria, Palestina, España, Francia, Africa, etc.

La experiencia de estas comunidades de monjes apartados del lujo y de la vida acomodada y de las estructuras de una iglesia cada vez más unida al poder temporal, disfrutando de los privilegios, que el estado le brindaba, lejos de aparecer ante el pueblo como una huida fácil en busca de una vida desencarnada, fue un testimonio y signo de auténtica vida cristiana. El pueblo los veía como un ejemplo y como un signo evangélico y les admiraba por su pobreza y generosidad. En esos tiempos en que se suavizaba toda exigencia, en que se cuestionaban los valores evangélicos por aparecer excesivamente drásticos y se acomodaba el cristianismo a los valores paganos y hedonistas, el testimonio de estas comunidades fue como un virus revolucionario para la iglesia y para el imperio romano.

### **3. Los Padres de la Iglesia**

Se conoce como Padres de la Iglesia a los escritores cristianos que reunían al mismo tiempo cuatro condiciones: antigüedad, doctrina cristiana auténtica, santidad y aprobación eclesiástica.

La edad de oro de los Padres de la Iglesia se da en los años posteriores a la declaración de la libertad religiosa decretada por Constantino. Los más conocidos nacieron entre los años 330 y 350. Casi la mayoría han vivido la experiencia monacal y se conocen entre ellos. Forman una unidad de pensamiento, de práctica coherente con el Evangelio que saben adaptar a la realidad social de la época enfrentando con auténtica valentía a los injustos, aunque se tratara del mismo emperador, como hicieron Ambrosio con el emperador Teodosio o Crisóstomo, con la emperatriz Eudoxia.

La postura de los Padres de la Iglesia es clara y definida en favor de los pobres en un estado como el del imperio Romano en el que los oprimidos y opresores están nítidamente diferenciados y en el que los intelectuales favorecían y defendían la situación de injusticia. Ante este estado de cosas, la postura y doctrina de los Padres, aparece como revolucionaria por ser la única voz que se enfrenta al poder opresor para asumir la defensa del pobre.

Los Padres no son personas teóricas que crean una filosofía del hombre paso a paso, son cristianos convencidos de la fuerza del mensaje bíblico, grandes conocedores de los profetas y del Evangelio, y son capaces de llevar a la práctica estas enseñanzas con toda consecuencia y valentía, demostrando así que son auténticos testigos de Cristo. Sus denuncias las hacían a través de discursos y homilias llenas de vida que llegaban al pueblo nítidamente, ya que se trataba de grandes oradores.

Su visión del hombre, de la sociedad, de la riqueza, del grave problema social, es netamente teológica, parte de Dios y de Cristo y es tremendamente radical.

Se podrían resumir sus ideas sobre la sociedad y el hombre de esta forma:

1. Todos los hombres somos iguales
2. La tierra es propiedad común de todos los hombres

3. Esta tierra y sus bienes hay que distribuirlos con justicia
4. La riqueza procede de la injusticia. Continuamente defienden esta idea, atacando directamente, y a veces con violencia a los ricos.
5. Se puede poseer lo necesario, pero es un deber devolver lo superfluo. Insistían en la obligación de practicar la limosna como medio para restablecer la justicia.
6. Ponen reticencias a la propiedad privada incluso de los bienes necesarios.
7. Proponen la obligación y necesidad de la comunicación de bienes.

Vamos a detenernos en algunos textos ilustrativos de su posición:

*Gregorio Nacianceno*

"Lo principal de la caridad es el amor a los pobres y la misericordia y compasión con los semejantes". (Discurso 14, 4).

"De principio no fue así. El que hizo al hombre lo hizo libre y lo hizo rico... y quiso lo mismo para el resto del linaje humano. Libertad y riqueza es observar su mandamiento... Esclavitud y pobreza, desobediencia... La astuta tiranía de la serpiente levantó a los más audaces contra los débiles y lo que era igual, se rompió... Tu mira la igualdad primera, no la distinción postrera. No la ley del poderoso, sino la del creador. (Discurso 14, 26).

*Juan Crisóstomo*

"La acumulación de riquezas es fruto del despojo de los pobres". "Las riquezas son cosas comunes y pertenecen también a tu consiervo, como el sol y el aire y la tierra y todo lo demás". Dice el rico: mientras no haga cosa mala, no será mala mi riqueza... Bien dicho, y ¿no es cosa mala que "no solo tenga los bienes del Señor y disfrute él solo de las cosas comunes?". (Homilía 12 en la epístola a Timoteo 4).

"No solo el apoderarse de lo ajeno sino también el no dar a los demás parte de lo propio es robo, avaricia, explotación". (Homilía 2 sobre Lucas 4).

"Forzosamente en el principio y la raíz, tus riquezas proceden de la injusticia. Porque Dios al principio no hizo al uno rico y al otro pobre, sino



que dejó a todos la misma tierra. ¿De dónde, pues, siendo la tierra común tienes tú tantas y tantas yugadas de tierra y tu vecino ni un palmo de terreno? (Homilía 12 sobre la epístola de Timoteo, 4).

"Como el que mata a un hijo delante de su padre, así el que hace sacrificio de lo bienes del pobre, más grave que dar muerte a un pobre es la explotación que le va consumiendo lentamente (Homilía sobre Mat. 52, 5).

"No tenemos verdadera posesión o dominio, tenemos sólo uso. La propiedad es sólo un nombre. En realidad somos todos dueños de bienes ajenos". (Homilía 11 sobre Timoteo 2).

"Si fuera posible castigar a los ricos, estarían las cárceles llenas de ellos" (Homilía 2, sobre Hebreos 5).

"Los ricos son como bandidos que saltean los caminos" (Homilía 1 sobre Laz), "pasemos a los que son más justos, al parecer, quienes son, pues, éstos..." Los que poseen los campos y sacan de la tierra su riqueza. Y puede haber nada más inicuo que estos hombres...? Si se analizan como tratan a los míseros y forzados labradores, se verá que son más crueles que los bárbaros. Los cuerpos de estos son como de asnos o de mulas o, por mejor decir, como de piedras, sin concederles un minuto de descanso. Produzca o no produzca la tierra, los oprimen lo mismo, sin perdonarles por ningún concepto". (Homilía sobre S, Mt. pág. 13).

Juan Crisóstomo no sólo ataca la avaricia de los ricos y su práctica injusta, sino que hace un canto de alabanza y de afirmación del pobre como el auténtico testigo del mensaje bíblico y el único capaz de tomar las riendas para la liberación de las clases desposeídas y para afirmar la autenticidad de la iglesia como signo de salvación y liberación.

"El pobre, fuerte, y sin asideros donde cogerle, es un león que respira fuego, tiene un alma noble y pues se ha apartado fácilmente de todo, fácilmente lleva a cabo todo lo que puede contribuir al bien de la iglesia, así se trata de reprender, de increpar, de hacer frente por amor a Cristo de mil sin sabores... Un pobre así es más poderoso y más opulento que los tiranos emperadores y pueblos, más que el mundo entero... ¡Cuántos ricos habría y cuántos poderosos en tiempo de Herodes! Y ¿quién de ellos salió al medio, increpó al tirano y vengó las leyes de Dios conculcadas? Ninguno de los

ricos y opulentos sino un pobre miserable, uno que no tenía lecho, ni mesa, ni cobijo, Juan el morador del desierto. El solo y el primero reprendió con toda libertad al tirano y es que no hay nada que tanto ánimo infunda en los peligros, nada que haga a los fuertes tan fuertes, como el no poseer nada, el no llevar nada pegado encima. De manera que quien quiera tener gran fuerza, que abrace la pobreza, desprecie la vida presente, piense y crea que la muerte no es nada. Eso hace más bien a la iglesia que los ricos poderosos... porque estos lo hacen todo con su dinero y éste con su servicio y aún con su muerte. Ahora bien, cuando la sangre vale más que el oro, así hay que medir lo que da uno y otro". (Sobre Priscila y Aquilas 2, 4).

### *San Basilio*

"Los ríos salen de pequeñas fuentes, según se les agregan afluentes van aumentando, poco a poco su caudal, y tan enormes se hacen, que ya con la violencia del curso, arrastran a todo lo que se les ponga por delante, así los que llegan a cierta grandeza del poder, por medio de los que ya tienen esclavizados, adquieren mayor fuerza para cometer iniquidades, y por medio de los ya agraviados, esclavizan a los que quedan libres". (Homilía contra los ricos pág. 15).

"No te juntes con una fiera tan fecunda (los ricos). Se dice de las liebres que paren, crían y se prefian todo a la par. Así para los usureros el dinero se presta, produce y se multiplica todo a la vez, y es así que apenas has tomado el dinero en la mano, y ya te piden el interés del mes (Hom sobre Sal. 14).

"Dime qué cosas son tuyas? es lo mismo que si uno, después de ocupar su puesto en el teatro para ver, impidiera luego a los que entran, pensando que es suyo propio lo que está puesto delante para utilidad de todos: así son también los ricos. Porque se adelantan a coger las cosas comunes y se las apropian. (Sobre Lc, 12, 18, 7).

"¿No eres tú un avaro, no eres tú un ladrón, pues tomas como propias las cosas que recibiste para administrar? O es que vas a llamar ladrón al que desnuda al vestido y vas a poner otro nombre al que pudiendo hacerlo no viste al desnudo? (Hom. VI in Lc. 7)

"Los peces se comen los unos a los otros y los hombres hacemos lo

mismo al oprimir a los débiles". (Hexamerón VII, 3).

"Distribuid la riqueza, dándole salida por múltiples caminos hacia las casas de los pobres". (Hom Destruam horrea mea, 5).

"Qué vas a responder tú que revistes las paredes y dejas desnudo al hombre, tú que adomas a los caballos y dejas a tu hermano vestido de harapos? (Contra los ricos, 4).

"El que puede remediar el mal y voluntariamente y por avaricia difiere su remedio, con razón puede ser condenado como homicida" (En tiempo de hambre, 7).

### *Gregorio Niceno*

"Quién se atreve a comprar, quién se atreve a vender al que es imagen de Dios, al que debe ser Señor de la tierra, al que recibió de Dios como herencia el dominio de todo? Poder tal sólo lo puede tener Dios y me parece que ni Dios quisiera". (Hom. IV en el Eclesiastés).

"Tú que eres igual en todo, dime: ¿qué tienes de más para poseer a otro hombre siendo hombre? (id).

"He comprado esclavos y esclavas. A qué precio, dime por tu vida? ¿Qué has hallado entre los seres que valga tanto como esta naturaleza? En cuántos óbolos calculaste la imagen de Dios? Por cuántos estateres te llevaste la naturaleza que fue hecha por Dios? Hagamos dijo al hombre a nuestra imagen y semejanza (Sobre el Eclesiastés).

### *San Ambrosio*

"La naturaleza no distingue a los hombre ni en su nacimiento ni en su muerte. Los engendra igualmente a todos y del mismo modo les recibe en el seno del sepulcro. Quién puede establecer clases entre los muertos? Excava de nuevo los sepulcros, y si puede, distingue al rico, o al necesitado. Acaso solamente se puedan distinguir en que con el rico se pudren muchas más cosas. (Del libro de Nabot Yizreel).

"Para todos ha sido creado el mundo, que unos pocos ricos os esforzáis en defender para vosotros" (Id.)

"No es parte de tus bienes lo que tú le das al pobre. Lo que le das, le pertenece. Porque lo que ha sido dado para todos, tú te lo apropias. La tierra es de todos, no de los ricos". (Id.).

"Los paganos creyeron que el régimen de justicia consistía en que se tuvieran las cosas comunes, esto es, las públicas como públicas, y las privadas como propias. Pero esto no es según la naturaleza, pues la naturaleza dió todas las cosas a todos en común" (De off min, 28).

"La historia de Nabot es vieja (I Rey 21: Fue muerto por Ajab para quitarle su tierra), pero su aplicación es de cada día. Quién de los ricos no codicia cada día los bienes ajenos? Quién... no se esfuerza en arrojar de su campo al pobre y por echar del terreno de sus abuelos al desvalido? ... No nació un solo Ajab, sino que cada día nace uno nuevo y nunca muere para este mundo... Ni murió un solo Nabot, ni un solo Nabot fue asesinado. Cada día cae por tierra Nabot. Cada día el pobre es asesinado. Penetrados de miedo las gentes se retiran de sus tierras; cargado con su ajuar el pobre emigra con sus pequeños; detrás va la esposa llorando". (Del libro de Nabot Yizreel).

"La avaricia distribuyó los Derechos de posesión" (Hom. 7 sobre el Salmo 118, 22).

"La naturaleza ha producido todas las cosas en común para todos. Pues Dios ordenó que todo se engendrara de manera que el sustento fuese común a todos y la tierra una especie de posesión colectiva de todos. La naturaleza engendró un derecho común y la usurpación creó el derecho privado" (De officiis Ministrorum 1, 28 y 142).

"No consiste el mérito del heredero en los artonados dorados ni en las mesas de prófido. Este mérito no es de los hombres sino de las minas, en las cuales los hombres son castigados. Son los pobres quienes excavan el oro a quienes después de les niega. Pasan fatigas para buscar y descubrir lo que después nunca podrán poseer". (Del libro de Nabot Yizreel).

"Tales son los ricos, sus beneficios: cuánto menos dan, tanto más exigen. Esta es su humanidad: expolian incluso cuando dicen que socorren. Hasta el pobre sirve como puente de sus ganancias". (Sobre el libro de Tobías).

### *San Agustín*

"Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo" (Sobre el Salmo 147, 12, 13) "¿En virtud de qué posee alguien lo que posee? No en virtud del derecho divino. Porque por derecho divino la tierra y su posesión es del Señor. A los pobres y ricos hizo Dios de una misma tierra y esa misma tierra soporta a unos y otros. Sin embargo, por derecho humano dice el hombre: esta finca es mía, este esclavo es mío. Por derecho humano, que es lo mismo que decir por derecho de los emperadores... gracias a él tienes el dominio de las tierras. Suprimido ese derecho nadie puede decir aquella granja es mía, aquél siervo es mío, aquella casa es mía" (Sobre Juan 6, 6).

"Cumple la justicia y tendrás paz a fin de que se besen la justicia y la paz. Si no amas la justicia, no tendrás paz, pues ambas se aman y se abrazan... Son amigas. Porque todos quieren la paz, pero pocos aman la justicia". (Sobre el Salmo 84, 10).

"Es como robar el no entregar los bienes superfluos a los necesitados" (Sermón 206, 2).

### *San Jerónimo*

"Todas las riquezas proceden de la injusticia" (Epístola a Hebidia 121, 1) "Todo rico o es un ladrón o el heredero de un ladrón" (Id).

### *S. Zenón de Verona*

"A la avaricia se debe que los graneros de unos pocos estén llenos de trigo y el estómago de muchos vacío y que la elevación de los precios sea peor que la falta de producto. Todos los días se busca el lucro a costa de los gemidos ajenos" (Tratado III sobre la justicia).

La enseñanza y testimonio de los Padres es un ejemplo de la encarnación del Evangelio en la vida y una muestra de la valentía con que denunciaron las injusticias de su sociedad, basándose en la línea profética que nunca faltó a lo largo de la vida de la iglesia en ciertos grupos de cristianos, aún en sus épocas más duras y desdichadas en que la jerarquía se apartó visiblemente de las enseñanzas de Jesús.

#### 4. La Corriente Profética en el régimen de cristiandad

Según el historiador Santiago Montero Díaz "Todo el espíritu medieval es rigurosamente teocéntrico. Ni el arte, ni el estado, ni la filosofía, ni las letras, ni las estructuras sociales, tienen su centro de gravedad en sí mismas... Este teocentrismo, que trasciende hasta su vida jurídica, intelectual y guerrera, le viene de su raíz cristiana. La Edad Media siente como ninguna otra etapa de la historia humana la atracción formidable de los valores religiosos... Cuando el sentimiento religioso es muy intenso se desborda e invade la esfera de lo profano, dotándolo de sentido religioso... Por eso, a medida que el sentimiento religioso es más fuerte, la esfera profana se empequeñece hasta casi desaparecer... Y todo se pone al servicio de la idea religiosa. La más alta ciencia, la teología tiene a Dios por objeto. La filosofía, que la sigue, es su sierva, su ancilla. El arte y la poesía, casi en su totalidad, son expresiones del sentimiento religioso. La organización social misma es reflejo de una concepción teológica. Toda la vida de Occidente en cuanto tal, es cristiandad organizada, iglesia militante, unánime en su creencia. Todo cuánto supone vitalidad, espontánea autenticidad, cae en esos siglos bajo la sombra de la cruz" (Introducción al estudio de la E. Media, Murcia, España, 1936).

Ya hemos visto anteriormente el papel preponderante de la iglesia y cómo luchó por alcanzar y mantener un poder y unos privilegios que la alejaron de los ideales evangélicos. Pero durante esta etapa de régimen de cristiandad tampoco faltaron los testimonios proféticos, que manifestaban la pervivencia del ideal evangélico y la fuerza del espíritu en ciertos grupos de cristianos.

Dichos testimonios no estuvieron exentos de acciones violentas. El pueblo, tan oprimido y sojuzgado tanto por los clérigos como por los emperadores, se levantó repetidas veces en un afán de lograr mayores cotas de libertad y bienestar. Generalmente estos movimientos presentaron características de espontaneidad, al tiempo que religiosas.

Un levantamiento muy conocido es el capitaneado por el clérigo Arnaldo de Brescia en Roma. Dicho levantamiento estaba dirigido contra el poder temporal del Papado.

Arnaldo exigió al papa Eugenio III una constitución republicana para

Roma con un Senado pero el Papa se negó a abdicar de sus poderes. El pueblo apoyó a Arnaldo con un levantamiento y le obligó por la fuerza a salir de Roma. El Papa ante la lucha del pueblo respondió con varias excomuniones y, al final, no tuvo más remedio que aceptar lo que proponían Arnaldo y el pueblo: el Senado pero con una serie de condiciones: cada senador, para entrar en funciones, debía obtener su previa aceptación y además reducía las funciones del Senado a las meramente municipales. El Papa volvió nuevamente a Roma pero, en su empeñamiento de seguir acaparando el poder temporal, fue nuevamente expulsado de Roma en el transcurso de un mes.

Cuales fueron las ideas de Arnaldo de Brescia? Su punto de partida fundamental era el de volver al Evangelio ante el deterioro de los valores cristianos y del poder temporal de la iglesia. Predicaba que había que vivir en la pobreza a imitación de los apóstoles y lo testimoniaba con su propia vida. El mismo San Bernardo, fuerte enemigo suyo, no dudó en reconocer este rasgo característico de Arnaldo: "Ojalá su doctrina fuera tan sana como es austera su vida".

Arnaldo arremetía contra el Papa, los cardenales y los obispos con una valentía y virulencia sin límites acusándoles de haber convertido a la Iglesia en una cueva de ladrones, tildándoles de ser los nuevos fariseos y escribas del cristianismo de la época.

Les exigía abandonar el poder y las riquezas; al Papa no le compete el poder temporal sino solamente el espiritual pues el poder temporal le pertenece a una república dirigida por un Senado. Los obispos y los abades tenían la obligación de renunciar a sus derechos feudales.

Lo que pretendía Arnaldo era desacralizar la sociedad afirmando la autonomía de lo profano frente a lo religioso y purificar a la Iglesia tan contaminada por el poder para volver a la vivencia de los primeros tiempos pero dicha osadía, planteada en una época marcada por un régimen de cristiandad, le costó la vida. El Papa le mandó ahorcar y ordenó que su cuerpo fuera quemado y sus cenizas arrojadas al Tíbet para evitar, de esta forma, que el pueblo pudiera venerar su cadáver como el de un santo.

Como en la vida de tantos profetas, la historia se repitió en la persona de Arnaldo, que sucumbió ante el poder e influjo de lo sagrado. El papa

Eugenio en el año 1148 expidió una bula en contra de Arnaldo pero no consiguió vencerlo. Eugenio murió en el destierro.

Sin embargo, su sucesor Adriano IV con enorme astucia supo emplear un arma infalible para sociedades altamente sacralizadas: declaró a Roma en entredicho. Este hecho conllevaba el cierre de todas las iglesias, la prohibición de administrar sacramento alguno y el cese total de toda actividad religiosa. Ante tal medida el pueblo, que había apoyado a Arnaldo pero tan sometido y necesitado del hecho religioso, aceptó la vuelta del Papa y la expulsión de Arnaldo.

Algunos otros levantamientos populares se dieron en esta época con linchamiento de obispo incluido pero todos ellos fueron sofocados e incluso ahogados en sangre por parte del poder eclesiástico.

En España el pueblo unido al bajo clero se sublevó contra el monasterio de Sahagún. Las crónicas anónimas de Sahagún narran así el hecho: "En aqueste tiempo se levantaron contra el abad e todos nosotros no solamente los ricos e aún las personas más biles, ansí como cortidores, ferreros, sastres, pelliteros, zapateros e aún los que en las casas coterráneas hacían sus oficios... E aún los clérigos llenos del espíritu de Satán ni a Dios temientes ni a la sentencia de excomunió...".

En Lyon una ciudad que se hallaba dominada por un obispo de nombre Gaudry, que según las crónicas era una auténtico tirano, el pueblo se levantó para conseguir libertades. Como él se negara, estalló una huelga general, que acabó en motín y en la toma del palacio episcopal por lo que el tal Gaudry tuvo que esconderse en el interior de un tonel en la bodega, lo cual no le sirvió de nada, pues el pueblo acertó con su paradero y tomándolo preso lo linchó quemando seguidamente el palacio episcopal y la catedral.

Las sublevaciones populares más generalizadas fueron las campesinas ocurridas durante la mitad del siglo XVI en Centro Europa. En todos estos levantamientos campesinos hubo un claro elemento religioso por lo que nos parece procedente incluirlos dentro de este apartado.

En la época en que suceden las sublevaciones el pensamiento bíblico-cristiano era el sustento de las reivindicaciones populares sirviendo de aliento para generar las rebeliones. El impulso y la búsqueda de la justicia, que



entrañía el mensaje bíblico creaban esperanza en las masas marginadas, aunque con frecuencia el pensamiento bíblico en el transcurso de la lucha devenía en ideologías con tintes heréticos.

Flandes fue escenario del primer levantamiento popular en Europa. La ciudad de Brujas se levantó en armas en el año 1532 por motivos sociales y religiosos. En este levantamiento el pueblo se enfrentó a la nobleza por reivindicaciones sociales y lingüísticas acusando a los nobles de afrancesarse y abandonar la cultura y lengua flamencas.

Como también había reivindicaciones religiosas, el pueblo se tuvo que enfrentar al mismo tiempo que a la nobleza, al Papa que como era habitual empleaba el arma de la excomunión.

La sublevación, fue al fin sofocada después de cinco años debido a una alianza de la nobleza belga con Felipe de Valois, rey de Francia. Pero en 1538 se generó una nueva sublevación campesina que abarcó desde la zona de Amiens a París.

En Alemania comenzaron los levantamientos campesinos cuando un pastor comienza a predicar la era evangélica de la igualdad y en ello encuentra la muerte en la hoguera por orden del Obispo, que era el dueño y señor del país. Después de sucederse algunas otras sublevaciones de artesanos en las ciudades a finales del siglo XV y comienzo del XVI surgió el movimiento Anabaptista que tenía como objetivo prioritario el comunismo bíblico que consistía en una vuelta a la primitiva comunidad cristiana y a los consejos evangélicos. El representante más conocido por su fuerza y testimonio fue Tomás Münzer un auténtico líder que supo dirigir e impulsar las aspiraciones campesinas.

Tomás Münzer basándose en la aspiración de justicia de la Biblia y su defensa de los pobres frente a los explotadores supo motivar a los campesinos a través de enfervorizados sermones llegando a convertirse en un líder venerado por el movimiento campesino. Dicho movimiento alcanzó así su máxima expresión de organización y lucha revolucionaria inquietando de tal forma a la sociedad feudal que, a pesar del reciente enfrentamiento religioso entre católicos y luteranos no tuvieron ningún escrúpulo en unir fuerzas para combatir y exterminar el alzamiento campesino en defensa de sus intereses socio-económicos.

Los campesinos en su revuelta propusieron sus reivindicaciones conformadas en doce puntos:

1. . Derecho de que la comunidad elija y destituya, si es de mala conducta, a su pastor.
2. Que los diezmos del grano sean administrados por los comisionados por la comunidad.
3. Que se nos otorgue la calidad de hombres libres por haber sido redimidos por Cristo, nacido libre según la Escritura.
4. Poder cazar y pescar y no sólo los señores.
5. Poder coger leña sin pagar los dos florines.
6. Que se use con moderación de las servidumbres.
7. Que no nos sobrecarguen de trabajo.
8. Que no pidan más impuestos que los que podamos dar sin arruinarnos.
9. Que los castigos no se den según parezca sino por un decreto escrito.
10. Que vuelvan a la comuna los campos de los que algunos se han apropiado sin pagar.
11. Que se suprima el "caso de defunción" (Los nobles en caso de muerte del campesino se apropiaban las tierras sin dejar que quedaran para las viudas o huérfanos).
12. "Nuestro artículo duodécimo encierra nuestra conclusión. Si no se encontraran conformes con la Palabra de Dios, uno o varios de los artículos expuestos anteriormente, nos avendremos de buena voluntad a retirar aquellos que se haya demostrado estén en desacuerdo con esa Palabra siempre que se nos haga la demostración por medio de la Escritura".

Estas reivindicaciones muestran la clara conciencia cristiana de los campesinos fundamentada en la línea profética de la Biblia y en el mensaje Evangélico.

El enfrentamiento entre Münzer y Lutero no tuvo características ideológicas; fue un enfrentamiento entre posturas sociales. Lutero, como buen burgués, optó por los de su clase: los ricos, no dudando en aplastar el movimiento aún a costa de un verdadero baño de sangre. Tomas Münzer, líder carismático y radical, se colocó inequívocamente del lado de los pobres hasta la muerte.

Lutero justificó su posición afirmando: "Los campesinos han cometido tres crímenes horribles ante Dios y ante los hombres: el primero es no obedecer a los que han jurado fidelidad (los señores feudales), el segundo arrasar los conventos y castillos que no son de su propiedad; finalmente el tercer crimen de los campesinos es haber encubierto sus execrables pecados bajo el nombre del Evangelio; atravesarse a titularse fraternidad cristiana... merecen diez veces la muerte en el cuerpo y en el alma".

Quejándose de que los campesinos no le escucharon y de haberse negado a escuchar la Palabra de Dios, escribe: "ha sido preciso desatarles las orejas a arcabuzadas hasta que las cabezas vuelen por el aire... el que se niega a escuchar la Palabra de Dios por la Bondad, debe escuchar al verdugo en la severidad".

## 5. Los Grandes Reformadores

En la larga historia de la iglesia se puede constatar una inquietud por tratar de corregir errores y aproximarse más a las fuentes del cristianismo. Se tenía la impresión de haber olvidado lo fundamental y haber caído en la laxitud de costumbres por su unión con los poderes temporales.

Por eso, las reformas en la iglesia se dieron con cierta asiduidad. Pero a estas reformas le sucedieron otras que en cierta manera las contrarrestaban. Los cambios introducidos por la autocrítica, enseguida aparecían como excesivos y se volvía a retomar las viejas ideas so pretexto del exceso y el temor a la ruptura y a la falta de ortodoxia.

Es curioso ver que entre los grandes reformadores siempre existe una constante preocupación, la de volver a vivir y recrear la vida de pobreza evangélica.

Esta constante la encontramos en la Reforma de Cluny en la que se intenta volver a las fuentes de las comunas agrarias viviendo la pobreza evangélica. Después se volvería a la vida menos austera y asfixiados por la liturgia y el rito se fue perdiendo el espíritu de reforma y se cayó nuevamente en la relajación. El reformador más conocido en la orden de Cluny es Bernardo que implanta la reforma Cisterciense la cual creó auténticas comunas agrícolas basadas en el trabajo y la vida de oración. Dentro de la relajación de la vida religiosa en los siglos X y XI, Cluny significa con su reforma una vuelta a la vida evangélica evitando que los monasterios estuvieran unidos a poderes temporales que les alejaban del auténtico testimonio cristiano. No sólo se preocuparon estos monjes de la reforma interna sino que tratan de reconducir el cristianismo de la época tan relajado en su testimonio y vida moral.

Se acercaron más al pueblo tratando de brindarle un servicio integral. Así ofrecían a los rústicos y colonos, préstamos sin intereses y seguros de vida. Dieron un gran impulso a la industria y a la repoblación de selvas y terrenos desérticos.

### *El Cister frente a Cluny*

Pero la reforma de Cluny, como otras muchas, se fue perdiendo y cayendo en la laxitud. Ante el gran prestigio adquirido y con el apoyo incondicional del papado adquirieron un gran poderío llegando a alcanzar un gran esplendor nunca antes conocido en el monacato. Llegaron a tener diez mil monjes extendidos por toda Europa con monasterios opulentos e inmensas posesiones. Así, al comienzo del siglo XII la riqueza y la ociosidad habían sumido a Cluny en la decadencia religiosa.

La reacción ante esta situación llegó al finalizar el siglo XI de parte del denominado movimiento pauperístico penitente popular representado por Roberto de Arbrissel y por Bernardo de Abbeville. La gran renovación la impulsó San Bernardo de Fontaines basándose en la experiencia del Cister comenzada por San Roberto de Melesme quien abandonó el convento de Montier-La Célle donde ocupó el cargo de abad y con trece compañeros más

se retiró a unas ermitas de Molesme con la intención de vivir en la pobreza. Los monjes vivían de lo que producían los campos trabajados por ellos mismos. No admitían los diezmos ni ejercían ministerio alguno fuera del monasterio.

De allí se fue a un lugar desierto denominado Citeaux que en latín se pronuncia Cistercium y allí nació lo que más tarde se conocería como la experiencia Cisterciense.

La vida del Cister estaba marcada por la más rigurosa austeridad. No poseía grandes latifundios como sucedió al final con Cluny, sólo pequeñas parcelas que, trabajadas por ellos mismos, les permitían la subsistencia pues como no atendían ninguna parroquia no recibían ni diezmos ni estipendios. Vivían en la mayor pobreza, sus iglesias y casas eran de la mayor austeridad y huían de todo lo superfluo. Los ornamentos debían ser sencillos en extremo no permitiendo el lujo en ninguna manifestación litúrgica.

Los monjes se dedicaban al trabajo y a la oración tratando de seguir la máxima de la pobreza evangélica hasta las últimas consecuencias.

### *Joaquín de Fiore y el milenarismo*

Joaquín de Fiore (1145- 1202) fue abad en el monasterio cisterciense de Corazzo en el año 1177 pero llevado de su amor a la pobreza y a la vida sencilla renunció al cargo para retirarse en el monte Sila donde fundó el monasterio de San Juan in Fiore.

Fue un radical en su ideario por vivir la pobreza y por conseguir una sociedad donde los pobres ocuparán el primer puesto. Afirmaba que la historia se dividía en tres edades: La edad del Padre, ya pasada y que correspondió con el A. Testamento; el presente o la edad del Hijo y la venidera, la edad del Espíritu Santo. En realidad esta ya se había iniciado pero para que culmine su instauración era necesario derrotar al antiCristo. En esa edad, que será la edad de los pobres, de los oprimidos y humillados se vivirá la propiedad colectiva, habrá plena libertad y se gozará de la paz plenamente. En esta edad se desterrarán las clases sociales, las injusticias y la propiedad privada habrá dejado de existir.

A diferencia del discurso oficial de la iglesia, afirmaba que la salvación

era un hecho terrenal que sucedería en este mundo y hasta se le ponía un año preciso. El fin de los tiempos estaba cerca y un signo posible era el sufrimiento de los hombres.

Para Joaquín de Fiore el mundo estaba totalmente corrompido pues los grandes señores y los reyes se entregaban a la guerra y a la explotación, los pobres sobrevivían de los vicios y el clero olvidando su tarea de pastorear a los fieles se había convertido en lobo para el hombre. A los monjes los acusaba de no tener la menor idea de lo que significa ser cristiano.

Planteó la solución a esta situación proponiendo los siguientes puntos base de su reforma radical:

1. Se debía renunciar a las riquezas para volver a la pobreza apostólica.
2. Era preciso renunciar al poder que había adquirido la iglesia.
3. Había que hacer un masivo envío de predicadores a todas partes para inculcar estas ideas y para castigar sobre todo a los grandes señores.

Sus ideas, mezcla de milenarismo y de pureza cristiana, influyeron mucho en el orden franciscano y en todos los movimientos sociales hasta la época de la Reforma.

### *San Francisco de Asís*

La enseñanza y experiencia de Francisco de Asís significa por su sencillez y limpieza una fuente fecunda de vuelta al espíritu y al primitivo cristianismo.

Pertenecía a una familia noble, su padre era comerciante con una buena posición económica. Francisco tuvo una vida regalada y aventurera, ya que era mimado de sus padres, hasta que en 1206 experimentó un fuerte cambio de actitud frente a la vida. Sintió un fuerte impulso por seguir a Cristo y reproducir en su vida y propia carne la vida evangélica.

Dicha vocación le llevó al enfrentamiento con su familia, especialmente con su padre, que veía en la riqueza un bien largamente acariciado, y pretendía que su hijo fuera el continuador y administrador de la

fortuna. Francisco, empleó el dinero de la familia en restaurar una capilla y en ayudar a los necesitados por lo que fue desheredado por su padre.

Francisco se negó a participar en la guerra de las cruzadas por oposición al empleo de la violencia. Abandonó después sus bienes, familia y la vida regalada que le brindaba su posición social por su ideal de vivir la pobreza, la sencillez y la máxima evangélica "vende lo que tienes, dáselo a los pobres y sgueme" y esto es lo que hizo hasta las últimas consecuencias como síntesis de la perfección a la que aspiraba.

Pronto le siguieron algunos amigos, Bernardo de Quintavalle y Pedro de Catania fueron los primeros en compartir la vida de pobreza y sencillez. Todos los que le seguían renunciaron a sus posesiones. Vivían en plena naturaleza trabajando y pidiendo limosna para vivir, y predicando el Evangelio a los moradores del lugar.

Francisco no fundó una orden religiosa propiamente dicha, en sus reglas se decía que los frailes no debían tener entre sí autoridad ni dominación alguna, por el contrario, debían servirse y obedecerse mutuamente por amor. Tampoco se exigía una etapa de noviciado, solamente se exigía la renuncia a todo, el servicio a los leprosos y ya podía recibirse el hábito y el cingulo como símbolo de pobreza.

En 1210 fue a Roma para obtener la aprobación de esta forma de vida que Francisco definía como la "realización práctica del Evangelio". Pero en Roma encontró numerosas dificultades. La primera era un prejuicio contra todo lo que significaba llevar a la práctica una radical vida de pobreza evangélica pues veían en ella una crítica al esplendor de la iglesia de la época. Además habían tenido muchos enfrentamientos con movimientos heréticos defensores de la pobreza y que denunciaban agriamente el lujo desenfrenado de la iglesia. La segunda era la opinión de que ya existían suficientes órdenes religiosas por lo que no convenía fundar ninguna más. Por fin en ese mismo año se dió la aprobación oral a la denominada "Fraternidad de la penitencia".

Todos los seguidores hacían profesión de la más estricta pobreza. Se mezclaban con la gente más humilde, se hospedaban en algún monasterio o en casa de cristianos y así testimoniaban con su vida el seguimiento de Cristo.

Su primera residencia fue la de Rivo Torto en Asís; después de la aprobación le concedieron una capilla diminuta en Torno, a la cual fueron añadiendo casas de extrema sencillez donde habitaban los primeros franciscanos.

Dentro de la sociedad cargada de ambición y corrompida por el ansia de poder y violencia, la experiencia de la comuna de Francisco, que basa su fuerza en la renuncia a todo lo que el mundo ofrece, posee un componente revolucionario.

En 1221 Francisco se retiró al monte Colombo donde compuso una nueva regla pues existían ya presiones para suavizar el estilo de vida de pobreza. Tampoco fue del agrado, pues durante su ausencia los defensores de la prudencia instauraron la organización y moderaron la exigencia de la pobreza y la sencillez de vida tildándolas de exageraciones.

En esta lucha Francisco sufrió mucho al ver cómo la obra que el había fundado se resquebrajaba y cambiaba cualitativamente el estilo de vida basado en el ideal de seguir el Evangelio. Francisco se retiró a la vida en soledad los últimos años de su vida. Antes de morir redactó un testamento en el que expresaba su deseo de que la obra por él fundada no se desvirtuara emprendiendo el camino del boato externo sino que se mantuviera en la sencillez y pobreza absoluta.

A su muerte, los prudentes lograron imponer sus criterios lo que produjo una excisión entre los auténticos seguidores de Francisco y los que trataban de hacer del franciscanismo una orden más, cosa que al final lograron con el beneplácito de Roma. Cambiaron las normas y así, frente al plan primitivo que prohibía tener casas propias y el dedicarse a la predicación de los humildes, se construyeron casas aunque se ponía la figura de que eran propiedad de la Santa Sede; también se admitieron los estudios universitarios.

A pesar de haber convertido al movimiento franciscano en una orden más, el espíritu de Francisco de Asís quedará vivo en la historia del cristianismo.

Duns Scotto y sobre todo Guillermo de Occan son contrarios a la propiedad privada por ir contra la justicia y dañar a la gran mayoría del



pueblo. Occan dice que al principio todos los hombres vivían en régimen de igualdad y nacían libres. Después comenzaron a regirse por las leyes y la razón pero en sus tiempos fue la violencia la que se impuso y del ejercicio de esta violencia surgió el estado y se instauró la propiedad privada. Occan afirma que tanto la propiedad privada como el estado sólo son legítimos cuando el pueblo los haya aprobado previamente.

## 6. Los movimientos heréticos

La historia de los movimientos heréticos de la Edad Media es particularmente interesante por su desarrollo. En la génesis de dicho movimiento se encuentra el enfrentamiento de posturas radicales y puristas, bien intencionadas, tratando de volver a la pobreza evangélica con la postura oficial de la iglesia enquistada en la arrogancia y el poder.

Al enfrentar al poder de la iglesia cualquiera podía ser fácilmente excomulgado; así ciertos movimientos proféticos que se sienten luchando por la causa de la verdad, al verse rechazados por la Iglesia, pasan fácilmente a negar la autoridad de quien les excomulgó y con ella, los sacramentos y todo el aparato eclesiástico. Por esta razón fueron condenados por herejes muchos cristianos, que luchaban por la vuelta a la pobreza de la iglesia y por impulsar reivindicaciones de tipo social. En esta lucha, dado el poder de la iglesia, se vieron obligados a enfrentarse a la jerarquía y hasta con el mismo Papa.

Muchos historiadores tratan de herejes a Arnaldo de Brescia y a Joaquín de Fiore, aunque no está tan claro que lo fueran, por eso no los hemos puesto dentro de este apartado.

Algunas características del movimiento herético son:

1. Vuelta a la primitiva vida cristiana, sobre todo en lo que se refiere a la pobreza, a la conciencia de pertenecer a la clase trabajadora y al régimen de comunidad de bienes.
2. Luego sigue el enfrentamiento directo al poder de la iglesia y más concretamente a los obispos y al Papa exigiendo que abandonen su poder y su riqueza.
3. Ya en un tercer momento, una vez que se ha dado el enfrentamiento y;

de haber sido rechazados y hasta excomulgados, llevados del sufrimiento y la marginación terminan por negar los sacramentos.

4. En su sistema de ideas mezclan elementos del maniqueísmo de los milenaristas y los gnósticos haciendo una división tajante entre el bien y el mal. Poseían además un convencimiento de estar luchando por la consecución de una sociedad más justa, de desarrollar la corriente profética y de ser ellos los que conformaban la verdadera iglesia.
5. Sus luchas fueron verdaderos enfrentamientos armados empleando desde tácticas guerrilleras como la desarrollada por Dolcino, hasta verdaderas guerras como las de los albijenses.

En ellas encontraron la muerte miles de personas frente a los más implementados ejércitos de los emperadores, papas y obispos.

Como las ideas de los herejes solamente nos han llegado a través de su opositora, la iglesia oficial, no es fácil saber hasta donde su doctrina alcanzaba la herejía, lo que sí se puede asegurar es que el punto de partida de sus ideas y sus luchas surgían del Evangelio y de las enseñanzas de los padres de la iglesia.

### *Los Valdenses*

Juan Valdés fue un mercader como Francisco de Asís, que convencido por la fuerza del Evangelio, vendió todas sus posesiones y se entregó a una vida de pobreza y a predicar el Evangelio a la gente humilde atrayendo hacia sí a un gran número de seguidores formando un grupo denominado "Los pobres de Lyón" y también "Los pobres de Cristo". Su ideal era la imitación de Cristo y la predicación del Evangelio; vestían pobremente y calzaban toscos zapatos. El obispo del lugar se opuso a este movimiento y comenzaron los problemas. Como no tenían ninguna intención de abandonar la iglesia fueron a dialogar con el Papa, quien aprobó su voto de pobreza pero les aconseja no predicar sino es con expreso consentimiento del obispo.

Al parecer, el error más grave conocido que se les imputa fue el mantener que los laicos tenían derecho a predicar, basándose en el sacerdocio universal de los fieles. La condena les llegó en el año 1184 al parecer por confundirles con los Cátaros, Arnoldistas, Patarenos. Un grupo numeroso

formó una orden religiosa llamada la "orden de los humildes", que fue aprobada por la iglesia.

### *Los Cátaros y Albigenes*

El grupo de los Cátaros es un movimiento popular, que prendió entre los pobres por su discurso que atacaba frontalmente en el plano temporal y espiritual a la iglesia jerárquica.

Tuvo unas fuertes características de movimiento social. Este movimiento se apoyó para sus reclamaciones en bases cristianas. Por su defensa de los intereses de los pobres y el consiguiente ataque a los poderosos, pronto se vieron perseguidos por el peligro que representaban para el poder establecido. Así las primeras condenas a muerte no vinieron de la iglesia sino del poder civil; después vendría la condena de parte de la jerarquía eclesiástica. Esta no fue una herejía netamente especulativa sino más bien un grupo de acción.

Los Albigenses aparecen en Europa por primera vez en el siglo XI y ya dos siglos más tarde se encuentran por todas partes. Surgieron de un levantamiento popular ocurrido en Bulgaria a mediados del siglo X.

En el año 1025 en el transcurso del Sínodo de Arrás aparece un nuevo grupo que mantiene que la esencia de la religión se concreta en vivir del trabajo manual, en amar a los integrantes del grupo y en practicar buenas obras y, para esto decían, no son necesarios los sacramentos. Unos rechazaban el matrimonio y otros llegaban a defender el amor libre. Los auténticos eran los primeros que eran vegetarianos, puritanos y partidarios de practicar grandes ayunos. Los puntos que tenían en común eran: la pobreza, la lucha contra el poder de la iglesia, la no admisión de los sacramentos ni la iglesia oficial y la propiedad colectiva de bienes. Su nombre les viene por el lugar donde vivían, Albi.

A partir del asesinato de Castellnau en el año 1208 se lanzó la persecución de los Albigenses primero por una guerra y después por medio de la Inquisición.

## 7. Profetas de la Edad Moderna

Los personajes que vamos a relatar lucharon desde el espíritu de la Iglesia defendiendo al pueblo con connotaciones proféticas.

### *Tomás Moro y su Utopía*

Tomás Moro fue un testigo del Evangelio. De carácter nada exaltado, por el contrario, aparecía como hombre reposado y prudente pero firme en sus convicciones, que supo no doblegarse a las arbitrarias imposiciones del rey de Inglaterra. Moro desaprobó el divorcio del rey y no asistió a la ceremonia de su nuevo matrimonio manifestando silenciosamente su repulsa. Tampoco prestó juramento para reconocer al rey como Pontífice de la iglesia de Inglaterra, con el agravante de que Moro ocupaba el cargo de Gran Canciller del Reino. Esta negación a juramentar le costó la vida. Murió en el cadalso el seis de julio de 1535.

Moro es mundialmente conocido por su obra la Utopía que tanto influyó en los teóricos del socialismo; dicha obra aparece en Lovaina en el año 1516.

La Utopía se compone de dos partes. En la primera se hace una crítica a la sociedad de su tiempo a la cual define como "una conspiración de ricos que buscan su provecho bajo el nombre y el título de la república..." El estado queda definido como defensor de los intereses de la clase dominante. Y añade: "Allí donde la propiedad sea un derecho privado... no se podrá nunca organizar la justicia y la prosperidad sociales".

A los ricos los define duramente tildándoles de "zánganos ociosos que se alimentan del sudor y la sangre de los demás". Esto lo expone ante la situación de injusticia reinante en la sociedad inglesa de la época, llena de mendigos a causa de la miseria. La solución que encontraron los gobernantes para acabar con ellos era condenarles a muerte por robo. Moro arremete contra esta práctica denunciándola y analizando las causas que generan dicha injusticia y la causa no es otra que la organización social orientada para mantener los grandes capitales y las extensas propiedades que quitan el trabajo a los pobres.

La segunda parte plantea el ideal de la república, cuyas características

serían: no existiría la propiedad privada, todo se poseería en común; al trabajo se le despojaría de su carácter individualista para pasar a trabajar todos para todos. No existirían muchas leyes, pero habría una gran disciplina con horarios fijos de trabajo y con comedores comunes. El estado quedaría exclusivamente para el papel de simple administrador. Todos los cargos serían nombrados previa elección popular, incluso los magistrados y los sacerdotes. Sería una sociedad sin clases pues la igualdad es su pauta de comportamiento. Se daría gran importancia a los valores culturales y del espíritu dejando un tiempo para el ocio después del trabajo. Habría un ejército exclusivamente dedicado para la defensa.

### *Bartolomé de las Casas*

Bartolomé de las Casas es el representante más calificado entre los misioneros que embanderaron durante la conquista española del territorio americano la defensa de los indígenas, pero también es justo citar a sus compañeros de orden los dominicos Pedro de Córdoba, Antonio Montesinos y Bernardo de Santo Domingo.

Ellos sentaron las bases del primer proyecto evangélico liberador en el nuevo continente. Partiendo del mensaje liberador del Evangelio, levantaron su voz de protesta contra la injusta dominación de los conquistadores y encomenderos hacia los indígenas americanos. Bartolomé de las Casas al enfrentarse con los injustos colonizadores sabía que se oponía al poder temporal de la corona española y al mismo tiempo a la Iglesia que se encontraba en esa época tan unida al poder. Las Casas, que mantenía una cierta tendencia erasmista, se mostraba contrario a todo lo que representara signos de pomposidad y boato en la iglesia, propiciando la vuelta a una religión más auténticamente evangélica.

Luchó denodadamente por conseguir que el Evangelio se anunciara al margen de la guerra y la violencia. Para él era consustancial anunciar el mensaje evangélico en paz y en libertad, por eso, logró poner condiciones para que un grupo de dominicos en el cual se integró el mismo, pudiera anunciar el Evangelio sin coacciones ni mediaciones militares.

En la defensa de los indígenas, luchó con ahinco para que sus tesis fueran asumidas por el gobierno de las indias, cosa que resultaba prácticamente imposible, pero no desfalleció en su empeño y logró

resultados positivos para controlar a los encomenderos desaprensivos y defender al mundo indígena.

Su discurso en favor del mundo indígena se puede resumir en estas conclusiones sobre el hecho de la conquista y la actuación de los conquistadores en el nuevo mundo:

1. Todas las conquistas habían sido injustas, como realizadas por tiranos.
2. Todos los reinos y señoríos de las indias habían sido usurpados.
3. La Encomienda era una institución inicua y dañina por sí misma.
4. Tanto los que daban las encomiendas como los que las recibían pecaban mortalmente.
5. El rey para justificar aquellas conquistas y la imposición de estas encomiendas, no tenía más poder que para justificar las guerras y robos que hacen los turcos al pueblo cristiano.
6. Todos los tesoros conseguidos en las indias eran resultado del robo más desvergonzado.
7. Si aquellos que han robado tesoros no los restituyen a sus verdaderos dueños, no podrán salvarse.
8. Los indios americanos tienen todo el derecho que les durará hasta el fin del juicio a hacernos guerra justísima y sacarnos de la faz de la tierra.

En su incansable lucha por defender a los indígenas, viajó repetidas veces desde América a España para en la misma sede de la corona castellana bregar por la consecución de unas leyes más justas que favorecieran al pueblo indígena. Así consiguió del emperador Carlos I la promulgación de las Leyes Nuevas sobre las Indias el 20 de Noviembre de 1542. En las citadas leyes se daban disposiciones referentes a la protección de los indios, prohibición de esclavizar a ningún indio bajo ningún pretexto o de servirse de él por vía de naboría, contra su voluntad; que las audiencias liberen

inmediatamente a los esclavos cuyos propietarios no puedan presentar un título válido de propiedad; prohibición de hacer transportar a los indios cargas que no sean de peso moderado y obligarles a la pesca de perlas.

Todavía, no contento con la promulgación de estas leyes, elaboró un memorial mucho más radical en el cual exigía la inmediata libertad de todos los indios esclavizados.

Las Casas y sus compañeros nos han dejado un testimonio imborrable de como es imposible anunciar la Buena Nueva del Evangelio sin comprometerse en la defensa de la vida del pobre y del sometido.

Su protesta frente al abuso de poder y la apasionada defensa del oprimido entroncan con la más clara tradición profética y con el anuncio liberador del Evangelio.

### *Savonarola*

Savonarola fue un fraile dominico que a través de sus prédicas trató de conseguir la Reforma de Florencia. Fue muy severo en que en el convento de San Marcos donde fue prior se guardara la regla de la pobreza. Llegó a vender los bienes del convento pasando por encima de las reglas monásticas. Implantó el que los frailes se ganaran la vida con el trabajo manual.

Sus predicaciones fueron muy conocidas por la fogosidad y vehemencia con que atacaban al alto y bajo clero y a los príncipes. A estos les trataba de bandidos y proclama que ha de instalarse un gobierno popular.

Ante dicha proclama se atrae la represión de la familia Médicis y del papa Alajandro VI, quien le excomulga y le prohíbe predicar. Savonarola no hizo caso y desde el púlpito siguió con sus prédicas. Irrumpieron en la Iglesia un grupo de fanáticos matando a varias personas entre ellas a dos frailes. Después apresaron a Savonarola y el 22 de Mayo de 1498 fue condenado a muerte junto a otros dos frailes por predicar cosas nuevas y "por los enormes delitos que se les han probado".

Las corrientes proféticas en la historia de la Iglesia siempre han estado presentes hasta nuestros días. De no haber estado vigentes, habría desaparecido la Iglesia pues la profecía es sustancial a ella.

No podemos olvidar jamás que los profetas junto con los apóstoles son una de las dos funciones más resaltadas en los escritos tardíos del Nuevo Testamento, Ef. 3, 5; 4, 11; I Ped. I, 10-12; I. Ped. 4, 11. Con el tiempo hasta la actualidad se ha acentuado en la iglesia la apostolicidad en desmedro del profetismo. Pero la iglesia debe tomar conciencia de que o es profética o pierde una dimensión consustancial a su propia existencia, pues la pérdida de su misión profética se convierte en señal de empobrecimiento del espíritu. La iglesia o es profética o deja de ser auténtica, es decir, no es signo de salvación, y por lo tanto deja de ser la iglesia de Jesucristo para convertirse en una mera institución humana con carácter religioso.



## **CAPITULO VII**

### **PAPEL DEL CRISTIANO EN AMERICA LATINA AFIRMAR AL HOMBRE EN SU DIMENSION TOTAL**

Es difícil y complejo definir el papel que la iglesia debería cumplir en el subcontinente americano. Es difícil y arriesgado porque nadie posee la receta perfecta para aplicarla como remedio a la ingente cantidad de problemas que aquejan a las sociedades latinoamericanas. Sin embargo no podemos ni debemos escudarnos en la prudencia para no tratar de revisar el papel cumplido hasta el momento por la Iglesia y tratar de ajustarlo a lo que su fundador quiso de ella. Además, como integrantes de esta iglesia, nos sentimos interesados en tratar de reflexionar sobre el papel dinamizador que puede jugar en el cambio y desarrollo de nuestros pueblos.

A la luz de la Palabra revelada el cristiano debe cuestionarse continuamente si su práctica es coherente con la fe que profesa y si ayuda a la liberación del hombre y a la sociedad o, por el contrario, supone un freno en la dinámica histórica de la emancipación de los pueblos.

Una mirada crítica sobre la realidad que se vive en nuestros pueblos desde hace cinco siglos nos muestra que el hombre latinoamericano no disfruta de los derechos fundamentales que le pertenecen por el hecho de ser hombre, dueño de su tierra, y por ser imagen de Dios.

En nuestro subcontinente la injusticia, la dominación y la explotación han rebajado la condición humana a extremos inaceptables y se trata desde diversas instancias nacionales e internacionales de hallar justificaciones a tanta irracionalidad y muerte. Unas veces con interpretaciones antropológicas, sociológicas, económicas y políticas y otras con implicaciones

religiosas, se trata de mantener una situación imposible por ir contra la dignidad del ser humano.

Lo primero que le corresponde a un cristiano es afirmar la dignidad del ser humano y su derecho a desarrollarse plenamente adueñándose de la historia en la tarea de la construcción de una sociedad nueva, que vaya rompiendo moldes e interpretaciones míticas y sacralizantes de la realidad que sumen a ese hombre en un horizonte de temor y oscurantismo que le somete a un estado de permanente infantilismo e impotencia.

## 1 El componente sacral en la historia latinoamericana

Nuestra historia se ha visto siempre plagada de deidades que explicaban el orden de la naturaleza y de las cosas en que el hombre se apoyaba para combatir su impotencia, su inseguridad y sus miedos ancestrales. En un tiempo fueron Pachacamac o Wiracocha los hacedores del universo y los apus ofrecían su tutela a los hombres de los sierras encrespadas donde los cóndores, pumas y serpientes emplumadas vigilaban y protegían con sus figuras totémicas al hombre americano. Pero esto no duró siempre, alguien vino a quitar las plumas de las serpientes sagradas y los cenotes sagrados dejaron de ser ojos de agua fresca para ser de inmediato objeto de rapia. Este alguien nos cambió el nombre de los dioses, los sustituyeron por toros que desconocíamos y, aunque el sol y la luna siguieron en su sitio, ya no tuvieron más capacidad de alumbrar y cuidar los ciclos del maíz y de la papa y nuestros cerros dejaron de acoger los espíritus protectores. Aquí tuvo lugar un apocalipsis con sonido de espadas y cabezas de caballo; un apocalipsis con profundos ríos de sangre y guerras entre dioses. Y todo se detuvo justo en el punto donde las necesidades son más apremiantes y las indigencias más personales. De manera que cuando un Dios no da respuesta acudimos a otro con la sospecha de que su mutua competencia les hará más eficaces. Hemos sido víctimas de la teología y hoy, de esa guerra entre titanes hemos salido empujados, amedrentados, confundidos.

Así la concepción sacral del mundo, de la vida es el resultado de una historia de dioses y de ideas absolutas, definitivas, divinas que unos demiurgos mejor o peor intencionados supieron y saben mantener.

Los ríos están ahí como epifanía de algún dios pero no como un recurso para las sequías. Estas son castigos divinos aunque Dios haya

llovido sobre estas tierras más litros de agua que sobre ninguna otra. Y naturalmente la meteorología no obedece a ninguna otra ley que no sea la divina.

El viento está lleno de voces y de sugerencias, el arco iris y las tormentas van a ser siempre explicación de nuestras indigencias y de nuestros miedos. Y así hasta el infinito, hasta convertir toda la tierra en una diosa con manifestaciones de mujer dolida, abandonada, prostituida.

Cuando se sacraliza el mundo es el hombre quien lo sacraliza pero es ese mismo hombre quien va a sufrir las consecuencias: en un mundo y sociedad sagrados el hombre es la primera víctima porque renunciará a todas sus capacidades para delegarlas en el misterio que le rodea; renunciará a todos sus derechos para depositarlos en el vientre insaciable del arcano y se va a convertir a sí mismo en objeto de todas las experiencias, experimentos y rapifias de los profesionales del hecho religioso.

Si no fuera porque en estas interpretaciones se juega el sentido de la vida y la felicidad del hombre podrían quedarse como historias apasionantes pero es imprescindible plantearse el problema del significado de las sacralizaciones porque en ello se juega mucho la historia humana, en nuestro subcontinente diríamos que casi todo. No es que este fenómeno de la sacralización sea exclusivo de aquí, es más bien un fenómeno del hombre allí donde se le encuentre pero nos lo planteamos aquí por alcanzar todavía una vigencia significativa.

En efecto: desde la leyenda de Amalivaca pasando por el Popol Vuh, los libros de Chilán Balam, el libro de los Cachikeles, las ceremonias del Vudu y del Candombe y todas las leyendas del mundo andino y araucano hasta las leyendas sobre santos cristianos, apariciones de vírgenes etc., han dado lugar a una cultura donde el hombre es el espectador y la víctima. Y si en un principio ciertos libros, cierta poesía y ciertos mitos entroncaban con la cultura de una humanidad en un grado de desarrollo escaso, en una época proto histórica, que necesitaba de explicaciones mitológicas para justificarse a sí misma, llegó otro momento en que la historia se les vino encima con otros dioses y con otra ciencia que no entendieron nunca. Su razón de ser fue entonces la resistencia y en este combate que perdieron siempre, perdieron la memoria y la esperanza. Desasistidos de sus mitos porque estos se olvidaban o menospreciaban, las nuevas razones procedían de culturas que los

vencedores les imponían sin ningún respeto y sobre todo sin hacérselas entender.

Sobre todos, estuvo siempre la razón de la victoria, que no era otra que la razón de la fuerza, la razón de la ciencia como sortilegio de un renacimiento y un optimismo humano que se sobreponía a épocas oscurantistas de otras latitudes y, sobre todo, estaba la razón religiosa como dardo de un dios que los impulsaba a conquistar mundos, a redondearlo hasta tener idea global de todas las tierras creadas y habitadas para salvarlas. Estas razones aparecieron en el pórtico de su historia y esta se encargó de asumir la tarea imposible de borrar etapas anteriores, de menospreciarlas, de estigmatizarlas, de condenarlas. A cambio de tanto desastre y tanta pérdida nunca se les ofreció nada nuevo. El vacío que prosiguió solo es comparable a una soledad muy grande, muy fría y muy triste. Y el hombre americano ha luchado y lucha por sobrevivir a tanta desgracia y a tanta soledad con un nuevo instrumental religioso, perdido en el marasmo de nuevas sacralizaciones como único ingrediente de otra cultura que le ha sido impuesta. La cultura de este subcontinente es sobre todo religiosa, sobre todo ingenua y muy alienante. No podía ser de otro modo pero puede serlo. Al reino de la orfandad y de la soledad debe seguir el de la solidaridad. Esta debe ser la tarea más para ello es preciso desbrozar un camino muy largo, enmarañado, enigmático como el construido por los alarifes nativos, y muy difícil.

Que la religión no debería oponerse a esta tarea parece evidente pero no lo es tanto. No lo es mientras desde las instancias oficiales se siga utilizando el nombre de Dios en vano, mientras pensadores e intelectuales se empeñen en identificar a la patria con prácticas religiosas y a éstas las sigan definiendo como la esencia última de cada institución civil y no lo es mientras los profesionales de la religión sean los primeros que propicien apoyen y propaguen todo tipo de manifestación religiosa, mientras las alabren por el simple hecho de que sean producto de la costumbre y sobre todo mientras sigan repitiendo que este tipo de manifestaciones son liberadoras.

No es liberadora la visión acrítica de la historia con próceres investidos de poderes mágicos, con héroes coronados, con mártires solitarios siempre muertos y resucitados; la visión de una historia casi divina y siempre increíble. Una historia, en fin, secuestrada al pueblo y reinventada en detrimento de las grandes mayorías.

No es liberadora la visión de la religión cuando esta se llena de demonios caseros que nunca se exorcizan de puertas adentro porque aquellos solo habitan en el reino de las tinieblas exteriores, escenarios donde se desarrolla la vida triste de los hombres.

Cuando a un pueblo le han robado sus mitos y a cambio le han prestado razones de estado con lenguaje religioso, el resultado es el mundo concebido como un retablo lleno de imágenes y ritos. El tiempo es entonces cíclico y sólo se torna razonable con la repetición inconsciente y desmedida de los mismos ritos. No nos extraña entonces escuchar que el ideal es el eterno retorno a un pasado mitificado e irreal. Y el espacio se convertirá en una epifanía de lo divino, en una clamorosa ostentación de la impotencia. El resultado es un miedo absurdo, es la muerte de toda esperanza, es la derrota de la alegría, es la enajenación total del hombre, es la alienación.

Hablar entonces en América de realismo mágico, de lo real maravilloso no es extraño. Porque es mágica la realidad y maravilloso su entorno; y si no fuera triste y la soledad no fuera tan plomiza y envolvente nos quedaríamos otra vez como espectadores de tanta riqueza vacía. Para cualquiera que sea fiel el Evangelio existe el derecho a no ser espectador y tomar parte en la construcción del Reino de la solidaridad.

### *El "Centro" como expresión de poder en la sierra andina*

Queremos ilustrar con un caso concreto este mundo sacralizado, mágico y a la vez dominante del hombre. Vamos a reflexionar sobre la sociedad serrana andina y el poder de los centros poblados mestizos. Poder que ejerce su dominación sobre los auténticos pobladores de América: los pueblos indígenas. Y al hacer esta reflexión, vinieron a nuestra mente las grandes similitudes que se encuentran con la sociedad judía en tiempos de Jesús y con Jerusalén como expresión de ciudad centro de poder económico, político y religioso.

En la estructura social de los centros poblados de la sierra andina, encontramos similitudes con la situación que se daba en Jerusalén en tiempos de Jesús. No es que tratemos de reflejar un paralelismo casi perfecto entre ambas situaciones por motivos obvios: la distancia del tiempo histórico que las separa, la diferencia de cultura, de razas y de situaciones socio económicas y también la estructura política son distintas.

Sin embargo, a pesar de las diferencias, al reflexionar sobre la importancia que ocupó Jerusalén como centro económico, social, político y religioso y, sobre todo, teniendo en cuenta que dicha importancia le venía dada por la localización del templo en dicha ciudad y por el papel jugado por éste en la religión y en la vida del pueblo judío sí es posible hallar semejanzas con la situación existente en los centros poblados de la serranía andina.

Jerusalén cobró importancia hasta convertirse en el centro indiscutible de poder de Israel gracias a que tenía el recinto del templo en su demarcación. El comercio de Jerusalén cobró un puesto hegemónico gracias al recinto del templo, debido al gran número de peregrinos que asistían continuamente sobre todo tres veces al año y en número considerable en la fiesta anual de la Pascua. Así proliferaban todo tipo de comercio desde los animales para los sacrificios: bueyes, ovejas, palomas, y florecían todo tipo de artesanos, que ofrecían sus mercancías para las ofrendas y ornamentación del templo; también los cambistas (banqueros de la época) hacían un gran negocio debido a la gran afluencia de extranjeros que llegaban como peregrinos a la ciudad y necesitaban cambiar sus monedas por las de Israel y del templo.

Jerusalén era también la sede del poder político; allí se encontraba la corte y el Senedrín, por tanto, se hallaban allí centralizadas las dependencias administrativas por lo cual era imprescindible acudir a la ciudad para toda gestión. Y al mismo tiempo, el poder religioso con tanta influencia en la vida de Israel también se encontraba en Jerusalén en torno al templo.

Se encontraban así en Jerusalén representados los tres poderes que dirigían la vida de Israel: el económico, el político y el religioso en una simbiosis casi perfecta por la conjunción de intereses que representaban.

De esta forma, a todo ciudadano israelita le era obligada la visita a Jerusalén al menos una vez al año por lo que la ciudad se veía ocupada por los peregrinos y gentes que venían a solucionar problemas administrativos y a comerciar. En tiempo de Pascua llegaban hasta 126.000 peregrinos a Jerusalén para una población de unos cincuenta mil en tiempos de Jesús.

Así vemos como a partir de una motivación religiosa se convirtió Jerusalén en el centro insustituible de la religión judía por la ubicación en ella del máximo exponente de la mediación entre el hombre y Dios como era el

templo. Surgió en su entorno y bajo su amparo todo un aparato administrativo y comercial que terminó por asentarse como el principal centro económico y político del país.

Es de destacar también la unidad existente en la sociedad judía entre lo político y lo religioso. Los ancianos y los sacerdotes participaban tanto en las cúpulas del poder político como religioso y al mismo tiempo, al controlar la administración del templo mantenían en sus manos una parcela importante del poder económico permitiendo a su vez a los banqueros, grandes comerciantes, y recaudadores de impuestos y alcabalas acrecentar su riqueza.

En la sierra andina, en los dominados centros poblados de mestizos, llamados en unos países distritos y en otros cantones y parroquias, y abarcando también en algunos lugares apartados a las capitales de provincia donde a veces no llega a alcanzar la población los diez mil habitantes, encontramos un sistema altamente centralizado de poder concretado en lo político-administrativo, económico y religioso. Y el hecho a resaltar es el papel jugado por el hecho religioso. Y el hecho a resaltar es el papel jugado por el hecho religioso para afirmar las características centralistas que se irán afirmando en torno a la estructura de la sede de la parroquia eclesíastica ubicada generalmente en un lugar estratégico en torno al cual se encuentran diseminadas y perdidas en los encrespados cerros la actuales comunidades indígenas sin ningún tipo de servicio ni dependencia administrativa. Su mundo y cultura no precisaban de este tipo de administración; en ellas existía la organización natural de cacicazgos dentro de cada Ayllu y hoy encajada en la estructura centralista del estado con diversas denominaciones como "juntas directivas o cabildos" según los países. Pero en la estructura administrativa del estado dependen todos de un cabildo, concejo o ayuntamiento central que puede llegar a abarcar hasta doscientos mil habitantes diseminados en infinidad de comunidades indígenas que pueden oscilar entre los doscientos a dos mil habitantes cada una. Este sistema administrativo surgió de la colonia la cual tuvo que dar una respuesta para dominar y administrar tan extensos territorios y con tanta dispersión poblacional. Al comienzo, se sirvieron de las "Misiones eclesíásticas" en tierras de indios que surgían en torno al pequeño templo y diferentes dependencias de la Misión como eran el convento o colegio religioso. Como los frailes eran generalmente bien acogidos por los indios a diferencia de los conquistadores éstos aprovecharon la aceptación que tenían los religiosos en su implantación en tierra de indios para ir colocando sus dependencias en torno a la Misión. Más tarde, ya consolidada la conquista, irán construyendo centros poblados en

los que nunca faltaría como elemento central de la nueva administración el templo y el convento o casa parroquial donde se instalaban los religiosos o el sacerdote. Así estos centros poblados denominados ciudades o villas según la importancia o número de habitantes existentes centralizaban: el poder económico por ser residencia de grandes propietarios de terrenos y comerciantes de todo tipo cuya expresión máxima llegó a ser el mercado que se celebraba en tiempos fijos, mensuales, quincenales o semanales, el poder político, representado por las dependencias administrativas y de justicia y el religioso que se configuraba en torno al templo, convento o casa parroquial y al equipo de religiosos o sacerdotes, que desde ese centro, salían a misionar a las parcialidades indígenas. En esa época sólo existían templos y sacerdotes en las villas o ciudades (cosa que todavía se mantiene) por lo que era imprescindible bajar al centro poblado para demandar cualquier tipo de servicio religioso.

Las parcialidades o poblados indígenas estaban esparcidas en su entorno y dependían de dichos centros poblados. Al comienzo fueron más numerosas las que pertenecían a dichos centros administrativos, con el tiempo fueron disminuyendo con la creación de nuevos centros poblados, parroquias o distritos.

La administración y papel de los cabildos y ayuntamientos eran muy amplias, debían cuidar del bien común en lo material y moral y también tenían a su cargo la administración de la justicia. Dichas corporaciones se componían de los siguientes cargos: alcalde, regidores, mayordomo, tesorero y secretario. Los alcaldes tenían jurisdicción en el amplísimo distrito de las villas y ciudades y al tiempo ejercían como jueces de primera instancia en lo civil y lo penal.

Los regidores se encargaban de cobrar los tributos que debían abonar todos los indios varones desde los dieciocho hasta los cincuenta años; los tributos se tasaban por una comisión que primero asistía a la celebración de una misa al Espíritu Santo para que los proveyera del buen discernimiento, después los integrantes de la comisión juraban frente al sacerdote celebrante que al tasar los tributos procederían con justicia e imparcialidad. Después se efectuaba un censo de todos los indios pueblo por pueblo y parcialidades, familia por familia, anotando la edad, el estado civil, el quehacer de cada uno y tomando en cuenta la condición del terreno y la naturaleza y cantidad de tributos que pagaban en tiempo de los Incas.



Los regidores se encargaban también de cobrar los diezmos y primicias para los curas y gastos de la iglesia abusando de manera flagrante de los indios en estos menesteres. Generalmente recorrían las diversas parcialidades y en el propio terreno escogían los surcos con mejor producción así como los mejores ganados y aves.

Fomentaban la borrachera en el pueblo indígena vendiendo licores mal elaborados con sustancias tóxicas y les vendían toda clase de objetos inservibles.

Los regidores abusaban ignominiosamente de los indios hasta el punto de tener que establecer sobre ellos un control por parte de la autoridad. Dicho control lo ejercían una especie de visitadores que en su génesis tenían buenos deseos pero que en la práctica producían unos efectos tan desastrosos como los que se intentaba paliar, pues dichos visitadores al llegar a los recintos indígenas agarraban a la fuerza todo lo que podían y se hacían servir por los indios los mejores ganados para su alimento. Era tal el desastre que ocasionaban en la economía indígena que los indios, al enterarse de tan "grata visita", hufan aterrados de sus parcialidades para no encontrarse con tan ilustres visitantes.

Los cabildos en perfecta unidad con la iglesia, no sólo se encargaban de cobrar el diezmo y primicia para los sacerdotes, sino que costeaban y cuidaban del esplendor de las ceremonias públicas del culto cristiano obligando a los indios a sufragar dichas ceremonias.

El papel jugado por estos centros poblados sobre las parcialidades indígenas era de auténtico dominio. Los indios se veían obligados a bajar a dichos centros para cualquier gestión administrativa, política, para el comercio y, cuando rechazaban esto al menos, no podían eludir la obligación que tenían de recibir la doctrina que generalmente se impartía en los centros poblados y para asistir a la celebración de fiestas religiosas, para los matrimonios, los bautismos, los entierros, dejando así su dinero en manos de los comerciantes asentados en dichas villas o ciudades que veían acrecentar su negocio al amparo de la religión.

Se daba así una gran unidad entre los tres poderes que mantenían de esta forma su dominación sobre la población indígena pues el poder económico estaba en manos de las autoridades políticas así como de la iglesia.

Esta dinámica centralista continuó inmutable hasta principios de este

siglo e indudablemente ha dejado un fuerte poso que se refleja en el presente.

Hasta principios del siglo, la iglesia fue uno de los principales terratenientes y compartía el poder con la clase dominante pues controlaba áreas tan importantes, además del poder religioso, como la educación, el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones tan importante en la vida de unos países altamente burocratizados y con registros civiles escasamente dotados.

En Ecuador, los párrocos fueron nombrados tutores y padres naturales de los indios por la Constitución de 1830. Este es un claro ejemplo del control que ejerció la iglesia en las sociedades andinas.

La celebración de fiestas religiosas fue utilizada como mecanismo que sirvió para controlar al indígena económica e ideológicamente ya que para "pasar" dichos festejos los indígenas debían gastar sumas considerables de dinero que no poseían, viéndose obligados a pedir adelantos en metálico y en especie a los acaudalados de los centros poblados, dinero que después empleaban en sus comercios por lo que la ganancia era total.

Las personas encargadas de nombrar a los priostes de las fiestas religiosas que debían aceptar obligatoriamente, eran los alcaldes y regidores de común acuerdo con los sacerdotes. Los alcaldes, a su vez, eran seleccionados con la aprobación del párroco. El mismo alcalde era quien organizaba las citadas fiestas religiosas, lo cual nos muestra esta unión entre el poder político y religioso.

Los sacerdotes convocaban mingas (minkas) y eran los alcaldes quienes se encargaban de reclutar a los indígenas para que realizaran dichos trabajos gratuitos.

### *Vigencia actual del centralismo en los pueblos andinos*

La importancia que el centro poblado tuvo en la colonia se mantiene en la actualidad. El pueblo está siempre abajo y el antiguo concepto del espacio pervive en el indígena con nuevos términos: el término de la bajada es desde ahora el pueblo, el término de la subida, sus chozas más o menos aglutinadas en lo que se denomina comuna o comunidad, parcialidad o vereda. Todo este trastorno de nombres nuevos tiene ya su importancia porque las tierras del

indígena son las más pobres, las menos abrigadas, las más expuestas a las heladas, las de menor fondo, las más expuestas a huaycos, deslaves, erosión, mientras que las tierras más abrigadas y más fértiles pertenecen a los mestizos.

Para nada cuentan los indígenas en la vida pública, pero su existencia resulta imprescindible. No tienen ninguna importancia pero sin ellos el pueblo no es importante. Por eso, mientras en las alturas las quenas y los pingullos lloran una pena sin principio ni fin, en el pueblo se organiza todo un aparato administrativo, succionador, omnipresente y envolvente del que nadie se ve libre como una pesadilla que va a generar revueltas, muertes, prisiones, destierros y desgracias. La historia de este subcontinente está llena de rebeliones de indígenas contra las autoridades locales. Rebeliones que nunca van a aparecer en los libros de historia porque estos no existieron hasta mucho tiempo después de la independencia y porque los que hoy han sido escritos por los hijos de las autoridades que propiciaron los desmanes sin cuento de que fueron víctimas. Pero existe la memoria que nunca nadie ha podido borrar porque no necesita de hojas ni de libros para que exista sino de hombres con dignidad para que se perpetúe.

Desde la colonia se sube a las comunidades para decirles que el templo de Dios está en el pueblo y que aquí deben celebrar el culto, que el mercado está en el pueblo y que a él deben bajar para intercambiar productos. Todavía el cementerio está ubicado en el pueblo y a él tienen que bajar para enterrar a sus muertos. El médico que certifica la defunción y el juez que da permiso para el enterramiento viven en el pueblo de modo que hasta para morir y enterrarse necesitan de un papel que sólo consiguen en el pueblo; para tener un nombre y para existir legalmente necesitan un papel que sacan de unos libros grandes y hasta para hacer una transacción comercial se necesitan papeles que nadie sabe descifrar pero que sólo están en el pueblo. Conseguir estos papeles cuesta plata y es preciso entregarla en el pueblo.

Las autoridades les han enseñado a cultivar el orgullo por unos pueblos que no les pertenecen y se han inventado fiestas civiles y religiosas. A ellas siguen acudiendo los indígenas con sus atados a la espalda, con sus hijos y sus animales como a una romería semi religiosa donde se dan cita los finados, los dioses y el mercado. De este trasiego los indígenas siempre han salido más pobres por lo que desde siempre han tenido que inventarse mecanismos de defensa que todavía perviven. Hay que tener alguien que

sepa leer y escribir y siempre este alguien vive en el pueblo; alguien que pueda tener un local donde reunirse, alguien que les venda lo que necesitan para revivir sus antiguas celebraciones, alguien que pueda y sepa presentarse en las oficinas para cualquier gestión y este alguien vive en el pueblo; alguien con apellido importante, que hable bien el castellano, que conozca a las autoridades, que sepa y pueda defenderle de tinterillos, jueces y comerciantes. Así nació el compadre, el caserito, el arranchero etc. Todas estas instituciones son hoy parte esencial de la vida andina, mecanismos de extracción del escaso excedente, de acumulación de determinadas familias de mestizos, de prestigio social de autoridad, en definitiva concebida como el sempiterno medio de mantener un racismo larvado que ya nadie podrá llamar por su nombre. En el cambio de nombres está el único cambio posible en la sierra de los Andes. Ya no hay visitantes pero existe la misma realidad.

Los visitantes que, en tiempos de la Colonia eran enviados para evitar los desmanes de alcaldes y regidores, hoy día son otros. Representan siempre a alguna Institución del gobierno central y aparece en la comunidad el día de entregar una obra, de inaugurar algo, el día en que saben que su presencia sirve para legitimar más todavía al gobierno central. Los campesinos conocen su llegada y una especie de desazón recorre la vida de la comunidad: hay que preparar un escenario, hecho de cualquier manera, comprar ponchos u otros regalos, hay que preparar comida exquisita y abundante que consistirá en caldo de gallina, mote, arroz y cuy y sobre todo hay que proveerse de bebida que no se reduce a la chicha y al trago. Ese día puede haber vino y hasta wishky. El día llega y las autoridades recibirán manifestaciones de servilismo y reverencia sin cuento. El acto central consta de discursos en castellano que la mayoría no entiende pero es igual.

El ingeniero o el prefecto, aparece en efecto, acompañado de secretarías, chofer e incluso familiares. Cuando llega la hora de comer, no sólo van a aceptar lo que les den sino que pedirán la funda, la inefable funda de plástico transparente que llenarán de choclos y de cuyés. De pronto todo son prisas. Las autoridades tienen mucho que hacer y tienen que irse a otra comunidad. De manera que se van. Sólo han dado un discurso y han comido y han repetido que el gobierno central está con ellos. Cuando se marchan, comienza la comida del indígena. Este es el papel de los nuevos visitantes en toda la sierra: reforzar la autoridad del poder central, comer a costa del indígena y asegurar la sumisión y obediencia del pueblo a la ley.

Pero este poder político tiene otras muchas manifestaciones a nivel de los pueblos de la sierra: hoy es normal encontrarse con una comunidad entera de indígenas que, con picos, lampas y azadas limpian las calles o los parques del pueblo. Trabajan a cambio de unas colas. En eso consiste todo el salario. El comisario se ha encargado de llamarlos para hacer la minga, autoconvencido de que los indígenas tienen la obligación de hacer ese trabajo a cambio de los servicios prestados por el concejo. Por ejemplo, le pueden haber prestado un camión para arreglar un camino o una pala mecánica para allanarlo o dado unos quintales de cemento. Estas ayudas son normalmente parte del presupuesto que el gobierno central concede a los concejos pero estos aprovechan su posición para hacer entender que son ellos quienes lo dan de modo que la minga de los indígenas la hacen aparecer como un gesto de reciprocidad. Como se ve es mentira pero todo consiste en que esta no aparezca. A los indígenas se les incita desde el concejo para que hagan sus propias obras de infraestructura. Aquí se esgrimen valores como el progresismo y el civismo para esta incitación. Y el indígena, que tiene introyectado desde siempre el valor de la minga no se opondrá a colaborar porque además su no asistencia a la misma estaría muy mal vista por el grupo (se paga con multa) podría ser objeto de burla y desconsideración.

Un ejemplo de esta imbricación del poder político con el religioso es el hecho de las inscripciones en los registros civil y religioso. En Ecuador no puede ser bautizado ni inscrito en el archivo parroquial un niño, si sus padres o familiares no presentan la previa inscripción en el registro civil. Igual ocurre con el matrimonio eclesiástico, que no puede celebrarse si previamente no ha habido el civil y no se presenta el documento que lo acredite. Todo este tráforo de papeles supone burocracia, puestos de trabajo para los mestizos y sobre todo gastos que los indígenas pagan sin protestar.

Otro ejemplo de cómo se manifiesta este poder político tiene lugar en la oficina del Registro Civil. Frente a un archivo, una máquina de escribir y unos señores sentados detrás de una mesa, el indígena se siente perdido. No entiende nada pero se ve obligado a perder horas delante de este telón de fondo. La ley le obliga a andar por la vida con cantidad de papeles. Estas oficinas están siempre en el pueblo y siempre hay algo que no funciona: o la señorita no ha venido, o alguien decidió que ese día no se trabajara o, lo que es peor, del libro grande salieron unos datos que no coinciden con la realidad: apellidos cambiados, cambio de fechas o letras y sílabas que niegan al interesado su verdadera filiación. Los mestizos lo tienen muy claro "es

que la gente era ignorante o estaba borracha y los datos no supieron darlos bien" Jamás admitirán la incompetencia de anteriores empleados que escribieron mal esos datos. El resultado es trágico. En Ecuador mencionarle a un indígena la palabra "trámite" es peor que mencionarle el granizo o al diablo. Hacer trámite significa arreglar datos que fueron mal escritos y que hay que recomponer. La ley escrita es benigna para arreglar estas cosas pero la otra ley, la del pueblo, no tiene entrañas de compasión. Hacer trámite va a suponer papeles, viajes, intermediarios del pueblo que se prestan gustosos pero cobrando para hacer estas gestiones. El resultado es siempre un desembolso de plata que el campesino necesita para cosas más útiles e inmediatas.

Los mestizos, que inventaron todos estos mecanismos, han creado una cultura de la dependencia, digna de quien sabe muy bien que con esa industria tiene asegurada la existencia. Hay mestizos que son padrinos de casi todos los niños que nacen en una comunidad. Todos los indígenas son así como propiedad privada y todos van a acudir a él para pedirle consejos y sobre todo van a acudir a su negocio, que normalmente es un comercio de abarrotes, de granos, un molino o una picantería o chichería. Toda la comunidad acudirá a él para consumir alcohol, para comprar alimentos o para que les haga gestiones ante las autoridades civiles o religiosas. Los indígenas saben que allí tienen un local donde comenzar la celebración de un bautismo o un matrimonio. Todo se hace de manera paternalista y por eso el compadre mestizo hará como juez de primera instancia en los conflictos familiares que surjan con lo que se crea una aureola de bonhomía y honradez. Su prestigio puede alcanzar a solucionar problemas al interior de la comunidad, aunque esto sea menos frecuente.

Este tipo de relaciones paternalistas, si quiere mantenerse como tal, no puede sobrepasar el ámbito familiar. Los efectos serán siempre económicos. Igual efecto ocurre con la relación entre caseros. Toda resultará envuelta en un ambiente paternalista pero el resultado es el interés económico. Se crea una atmósfera de mutua confianza hasta el punto de que el mestizo se puede permitir el lujo de "equivocarse en el vuelto" con el amparo de la ignorancia del indígena.

El arranchero tiene un nombre que le define pero entre los protagonistas esta palabreja ni se pronuncia. El espectáculo es deprimente, pero al tiempo, es normal y muy frecuente. Cuando baja al pueblo con sus

atados de productos, sus ganados, cuyes, gallinas, chanco, los mestizos saben estar apostados a las entradas del pueblo o en las paradas de los buses o camiones. Apenas hay presentación o saludo, se conocen todos y basta. El hecho es que el mestizo agarra la carga por la fuerza, minusvalora el producto y pone precio. Así el indígena se ve obligado a vender su producto a la persona que ya la tiene en sus manos. Aunque se resista el indígena y trate de defender un precio más justo, no tendrá más remedio que aceptar, que aguantar y recibir lo que quieran darle. Al rato puede comprobar en el mercado que su cuy es revendido a un precio mucho mayor. Pero nadie va a protestar. Es la maldita costumbre que en los Andes es la única ley inteligible quizás porque nunca fue escrita.

Todo lo malo le sucede al indígena en el pueblo, en el centro donde viven unos mestizos en casas grandes con apellidos importantes que todo el mundo conoce.

Es así como se generan los mecanismos de poder, de dependencia entre indígenas y mestizos. Si los doctores y los dioses viven en el pueblo no hay por qué dudar de que sus leyes sean legítimas y justas.

Después de siglos de tanto mirar al cielo se olvidaron de reclamarle al pueblo todo lo que les quitó y olvidaron, sobre todo, que las aguas que riegan los maízales "de abajo" nunca fueron ajenas al sudor estéril de sus frentes.

Sólo por eso podemos explicarnos el servilismo del indígena, su desconfianza proverbial y su permanente actitud defensiva.

### *Papel de la religión en la importancia del Centro poblado*

La religión ocupa un puesto de relevante importancia en los centros poblados andinos. Esta importancia le viene dada por la localización del templo en el pueblo. El templo representa la referencia al catolicismo, a la tradición y costumbres de sus antepasados. Es el espacio que les da identidad como católicos y, en parte, como personas: en él han sido bautizados, han contraído matrimonio, allí han rezado, enterrado y llorado a sus muertos; en él tienen a sus santos originales predilectos pues en sus casas suelen tener réplicas en tamaño reducido de estas veneradas imágenes, que moran en la iglesia matriz. En él pasan las misas de fiesta y a él bajan sus imágenes para

que "escuchen" misa el día de su fiesta. Este templo es el que tiene mayor valor. Hoy día ya existen capillas aunque escasas en las comunidades indígenas pero no es igual, no llegan a poseer el poder de fascinación de lo sagrado que irradia el templo Central. Incluso algunos piensan que las ceremonias religiosas celebradas en su pequeña capilla no tienen el mismo valor.

Además junto al templo matriz vive el sacerdote y allí suelen efectuarse todos los sacramentos y, salvo excepciones, también reciben allí la preparación del bautismo y matrimonios. También tienen por obligación que enterrar en el centro poblado a sus difuntos por ser el único cementerio existente en toda la parroquia.

El día de los difuntos el pueblo se ve literalmente tomado por los indígenas que vienen a recordar a sus deudos. Todas las generaciones de antepasados reposan en los cementerios de los centros poblados y allí bajan a mandar rezar los responsos a los sacerdotes o a los rezachidores, a escuchar la misa en el templo principal y a ofrecer comidas a sus finados.

Cada domingo los indígenas bajan al pueblo a celebrar sus bautismos, matrimonios y a pasar sus misas. Así la religión supone una gran afluencia de indígenas a los centros poblados dándoles su identidad y forma de vida. Sin la centralización de la religión en estos pueblos, se resentiría su estructura, el comercio y los servicios quebrarían y quedarían semi abandonados. Este es el temor de los comerciantes y mestizos principales y por eso lucharan por tener siempre en el centro poblado un sacerdote que siga las costumbres tradicionales, que refuerzan este centralismo que en la actualidad es puesto en entredicho por algunos sectores de la iglesia que tratan de celebrar los sacramentos y servicios religiosos en las propias comunidades indígenas. Cuando esto sucede, los caciques mestizos suelen levantar al pueblo en contra de estos curas y agentes pastorales que van contra las sagradas tradiciones religiosas y las rectas costumbres y, para preservarlas, los expulsan, a veces violentamente.

Está claro que lo que realmente defienden no son los principios religiosos sino más bien sus intereses económicos y sociales que les dan prestigio y señorío frente a la inmensa población indígena que les da su razón de ser.



Resulta interesante observar el día de mercado un centro poblado. Todos los mestizos se dedican a algún tipo de actividad comercial en relación con los indígenas. Unos se dedicarán a "arranchar", otros, a través de sus comercios o puestos ambulantes situados en el mercado, les comprarán los ganados, los granos, las papas etc., y el resto, les ofrecerá las más variadas mercancías pasando por la expendeduría de bebidas y comidas que siempre están en manos de mestizos.

Las casas de vecindad del pueblo siempre tendrán algún vínculo con el comercio o relación de cualquier tipo con los indígenas. Así se encontrarán infinidad de cantinas y picanterías donde se vende el "trago" en grandes cantidades, así como todo tipo de colas; otras casas tendrán instaladas duchas para el aseo indígena, otras serán casas de comidas, otras sirven para reparar bicicletas, radio transistores, etc.; y las que parece que no tienen ninguna relación con el mercado servirán de casas de acogida donde se le alquila al indígena uno o dos cuartos para que pasen la noche cuando bajan al centro poblado la víspera de la fiesta que van a celebrar al santo de su devoción. Otras casas servirán para los más variados oficios artesanos desde sastres a peluqueros o sombrereros, así como molinos de granos.

Lo cierto es que no hay familia mestiza que no saque beneficio del indígena a través del mercado semanal o en las fiestas puntuales a lo largo del año como son: las fiestas cantonales, carnaval, Reyes o día de los difuntos. La industria de los difuntos es muy rentable debido a la gran mortandad existente en estas zonas andinas. Así los ataúdes, lápidas, cruces, coronas y todo tipo de adornos mortuorios serán adquiridos por los indígenas.

Otro tipo de negocio muy común es el de prestamista, popularmente conocido como chulquero. Estos prestamistas, que suelen ser comerciantes o compradores, aprovechando la pobreza y la penuria del indígena como consecuencia de una mala cosecha, desastres naturales, enfermedad, muerte u otras circunstancias presta dinero a elevado interés y en un plazo corto de tiempo. Cuando el indígena devuelve el préstamo se da cuenta que no le queda nada disponible y tiene que volver a pedir otro préstamo que se le concede a un interés mayor dándose el caso de tener que hipotecar sus tierras y ganados. El proceso puede llegar a un punto en el que el indígena queda arruinado y el mestizo se enriquece paulatinamente. Esto es muy frecuente dado el nulo crédito que el indígena tiene en los bancos.

Si se analizara cada uno de estos casos veríamos que en el origen de los mismos siempre hay una misma explicación: la relación espiritual como consecuencia del compadrazgo.

El hecho religioso, centralizado en el pueblo mestizo, acarrea una serie de beneficios a los moradores pueblerinos ya que el indígena, al celebrar los sacramentos y entierros o cualquier tipo de fiesta de los santos patronos bajará al pueblo y allí efectuará un considerable gasto manteniendo de esta forma la actividad comercial de dichas poblaciones.

De aquí surge el celo de los mestizos por mantener el prestigio del templo matriz como lugar preferencial para la celebración de los servicios religiosos y tratan de perpetuar esta situación realizando las fiestas patronales o los denominados "tiempos fuertes" marcados por la iglesia, como son la Navidad, Semana Santa, Corpus, etc. con todo el boato posible que permite al templo del centro poblado mantener un prestigio y una situación de privilegio como lugar sagrado y preferencial que marque distancias frente a las capillas ubicadas en las comunidades indígenas. Así las imágenes, que se encuentran en el templo matriz, a pesar de pertenecer a toda la demarcación de la parroquia eclesiástica, incluida por supuesto la población indígena, no podrán salir del recinto poblado debido a la oposición de los mestizos que las toman como su propiedad exclusiva y, de otro lado, por la mentalidad de los sacerdotes; esto ha ido evolucionando, pero todavía queda el pensamiento tradicional enquistado en grandes sectores del clero que fortalece así el fanatismo religioso que a su vez resguarda los intereses económicos de los mestizos.

Así los templos matrices tratarán de conservar una apariencia lujosa con infinidad de adornos y joyas que tratan de resaltar la importancia frente al resto de capillas y quedar así señalados como espacios privilegiados para la celebración del culto sobre los demás y por tanto, como mediadores entre Dios y el hombre. Los sacerdotes mestizos tratarán cada año, a través de sus regalos de ir decorando el recinto del templo con altares nuevos, lámparas, candelabros, jarrones y vestir a sus imágenes con ropajes suntuosos para resaltar así su importancia indiscutible.

Los templos matrices, con su culto centralizado, han supuesto y todavía suponen una gran fuente de ingresos para el clero, sacristanes, maestros de capilla, rezachidores y toda una serie de personajes que juegan

un papel en el hecho religioso como son los "fundadores" de los festejos patronales y comerciantes de objetos de consumo religioso como son bandas de música, adornos como flores, ceras, incienso, fuegos de artificio y por supuesto bebidas y comidas.

El hecho religioso, sin duda, en estas sociedades tradicionales ofrece inmensas posibilidades económicas para los profesionales de la religión y su cohorte de subalternos y, por extensión, a una serie de pequeñas industrias artesanales que tratarán de defender la bondad de este sistema centralista religioso con argumentos de fe y como abanderados del catolicismo pero encubriendo en su discurso un planteamiento ideológico tradicional y reaccionario, basado en premisas religiosas como justificativo de intereses personales y de grupo.

De esta forma, el pueblo se ha convertido en el punto de conjunción de todos los poderes: el económico, el político y el religioso. Los tres dependen de la masa de indígenas, los tres se unen y de esta unión surge el sistema de explotación del indígena, pero el preponderante por ser justificación del sistema y por la influencia que ejerce en la cosmovisión del campesino es sin duda el religioso. Sin el no habría articulación posible; sin templo, no cobrarían tanta importancia el mercado y las tiendas, ni los arrancheros ni los cantineros verían florecer tanto sus negocios pues el indígena no bajaría al Pueblo con tanta frecuencia si sólo hubiera autoridades y comercios.

La unión de estos tres poderes ha sido proverbial y sus símbolos adquieren ciertas similitudes; así el mismo indígena que besa la mano del padrecito también besará la de la autoridad de turno, del compadre y hasta del comerciante; le pedirá su bendición y se someterá a él en todo.

Sólo cuando surge el conflicto, la ruptura aparece de una manera violenta y cínica: si un sacerdote no está de acuerdo con dicha unidad, si denuncia los abusos de autoridades y comerciantes si trata de descentralizar el culto y la vida del indígena poniendo en cuestión la dominación del Centro sobre la periferia indígena, si trata de desacralizar la vida y afirma los valores humanos como tales, si denuncia las justificaciones de tanto servilismo, si en suma, trata de evangelizar y liberar se va a encontrar con la oposición y el desprecio de autoridades y comerciantes que lucharán hasta lo imposible para expulsarle del pueblo con la ayuda de todos los mestizos que ven peligrar sus intereses. La justificación de la expulsión y el rechazo se escudará en razones

religiosas y costumbristas que encubren la principal causa: su interés económico. Al no poder defenderse con argumentos cristianos válidos, esgrimen la costumbre como fundamento último.

El espectáculo de los mestizos defendiendo "su religión" y sus costumbres en contra de sacerdotes que sólo han llegado para quitárselas es frecuente y patético en la sierra Andina después del Concilio y Medellín. Pero los mestizos no defienden una fe en el Evangelio que no poseen, ni un cristianismo que ignoran; lo que defienden son sus intereses económicos y sociales y unas costumbres que alguien les impuso. Defienden su intereses y prueban a cada rato que su existencia depende del templo que a su vez aglutina a los indígenas en infinidad de ritos, sacramentos y fiestas.

Tenemos que ser conscientes en la iglesia que para combatir esta dominación es preciso atacar a los tres poderes pues si alguno de ellos queda con fuerza volverá a reproducirse el sistema. Así, mientras no se de también una ruptura por el lado político que promueva un cambio radical del sistema, la sierra de los Andes seguirá siendo el escenario donde unos pocos mestizos vivirán a costa de un mayoría de indígenas y esto sólo tiene un nombre: explotación.

#### *Semejanzas entre la sociedad judía y la de los centros poblados andinos*

La realidad de la sociedad andina de los centros poblados, nos recuerda sin duda, la de aquella sociedad judía de tiempos de Jesús, a pesar de las diferencias y del tiempo histórico transcurrido. Pero de lo que no cabe duda es que sus semejanzas son más coincidentes con la realidad sociopolítica y religiosa de Jerusalén tan centralizada en torno al templo, que con los valores evangélicos y la realidad de los primeros tiempos del cristianismo.

Vamos a tratar de sistematizar algunas semejanzas que parecen patentes:

1. Jerusalén se creó como poder centralizador de lo económico-político en torno al hecho religioso personificado en el templo.

Los centros poblados de la sierra andina surgieron muchos de ellos también, en torno al templo o a la misión religiosa, y sin duda, aunque en

otros casos no fuera este su origen, nadie podrá restar la importancia que revistió y todavía sigue revistiendo la centralización del culto religioso en el templo matriz para la afirmación del centro poblado y su identidad como centro de poder económico y político.

2. En Jerusalén, al templo se le convirtió en la principal mediación entre el hombre y Dios, y significaba la presencia de Dios en este mundo. Al templo se le rodeó de suntuosidad sin igual, destacando hasta la injuria entre las humildes casas del pueblo.

El templo matriz de los centros poblados de la sierra andina, sin llegar a alcanzar la importancia del de Jerusalén ni su poder de exclusividad de la presencia divina por la existencia de la catedral en cada capital de provincia, y por la mayor abundancia de templos matrices en cada centro poblado mantiene sin embargo, dentro de la demarcación parroquial o distrital, este privilegio frente a las escasas capillas, unas veces ya en ruinas, y otras de reciente construcción existentes en las comunas indígenas. Su ubicación en un lugar céntrico del poblado y su estructura, que sin lugar a dudas sobresale hierática y orgullosa entre las sencillas casas de los mestizos, muchas de ellas acusando el paso inexorable del tiempo y, por supuesto, sin comparación posible con los humildes hogares indígenas. Su interior muestra el sentido por la fastuosidad y el lujo una vez logrado, y que en la mayor parte se queda en el intento, pero que refleja la fascinación por lo sagrado concretizado en el boato como signo de la epifanía de lo divino.

3. El templo de Jerusalén significó una gran fuente de ingresos provenientes del culto que acapararon en mayor medida los sumos sacerdotes llegando a acumular grandes fortunas y que a través de su ministerio religioso adquirieron un prestigio y status social envidiable por su relación con lo sagrado.

El templo matriz de los centros poblados andinos también ha generado y genera a través del incesante culto, pingües beneficios al clero, sacristanes y maestros de capilla que les han permitido consolidarse económicamente. Si uno entra en el juego sacrilizante de ritos, misas, bendiciones, novenas, vísperas, procesiones y responsos y se explota al ceremonial barroco tan del gusto del pueblo sencillo, no se encontrarán barreras para extraer considerables ganancias. Los sacristanes y maestros de capilla a través de los adornos y su acolitaje en las ceremonias que les

permite controlar la estructura del espacio sagrado otorgando los lugares preferenciales y codiciados por el pueblo, como puede ser el lado derecho para la celebración del matrimonio, la colocación o prestación de velas, la instalación del túmulo funerario, el repique de campanas, el "obsequiar" agua bendita, el dejar pasar la noche de vísperas de fiesta al santito de los indígenas que bajan desde su alejada comuna, han conseguido una posición económica envidiable.

Pero no sólo lo percibido en metálico cuenta, sino que tanto o más importante que este rubro es el prestigio social adquirido que les permitirá servir de agentes intermediarios para realizar gestiones burocráticas religiosas y políticas a fin de conseguir certificados de toda índole y se les elegirá como padrinos de bautismos y matrimonios, generándose unas relaciones de compadrazgo que les acarrearán una cadena de beneficios sociales como servicios y prestaciones en trabajo y en especie de parte de los indígenas.

4. Sin lugar a dudas, el templo de Jerusalén fue el generador de la privilegiada situación económica de la ciudad. En su entorno floreció todo tipo de comercio y artesanía y se crearon muchos puestos de trabajo en las continuas transformaciones que se realizaban en su recinto.

Los centros poblados andinos igualmente han visto consolidados su comercio y su economía en torno al culto celebrado en el templo por la afluencia de indígenas que acoge y por la serie de fiestas que se celebran lo cual crea un mercado de considerables proporciones partiendo de dicho culto. Ya hemos explicado la importancia capital que conceden los moradores pueblerinos a la presencia del sacerdote en el centro poblado por garantizar unos servicios religiosos al más puro estilo tradicional.

5. La administración y poder político de Jerusalén se hallaba en alianza con el poder religioso. La ley civil y la religiosa eran una pesada losa que se echaba sobre las espaldas del pueblo, relegándole a ser un mero esclavo de preceptos y normas que, si se infringían, eran castigadas con la muerte. Un claro ejemplo fue la controversia mantenida por los fariseos y sacerdotes contra Jesús por su radical postura de libertad frente a un sistema tan opresivo y anulador de la libertad humana. La consecuencia de este enfrentamiento fue el juicio político-religioso y la condena y muerte de Cristo. El poder religioso y político y los intereses de grupo fomentaron una unidad férrea contra aquél que osó poner en duda un sistema establecido

sustentado en la ley como valor supremo y justificativo de una sociedad en que la injusticia y la desigualdad habían sido institucionalizadas.

En el surgir de las sociedades andinas, como en todo el territorio latinoamericano a partir de la implantación del sistema colonial, la unidad del poder político con el religioso es innegable, hasta el punto de que la rápida consolidación de la colonia, se debe en gran parte al papel jugado por la religión para la integración y aceptación del nuevo sistema por medio del discurso religioso. Los misioneros fueron enviados por los reyes como parte integrante del proyecto colonizador y estos en general, cumplieron a la perfección su papel.

Desde ese momento, el entendimiento la conjunción de intereses ha marcado la tónica de las relaciones entre ambos poderes salvo raras excepciones.

La estructura social de los pueblos andinos se encontraba cimentada en la administración política y de justicia basada en la ley impuesta al indígena y convertida en elemento mitificador e indiscutible. La religión de la época convertida también en norma, reforzó esta apreciación y sumisión a la ley hasta convertirla en el instrumento más eficaz de mantener unas relaciones de sumisión y de afianzar una estructura de clases.

El que hace la ley (poder legislativo y gobierno); el que la interpreta (abogados, tinterillos), y el que la ejecuta (poder judicial, comisario, etc.) es respetado y reverenciado por el indígena, pues la ley es la norma mágica y suprema la cual no se discute ni critica por representar LA VERDAD emanada de la autoridad suprema, el gobierno, sino que se la acata como muestra de patriotismo y ejemplo de ciudadanía.

Así el poder político y el religioso coincidieron en sustentar una autoridad y un sistema que beneficiaba a ambos. El mutuo apoyo fue norma y así los regidores y alcaldes eran los encargados de efectivizar el pago del diezmo y las primicias a la iglesia, y obligaban a los indígenas a cumplir con la obligación de pasar las fiestas religiosas con boato. La religión por su parte ponía el marco justificador a tanta irracionalidad e injusticia del sistema socio-político.

Con la implantación de la república, se desataron algunas fricciones

por el intento de los gobiernos liberales de disminuir el poder eclesiástico a través de una legislación que en la letra concedía mayor valor al indígena y minaba privilegios de la iglesia, pero las aguas tomaron a su cauce y el mútuo apoyo volvió a ser la tónica general.

Hoy día, en los centros poblados, esta larga historia ha impreso un sello de identidad en estas estrechas relaciones. Así para cualquier trabajo que haya que realizar en las dependencias parroquiales, el comisario político se ofrece, para por medio de una orden impartida a las comunidades, suministrar mano de obra indígena gratuita a la iglesia. De igual forma, para ciertos planes de trabajo comunal gratuito ó para ciertos proyectos que pueden lesionar los intereses populares, tratarán de lograr el apoyo del párroco o el equipo pastoral como garantía de la bondad del proyecto. El argumento de fondo que subyace en esta postura es la de que la religión debe servir como justificación y apoyo a la ley y al orden establecido, y la persona del sacerdote vista como autoridad, debe respaldar a la autoridad civil, en el afán de salvaguardar la jerarquización de la sociedad.

Cuando la "autoridad eclesiástica" se transforma en servicio y en relativizadora de los poderes absolutos de la ley y la autoridad, estalla violentamente el conflicto que generalmente se saldará con la destitución o expulsión del párroco transgresor de la ley y las costumbres, y su sustitución por otro que permita que el actual estado de cosas siga vigente y el imperio mítico de la ley sea norma y conducta para el hombre en el hecho civil y religioso.

6. La sociedad judía de tiempos de Jesús poseía una connotación sacral preponderante. Todo estaba referido a lo religioso, la ley, el poder, la salud, la enfermedad, tenían una explicación religiosa y eran manifestaciones derivadas de la voluntad divina. La realidad profana había sido opacada por el hecho religioso que pasaba a ser el elemento fundamental de comprensión y explicación del mundo y del hombre.

En la sociedad andina encontramos también estas fuertes connotaciones sacrales que marcan la vida personal y social hasta extremos impensables. Todo acontecimiento posee un cariz religioso que le aleja de toda explicación racional. La existencia humana se verá así influida por esta constante religiosa que se caracterizará en la ritualización de la vida a través de gestos y expresiones de carácter religioso como reverencia a las



autoridades y mayores y las bendiciones dadas por los padres a los hijos al salir de casa, el santiguarse al salir de casa o al ir de viaje, las ofrendas, brindis, discursos en las fiestas, los saludos, etc. Dicho ritualismo ahoga la normal convivencia vaciándola de espontaneidad y naturalidad, para enrumbarla por los caminos de la afectación, la lejanía, la desconfianza, el temor y el misterio, privando al hombre del ejercicio de la libertad y la plenificación.

Ante la situación existente en Jerusalén, Cristo dio una respuesta de abierta condena contra el dominio de la ley y de una religión que impedía al hombre vivir en libertad, y apostó por la defensa de la vida en cualquiera de sus manifestaciones en que estuviera atacada, dejando clara su postura de engrandecer y liberar al hombre como el objetivo último de su mensaje y práctica basada en la voluntad salvífica del Padre.

El cristiano que encuentra este tipo de estructuras opresivas donde la religión juega un papel preponderante, no puede dejar de reflexionar en la práctica liberadora de Cristo ante una situación con características similares, para desde su fe, denunciar el manejo de lo religioso como justificación de situaciones seculares de injusticia que reducen al hombre a espectador resignado de una historia que le oprime y le incapacita para que desarrolle el papel creativo para el que ha sido creado.

Pero esta situación de dominación no es privativa del mundo indígena, sino que abarca a toda la comunidad latinoamericana penetrando todos sus sentidos en lo que se ha dado en denominar "la cultura de la impotencia.

## **2 La Cultura de la impotencia**

Si hay alguna cultura predominante en América Latina esta es la cultura de la impotencia. Es decir, la cultura que incapacita, que ciega, que impide descubrir los mecanismos que generan la propia alienación. Cuando los datos de la historia han sido sistemáticamente falseados y la geografía patria no tiene límites claramente definidos porque los protocolos nunca obedecieron a razones sino a intereses creados y bombas de tiempo convenientemente programadas, no es de extrañar que se anquilosen las propias facultades y el desánimo reine en unas conciencias vencidas de antemano a cualquier batalla de la imaginación.

La cultura popular es, por naturaleza, cultura de participación: es, por naturaleza, democrática. Pero el progreso tecnológico se encargará de cortarle las alas. La cultura popular se transmite por tradición oral, por eso hay que reducirle los espacios donde ella se reproduce: parques, restaurantes, mentideros, mercados... La televisión recluye, separa, aísla: transmite en una sola dirección, es un viaje sin retorno donde la persona receptora come emociones importadas como si fueran sardinas en lata.

La lucha contra las estructuras enemigas de la democracia, estructuras de la impotencia, pasa por el desarrollo de una cultura nacional liberadora, capaz de desatar la energía creadora de la gente. Cualquiera que vea la televisión en este subcontinente se dará cuenta que ocurre todo lo contrario. Es sólo un ejemplo, pero casi decisivo. Los mensajes que la televisión irradia en nuestros países, símbolos que la cultura dominante vende a la cultura dominada, símbolos del poder que nos humilla, no contribuyen en absoluto, que digamos, al desarrollo de esa cultura liberadora.

La cultura nacional, cuando está viva, cambia sin cesar, se desafía a sí misma, se contradice también porque recibe influencias externas que a veces la lastiman y a veces la multiplican; influencias que suelen operar simultáneamente como peligro y como estímulo. La negación de lo que nos niega no tiene por que implicar la negación de lo que nos alimenta. La capacidad para lograr esa simbiosis es un reto permanente al que estamos todos sometidos y que la dinámica del tiempo se encarga de arreglar. Pero en América Latina donde invariablemente se predica desde los gobiernos un nacionalismo de derechas, este suele entrar en la historia de espaldas porque siempre han creído que la cultura nacional se define por su origen. Nosotros creemos que la cultura nacional se define por su origen pero, sobre todo, por su contenido.

Hoy la cultura de los países dominantes nos exporta un concepto y una concepción del estado en la que a ellos les ha ido bien pero no necesariamente a nosotros. Nos estamos refiriendo a la democracia. Que los países sean democráticos se ha convertido en un objetivo deseable y bueno porque las gentes saben muy bien que la única alternativa que conocen es la dictadura. La gente ¿está por la democracia pero está la democracia por la gente? En América Latina el peor enemigo de la democracia no es el ejército aunque este haga todo lo posible por parecerlo. El peor enemigo de la democracia en América Latina es toda una estructura de la impotencia, que el

ejército custodia naturalmente y que tiene su base en el sistema económico. Ese sistema económico integra un sistema mayor, una maquinaria internacional de poder.

Por regla general, los medios masivos de comunicación, que fabrican opinión en el mundo miden el grado de democracia de nuestros países y los convierten en inapelables veredictos de Occidente. Pero no creemos que sus veredictos coincidan con los de la gente. Los ocho millones de niños que vagabundean por las calles de las ciudades de Brasil no pueden creer en la democracia porque ésta no cree en ellos; no fue hecha por ellos ni funciona para ellos aunque cumpla alguno de los requisitos formales que los centros mundiales de poder exigen para dar su visto bueno. La democracia no es lo que es, sino lo que parece. Estamos en plena cultura del embase, que desprecia los contenidos. Importa lo que se dice no lo que se hace. Brasil, por ejemplo en su nueva constitución no tiene pena de muerte, pero cada día mata mil niños por hambre y por bala en los suburbios violentos de sus ciudades y en sus latifundios invadidos por los peones desesperados. En Brasil se supone que, desde hace un siglo, no hay esclavitud pero un tercio de los trabajadores brasileños gana poco más de un dólar por día y la pirámide social es blanca en la cúspide y negra en la base.

Para que algo no exista basta con decretar que no exista. El dictador de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, decretó en 1902, que todos los volcanes estaban en calma, mientras el Alud de lava y fango del volcán santa María en plena erupción, estaba arrasando más de mil aldeas. El congreso colombiano aprobó, en 1905, una ley que establecía que los indios no existían en San Andrés de Sotabento y en otras comarcas donde habían brotado súbitos chorros de petróleo: los indios que existían eran ilegales y, por tanto, las empresas petroleras podían matarlos impunemente y quedarse con sus tierras. La ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del estado de 1986 en Uruguay manda olvidar las torturas, los secuestros, violaciones y asesinatos, cometidos por la dictadura militar, como si no hubieran existido esos actos de terrorismo de estado.

Cosa parecida ha ocurrido en Argentina. Con todo lo cual se viene a legalizar la tortura y eso a pesar de que dichos Gobiernos no tienen empacho en firmar La Convención Internacional contra la Tortura. Las Convenciones internacionales equivalen en estos países a leyes nacionales. Pero ocurre que unos mandan respetar los derechos humanos que las otras autorizan a violar;

unas simulan que existen, las otras existen de verdad.

En 1965, las dictaduras militares de Brasil, Paraguay, de Honduras y Nicaragua invadieron Santo Domingo. A los marines norteamericanos, para salvar la democracia amenazada por el pueblo. En nombre de la democracia desembarcaron en las costas cubanas de Playa Jirón, los nostálgicos de la dictadura de Batista. Ahora, también en nombre de la democracia, atacan a Nicaragua los nostálgicos de la dictadura de Somoza. En Colombia con democracia y en su nombre el estado aniquila impunemente a mil opositores políticos y sindicales en 1988.

El lenguaje oficial está loco y esa locura es la normalidad del sistema. Cuando dicen que no habrá devaluación es que la moneda está al borde de su derrumbamiento. Cuando afirman que el principal objetivo es la reforma agraria, extienden los latifundios, "no existe censura", dirán los ministros de cultura en países donde la mayoría de la gente tiene prohibido los libros por el alto precio o por el analfabetismo.

El sistema aplaude la infamia si es exitosa y la castiga si fracasa. Recompensa a quien roba mucho y condena a quien roba poco invoca la paz y practica la violencia. Predica el amor al prójimo pero te obliga a sobrevivir devorandolos. Esta esquizofrenia alcanza su grado más luminoso cuando confunde la libertad del dinero con la libertad de la gente, como se ha visto en Perú a raíz de la nacionalización de la banca privada.

Hay quien coloca en el mismo plano la libertad de expresión de los poetas y la libertad de especulación de los banqueros como si la libertad que se supone, es patrimonio de toda la humanidad, lo fuera mucho más desde el día en que el dinero pagó la edición de este y otros principios.

Pero sucede que en América Latina como en todo el tercer Mundo, la libertad de los negocios no sólo no tiene que ver con la libertad de las personas, sino que, además, una y otra son incompatibles. Para dar plena libertad al dinero, las dictaduras militares encarcelan a la gente.

Se entrena a la gente para que no vea. La educación deseduca, los medios de comunicación incomunican.

Las culturas dominantes son culturas cansadas, incapaces de dar vuelo.

y raíz a las naciones que dicen representar. Las burguesías nacionales se revelan hábiles para copiarlas pero inútiles para crear. Viven en casas lujosas, imitan los gustos foráneos, construyen grandes ciudades pero desconocen la realidad nacional y la desprecian. La verdad para ella sigue viniendo de los Angeles o Miami.

Las culturas dominantes, fabricadas en serie se orientan a vaciar la memoria de América Latina y a negarle sus fecundidades para que no se reconozca a sí misma y sobre todo para que no se reconozca como posibilidad. Legitimán la ley del más fuerte y nos enseñan que si somos pobres por algo será: probablemente porque somos haraganes, tontos, torpes y cobardes y nuestra situación es el destino que merecemos.

La poderosa estructura de la impotencia empieza en la economía pero no termina ahí. El subdesarrollo no es sólo un asunto de estadísticas de contradicciones violentas, de historias de pobreza. El subdesarrollo es sobre todo una Estructura de la Impotencia, montada para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas.

A los pobres, el sistema les niega hasta el alimento de su memoria. Para que no tengan futuro, les roba el pasado. La historia oficial está contada desde, por y para los ricos, los blancos, los machos y los militares. Europa y EE.UU. se convierten en el universo. Poco o nada aprendemos del pasado precolombino de América y menos de Africa. La historia de América, la verdadera, es una historia de la dignidad incesante. No hay pueblo donde no hayan ocurrido sublevaciones contra el poder o el dinero pero la historia oficial no menciona las sublevaciones indígenas o las rebeliones de esclavos negros, y si las menciona, sólo lo hace como episodios de mala conducta. Los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo: se los escamotea para que los llamados países en desarrollo no sepan que no van hacia el desarrollo sino que vienen de él. Lo que importa es aprenderse de memoria las fechas de las batallas y los cumpleaños de los próceres. En la batalla entre el bueno y el malo, el pueblo cumple siempre el papel de comparsa. Los pueblos no aparecen o forman un confuso montón de débiles mentales, ansiosos de jefes mandones. Al pueblo se le ha vaciado de su memoria histórica como condición para demonizar la fuerzas del cambio a los que se denominan

como agentes de ideologías foráneas, traficantes de cocaína, marxismo y otras drogas.

Cuando en realidad lo foráneo en América Latina es el sistema capitalista el cual no fue inventado por Manco Capac o Duchicela, sino que fue impuesto desde fuera y desde arriba por los conquistadores. La conquista impuso el sistema mercantil en el subcontinente americano con el beneplácito de la Iglesia.

Sin embargo, no existe en América una tradición más antigua y propia que el modo de producción comunitario y las formas de vida colectivas.

Con razón pues, el pueblo no confía en la democracia. Esta y la justicia formal han sido divorciadas por el sistema. Quien pretenda casarlas, desata la tormenta. Las Reformas Agrarias, la nacionalización de bancos, la alfabetización y los programas populares de salud que con tanto esfuerzo e imaginación están salvando la vida de millares de niños que antes estaban condenados a la muerte, atentan contra las bases de la seguridad nacional de Occidente. En nombre de la Seguridad Nacional los militares de varios países de latinoamérica se reunieron recientemente en Argentina para tratar de encontrar métodos para combatir a la teología de la liberación, el marxismo y la penetración izquierdista en los medios de comunicación. Así a la democracia se la trata como una menor de edad, la cual deberá pedir permiso para caminar, pidiendo disculpas por su atrevimiento de instalarse en estas sociedades que desde hace siglos tienen dueños propios los cuales la dejan en herencia.

Lo mismo sucede con la libertad, generalmente se queda en un discurso formal que suele servir a los fines de quienes la utilizan pues a la mayoría les está vedada. Se trata así de una cultura de la apariencia. Lo importante es aparentar, no el vivir consecuentemente.

Para la estructura de la impotencia cualquier intento democratizador que tome como objetivo el dinamizar y liberar al hombre resulta sumamente peligroso.

Podríamos ahora imaginarnos que la estructura de la impotencia que vertebra el subdesarrollo pudiera desaparecer de la faz del Tercer mundo? Sería ingenuo pensarlo? No presupone un desconocimiento de sus causas

así como las ideas que recorren el mundo industrializado y que a nosotros nos llegan convenientemente embasadas y ocultas en el engranaje de sus máquinas? El primer paso en falso consistiría en creer que esas ideas, que conforman todo un sistema de la dominación, son universalmente aceptadas en el llamado primer mundo. No estarán sufriendo los pueblos de estos países las inconveniencias de su propia indigestión? ¿Cómo explicar entonces los problemas de la UNESCO, organismo del que algunos países se salen porque los dirigentes se escoran peligrosamente hacia los países del Tercer Mundo?

¿Por qué algunos de estos países comienzan a dedicar parte de su Pib para ayuda al Tercer Mundo? ¿Por qué esos gobiernos se ven obligados a hacer leyes que regulen la objeción de conciencia con el añadido de distraer fondos para un voluntariado de jóvenes, cada vez más numeroso y más joven en edad, en ideas, que se aproximan a las de los países del Tercer Mundo? ¿Por qué en América Latina se está empezando a mirar la cultura amerindia como punto de arranque para un planteamiento nuevo en casi todos los aspectos de la vida nacional? ¿No surgió en nuestro subcontinente una teología de la liberación? Si decíamos más arriba que la verdadera historia de América Latina es una historia de la dignidad incesante, no vemos motivos suficientes para que estos pueblos hayan olvidado sus propias posibilidades y su vocación de hombres comunitarios y libres. Si pensamos que un número considerable de obispos latinoamericanos reunidos en Bogotá, deciden que el componente étnico no puede ser postergado por más tiempo y que las culturas autóctonas deben asumir el protagonismo que se les robó en la iglesia y en la vida civil, creemos que no es por casualidad ni porque un nuevo y taimado paternalismo esté aflorando. Sería esquemático y simplista querer explicarlo así. Porque además no es eso. Lo que sucede es que existe un pueblo indígena y mestizo donde su sangre está bullendo por debajo de tanta infamia y que reclama el derecho a repensar su historia y a que se le deje ser dueño de su propia dignidad como pueblos. Todo esto es esperanzador, es una realidad aunque todavía no lo suficientemente generalizada, pero que sería injusto volverle la espalda o ignorar.

Lo que cabe preguntarse ahora es cuáles han sido las corrientes ideológicas, concepciones de vida y filosofías que han dado lugar a esta cultura de la impotencia que enseñoorea a América Latina. El origen de la misma arranca desde el hecho de la conquista pero este hecho en sí no puede explicarlo todo. En el momento de la independencia los criollos entienden

que se da una relación antidinámica en las relaciones de producción que impiden su progreso y total emancipación. Para que las cosas cambien de signo se hace necesario importar ideas e implementar nuevos modos de producción. El liberalismo económico inglés y las ideas de la revolución francesa serán el sustento de estas ideas que proclaman la libertad del dinero, la libertad de mercado, la libertad personal y, por supuesto, la libertad de América concebida en aquel momento como un todo unitario. Se logra la independencia de América, pero se consigue también que los pueblos sean ahora esclavos del dinero y de un mercado cuyas leyes les son ajenas, voraces y si cabe más injustas. Pervive así la cadena de injusticias cuyos esclavones van a labrarse ahora bajo el amparo de constituciones liberales, palabras nuevas y huecas y toda una parafernalia de altares patrios banderas propias e himnos nacionales.

Porque en esta transición hay una clase nueva, hecha de criollos, militares nacionalistas y burguesía comercial que no va a dejar que el pueblo diga su palabra. Más aún, se hará lo posible por olvidar la cultura e idioma de las etnias, se oficializará como idioma el de la colonia y se imitarán los palacios, parterres y mansiones al nuevo gusto, europeo naturalmente.

La dialéctica entre esta filosofía de la nueva clase dirigente y las sublevaciones de los indígenas, que se resisten incesantemente, jalonan la historia de estas nuevas naciones. Y aunque esta historia pretenda negarlas, ahí están como gritos ahogados, que sólo pueden ocultarse por un tiempo. Si no fuera porque el tiempo se hace eterno cuando los que sufren son siempre los mismos, se diría que la razón está siempre de parte de quienes han hecho de ella un negocio. Sucede que el negocio es tarea ardua y siempre hay que inventarse motivos nuevos con rasgos de racionalidad. Porque ha sido preciso reinventar las razones de este engaño para parecer decentes y presentables ante el mundo y ante el propio pueblo; con la diferencia de que siempre hay alguien dispuesto a medrar a costa de venderte justificaciones nuevas.

En efecto: hoy los poderes ya no utilizan las razones que le sirvieron pero que se pasaron. Hoy el lenguaje es el portador de valores y teorías nuevas pero que producen el mismo resultado. Entre estos conceptos podríamos hablar de:



## *Neoliberalismo*

Aparece como la panacea que va a solucionar los problemas económicos. Los mismos que los crearon se inventan el antídoto y nos lo aplican con un ropaje nuevo, de manera que parezca diferente y progresista: hay que apoyar la iniciativa privada que el mercado con sus leyes dicte los precios, que el estado no controle nada ni al estado y que admitamos de una vez que el dinero tiene sus propias leyes sin respetar las cuales la bonanza material es imposible. Este catecismo se hace acompañar de un patriotismo trasnochado y si es necesario defenderlo con las armas, se defiende. Los resultados están ahí, para quien quiera verlos.

## *Postmodernismo*

Resulta que mientras veíamos la forma de comer, de que no se nos murieran los hijos y las epidemias no hicieran estragos en la población, por ahí lejos, pero muy cerca, pasaban otras cosas y tenían otras preocupaciones. Sin agua entubada, ni luz eléctrica, ni caminos para llegar al pueblo; sin empleo ni esperanza de tenerlo, sin esperanza de nada porque no hacía falta, que la patria según el transistor iba bien. Al tiempo, por ahí lejos, pero cerca, han pasado cosas que no han dejado títtere con cabeza, por ejemplo: el paso de la sociedad industrial a las llamadas sociedades post-industriales o hiperindustriales, la crisis de los viejos modelos tecnológicos y laborales y la irrupción salvaje de esas nuevas máquinas inteligentes que alteran los tradicionales mecanismos de producción, distribución y consumo; el hundimiento catastrófico de aquellas viejas materias primas que conferían hegemonía a los pueblos y su progresiva sustitución por otras relacionadas con el mundo de la informática, los saberes, la memoria y, en definitiva, la cultura; el surgimiento de nuevos modelos de conocimiento y representación de la realidad como resultado del revolucionario avance de las ciencias y las técnicas, piezas básicas del nuevo desarrollo; el protagonismo creciente del sector de las comunicaciones, con implicaciones industriales, sociales, coloniales, políticas y también culturales.

Y que todo eso, claro, exige una profunda revisión de los viejos conceptos y preceptos de las ciencias sociales, la información, la política, la cultura.

Para decirlo rápida, gráficamente: mientras el continente

latinoamericano posee todavía hoy, rasgos del neolítico y hace esfuerzos superfluos para salir de un colonialismo que no tiene fin, los países avanzados inician al mismo tiempo la transición para salir cuanto antes del siglo XX.

Los análisis críticos de la realidad latinoamericana acerca de las insuficiencias de nuestra realidad (de la sociedad civil, del monstruo burocrático, del engorde del estado o de las oligarquías) parten de esa escala mayor, de esa mirada excéntrica y relacionan las dos transiciones para descubrir y describir la mastodóntica complejidad del presente.

No nos extraña por tanto, que desde esa perspectiva lo meramente político ocupe un lugar secundario, como telón de fondo solamente, mientras se privilegian otros puntos de vista o métodos procedentes de esas transiciones de mayor envergadura de las que aquí desconocemos todo. La cultura, por ejemplo, pero en un sentido más amplio y provocador, no sólo como producto artístico literario. Por ahí jalean esa cultura que también es a la vez, materia prima del nuevo hecho industrial, ética de la ciencia, estética de lo cotidiano, motor de la modernización, mito de la postmodernidad. Una cultura que no trafica con aquellos terribles maniqueísmos de antes, si de vanguardia o de consumo, si popular o de masas, si alta o baja, si escrita o audiovisual, si apocalíptica o integrada, si nacional o cosmopolita. La cultura que se defiende es la cultura de la alta circulación, de alta calidad, una cultura que se autorregula y que está en contacto imprescindible con la sociedad civil.

Ocurre que aquí no es posible hacer ninguna mirada excéntrica sobre transiciones ajenas ya que la realidad pone sus pies sobre problemas antiguos, permanentemente aplazados, sangrantes, donde lo político no es ningún telón de fondo sino que ocupa el centro de un escenario complejo.

### *El pesimismo*

A los países desarrollados les sobra de todo; hasta el pesimismo. No es este el lugar para analizar las causas de este pesimismo de una manera completa pero sí lo es para tenerlo en cuenta, para saber que existe y, sobre todo, para explicarnos por qué y cómo han sabido exportarlo a nuestros países. Pero qué es el pesimismo de estos países? En las sociedades industriales se da un grado de bienestar que abarca a amplias capas aunque el

sistema no puede evitar una creciente marginación de sectores a los que es imposible subirse al tren de los beneficios. Esta dinámica infernal de superproducción y marginación continuas, forma la esencia de su sistema hasta tal punto que si se propusiera variar algún elemento de esta dialéctica, el edificio se vendría abajo como un castillo de naipes.

Además el estado necesita controlar toda la sociedad y cada individuo. Este experimenta la sensación de que todos sus actos, sus opiniones y sus pasos los vigila alguien desde el olimpo invisible, omnipresente y todopoderoso de las técnicas informáticas y el control computarizado. Todo el refinamiento policial, el control de las noticias, el dirigismo de la cultura, de la producción intelectual crean la sensación de agobio suficiente como para originar en las personas un temor de impotencia frente al estado.

Se da además el predominio de la técnica sobre lo político. La técnica fría y sin corazón, movedora de estas sociedades, está siempre en manos de grupos reducidos al servicio del gran capital. Su control y propiedad suponen una fuerza inmensa y los técnicos se convierten en los nuevos sacerdotes de la religión de la ganancia y del poder. Naturalmente la mayoría de la población se siente ajena y lejana de este misterio de la técnica.

El armamentismo creciente y el temor a una guerra nuclear que haría desaparecer el mundo en escasos minutos y la conciencia cada vez más sensible de estos hechos o su posibilidad ayudan a generar una sensación de impotencia y miedo.

El desprecio y desvalorización de las ideologías como motor de la historia así como el desprecio de todo lo que suena a organización como vehículo para la solidaridad y avance de la sociedad unido también al hecho cada vez más frecuente y consciente en la gente del control de toda la información a nivel mundial y la venta de la misma como producto para el consumo son otros signos que explicarían la ola de pesimismo que invade estas sociedades desarrolladas.

Podríamos concluir entonces que, ante la magnitud del estado, el individuo se empequeñece, se anonada y se siente incapacitado para combatirlo. La consecuencia es una autoconciencia de la impotencia generalizada para el cambio lo que lleva a una frustración que se expresa en grupos de jóvenes de tendencia anarquizante e individual que, en

determinados momentos, se rebelan contra el sistema destruyendo servicios públicos, invadiendo locales vacíos, o cometiendo todo tipo de provocaciones frente a edificios representativos de los órganos de poder. Se van a definir a sí mismos por música muy determinada y por atavíos estrafalarios. Son los creadores de la llamada contracultura como oposición a una cultura dominante de la que se sienten ajenos y por lo mismo incapaces de enfrentar. Al no encontrar el sentido de la vida, se automarginan como única forma de personalizarse pero el sistema ha estudiado muy bien la forma de controlarlos.

No es extraño que aparezcan en estos momentos las tendencias religiosas, manifestadas en sectas de carácter fundamentalista y apocalípticas como único asidero y escape ante la realidad.

Es curioso observar cómo estas reacciones se van extendiendo por los diversos países a medida que el desarrollo se instala en ellos. Van a variar las expresiones de protesta, y la música y la ropa tendrán otros componentes pero hay un hilo conductor que explica su origen: nos referimos a la sensación de impotencia, a la falta de sentido de la vida y, sobre todo, al pesimismo generalizado como nueva filosofía.

Ahora bien, este pesimismo nos lo han exportado también a los países del Tercer Mundo y ha echado raíces en nuestra sociedad latinoamericana. Así nuestros problemas de subdesarrollo, ya no serían consecuencia de una u otra forma de política sino un problema técnico. El hecho de la dependencia, la política imperialista, el intercambio desigual, la división internacional que del trabajo han hecho los países más poderosos, la corrupción administrativa, los modelos económicos, etc., no servirían ya para explicar nada.

Nuestro despegue económico y la consiguiente bonanza nacional van a darse sólo por nuestra vinculación a los países desarrollados y por el seguimiento de sus mismos pasos.

Otra vez la consecuencia es el desprecio de todo lo que sea político y organizativo ya que ambos aspectos son contrarios al despegue económico. Es normal que un candidato se presente a unas elecciones con una fraseología como esta "Los problemas de nuestro país no son políticos, sino económicos". Y que a sus adversarios los tache de politiqueros que nada

saben de economía. El que hablaba sí sabía de economía y no era politiquero, y el pueblo escuchaba este discurso sin inmutarse pero con la sensación de que la política es mala.

En los años sesenta recorrió este subcontinente el fantasma de la revolución y el sueño del cambio revolucionario a través de la organización popular. Hoy, esto nos dicen, no es posible sino que ni siquiera debe soñarse. Enfrascarse en estas aventuras es perder el tiempo, la vida y retrasar el desarrollo de los pueblos. A pesar de todo siempre surgen focos conflictivos como sucede con Centroamérica, pero se les sofoca y se impide que se generalicen.

La única solución válida que se presenta es la "democracia formal" que en nuestros países, como ya hemos dicho, siempre está controlada y se queda en Cartas Magnas, profusión de Comités y organismos y letra muerta sin que el pueblo sea sujeto efectivo de derechos.

Estas ideas que imperan en los países desarrollados son las que sustentan la mayoría de los gobiernos de América Latina y van tomando cuerpo en nuestras sociedades aunque la mayoría de la población no sea consciente. No hay que darle vuelta, las ideas son en nuestro tiempo, fenómenos a escala mundial que se venden como productos beneficiosos por igual en cada latitud del planeta. Los que siempre tuvieron el poder o pensaron por los demás en nuestros países van a defender estos valores, la llamada "cultura nacional" si con estos presupuestos la pirámide se mantiene inamovible. Con estos valores no corren peligro su posición ni sus intereses. Con estos valores, las ideas revolucionarias son presentadas como zanrandajas de iluminados y voluntaristas con el agravante de la violencia que conlleva y que nada tienen que ver con la idiosincrasia de nuestros pueblos. En este contexto la paz, un bien universalmente deseable, se convierte en slogan repetido y acariciado siempre que no se nombre la justicia que la sustenta. Y se ciudará mucho de olvidar la historia, el protagonismo del pueblo en la misma, para recordar solamente su jerárquica disciplina patriarcal, su mansedumbre y proverbial obediencia. Así se hará todo lo posible por romper las organizaciones que no tendrían andas que ver con nuestra cultura, que sólo son política y que hay formas mejores y más civilizadas de conseguir las cosas. Por eso en nuestros países surgen con una frecuencia calculada los caudillos defensores de todas las carencias del individuo, pero impedirán que este se organice; surgirán los dictadores con

un lenguaje marcial, recto y ambiguo, pero con unos hechos muy claros, defensores del orden y la patria, pensantes por los demás, cargando sobre sus hombros el histórico empeño de rescatarnos del maremagnum de ideas extrañas, del deleznable sistema de partidos políticos, corruptos engendros que sólo buscan el poder mediante el engaño, la coima y la troncha política. Se presentarán como nacionalistas pero todas sus ideas y planes de gobierno serán espurias y van a atacar la democracia de partidos porque esta nunca fue democracia.

Los derechos del hombre no existen porque no hace falta que existan aunque el juego diplomático les obligue a firmar solamente Declaraciones Universales que nadie va a cumplir. Y todo serán juras de bandera y desfiles marciales y bandas de guerra desde la más tierna edad en escuelas sin vidrios en las ventanas ni medios pedagógicos para que la juventud no olvide nunca sus deberes para con la patria de los otros.

Si decíamos antes que todas estas ideas convertidas en arquetipos, alguien se encarga de expandir por todo el planeta, decíamos también que su resultado era la creación de una autoconciencia de la impotencia. Pero ahora debemos añadir algo más. En los países desarrollados esta impotencia es el resultado de la conciencia de la misma y su resultado es el pesimismo; pero en nuestro países esta impotencia es el fruto de la ignorancia, de la inconsciencia. El resultado es el mismo con la diferencia de que aquí tenemos que alimentar sobrados motivos para la esperanza ya que aquí hablamos en términos de vida o muerte, de humanización o no.

Este comportamiento es el que ha ido afianzando la estructura de la impotencia a lo largo de nuestra historia y hoy está tan imbricada en el tejido social y en las personas que quisiéramos todos ver algún rasgo de luz que indicara una salida posible. Conviene no olvidar que las culturas dominantes, cada vez más dominantes y poderosas se recrean sin cesar para ofrecer rostros nuevos, aparentemente distintos.

Frente a este panorama, dónde queda la cultura popular, la única democrática posible? Dónde quedan las culturas de tantas etnias como todavía perviven en América Latina? Cómo podrán defender su diferencia y su unidad en los estados que ahora sólo le dan cobijo en mapas desplegados a lo largo y ancho de unas escuelas pobres y perdidas? Y sobre todo esto,

**dónde queda el hombre, sujeto de su historia y protagonista de una comedia en la que siempre rien los mismos?**

Cualquier intento de liberación de las gentes de este subcontinente deberá tener en cuenta estos interrogantes y darles solución con los propios agentes del cambio si no queremos una vez más, pensar por ellos, hacer diagnóstico por ellos, suplantar su protagonismo y caer en nuevos paternalismos.

### **3. Papel del cristiano: Afirmar al hombre en su dimensión total**

El cristiano, frente a esta situación no puede quedar impasible. Su fe le debe descubrir al Dios de la vida y la libertad que crea al hombre para ser co-creador del universo y para que se revista de la dignidad que le viene dada por el hecho de ser imagen de Dios y por su vocación a la plenitud de su realización total.

#### *Vocación del cristiano*

Al cristiano no se le puede identificar como tal por el simple hecho de afirmar su fe en Jesús. Esta afirmación comporta una serie de actitudes. Por ejemplo: la fe en Jesús no permite aceptar la vejación de la persona con conformismo y resignación y menos justificarlo en nombre de su enseñanza.

Por eso hemos de hacer un esfuerzo de ir desbrozando ciertas justificaciones ideológicas, que se han incrustado en el cristianismo popular y tradicional para mantener y explicar un estado de injusticia totalmente opuesto a los valores evangélicos y buscar en las fuentes de la revelación para descubrir el sentido de nuestra fe y el alcance que comporta el llamado al seguimiento de Jesús.

#### *El encuentro con Dios y con el hombre*

El cristiano en su experiencia de fe se ve impulsado a una vida de comunión con Dios y con el hombre. Su vida siempre está encaminada a este encuentro sin el cual su existencia se siente vacía y sin sentido.

**La fe es la respuesta del hombre al llamado de Dios. Dicha respuesta**

será auténtica, si se traduce en un seguimiento al mensaje revelado en la persona de Jesús con el consiguiente compromiso que implica renunciar a un determinado tipo de vida y abrazar el ideal del Evangelio en medio de una sociedad que se presenta hostil a la aceptación de esta vivencia, a pesar de su fachada teñida de religiosidad.

La fe en Dios y la relación con El no puede quedar reducida a una comunicación de carácter individual, por el contrario, la relación con Dios conlleva y exige una experiencia comunitaria. Al sentido privado e individualista de la fe no e le puede denominar sin más, cristiano. Le falta esta dimensión específica que marca y define a lo cristiano que es lo comunitario; sin esta dimensión no puede haber auténtica experiencia del Dios revelado, que en sí mismo es comunidad.

Por tanto, el cristiano, que siente la necesidad de relacionarse con Dios, al mismo tiempo se siente impelido a la comunicación con el hombre y el mundo. Se da así un doble movimiento: la comunicación con Dios le lleva a la relación con las personas y la relación con las personas le exige y le pone en comunicación con Dios.

No se da, pues, para el cristiano una ruptura entre el mundo y Dios por no existir en el cristianismo la diferencia radical que se da en el mundo de lo religioso entre lo sagrado y lo profano. Para el cristiano, el acercamiento a Dios no comporta el alejamiento de la historia profana, al contrario, lo sustancial es asumir la historia y la vida y a través del compromiso, transformarla para ofrecersela a Dios.

Así la experiencia cristiana nos muestra que el encuentro del hombre con Dios se realiza en lo profano y vive sumergido en esta realidad, pero nunca absorbido ni enajenado por ella ya que su mirada de fe es capaz de criticar y desmitificar los valores, que a través de los sistemas ideológicos, tratan de presentarlos como definitivos e intocables. La realidad profana en toda su dimensión es objeto de interés y transformación para el cristiano. No debemos olvidar que la experiencia de Dios es siempre mundana e histórica.

El cristiano se relaciona con Dios a través de Cristo en el cual confía plenamente y se arriesga por tanto a correr su misma suerte, a repetir su historia y su práctica. Se trata de establecer una comunión personal y



comunitaria con Dios a través de la vida solidaria y fraternal donde se hace carne la Buena Noticia.

Esta relación del hombre con Dios se traduce en testimonio de vida en el mundo venciendo los miedos al ridículo de profesar unos valores, que ante el mundo aparecen como caducos y trasnochados. El cristiano de esta relación recibe el valor y la audacia para testimoniar la esperanza en un mundo en el que el excepticismo y el fatalismo están a la orden del día para anunciar la ilusión en la utopía en medio de un mundo en el que parece que todo está ya inventado y reglamentado. Por el contrario, la carencia de relación con Dios se traduce en cobardía para enfrentar la vida y la historia y en incoherencia para asumir la realidad y la vida de fe. Esta dinámica nos lleva a escudarnos en lo mítico-culturalista.

Nuestro seguimiento a Jesús es una apuesta por su persona y su mensaje. Nos atrae la forma de ver la vida, de entender la relación con el Padre, la libertad de su opción frente al hecho religioso, en definitiva, cautiva su manera de ser hombre, su desprendimiento y su plenitud. Con su práctica nos muestra un nuevo estilo de relaciones personales no marcadas por el interés sino por el amor y la entrega. Nos hace creer en la esperanza de que el hombre puede ser mejor; nos ilusiona en un proyecto más plenamente humano donde la desconfianza en nuestras relaciones interpersonales vayan siendo borradas.

La persona de Jesús nos muestra al hombre de una forma totalmente diferente, nos descubre su pequeñez y grandeza al mismo tiempo, en definitiva, desbarata todos nuestros esquemas y miedos para aceptar el riesgo de optar por el hombre y la vida, y, aún más, nos vacía de nuestros egoismos para apostar por los más pobres, los más humillados, los que no nos van a corresponder con lo que la sociedad nos propone sino que nos van a brindar fraternidad y, en algunos casos, incompreensión y desconfianza.

Nos fiamos de Jesús por sus enseñanzas y su práctica, porque nos ha descubierto una nueva forma de relacionarnos con Dios a través de la amistad y el amor humanos. Su práctica nos descubre su cercanía a Dios, es más confiamos que por sus palabras es Dios mismo quien nos habla.

Por eso, al relacionarnos con Jesús tenemos una cierta seguridad de estarlo haciendo con el mismo Dios. Este es el sentido de nuestra fe que

como la de Jesús no está arropada por un sin fin de mediaciones religiosas que asfixian nuestro compromiso por el hombre y su historia.

El cristiano a través de su fe y su praxis es el hombre que ofrece su existencia por la consecución de un mundo más fraterno, y por la plenificación del hombre, y en este apostar por algo nuevo que la experiencia parece negar, el cristiano descubre sus limitaciones, dudas y miedos: no estaremos apostando por algo que es imposible y en ese caminar vamos dejando nuestra piel? Este interrogante nos angustia pero nos sentimos reconfortados en la experiencia de Cristo que también se planteó el mismo problema y supo superarlo.

Para seguir este camino, es necesaria la comunión con otros cristianos que nos sirvan de reflejo en nuestra duda. La comunidad es el signo de que nuestra relación con Dios, al pasar a través de su imagen viva que es el hombre, tiene garantías de fiabilidad de que va por buen camino. El compartir la fe que se hace vida y se traduce en una comunión de bienes, experiencias e ideales nos confirma en la apuesta por una relación con Dios que pasa a través de unas relaciones humanas basadas en el amor.

Las primitivas comunidades hacen patente esta experiencia y nos abren caminos alternativos y diferentes a la dinámica de la iglesia actual tan masificada e impersonal, donde la fe se vive de forma tan individual y descomprometida, aferrándose a lo ritual como mediación para la relación del hombre con Dios.

No fue así la experiencia del seguimiento de Jesús para sus discípulos. Esta no estuvo encuadrada en el ámbito de lo sacro, sino que fue una experiencia secular y profana. Los discípulos no se iniciaron en una formación sacral en lo que concierne a normas de carácter ritual ni de prácticas sagradas ni tampoco ejercieron el culto en ninguna de sus facetas.

Los discípulos de Jesús no parece que se sintieran atraídos por una experiencia sagrada, sino más bien, por un estilo de vida de entrega a los demás, de servicio, de cambio de mentalidad y de una distinta comprensión de Dios, del hombre y de la historia.

El seguimiento de Jesús por sus discípulos es una afirmación de fe sin experiencia de lo sagrado, es el seguimiento a una persona encarnada en la

realidad profana que entrega su vida por la liberación de la humanidad y la plenificación del hombre.

El mensaje bíblico nos muestra que Dios no quiere que el hombre sufra, ni tampoco necesita de su inmadurez o sus carencias para llenar sus deficiencias, para tomar El su papel en la construcción del mundo.

Tampoco quiere Dios un hombre que permenezca infinitamente en la inmadurez y en el sometimiento semejante a un estado de permanente infantilismo.

Esta visión es incoherente con el mensaje cristiano. Jesús invita a un seguimiento que implica capacidad de ruptura, independencia y capacidad de riesgo.

El hombre está llamado a ser libre y a realizarse de forma creadora. El Dios de la creación es también el de la redención. Crea al hombre para que colabore en la co-creación del mundo. Por eso, el cristiano está obligado a transformar el mundo y a asumir su papel en la historia en vez de contribuir a un aumento de la irracionalidad y la desigualdad.

Dios nos creó y nos llama a ejercer nuestra libertad para que respondamos a nuestra máxima dignidad, el ser hombres libres y responsables. Cuando estamos presos de la ley, de un concepto de la religión y de la divinidad que atenta contra la dignidad humana, no podemos hablar de cristianismo. El mensaje evangélico nos lleva a la afirmación, no a la anulación del hombre, a creer en su poder creativo y en su capacidad de amar y transformar la historia. Nos da ilusión y madurez para confiar en una vida que humanamente tiene sentido y que genera al tiempo que sueña nuevos horizontes que sostengan al dinamismo utópico de esa actividad.

La relación que mantiene el hombre con Dios le da sentido a la vida y le infunde confianza para continuar el camino de Cristo creando estructuras y relaciones que posibiliten que el hombre viva y se desarrolle plenamente hasta alcanzar el grado de dignidad que Dios le ha dado.

### *Conquistar la fraternidad*

El cristiano por su fe mantiene latente un sentido de crítica hacia los

sistemas sociales que le viene dada por la idea que tiene del hombre, de sus valores, sus capacidades y su anhelo de alcanzar la libertad y dignidad. Pero para el cristiano estos valores no pueden vivirse individualmente pues esta dinámica frustraría a la persona y la mutilaría de una de sus características más acentuadas y profundas: el vivir en comunidad, el ser con y para los otros.

A partir de esta comprensión de la persona es de donde parte la crítica a los sistemas sociales vigentes que impiden que el hombre alcance este profundo anhelo de relación con los demás hombres y grupos sociales. Este ideal de alcanzar un modelo social que permita a la persona vivir unas relaciones fraternales, le impulsa a luchar y a relativizar los sistemas de valores que hoy día están vigentes en nuestro entorno. Dichos valores basados en un marcado sentido por acumular riquezas le convierten al hombre en un objeto consumidor de bienes, vaciándole de su dimensión profunda de ser con los demás para el servicio, la convivencia y la fraternidad.

Nuestras sociedades han logrado constituir al dinero como el talismán capaz de solucionar los problemas de la humanidad. Se ha convertido al dinero en un auténtico fetiche que ejerce en la sociedad un alto poder de fascinación. Así la persona será tanto más importante, cuanto más riqueza posea y cuanto mayor capacidad tenga de consumir y, hasta de derrochar. Este virus se ha incrustado de tal forma en el hombre que ha llegado a marcarle indefectiblemente. La sociedad ha desquiciado a la persona al proponerle un modelo de vida basada en el tener, que es incapaz de cumplir, creando así un sistema ya institucionalizado de desigualdad. Mientras unos países derrochan, otros carecen de lo más necesario y el mismo fenómeno se repite al interior de cada pueblo. Hay grupos sociales que en los llamados países desarrollados abarcan a amplias capas de la población y en los países del Tercer Mundo se reduce a minorías altamente privilegiadas que tienen una fuerte capacidad de consumo de bienes y servicios y luego están los marginados desposeídos de todo y que en las sociedades latinoamericanas abarca a la gran mayoría de la población.

Este desajuste implica que para ser alguien hay que tener capacidad económica, pero al mismo tiempo el trabajo escasea, los salarios son cada vez más incapaces de alcanzar a cubrir las necesidades básicas, y al tiempo, debido a la publicidad se nos crean otras necesidades superfluas que pasan

por ser básicas. De esta forma, en los sectores sociales desfavorecidos no es infrecuente encontrar patentes desajustes: se descuida la alimentación, la vivienda, la sanidad, privilegiando los bienes superfluos como es el atuendo que permite a la persona ser revalorizada, o la televisión, el radio cassette, equipos de sonido y toda serie de aparatos manufacturados que a veces no tienen sentido dentro de las deficientes condiciones de vida de los pobres.

Para tratar de conseguir dinero todo medio es válido. Todo se puede comprar y vender: los valores, las personas, todo se convierte en mercancía. El hombre se comporta como competidor del hombre en una interminable carrera que no tiene fin. Todo son oposiciones, enfrentamientos y competencias sin límites en las cuales, la mayoría queda desplazada.

El cristiano seguidor del Evangelio y mensaje de Jesús no tiene más remedio que rechazar este tipo de sociedad en la que prima el dinero y la competitividad por encima del hombre y los valores de solidaridad y comunicación.

El cristiano afirma los valores del compartir bienes y vida frente al poseer, el ser frente al tener. Busca en esta vida la felicidad, pero la entiende de una manera muy diferente a como la plantea la sociedad.

El primer requisito, es la no ambición por el dinero. El que pone ahí su corazón está incapacitado para vivir los valores de la solidaridad y el compartir. El cristiano en su raíz busca la fraternidad que sólo se consigue por la igualdad. Que todos tengamos las mismas oportunidades, que los bienes se distribuyan equitativamente, que se borren las diferencias existentes, pues mientras existan serán un impedimento para que las relaciones humanas sean fraternales.

El Evangelio y el testimonio de los primeros cristianos, incluidos los Padres de la Iglesia y las corrientes proféticas combatieron a la propiedad privada por ser fruto del egoísmo y por generar una desigualdad que atenta contra la dignidad de las personas. Este no es el modelo de sociedad que responde a las exigencias evangélicas.

También combaten el ansia de prestigio y poder y proponen el servicio como alternativa y la lucha por conquistar la justicia. Lo paradójico es que esta postura de renuncia a la posesión y al prestigio y la apuesta por el

servicio y la fraternidad, el Evangelio y el cristiano lo ponen como camino para alcanzar la felicidad y la plenitud. Es signo de vida, de ser persona con los demás, de plenificación y creatividad. Es símbolo de paz aunque haya que tener enfrentamiento con las personas y grupos que defienden estructuras injustas.

Pero el cristiano no piensa que la sociedad fraternal es algo mecánico, que se consigue de una vez para siempre y ya no es posible avanzar más. Se la concibe como un proceso siempre perfeccionable y que establece una dinámica de continua autocrítica por la cual se deben revisar actitudes para adecuarlas al objetivo: El hombre y la solidaridad.

Para esto, es preciso luchar contra los valores establecidos y los mecanismos que oprimen al hombre, personal y socialmente, enajenándole de sus capacidades comunitarias, creativas y utópicas.

Los cristianos no podemos plantearnos el vivir la fraternidad exclusivamente entre nosotros, en nuestros grupos y comunidades. Esto será signo que aliente a otros grupos a vivir de la misma forma, y expresión de la posibilidad de una nueva forma de vida, pero si no incidimos en que la fraternidad sea posible para todos, habremos errado el camino. Debemos luchar porque la sociedad fraternal y justa para la humanidad sea una posibilidad certera y para conseguirlo, hemos de insertarnos en la política y la vida pública sin pretender adquirir poder ni prestigio, sino como servicio e incentivo para que el pueblo vaya cobrando mayores cotas de conciencia, responsabilidad y poder.

Parece que se ha tenido mucho miedo y reserva a esta postura de participar en lo político siempre que sea un grupo o partido, que aún con sus deficiencias defienden intereses populares y combaten a los grupos de poder.

La iglesia institución no ve con buenos ojos a estos cristianos pues quisiera a lo más, que se integraran en partidos de centro o los denominados centro izquierda.

Pero es necesario que los cristianos estemos presentes en la vida política para así apoyar e influir en el cambio social y transmitir nuestra postura al interior de los movimientos populares que luchan por su emancipación. Ahí podremos vincular los valores cristianos con la

reivindicación social para la implantación de una nueva sociedad donde el dinero no sea el valor supremo, donde la igualdad sea norma a alcanzar, y el compartir y comunicar los bienes y los valores no fuera una quimera, donde la pauta de comportamiento no fuera la dominación sino el servicio.

### *Romper con toda dominación*

El hombre se siente aprisionado por una serie de barreras que le impiden vivir en libertad y desarrollar la creatividad y el sueño de utopía hacia su plena liberación. El ansia de felicidad le lleva a buscar caminos y maneras de lograrla, pero en esa búsqueda, a veces desesperada, se frustra, pues los pasos que logra avanzar hacia metas antes deseadas, le crean una vez conseguidas nuevas insatisfacciones.

El cristiano tiene conciencia de la tendencia humana hacia un tipo de conducta engañosa alienante que llega a marcar nuestra existencia. Es como un mecanismo que nos enajena y nos hace justificar nuestro estilo de vida. Para conseguir los fines que nos marcamos, todo nos es válido y justificable. Nos cerramos al juicio o crítica que provenga del exterior de nuestra conciencia, rechazamos cualquier valoración o norma moral que nos interpele. Nosotros somos la norma y la conciencia, nos creamos nuestro código de valores para racionalizar nuestra postura y esto nos lleva a la esclavitud, nos hacemos esclavos de nuestras tendencias que se manifiestan en el egoísmo, el orgullo, el individualismo que nos hacen caer en lo infrahumano.

El cristiano a esta postura de vida, la denomina pecado y es un mecanismo de dominación que el hombre lleva grabado en su interior y del cual es difícil salir si persistimos en hacerlo solos y encerrarnos en nosotros mismos.

Esta tendencia a la egolatría, a convertirnos en el centro del mundo, a tratar de satisfacer nuestros instintos por encima de todo es la más profunda y sutil de las dominaciones pues es germen de dominaciones a plano social.

Según Pablo, el poder esclavizador que aprisiona y somete al hombre al pecado es la injusticia como mecanismo que aprisiona y asfixia a la verdad. Este acto aprisiona a la verdad en un esfuerzo que hace el hombre por engañarse a sí mismo, por autojustificarse a sí mismo. En este esfuerzo

por autoengañarnos frente a nuestra conducta lo que prima es el deseo de justificar lo irracional de nuestras relaciones deshumanizadas con nuestros semejantes. En este esfuerzo por autoengañarnos lo que está presente es el seguir los instintos, deseos y pasiones del hombre que lo sepultan en lo infrahumano.

Así, el pecado personal es la negación de la verdad revelada de Dios que nos indica el fin del hombre, creado para su plenificación total. Es este ideal de ir venciendo lo infrahumano para alcanzar el grado más alto de plenitud y creatividad que se logra por la convivencia y comunión con los otros hombre y con Dios.

El cristiano lucha por combatir y liberarse de esta dominación del pecado, para dejar de ser esclavo de sus instintos y engaños. Sin alcanzar esta liberación difícilmente podremos proponernos un cambio social o estructural de las otras dominaciones.

El cristiano no pone únicamente el empeño en la liberación del pecado personal, pues es consciente que sus ataduras personales se reflejan en la sociedad y revierten sus consecuencias en la estructura social. Es por esto que no puede desentenderse del esfuerzo y la lucha por romper las ataduras del pecado social de la injusticia que sume en el sufrimiento y la muerte a millones de seres humanos. El no combatir esta situación sería convertirse en cómplice de la misma, apuntándola con nuestra actitud. Es lo que sucede por desgracia con un incontable número de cristianos para los que los problemas económicos, sociales y políticos escapan a su campo de interés y preocupación; a lo más se trata de darles una respuesta individual, con marcado carácter asistencialista que no ahonda en las raíces del problema.

Por fortuna, cada vez se acrecienta más la sensibilidad de los cristianos hacia este tema, aunque su papel quede más en la denuncia escrita que en la lucha práctica con los movimientos sociales y populares. Sin embargo, en los últimos tiempos el papel de los cristianos comprometidos con la erradicación de las estructuras injustas de pecado, ha sido relevante y ha servido de pauta para sensibilizar a la iglesia sobre el papel que debería jugar en este tema vital.

Dichos cristianos han puesto de manifiesto con su actitud de entrega que la fe es generadora de compromiso por una sociedad y un hombre



nuevos y que al trabajar al interior de movimientos populares y partidos políticos sin rasgos de confesionalidad estaban explicitando su fe ante el mundo.

### *La dominación religiosa*

El cristiano también debe luchar por combatir cualquier manifestación de dominación religiosa. En el mundo latinoamericano, donde el hecho religioso envuelve toda su vida, se dan situaciones globales y particulares de fuerte sometimiento de la persona frente a lo religioso, sus instituciones y dirigentes.

Debemos cobrar conciencia de este problema innegable. El pueblo sencillo tan alejado de los órganos de poder y decisión, tan conculcado en sus derechos fundamentales es propenso por la práctica impuesta en muchos siglos de historia a reverenciar a los órganos de poder y a sus representantes. Este hecho se repite también, y aún podríamos afirmar si cabe con más fuerza en el fenómeno religioso.

El hombre religioso se anonada ante lo sagrado y se vacía de su capacidad creativa trasvasando toda su capacidad y responsabilidad en santos, dioses y divinidades que le sirven de escudo y garantía para sus problemas existenciales. Ante la divinidad el hombre se siente fascinado y opacado. Por eso los ministros y representantes de las religiones deben ser conscientes de este hecho, para tratar de liberar al hombre de estas ataduras y ofrecerle una salida que le descubra la verdadera dimensión de lo religioso.

En la iglesia católica también tenemos que hacemos una autocrítica de nuestra práctica con la cual hemos colaborado, unas veces consciente y otras inconscientemente a la alienación y sometimiento del ser humano.

La persona religiosa presenta a veces rasgos de infantilismo al creerse incapaz de enfrentar ciertos problemas y al dar su confianza a doctrinas y normas que van contra la razón humana. Se convierte así en seguidista de ciertas corrientes dogmáticas que le incapacitan para la crítica, la reflexión y le castran en su capacidad creativa.

Esta persona está convencida que la perfección y la verdad está en admitir sin ninguna duda los planteamientos elaborados por los "técnicos" y

dirigentes que son casi infalibles en sus pronunciamientos.

Las religiones han creado un sistema de control sobre la mente humana muy difícil de quebrar y lo han logrado básicamente por la creación de mecanismos de poder elitistas capaces de controlar todo el saber sobre el hecho religioso. El creyente de a pie no tiene posibilidad ni acceso para la investigación en el campo religioso, y lo que es peor, ni siquiera se siente motivado para ello por estar convencido que ese no es su papel. Lo suyo es aceptar y creer lo que los especialistas dicen, pues razón tienen para ello. Además cunde la creencia de que en el hecho religioso cuanto menos se interrogue y menos se sepa, mejor pues en un mundo donde prima lo misterioso y lo inaccesible es mejor no cuestionarlo para no caer en el error y la confusión.

Esto se explica por el hecho de que el creyente suele ser generalmente una persona tremendamente ignorante de las características de la religión que profesa. Entre los católicos es patente la ignorancia y falta de interés por la enseñanza bíblica, base fundamental de nuestra fe. Lo poco que conoce es a través de las explicaciones dadas por los sacerdotes en las homilias o en charlas, y con eso se sienten satisfechos. Generalmente se piensa que el sacerdote debe saber bastante del tema ya que es su profesión, aunque la realidad muestra que esto no es del todo cierto, pues la orientación que se da a veces de los textos bíblicos no concuerda mucho con el original. Además el escucharlo en un espacio generalmente grande, no excesivamente cómodo, rodeado de personas con escasa relación personal y con un espacio de tiempo de al menos una semana, no estimula ni ayuda para una mayor comprensión del contenido. El ceremonial barroco dentro del cual se inserta la Palabra opaca también su importancia e impide su clara comprensión.

Así encontramos interpretaciones de la Biblia que en nada responden a su contenido y verdadera intención. Se ha mitificado el que todo lo que contiene es "Palabra de Dios", que el pueblo sencillo se lo ha tomado en el sentido literal y lo admite como prueba definitiva. Así cualquier teoría o experimento científico que no concuerden con lo que dice la Biblia, no sirve pues Dios no puede equivocarse.

Este problema existe hoy día en una mayoría de creyentes sencillos. Al interior de los grupos intelectuales de la iglesia esto está superado pero, por qué el cristiano de a pie no puede tener acceso a estos conocimientos? Una

postura generalizada es que, dada la ignorancia del pueblo en materia religiosa y su fe sencilla, que no se interroga por nada, podría traer consecuencias negativas y pérdidas de fe en un buen número de fieles, que se sentirían engañados y defraudados por la predicación y enseñanza recibidas durante largos años y el ocultamiento de las nuevas interpretaciones bíblicas más ajustadas a la verdad. Por ejemplo: cuándo se le ha hablado al pueblo del Jesús histórico, de los géneros literarios? Así se han quedado con una concepción mítica y milagrosa de Jesús y el Evangelio. La táctica de no explicar al pueblo los actuales conocimientos sobre la exégesis bíblica y sobre el Jesús histórico y guardarlos exclusivamente para los estudiantes de teología está mostrando una vez más el desprecio y desconfianza por el pueblo al que creemos incapaz de asimilar y reflexionar sobre su fe y su existencia. No lo hará si no se le brindan los elementos necesarios y, cuando lo haga por su propia cuenta, el resultado puede ser abandonar la iglesia por haberse sentido defraudado.

El pueblo posee una conciencia religiosa marcada por los dogmas y el argumento de autoridad. Lo han dicho el Papa, los obispos y los sacerdotes, pues bien dicho está. Nadie puede objetar y aquél que lo haga será un díscolo y mal creyente.

De esta forma se perpetúa la ignorancia del pueblo al que se le mantiene sumiso y dominado por una de las mayores dominaciones, la religiosa ya que trata sobre lo divino que está muy por encima de la realidad profana.

### *Dominio sobre las conciencias*

La religión se ha caracterizado más por controlar la conciencia humana a través de normas y mandatos que por educar y fomentar la libertad y responsabilidad para que sea la persona la que decida qué tipo de comportamiento o actitud deberá tomar frente a la vida a la luz de la fe y la revelación, admitiendo que la comunidad debe ayudar a corregir y a orientar nuestras actitudes, pero no por decreto, sino de una forma más personal y fraternal. Las iglesias pueden y deben opinar sobre los temas que les parezcan necesarios en los momentos coyunturales, lo que no aparece tan claro es que se arroguen el monopolio de la verdad y que todo el mundo deba seguir sus criterios sin discusión bajo sospecha de desobediencia y peligro de condenación.

Aquí se crea uno de los mayores problemas que se viven en la iglesia. Por un lado, el pueblo sencillo admite como válidos los postulados emanados de la jerarquía, pero en la práctica constatan la imposibilidad de hacerlos realidad. Esto crea desasosiego y hasta un cierto grado de esquizofrenia al comprobar que lo que aceptan en teoría son incapaces de cumplirlo y así se crea una mala conciencia de saberse en pecado y no poder liberarse de esta situación, lo que genera el miedo y la desconfianza hacia los demás y hacia sí mismo. Esto se traduce en la participación Eucarística como simple espectador pues pensará siempre que está en pecado y se sentirá indigno de recibir el cuerpo de Cristo. Tampoco se confesará sino que buscará alivio a esta situación por medio de ritos que le ofrecerán la posibilidad de sentirse justificado y aliviado. En los creyentes seguidores de la religiosidad popular este fenómeno es frecuente.

El cristiano de a pie no sólo recibe normas sobre moral y sobre el cumplimiento de los preceptos religiosos sino que también se siente coaccionado en el momento de tomar una decisión política bien sea en la opción de militancia o en el de dar su voto en unas elecciones. Parecería que un cristiano sólo puede votar por unas determinadas opciones, que van desde la derecha hasta el denominado centro-izquierda pues las otras tendencias están consideradas como contrarias a los valores religiosos.

Esta obsesión por normar toda la vida crea una situación de encorsetamiento en los creyentes que les imposibilita vivir en libertad y llegan a tener la impresión de que la religión tiene una visión negativa de la vida y el mundo.

La religión, convertida en ley, incapacita al creyente para conocer al verdadero Dios y para seguir su mensaje pues su meta y objetivo están en el cumplimiento de la ley, se convierte a la ley en Dios.

San Pablo arremete contra esta religión de la ley que aparta al hombre de Dios e insiste en que Jesús es el fin de la ley, Rom. 10, 4; Gal 3, 23; 4, 4-5. La ley para Pablo corresponde con una etapa de inmadurez del hombre creyente, es solamente un estadio transitorio, que tiene que desaparecer para dar paso a la madurez. La ley juega un papel referencial para tomar conciencia de nuestra tendencia al pecado. Sin embargo, el último punto de referencia es el hombre y su conciencia en contraposición a la ley, que es una norma externa al hombre mismo.

La religión de la ley es expresión de una relación con Dios que queda desfasada con la instauración de la Buena Nueva. Pablo proclama la libertad de la ley como algo que nos libera de estar agobiados y preocupados por nosotros mismos. Se trata de saber acoger el perdón y el amor de Dios como un regalo que nos entrega a través de Jesús.

Al liberarnos de la ley, nos liberamos del miedo y esto nos permite entrar en la dinámica del amor. Amamos al hombre por él mismo y por Dios pero siempre según Dios. Al liberarnos podemos también liberar al otro. La gracia de Dios entra en el hombre sin negarle, le ilumina. Por eso la última instancia es la conciencia del ser humano iluminada por el espíritu, que le hace discernir en su vida el bien y el mal.

El cristiano debe entrar en esta dinámica de libertad y amor, consciente de ser receptor de la gracia y liberación otorgadas por Dios, por tanto, luchará por romper la dominación que le impone el hecho religioso traducido en norma y abrazará un estilo diferente que responda al espíritu del Evangelio.

### *Las cúpulas del poder*

Las religiones institucionalizadas han logrado vertebrar un sistema jerarquizado al extremo fundamentado en la voluntad divina. Todo está bien estratificado y ordenado.

Al pueblo cristiano le quedan muy pocos resquicios para poder organizarse de una manera más espontánea que le permita vivir su fe de una manera más comunitaria donde le sea más fácil expresar los símbolos cristianos del amor, del servicio y la libertad.

Se ha comenzado la experiencia de las comunidades de base donde se vive una experiencia más democrática y donde cada miembro tiene mayores oportunidades de opinar y ejercer su vocación de servicio. Pero no podemos olvidar los problemas que han existido entre la jerarquía y dichas comunidades. Cuando estas comunidades van arraigando en personalidad y adquieren un cierto grado de reflexión teológica y crítica a la excesiva jerarquización de la iglesia, ésta se siente molesta y muestra su desconfianza hacia estos grupos atisbando muestras de desobediencia y desconocimiento de la autoridad jerárquica.

**Con esta situación se crean enfrentamientos innecesarios ya que no está en el ánimo de estos grupos hacer una ruptura sino más bien revivir ese espíritu comunitario e inconformista, que patentaron durante tres siglos los primeros cristianos. Desde el primer momento, siguiendo la práctica de Jesús las comunidades cristianas evitan la imposición de autoridad al interior de las mismas. Es enseñanza básica del Reino ponerse al servicio de los demás, sentirse el último dentro del grupo evitando aparecer como autoridad. En la comunidad cristiana no cabe el ansia de poder ni la autoridad entendida como sometimiento de la mayoría a la minoría. Claro que en la iglesia no se la interpreta así, se dice que es un servicio a los demás, pero la práctica concreta es que el pueblo no tiene conciencia de ser servido por la jerarquía; existe una lejanía y distanciamiento tal que se ve reforzado por los mismos títulos que se otorgan a los miembros de la jerarquía eclesiástica como son los de "Papa, Su Santidad, Monseñor, Excelencia, Eminencia Reverendísima, Doctor, Abad, Padre". Estas expresiones no encajan en unas personas, que según la enseñanza evangélica, deben ser los servidores de la comunidad, Mt. 23, 11. Según Jesús, en el grupo de sus seguidores todos somos hermanos y nos prohíbe por tanto, dejamos llamar por un título que exprese diferencia o autoridad, pues uno sólo es nuestro Padre y Maestro, Mat. 23, 8-9.**

Se argumenta que los apóstoles, incluidos Pablo, tenían un cierto grado de autoridad sobre el resto de los cristianos. Admitiendo que en el grueso de los cristianos existían un respeto y admiración hacia el grupo de los apóstoles, que provenía del reconocimiento de haber sido testigos presenciales de Cristo y del constatar el desprendimiento y compromiso asumido en el servicio del Reino, podríamos decir que era una autoridad moral y reconocida naturalmente por los demás, pero nunca impuesta ni nacida desde arriba.

Esta tendencia al servicio y a la corresponsabilidad en las comunidades cristianas evitando una jerarquización del poder, se ha perdido en la iglesia y sin duda va a ser muy difícil recuperarla, pero no obstante, es obligación de todo cristiano cuestionar el actual estado e ir poniendo en práctica experiencias más flexibles y corresponsables en las que se vislumbre el espíritu del Evangelio rompiendo con la actual imagen de prestigio y poder con que aparece hoy la iglesia a los ojos del pueblo del que se supone es servidora.

En la Iglesia, no nos hemos tomado en serio este tema, parece que presuponemos que la Iglesia, aunque no acompañe a los grupos que buscan el cambio y la liberación, tampoco hace excesivo daño ni se la puede contar entre las instituciones de dominación. En los últimos tiempos la iglesia comenzó a denunciar las situaciones de injusticia existentes en la sociedad pero, le faltó hasta el momento, hacerse una autocrítica que replantee y cuestione su práctica.

Sobre todo en países como los latinoamericanos donde su implantación es tan fuerte y donde lo religioso es tan absorbente. No podemos cerrar los ojos ante este problema y conformarnos con tener un discurso en ciertos temas más o menos progresista. La realidad nos muestra que el hecho religioso, si no está en constante revisión y purificación, es un elemento que estanca y sume al hombre en el conformismo, en la enajenación y en el miedo. Todavía no se han olvidado las prácticas empleadas por la iglesia para la "catequización y adoctrinamiento", para matrimonios y bautizos cuando tenían que pasar en la casa parroquial hasta más de diez días los novios y padrinos recibiendo la doctrina y trabajando en las dependencias parroquiales o el pago del diezmo y las primicias donde los indígenas tenían que ofrecer lo mejor de sus ganados y cosechas así como el pago excesivo por celebración de misas, entierros y demás actos litúrgicos.

Todo esto, unido al poder económico en tierras e inmuebles que posea y todavía posee la iglesia y al prestigio que gozan sus ministros frente al pueblo. Esta práctica ha dejado un poso en la sociedad latinoamericana que todavía no ha sido capaz de sacudirse.

Hemos de cobrar conciencia que, para que el hombre se libere no es suficiente hacerlo en el plano socio-político, sino que es imprescindible romper con la dominación, que ejerce la religión sobre el hombre y la sociedad. Sin esta dimensión, la liberación no podrá darse.

El cristiano, al atacar este punto, está siendo fiel a su creencia y a su compromiso en el seguimiento de Jesús, que rompió con toda dominación que impedía al hombre ser libre y reconocerse como auténtica imagen de Dios.

#### 4. La profanidad, lugar del encuentro con Dios

Existe una idea muy extendida en la mentalidad religiosa de que Dios ocupa espacios santos diferenciados de los del hombre y el mundo, los cuales no se corresponden; como si Dios fuera el auténtico y definitivo segregado a quien le repele el mundo profano donde habita el hombre. Ya hemos visto anteriormente la concepción que tiene de Dios la ley de Santidad o Pureza: Dios es el Santo y esta santidad se preserva por la lejanía de lo profano identificado como lo impuro, lo contrapuesto a lo santo. Por eso Dios debe permanecer aislado. En la tierra, la presencia de Yahvé se encontraba localizada en el templo de Jerusalén y allí todavía tenía reservado un lugar (el Santo de los Santos) donde sólo podían ingresar los Sumos Sacerdotes. Al pueblo le estaba prohibido ingresar por no reunir las características de pureza exigidas. Si lo hacía, encontraba la muerte.

Esta visión de Dios es la que ha marcado más comunmente a la mentalidad cristiana, que privilegió el apartarse del mundo para así lograr un mayor acercamiento a Dios. La construcción de los templos se asemejó a la idea que tenían el pueblo judío y romano de localizar la presencia de Dios en ciertos lugares expresamente preparados. Las ceremonias litúrgicas fueron tomando un cariz fuertemente hierático con innumerables genuflexiones y la utilización de incienso, luces y objetos expresamente dedicados a estos menesteres. Así se ingresó de lleno en el mundo de lo sagrado en contraposición a lo humano, lo profano concebido como una realidad inferior.

Sin embargo, la constante del mensaje bíblico nos ofrece una visión diferente: Dios se revela a los hombres en su medio: lo profano. Dios no se esconde del espacio donde el hombre habita, por el contrario irrumpe en el mundo e historia profana como lugar privilegiado e indiscutible de su manifestación. Es más, a Dios es imposible concebirlo sin comunicación con el hombre, sin esa relación de amor y preocupación porque el hombre sea libre y viva unas relaciones de justicia interhumana que le permitan llevar una existencia feliz.

Esta es la enseñanza del relato de la Creación: Dios coloca al hombre en el mundo, en una realidad profana y le hace responsable del desarrollo de la historia humana. Es voluntad divina que el hombre tome las riendas para ir desarrollando y haciendo avanzar la creación, que podríamos decir que Dios



ha querido dejar inacabada para que sea el hombre quien la perfeccione y la vaya ordenando según el plan concebido por Dios.

Es el mismo Dios el que dá al hombre la potestad de dirigir la historia con total libertad y sin ingerencias de ningún tipo. Dios mismo es quien otorga al hombre la grandeza de ser imagen suya en el mundo ofreciéndole todo un universo de posibilidades para la plena realización personal y colectiva. Como vemos, Dios no posee esa imagen negativa del ser humano que frecuentemente encontramos en la mentalidad religiosa, muy al contrario, le eleva a la mayor categoría considerándole casi a su nivel. Este es el sentido del salmista cuando reconoce y agradece a Dios por los atributos con que ha coronado al hombre, Sal. 8, 6-7: "Apenas inferior a un Dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor. Le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies" Lo mismo nos dice el libro de la Sabiduría 2, 23: "Porque Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza" y el Eclesiástico 17, 3-4 "De una fuerza como la suya los revistió, a su imagen los hizo. Sobre toda carne impuso su temor para que dominara a fieras y volátiles" El libro de la Sabiduría confirma el poder que Dios otorga al hombre y la confianza que deposita en él para que dirija el mundo en santidad y justicia, Sab. 9, 2-3.

No es otro el sentido del Génesis 1, 26-29. El hombre es el ser máximo de la creación ya que es él mismo el que tendrá que organizarla y recrearla.

Vemos así que la revelación cristiana supera la confrontación Dios-hombre con la afirmación del Dios hecho hombre y del hombre-Dios. En toda la historia de la salvación encontramos que la causa del hombre es, al mismo tiempo, la causa de Dios y, por tanto, la causa de Dios pasa a ser plenamente humana.

El libro del Exodo deja bien patente que Dios no puede quedar indiferente ante la causa del hombre y nuevamente constatamos su manifestación al interior de la historia profana tomando partido por el pueblo oprimido, Ex. 3, 7-9. Pero esta irrupción de Dios en la historia no conlleva una suplantación del hombre sino que reviste connotaciones de toma de conciencia para el hombre. Dios ilumina al hombre sobre su condición creadora y libre que no puede quedar sojuzgada por posturas dictatoriales e injustas. Dios impulsa al hombre para que emprenda una lucha de liberación

que modifique las condiciones alienantes de ciertas etapas históricas.

Los profetas en su mayoría no participan de las instituciones religiosas de la época, mas bien las fustigan y denuncian la imposibilidad de encontrar a Dios a través de sus estructuras. Ni el templo, ni el culto son lugares ni momentos que nos descubren y nos relacionan con Dios, más bien son impedimentos. Los signos que muestran la presencia de Dios entre los hombres y confirman el cumplimiento de su voluntad pasan por la transformación de la historia humana, por crear unas relaciones fraternales entre los hombres.

Los profetas parten de lo profano para denunciar la práctica religiosa de su tiempo, que aplasta al hombre y que está unida al poder político y económico, que forman una estructura de dominación en contra del pueblo.

La práctica de Jesús nos confirma también esta constante bíblica. Desde su nacimiento hasta su muerte, pasando por los lugares y la forma en que anunciaba su mensaje, nos muestran cómo la realidad profana es el lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Su actitud también es significativa, lo que importa en definitiva es el hombre y todo lo que se oponga al pleno desarrollo de la persona, hay que combatirlo frontalmente por ir contra la voluntad de Dios.

El sentido tan laico de su persona y su enseñanza chocó tanto en la estructura religiosa de su tiempo que le costó la vida. Su postura fue de total libertad para enfrentar a las Instituciones, tanto políticas como religiosas, en defensa de la vida y del hombre y proclama que el hombre es un ser libre y esto hay que defenderlo a toda costa, aunque para ello se tenga que enfrentar a toda una mentalidad estratificada. Todo lo que se oponga al pleno desarrollo del hombre hay que abolirlo. Así encontramos desconcertante su postura crítica ante la familia, muy diferente a lo que la iglesia mantiene en su doctrina. Jesús criticó a la familia de su tiempo por considerarla un instrumento de sumisión y por tanto, un impedimento para el ejercicio de la libertad. Son varios los textos en que Jesús mantiene esta postura crítica. Unas veces exige a los que quieren seguirle, la ruptura familiar, Mt. 4, 18-22, Mt. 8, 22; Lc. 9, 62; Lc. 14, 26-27. Otras veces dice que ha venido a traer la división al interior de las familias, Lc. 12, 51-53 y hasta predice que los hijos denunciarán a sus padres, los hermanos a sus hermanos, y así sucesivamente, por el seguimiento de Jesús, Mt. 10, 21-22.

Lo mismo sucede con su comportamiento frente a la ley y a las tradiciones religiosas. Su libertad fue total, y su defensa del hombre frente a todo tipo de mediaciones y sometimiento, no tuvo ningún freno. Anunció la destrucción del templo y de la ciudad reconocida como santa, Jerusalén, por ser lugares estructurados de dominación del hombre en vez de ser espacios de libertad que ayudaran al hombre en su liberación total.

Jesús no se sirve de las instituciones religiosas ni de los espacios sagrados para impartir su enseñanza y anunciar el Reinado de Dios, sino que crige la realidad profana como lugar adecuado para vivir la relación con Dios. Es a partir de la vida con todas sus contradicciones y situaciones de hambre, enfermedad, marginación, opresión, donde Jesús revela al Padre en contraposición a los tiempos, espacios y personas sagrados. Da una respuesta a estas situaciones en que la vida del hombre se siente amenazada y es a partir de ahí que anuncia al Dios liberador.

Es significativo que el comienzo de su predicación se efectúa en Galilea, territorio marginado con una mayoría de trabajadores en las faenas marítimas, tierra de guerrilleros que enfrentan continuamente al poder opresor de Roma y religiosamente sus habitantes son considerados impuros por el centro religioso, Jerusalén. En definitiva, Jesús elige una realidad nada marcada por sus connotaciones religiosas o sagradas para revelar al Padre.

Su práctica, tampoco tiene connotaciones sacrales, no bautiza como Juan, no manda asistir al templo a los ritos culturales, ni invita al pueblo a presentar ofrendas para relacionarse con Dios, sino que anuncia el Reinado de Dios que se concretiza en sanar a los enfermos, en acoger a los pecadores, en dar de comer a los que tienen hambre, en la enseñanza al pueblo, en suma, en preocuparse por las condiciones de vida de los hombres en los niveles en que esta se encuentra amenazada.

En su enseñanza privilegia las relaciones interhumanas de justicia, solidaridad y ayuda mutua como medio para encontrarse con Dios, Mt. 25, 31 y ss Mt. 22, 39; Mt. 12, 7; al tiempo que denuncia y fustiga las mediaciones religiosas tradicionales al uso como impedimento para la relación del hombre con Dios, Mt. 15, 3-9; Mt. 23, 13-15.

Jesús no tolera el que se extreme la fidelidad a las prácticas religiosas mientras se incumple lo fundamental, la difelidad a la persona, Mt. 23, 23;

trastoca la tradicional concepción religiosa que pone como central lo sagrado y lo reemplaza por la realidad profana, es decir, el compromiso con la historia humana y la convivencia fraternal. Lo primero, es la relación de justicia y de amor entre las personas, es lo que Mateo pone en boca de Jesús, Mt. 5, 23-24 "Si pues al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda". Aquí vemos que lo central no es lo sagrado, sino las relaciones fraternales entre las personas.

Jesús no participó del sacerdocio judío, ni fue visto por el pueblo como una persona sagrada. No fue tampoco un segregado, como aparecen los sacerdotes judíos y de otras religiones. Su figura nos es presentada con fuertes características de hombre laico. Entre los títulos que se le dan están los de Profeta, Hijo del Hombre, Mesías, pero nunca el pueblo le identifica como sacerdote. Solamente la carta a los hebreos le concede este título, pero las características que atribuye a su sacerdocio no concuerdan con las que tradicionalmente se atribuyen a los sacerdotes en las otras religiones. Así define al sacerdocio de Cristo como existencial, en contraposición a lo ritual. Jesús no se apartó de la gente y de la vida, de la realidad profana, al contrario, debió hacerse semejante a los que más sufren, no se dedicó al culto ni ceremonias sagradas, sino a entregar su existencia para dar vida al pueblo.

Su muerte en la cruz tampoco reviste características sacrales, sino que más bien es la negación de lo sagrado. A Jesús le matan fuera del recinto sagrado que era el templo, incluso, fuera de las murallas de Jerusalén considerada la ciudad Santa, y el medio de darle muerte, es la cruz, que se empleaba solamente para ajusticiar a los malhechores reconocidos públicamente. La muerte de cruz era considerada la mayor de las maldiciones.

El sentido de la muerte de Cristo es el de que Dios suprime lo sagrado como algo separado y distinto de la vida profana, ya que el sacrificio de Cristo consiste en ofrecer su vida, no como los antiguos sacerdotes que ofrecían víctimas externas, es decir, ajenas a su existencia.

Desde este momento, la relación del hombre con Dios no se realiza por

medio de ofrendas ajenas a la persona, sino por el ofrecimiento de la propia vida.

A sus discípulos no les forma en espacios sagrados, sino que su escuela es la vida, es un peregrinar continuo por los escenarios donde el hombre se juega su existencia diaria. La enseñanza que reciben, viene dada en primera persona por un Dios hecho hombre, que revela así unas características totalmente opuestas al Dios de la religión oficial judía. La revelación de Dios la entienden a partir de una práctica liberadora del hombre, acompañada e iluminada por una reflexión expuesta en parábolas y ejemplos traducidos en imágenes de la vida cotidiana del hombre.

La exigencia que se les pide es el dejar toda atadura personal que les impida entregar su existencia en favor del pueblo. Desde romper con los lazos familiares, hasta las apetencias económicas, de prestigio o poder. Su actitud ha de ser la del servicio total. Su misión no consiste en ser líderes o dirigentes religiosos encuadrados en las estructuras tradicionales del judaísmo basadas en lo sagrado sino que son enviados sin ningún poder temporal ni de prestigio "como ovejas en medio de lobos" a anunciar y a hacer presente el Reinado de Dios entre los hombres.

Así los discípulos no participan por ningún concepto del rango de personajes sagrados, segregados de la realidad, sino que aparecen como misioneros itinerantes testificando su adhesión a Jesús en medio del mundo. Predican en las plazas, mercados, en la puerta del templo, en cualquier lugar donde transcurra la vida del pueblo y enseñan que la relación del hombre con Dios pasa a través de la persona en un esfuerzo por conseguir relaciones de igualdad y fraternidad. La Carta de Santiago nos dice que "La religión pura e intachable ante Dios es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo" Sant. 1, 27. San Juan afirma que el hombre que dice "Amo a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso" I. Jn. 4, 20 con lo que muestra que la religión que trata de relacionar al hombre con Dios separándole de las relaciones humanas no es posible para el cristiano. Para amar a Dios es imprescindible amar al hombre pues en el hombre y su historia es donde percibimos la revelación de Dios.

El cristiano debe saber que Dios está más allá, que se escapa de las mediaciones y símbolos que el hombre ha creado para relacionarse con El.

Por eso el cristianismo nos presenta una dinámica secularizante al afirmar que a Dios se le encuentra en todas partes pero que el centro de la relación del hombre con Dios se encuentra situado en la vida cotidiana. Esto es así por la voluntad divina de identificarse con el hombre. Ante este hecho, al hombre no le cabe otra opción para relacionarse con Dios que comprometerse con el hombre y su historia.

Puede parecer una paradoja pero el mensaje cristiano no manda al hombre buscar a Dios en el cielo sino en la tierra, en nuestra historia, en nuestras relaciones interpersonales y nos dice que la auténtica imagen de Dios no se encuentra en las imágenes de nuestros templos sino en la del prójimo más necesitado.

El cristianismo nos muestra que la experiencia de Dios la encontramos en la misma vida y que ningún símbolo por muy comunitario que aparezca tiene ningún valor si no está respaldado por un compromiso con la vida y con la historia. En esta perspectiva, la historia y la vida para el cristiano poseen un sentido en sí mismas, no se pueden dejar de lado ni marginarnos de ellas como si no tuvieran valor. El pensamiento de que sólo exclusivamente lo religioso tiene valor y que el mundo sólo encuentra sentido a través de la fe es un contrasentido y sería ir contra la voluntad de Dios de dar plena libertad y autonomía al hombre. Sería querer hacer una confrontación entre Dios y el hombre, cosa que no cabe en la revelación. Esta, por el contrario, nos muestra que, en vez de confrontación, lo que se da es convergencia. En la revelación al hombre se le confirma como ser dotado de libertad y responsabilidad para dirigir la historia; este hombre es quien toma la tarea responsable y libremente de impulsar la historia, aunque en este empeño cometa un cúmulo de errores. Pero tiene la posibilidad de instaurar tanto una sociedad injusta como una solidaria y fraternal.

Es así que es el hombre el que aparece como responsable de la historia ante los hombres, ante sí mismo y ante Dios. Dios jamás aparece como el suplantador del hombre, como aquél que elimina la responsabilidad y creatividad humanas. El hombre con su razón y responsabilidad está impregnado ya de la gracia de Dios. Nunca Dios va a usurpar este puesto al hombre.

Por tanto, la realidad humana conserva su autonomía y su valor inmanente aunque no se refiera a la esfera de lo trascendente. Todos los

valores que se plasman en la lucha por conseguir una sociedad más justa e igualitaria, la creatividad, la investigación, el desarrollo científico, las relaciones de solidaridad, el amor, el arte, en definitiva, todo aquello que significa una dinámica de búsqueda e inquietud por lograr cotas de mayor plenitud en el hombre y en la vida son válidas y deseables y el cristiano tendrá que apoyarlas a pesar de que no se haga una expresa referencia a Dios, pues la vida en sí misma vale la pena.

Que el cristiano por su fe refiera esta realidad a Dios no indica de ninguna forma que anule el valor que en sí misma posee.

En la realidad profana encontramos infinidad de valores que han engrandecido al hombre y a la sociedad y han hecho avanzar la historia y la ciencia a niveles insospechados.

El hombre en sí, a pesar de no tener una referencia trascendente, es capaz de tener una moral y unos valores éticos, que le impulsan a buscar el bien y la belleza en la vida. Grandes etapas y logros de la Historia en beneficio del hombre han sido conseguidos por personas que no tenían una referencia religiosa que marcara su vida. Sin embargo, esto no fue una rémora ni impedimento para que, llevados por la razón, su moral natural y su tendencia innata hacia el bien, entregaran su vida por lograr la plenitud y desarrollo del hombre.

Sería innecesario el recordarlo por evidente, pero a veces en la mentalidad religiosa se olvida esto con frecuencia y se desacredita todo esfuerzo humano que no posea una referencia religiosa por creerlo insuficiente y contaminado por el pecado, por intereses personales e ideologías laicas, que degeneran en situaciones perjudiciales para la sociedad. Esta mentalidad ha hecho daño a la iglesia y a la historia humana concretada en errores graves que hoy se tratan de corregir.

No podemos olvidar ni dejar de reconocer el bien que han hecho al mundo y a la misma iglesia cantidad de personas que, desde su ética y su postura de buena voluntad, aunque sin ninguna referencia expresa a lo religioso, han comprometido su vida por lograr una sociedad más justa e igualitaria. Su ejemplo nos ha mostrado valores que entroncan con lo central del mensaje cristiano (El amor a los hermano) aún a costa de ofrecer la vida. Quien haya trabajado al lado de estas personas y grupos sociales y políticos

no puede haber quedado indiferente ante tanta entrega y solidaridad. Los lazos, que se crean, son imborrables y muestran la grandeza humana, que no encuentra barreras en creencias cuando existe un ideal y proyecto común: la vida del hombre y su realización plena.

En el Concilio Vaticano II, "en la Gaudium et Spes" se reconoce esta realidad y nos impulsa por este camino de encuentro entre los hombres valorando lo positivo que existe en cada uno a pesar de nuestras diferencias de credo y pensamiento.

"Los creyentes debemos tener una cosa cierta: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios... Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia su responsabilidad individual y colectiva". Cap. III, 34.

Reconoce también la autonomía de la realidad profana, autonomía querida por Dios, que dá plena libertad al hombre para que ordene la realidad histórica en favor del hombre.

"Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aún sin



saberlo, como por la mano de Dios, quien sosteniendo todas las cosas, dá a todas ellas el ser. Son a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe. Cap. III, 36.

El hombre en esta dinámica de construcción de un mundo mejor y en su esfuerzo por ir descubriendo lo insondable del universo se plenifica y se engrandece.

"Los hombres aunque no sean creyentes tiene un impulso a que los bienes de la tierra deben estar ordenados en función del hombre centro y cima de todos ellos" *Gaudium et Spes* Cap. I, 12.

"Con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes. En nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. La inteligencia tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza" *Ib.* cap. I, 15.

"La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues este con su acción no sólo transforma las cosas y las sociedades, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y trasciende... Cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos". *Ib.* cap. III, 35.

Y admite también que todo este progreso y avance de la historia, la ciencia y la cultura que van permitiendo conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos a la verdad y aprovechan y ayudan a la iglesia. *Ib.* cap. III, 44.

Sin embargo, a pesar de haber transcurrido ya más de veinte años de estas afirmaciones, no podemos decir que en la gran mayoría de la jerarquía y en muchos cristianos hayan calado estas ideas y se hayan discipado temores ancestrales, pues subsiste todavía esta desconfianza a la realidad

profana y al hombre como fuente de maldades. Todavía se tiene miedo a las propuestas que no concuerdan con el pensamiento eclesiástico o con postulados religiosos tradicionales, aunque de hecho no estén en contraposición con la revelación y con el mensaje cristiano.

Aún admitiendo los errores y las situaciones de extrema injusticia que todavía se dan en el mundo, no podemos olvidar la creciente sensibilidad del hombre y los pueblos hacia una mayor dignidad de la persona y el rechazo a la conculcación de los derechos humanos. El Concilio también tiene una mirada de confianza y esperanza a esta tendencia humana.

"En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tienen enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano. Esto se ve más claro si fijamos la mirada en la unificación del mundo y en la tarea que se nos impone de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esta manera somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia". Ib. II Parte cap. II. 55.

### *El Nexo entre lo Profano y lo sagrado*

La encarnación de Cristo nos muestra esta dialéctica de la convivencia y unión entre lo sagrado y lo profano. Es Dios mismo quien irrumpe en la historia humana y asume la forma y condición del hombre para plenificarla, pero sin subestimarla o anularla. Jesús participó de las inquietudes y necesidades humanas, de sus sufrimientos y también de sus ilusiones y esperanzas. Desde su condición de hombre nos descubre su unión con el Padre y el proyecto de Dios para el hombre.

Dentro de este Plan liberador de Dios, Jesús no juzga al hombre partiendo de criterios sagrados ni culturales, sino que juzga y valora el comportamiento humano por su posición frente a la vida del hombre. El que se define por la solidaridad y por el proyecto de un nuevo estilo de vida, aunque no parta de criterios religiosos, es el que está cumpliendo con la voluntad del Padre. El compromiso frente al prójimo parta de donde parta, es lo definitivo para Cristo. Ya hemos puesto innumerables ejemplos de esta actitud, que nos muestran el nexo entre lo profano y lo sagrado.

S. Pablo sigue la misma línea al relativizar todos los dones del espíritu para someterlos a un criterio más claro e inequívoco, el dar amor, Rm. cap. 12; I Cor. 13. San Juan nos dice que ya podemos estar transportados al mismo cielo en la oración y meditación, que si no amamos a nuestros hermanos, nos encontramos en un camino sin salida y, por cierto, no cristiano, I Jn. 3.

El cristiano no puede encerrarse en sí mismo, debe proyectarse siempre al compromiso profano, cotidiano, intrahistórico con el hombre. Así podemos afirmar que la persona compasiva y con capacidad de ayudar al prójimo y que lucha por el bien del hombre, aunque no se refiere a Dios, es más cristiana que el creyente que reza y asiste asiduamente al culto pero que, al mismo tiempo es incapaz de mover un dedo en favor de los demás.

Esto es así no por una interpretación caprichosa de ningún teólogo sino por voluntad expresa de Dios, que ha querido que la causa del hombre pase a ser su propia causa a través de Jesús quien asume en su condición humana la suerte de los desamparados y explotados por cualquier tipo de dominación e injusticia. De esta convergencia entre la historia del hombre y la de Dios se establece el nexo entre lo profano y lo sagrado pues la profanidad queda así patentizada como lugar privilegiado para la relación del hombre con Dios. Pero esta relación no conlleva que la realidad histórica pierda su carácter profano, laico. Por esto, el cristiano tiene la obligación de ofrecer y referir toda la realidad existente a Dios sin que esta referencia anule el carácter profano y laico de las cosas.

Para el creyente cristiano no puede haber espacios neutros en la vida, es decir, no existen lugares, tiempos o realidades denominadas cristianas y otros que queden fuera de esta órbita. Es necesario situar a Cristo como centro de la existencia humana en todos los espacios vitales del hombre sin exclusión posible.

Frecuentemente el cristiano está habituado a referir a Dios su inquietud cultural, religiosa, su angustia personal, su experiencia de soledad, de dolor, en cierta manera, su relación familiar, por el contrario, excluye esta referencia en su vida de trabajo, de negocio, en su experiencia de relación con los demás, en sus espacios lúdicos, en su indiferencia social o intereses políticos o económicos. Esto no es posible en la exigencia cristiana. No

podemos crear compartimentos estancos en nuestra vida de cristianos, si queremos ser fieles al Evangelio.

De esta forma toda la realidad profana el cristianismo la ofrece y la refiere a Dios desde su experiencia de fe que le impulsa a vivir en una constante referencia a Dios y al prójimo.

El lugar del ofrecimiento o consagración no se encuentra ubicado en las cosas, sino en la propia experiencia del cristiano. Así, aunque lo profano sea ofrecido a Dios, nunca por esto perderá su connotación profana y secular. No es que las cosas cambien en sí mismas, lo que sucede es que esas realidades se viven de una forma tal que están referidas a Dios.

## 5.- Desafíos para los Cristianos y la Iglesia en América Latina

Cualquier cristiano que quiera vivir en serio su fe, debe contrastarla con su compromiso y, antes todavía, con la actitud que adopte en la vida. Ser creyente en nuestro continente supone abrir los ojos a la realidad que nos envuelve.

Lo primero que aparece en nuestro alrededor es un pueblo muy religioso y muy pobre. No hay ninguna contradicción en esto. Que el pobre sea religioso no es algo automático ni inconsciente. El hombre pobre también se hace preguntas y opta por la religión y por Dios como respuesta a sus dudas en un medio de carencia total. Dios es el único interlocutor válido, el único que puede solucionar su problema, parece responder al mismo nivel de los requerimientos del pobre.

Hay que partir de este hecho religioso para enfrentarse a esta realidad. Pero también de algo más: Los pobres (sean o no religiosos) constituyen la razón de ser del Reino de Dios. La solidaridad con los pobres no es un mero apéndice, sino que forma el núcleo de la fe cristiana.

Según esto, la iglesia y los cristianos en América Latina estamos enfrentados a serios y difíciles desafíos. Por ejemplo.

### *A la lucha contra el hambre*

Lo sabe todo el mundo porque lo siente y lo ve pero hay que

explicarlo porque el hambre no es una moda ni sucede sin razón. En efecto: desde comienzo de los años ochenta asistimos al estallido de lo que se ha dado en llamar "Crisis monetaria financiera" de nuestras naciones, la cual tiene su característica más visible en la gravísima situación de endeudamiento externo de estos países. Esto no es un problema coyuntural o como resultado de la incapacidad de los gobernantes para administrar adecuadamente los recursos a su disposición. Tampoco nuestra tierra es menos fértil que otras ni nuestros campesinos más incompetentes. Las causas más profundas de la actual situación monetario financieras de nuestros países hay que verlas en su naturaleza de naciones dependientes y deformadas. Nuestras dificultades se asocian con el saqueo que sufrimos de parte de las empresas transnacionales, los problemas relacionados con el proteccionismo comercial, la política de altas tasas de interés y la evolución que están siguiendo los productos básicos que exportamos.

Las nefastas consecuencias de la crisis económica son visibles en el sector productivo agrícola. Según la FAO, la producción agrícola de la región latinoamericana creció a una tasa promedio de 2, 1% en el período de 1979-83 (FAO, el estado mundial de la agricultura y la alimentación 1984, documento CL 86/ 2 septiembre 1984 pág. 29). Esta tasa de crecimiento indica una tendencia descendente respecto de la alcanzada por la región en época anteriores. Y entre el mundo subdesarrollado América Latina fue en su producción la penúltima. Como una muestra de la deteriorada situación agrícola de la zona hay que tener en cuenta que la tasa alcanzada por América Latina durante esos cuatro años representa el 50% de la meta de la Estrategia Internacional de Desarrollo del Tercer Decenio de la ONU en ese Sector, estando esa tasa por debajo de la del crecimiento demográfico mostrado por la región. La consecuencia de todo esto es el hambre, la infraalimentación, la mortandad y la pobreza en su más degradante rostro. Con esta situación, que nada tiene que ver con el Reino de Dios tenemos que enfrentarnos los cristianos, si creemos en el Dios revelado en la Biblia, que es un Dios de vida. Cifras de las Naciones Unidas revelan que sesenta y cinco mil niños mueren diariamente de desnutrición, hambre y enfermedad, que ciento treinta millones de latinoamericanos padecen de desnutrición y que un 35% de la población vive en condiciones de extrema pobreza.

## *A la marginación de extensas capas de la población*

El analfabetismo y las nulas posibilidades de encontrar trabajo, están haciendo que cada día aumente el ejército de desempleados para los que no hay ningún tipo de esperanza. Se prevé que para finales de siglo, alrededor de los dos tercios de la población de América Latina tendrá menos de 30 años. Hay en América Latina ochenta millones de jóvenes comprendidos entre quince y veinticuatro años, esto representa el 20 % de la población total, una de las tasas más altas del mundo. Esa masa de jóvenes víctima también del agravamiento de la situación de miseria, insalubridad y analfabetismo enfrenta un futuro incierto. La enorme crisis económica, impide la realización personal y colectiva de esta masa de jóvenes.

El desempleo y subempleo abarca actualmente el 50% de los jóvenes. Un estudio de la CEPAL estima que entre 1980 y finales de siglo ingresarán cada año 4,1 millones de jóvenes de América Latina al mercado de trabajo. La misma fuente indicó que la desocupación abierta urbana se elevó en América Latina de un 7% en 1980 a un 10,4% en 1983.

En nuestra América existen 45 millones de analfabetos. El 20% de la población adulta no sabe leer ni escribir. Sólo uno de cada cinco alumnos de primaria pasan a la enseñanza secundaria y por cada cien estudiantes que se matriculan en la Enseñanza Básica, sólo siete logran ingresar en la Universidad. El desmesurado crecimiento de la población, el aumento constante de la juventud, su nula esperanza de encontrar trabajo está haciendo que las migraciones internas sean enormes, que el hacinamiento urbano sea calamitoso y que la marginación de extensas capas de la población sea cada día más intensa.

Y todos son cristianos. Y estos hechos tienen todos una explicación. Y los hechos no responden a ningún hado ni a ninguna malévolta influencia del destino sino que hay mecanismos que los explican y hombres que los causan y que a lo mejor son también creyentes, celosos de su fe y benefactores de la iglesia. Pero la iglesia tiene que dar respuesta a toda esta problemática y debe asumir una actitud coherente con el Evangelio que predica.

## *A la dependencia de nuestros países*

Aquí radica la causa de nuestros males, en que nos han asignado el papel de perdedores perpetuos y no podemos valerlos por nosotros mismos, en que somos dependientes y esto quiere decir que otros piensan por nosotros, que otros nos dan las recetas para nuestros males, que nos dicen qué tipo de política y de economía hemos de seguir y tenemos que seguirla, que descargan sobre nuestras escuálidas economías el peso de su crisis y hemos de aguantarlo.

Vamos a ver con cifras en qué consiste esto de la dependencia: A partir de comienzos de la actual década la economía latinoamericana se sumió progresivamente en una profunda crisis económica. Como prueba de esto basta señalar la evolución seguida por el Producto Interno Bruto (PIB) de la región, el cual pasó de 6, 5% en 1979; 5, 6% en 1980; 1, 7% en 1981; 1,0% en 1982 y 3,1% en 1983 (Notas sobre la economía y el desarrollo N 409/410 Enero 1985). Llamam la atención dos aspectos en estas cifras: en primer lugar el brusco descenso en el crecimiento económico entre 1980 y 1981. En segundo lugar la tasa de crecimiento en América Latina se contrajo significativamente en 1983 cuando ya la economía mundial había dado muestras de recuperación. Pero el verdadero impacto de esta crisis queda claro en el movimiento de la tasa del PIB por habitante la cual descendió desde 3, 9% en 1979 a 3, 1% en 1980; 0,7% en 1981; 3, 3% en 1982 y 5, 3% en 1983. Para tener una idea más clara de este retroceso hay que considerar que el nivel del producto por habitante de 1983 fue similar al de 1977, acumulando una caída del orden del 10%.

Según algunas declaraciones hechas por funcionarios de la CEPAL, hacia 1990 la región latinoamericana alcanzará el nivel del producto per cápita que poseía en 1980.

Sin duda es el sector industrial el más afectado por la última crisis. Esto se comprueba en la detención de la inversiones, en la cancelación de proyectos, en la reorientación de las políticas de industrialización que se llevaban adelante en los países subdesarrollados pero, sobre todo, en lo que la ONUDI ha dado en llamar la "Desindustrialización Parcial" o sea, en el desmantelamiento parcial de industrias y, por tanto, en el retroceso en el nivel de industrialización alcanzado por los países o regiones dentro del Tercer Mundo.

En América latina fue este sector industrial el más afectado por la crisis como puede comprobarse viendo las tasas de evolución negativa que nos brinda la CEPAL: 2, 3% en 1981; 2, 8% en 1982 y 4,8% en 1983. En este periodo del que poseemos datos, la producción industrial descendió en El Salvador un 8,7% de promedio anual; en Costa Rica un 7,1%; en Bolivia un 6, 2%; en Chile y Perú 6,1%.

La "desindustrialización parcial" que se ha operado en América Latina determinó una caída de la participación de la región en el valor agregado industrial mundial. Según datos aportados por la ONUDI, la participación de nuestro subcontinente descendió del 6, 14% logrado en 1980 a 5, 68% en 1982.

Pero debido a esta crisis industrial y agrícola, el comercio se vio también significativamente afectado. Debido a la crisis, la política proteccionista desplegada por los países ricos ha hecho que nuestras exportaciones cayeran de 96, 8 miles de millones de dólares en 1981 a 87,5 miles de millones en 1983. La consecuencia inmediata ha sido la reducción drástica de nuestras importaciones, las cuales pasaron de 98, 4 miles de millones de dólares en 1981 a 56,3 miles de millones en 1983.

Durante los años que venimos analizando los pagos netos por utilidad e intereses ascendieron de 29,1 miles de millones de dólares en 1981 a 36,8 miles de millones en 1982 y descendieron ligeramente a unos 34 miles de millones de dólares en 1983.

En contradicción con la situación de aguda crisis económica, con el descenso de los precios de los productos básicos exportados por la región, con la cancelación de proyectos de desarrollo y con una sostenida descapitalización por parte del capital extranjero, entre otros factores, América Latina se enfrentó a un brusco cambio de actitud de parte de sus suministradores de recursos monetario-financieros, fundamentalmente la Banca Privada Internacional.

El flujo de capitales hacia la región cayó desde 38,0 miles de millones de dólares en 1981 a 4, 5 miles de millones en 1983 con lo cual quedó evidenciado que tanto la reducción del déficit en la cuenta corriente de la región, como el mantenimiento del saldo deficitario de la balanza de pagos a



un nivel relativamente bajo, se logró gracias al importante esfuerzo de reducción de las importaciones.

Fue en este marco de condiciones económicas que estalló la crisis monetario-financiera de los países latinoamericanos, o sea estalló el problema de la Deuda Externa, que no es un problema reciente pues ya existía y se hacía notar desde pasadas décadas. En América Latina los pagos por el servicio de la Deuda se elevaron desde 1977 en que representaron el 12,4% del valor de las exportaciones de bienes y servicios al 35,0% alcanzado en 1984. Hay que añadir a todo esto, que las condiciones para conseguir los préstamos empeoran cada año como consecuencia de la reticencia de la Banca Privada, nacida del hecho de la situación de los deudores, en especial latinoamericanos. El resultado de todo este proceso ha sido el estallido de la crisis, los gritos de ahogado, de desesperación que se oyen sin cesar en América Latina a partir de los problemas confrontados por México a mediados de 1982. Desde ese año comenzaron los procesos de renegociación de la Deuda Externa que no solucionan nunca el problema sino que lo proyectan en el tiempo como una espada de Damocles sobre la cabeza de unos pueblos cuya población aumenta vertiginosamente. Cada niño que nace en este subcontinente, nace ya con una deuda de miles de dólares. Nadie le ha consultado para generar la deuda pero sus efectos los va a entender enseguida cuando piense que su anemia y el tipo de casa en que vive se lo habían predeterminado ya en computadoras lejanas manejadas por dedos expertos.

La iglesia no puede ser ajena a todo esto; todo el que se sienta cristiano y viva en este tiempo y aquí no puede permanecer indiferente, no se puede arropar en explicaciones que quieran ocultar el problema o sus causas y deberá optar. No tiene alternativa. Cuando se abren los ojos y la mirada se topa con el hambre, con el analfabetismo, con la marginación, con el desempleo, con la hipoteca nacional, cualquier mistificación de la realidad es un crimen. Porque no se puede ser cristiano pasivamente en un subcontinente y en un tiempo de infamia y de injusticia y contentarse con paseos grandiosos o declaraciones solemnes, que nadie lee o recurrir a actitudes paternalistas que, so pretexto de respetar el ritmo del pueblo (que no es el suyo, porque todo le fue impuesto) o la religiosidad del pueblo, estemos defendiendo nuestras instituciones, nuestras seguridades e intereses personales y sobre todo apuntalando la larga negra historia del cinismo.

## *Liberar al hombre en Sociedad*

Los cristianos de nuestro continente, si queremos dar razón de nuestra fe y no avergonzarnos, debemos plantearnos la liberación del hombre en su contexto histórico, en sociedad. No es posible postergar cualquiera de los términos ni perder más tiempo en discusiones. Hay quienes privilegian el aspecto personal para que desde ahí se enfrenten las estructuras. Otras posiciones han creído que cambiando el sistema, se podría cambiar a la persona y dinamizar sus potencialidades. Ambas posturas se tornaron irreconciliables y antagónicas. Las dos pretenden y pretenden cambiar, las dos son manifestación de desacuerdo con la realidad que les circunda, las dos han dado pie a infinidad de discusiones, de desencuentros, de pérdida de una irreparable energía. Las dos se motejaron mutuamente y lo hicieron pretendidamente desde el mismo Evangelio. El hecho es que quien tenía mejor ubicación en la pirámide de la iglesia supo y pudo imponerse y que hubo y sigue habiendo perdedores, amenazados, prohibidos, obligados a callar con la única esperanza de mejores tiempos. No se cuestiona la Teología de la Liberación y se trata de dulcificarla quitándole radicalidad con el control de los teólogos y sus seguidores? A qué tanto miedo ante una teología que ha supuesto tanta esperanza para todo un subcontinente? La realidad es esta pero también la de que ya es hora de aunar esfuerzos para que nos planteemos liberar al hombre en sociedad, es decir, al hombre tal cual es, con su cultura y con su historia y con sus defectos pero con la suficiente dosis de libertad para que sea el quien tome el timón de su propia dirección.

Y si decimos que se hace necesario recrear su propia cultura, que queremos decir? Y si hablamos de que las etnias dirijan su propia expresión de fe y que la manifiesten litúrgicamente como crean, hasta dónde estamos dispuestos? Cuando sus comportamientos, sus ritos, etc entren en contradicción con las normas de la iglesia, sabremos respetar o apoyar tales iniciativas? y sabremos evangelizar, lo que quiere decir impregnar su cultura de los valores evangélicos?. Estaremos dispuestos como cristianos a apoyar una auténtica autodeterminación del indígena o una vez más estamos mistificando a los pobres, confundiendo las palabras y consiguiendo exactamente lo contrario de lo que sería una real liberación? No hacerlo así sería como querer detener una riada imparable, sería partir desde intuiciones pero no desde realidades, sería no dejarse interpelar por el Dios encarnado, presente y vivo allí donde la debilidad divina sabemos que es más fuerte que la fuerza humana. La dignidad y los derechos humanos son pisoteados

sistemáticamente en nuestros países. Cuando esto se hace, se pisotea la dignidad de Dios. ¿Cómo hay que dar razón de la fe en presencia de estos hechos? Hasta que no se haga carne en los cristianos el compromiso por construir una Nueva Sociedad no estaremos en la dinámica Bíblica del Reinado de Dios.

La Buena Nueva del Evangelio la proclama Juan desde las riveras del Jordán pero sus palabras son asfixiadas sistemáticamente en nuestro subcontinente. Cuando le piden el bautismo, Juan establece un Código de vida como condición previa para su recepción. Y, cuando envía a sus discípulos para que pregunten a Jesús si El es el Mesías, la respuesta de este no le deja en la perplejidad ni en la duda sino en la certeza absoluta de que el Reino de Dios ya ha comenzado en esta tierra. Sólo que este Reino de Dios todavía está muy lejos de nuestros pueblos.

Decir que la iglesia debe ayudar a instaurar un hombre nuevo y una sociedad nueva es decir lo esencial de la misión de la iglesia. Pero constatamos que estamos muy lejos de crear las condiciones que preluen el Reinado de Dios. Tomar conciencia de esto es comenzar a no identificar sin más iglesia y Reino de Dios, es hacer un acto de fe en el hombre, sacramento de Dios, teofanía incesante, sujeto único de la historia, rey de la creación. A la complejidad de todo el legado histórico con muchas sombras pero también con luces, la iglesia debe añadir la miseria y la complejidad del presente. No puede quedarse indiferente: debe ser la voz del que grita en el desierto, la esperanza de los que no la tienen y la luz en un mundo de tinieblas.

Los cristianos no podemos guardar por más tiempo la luz debajo de la mesa sino ponerla en lo alto para que alumbre a todos. Y debemos hacerlo como iglesia, es decir, como comunidad de creyentes, solidaria, unánime en la fe y en el compromiso, desde la jerarquía hasta el más humilde fiel. Esta unidad por la que oró el Señor sería probablemente un testimonio invaluable y una fuerza incontrastable. Esta unidad y esta fe y este testimonio serían un signo de compromiso y liberación en favor de los marginados por los cuales apostó Cristo.

### *Redescubrir y recrear la cultura de América Latina*

La cultura de la impotencia posee la virtud de confundirlo todo pero sobre todo de ocultarlo, de hacer tabla rasa de la historia, de convencernos de

nuestra incapacidad. Para ello nos ata las manos, nos convence de la inutilidad de la razón y nos niega los arrestos necesarios para rebelarnos.

Todas las técnicas agrícolas que los antepasados utilizaron las hemos olvidado; las rotaciones de la tierra para la siembra, la utilización en medicina de infinidad de yerbas, los solsticios y su utilización agrícola la diversidad de pisos ecológicos, la diversidad gastronómica, los vestidos que alguien borró del mapa por un simple decreto, la música: todo el folklor de este continente y todos los instrumentos musicales que se han perdido, las leyendas, los cuentos, la tradición oral que se fue diluyendo, los idiomas que se fueron prostituyendo hasta su desaparición, las rebeliones campesinas, su inconformismo y su forma de organización, su sentido de la familia, el sentido comunitario de su vida, la arquitectura... todo eso es ahora reducto de revistas especializadas y de libros almacenados en bibliotecas a donde casi nadie acude.

Redescubrir y recrear la cultura en América Latina no es aflorar todas esas cosas perdidas. Es más: es en primer lugar saber que han existido y que tenemos que partir de todas ellas para afirmarnos como hombres, en primer lugar, y desde ahí plantear nuestra alternativa. Es juzgar todo lo que nos invade sabiendo que tenemos una historia y que no estamos aquí por arte de magia. Pero, sobre todo, es saber que tenemos que ir hacia adelante, que hay que forjar el futuro y el progreso sobre la base de unos hombres con historia propia.

Las yerbas que ya utilizaban nuestros antepasados y que están a nuestro lado, puntuales en sus ciclos, hoy las utilizan los grandes laboratorios para luego vendémoslas a un precio que no podemos pagar. Nos las han envasado, les han cambiado el color y la forma, las han acompañado de un prospecto que nadie entiende y sólo nos queda para llorar la alternativa de enarbolar uno de los mayores índices de mortalidad.

El pueblo crea sin cesar música pero nos han lanzado el anzuelo del cassette y luego nos oímos en las radios del mundo como almas en pena que jamás cobraron ni exigieron cobrar derechos de autor. Las multinacionales del disco inventaron nuevos y caros instrumentos musicales y nos exigieron, eso sí, pagarlos al contado porque sabían que la inspiración por aquí no tenía límites.

Y para qué seguir? Desgracias parecidas podríamos seguir relatando pero es el momento de afirmar que sin historia y sin cultura es imposible recrear nada; qué existe la tarea ineludible de devolverle al hombre de este continente sus capacidades. Que los propios latinoamericanos debemos asumir el compromiso de ser nosotros mismos o sea un continente de hombres independientes, responsables y libres. Que la cultura es semilla de futuro y que este, si queremos que sea nuestro, tenemos que empezarlo autoconvenciéndonos de nuestros valores, tenemos que retomar y asumir la historia, que es como es y que ya no puede cambiarse y que no queda más remedio que seguir adelante.

He aquí otro desafío para la iglesia. Cuando esta se plantea la promoción integral del hombre y la evangelización de la cultura y, cuando algunos sectores de la misma sin tanto eufemismo pero con más sinceridad hablan de su liberación no deben ni pueden olvidar este desafío impostergable e imprescindible.

La iglesia no puede olvidar el carácter religioso de la mayor parte de la arquitectura que hoy podemos visitar como reliquias de mejores tiempos. Ya sean precolombinas o coloniales están ahí recordándonos que tenemos que seguir poniendo piedras sobre las jambas de nuestra propia historia hasta conseguir la imponente catedral del hombre libre. Y, que una vez redescubierta y recreada, evangelizar la cultura no es otra cosa que la evangelización del pueblo desde su vivencia interior, es decir, desde su cultura propia.

### *Afirmación y consolidación de una iglesia latinoamericana*

La iglesia latinoamericana depende todavía excesivamente de un centralismo romano y carece de autonomía para participando del núcleo central de la revelación y la fe, y manteniendo la comunión con la iglesia universal pueda desarrollar una teología y liturgia libremente, sin cortapisas, que haga carne en la realidad socio-cultural de nuestros pueblos.

El hecho de la dependencia de esta iglesia se manifiesta por ejemplo, en la necesidad que tiene de sacerdotes, religiosas y laicos extranjeros, como también de publicaciones, libros, rituales, biblias, etc. publicados en otros países y de los que aquí hacemos uso y acopio sin posibilidad de elaborar. Y sin embargo, la iglesia de América Latina debe afrontar este desafío, el de

afirmar y consolidar una iglesia que parta de nuestra idiosincracia con suma urgencia. Somos el continente mayor del catolicismo, la iglesia más joven. Tampoco podemos olvidar que ya se han dado pasos importantes en esa dirección: hoy, miles de catequistas, mensajeros de la Palabra y otros seglares están ya asumiendo roles, antaño reservados a personas consagradas pero siguen siendo insuficientes y su papel, muchas veces, es visto con desconfianza y miedo. Se los convierte con frecuencia en ayudantes de segundo orden, en sacristanes al antiguo estilo pero se les niega o no se les concede la autonomía que conlleva cualquier servicio en la iglesia. Otras veces, este servicio, que siempre entrafía poder frente a la comunidad, les hace repetir los vicios y defectos que tradicionalmente han visto en la iglesia.

Creemos, por todo esto, que es urgente un cambio de actitud. En primer lugar, por la necesidad imperiosa que de ellos tenemos en la iglesia. Ya no es posible llegar a todas partes para dinamizar las comunidades, para administrar los sacramentos, para proclamar la Palabra, para evangelizar. Que la iglesia asuma este desafío comporta muchos cambios de mentalidad, nuevas actitudes, la puesta en práctica de normas y directivas, que sí están dadas, aunque otras no y habrá que tener la valentía de asumirlas. Nos referimos, en concreto, a la creación de nuevos ministerios; seglares, por ejemplo, que puedan ser responsables y asumir la dirección de comunidades bien sean de base o parroquiales con todos los poderes y el ejercicio de funciones que el pueblo les va a exigir. Creemos, que si exceptuamos la confesión y la consagración, un seglar puede y debe desempeñar todas las demás funciones. No hay nada que se lo impida como no sean la llamada prudencia, el miedo y el temor a perder poder pero estos no son valores evangélicos. Sobre este punto se oyen a veces declaraciones favorables de la jerarquía local pero se tiene miedo a ponerlo en práctica.

Y si hablamos de seglares, estamos diciendo también que el celibato no se les puede imponer para ejercer su servicio a la comunidad. Es decir, que a los indígenas que se dediquen a tiempo completo en el servicio ministerial plenamente, no hay exigirles no estar casados. Se comenzaría así la experiencia de sacerdotes casados encarnados en su medio y cultura. De otra forma será difícil el conseguir sacerdotes indígenas a la manera como lo entiende la iglesia hoy.

Afirmar y consolidar una iglesia latinoamericana significa también una

iglesia que esté al servicio de un pueblo atravesado por todo tipo de contradicciones, carencias y problemas. Una iglesia que denuncie, en la mejor línea profética y que anuncie un hombre y sociedad nuevos, una iglesia que respete y dé autonomía al rico acervo cultural y que se proponga evangelizarlo lo que significa reconocer y aceptar la vivencia interior de cada etnia creando una liturgia creadora de símbolos propios. No es exagerado afirmar que el ritual romano tal y como se aplica en la actualidad no dice mucho para los indígenas y que, si lo aceptan externamente en actitud de respeto, lo hacen como mecanismo de defensa y como reverencia frente a un hecho religioso difícil de asimilar.

La iglesia de América Latina, partiendo de la constitución sobre liturgia del Vaticano II debería profundizar sus potencialidades hasta el extremo de saber recrearlas. Creemos que es tan lícito y que sería tan válido asumir estas actitudes que no acertamos a entender la oposición constante. La iglesia según su definición es servicio y profecía.

Respetar y propugnar la autonomía de las iglesias locales no conlleva la creación de iglesias paralelas, dado que la iglesia sólo puede ser una. Estamos hablando de una iglesia del pueblo en la que éste sea protagonista y dueño de una fe personal y vivida en comunidad. La expresión Iglesia Popular llegó a utilizarse en determinados ambientes y épocas concretas y no creemos que con ella se quisiera llegar más allá de lo que hemos expresado. Pero el término le pareció peligroso a la jerarquía.

Veamos al respecto lo que opinan los obispos reunidos en Puebla: "El problema de la "Iglesia Popular", que nace del pueblo, presenta diversos aspectos. Si se entiende como una iglesia que busca encarnarse en los medios populares del continente, y que, por lo mismo, surge de la respuesta de fe que esos grupos den al Señor, se evita el primer obstáculo: la aparente negación de la verdad fundamental que enseña que la iglesia nace siempre de una primera iniciativa "desde arriba", del Espíritu que la suscita y del Señor que la convoca. Pero el nombre parece poco afortunado. Sin embargo, la "Iglesia Popular" aparece como distinta de "otra", identificada con la iglesia "oficial" o "institucional" a la que acusa de "alienante". Esto implicaría una división en el seno de la iglesia y una inaceptable negación de la función de la jerarquía. Dichas posiciones, según Juan Pablo II, podrían estar inspiradas por conocidos condicionamientos ideológicos" Puebla Parte II, N° 263.

**La Iglesia Popular no pretende establecerse en poder ni desconocer a la iglesia universal, es consciente de formar parte de ella. Lo que tratan estos grupos de base, es tomar conciencia de su responsabilidad y del llamado de Cristo a su seguimiento. Su planteamiento es el de ser agentes de la liberación instaurada por Cristo y de ser agentes del servicio a los más necesitados como signo de salvación en medio de los hombres.**



## **CAPITULO VIII**

### **PISTAS DE ACTUACION**

#### **1. DESACRALIZACION DEL MUNDO Y DEL HOMBRE**

Cuando se plantea el tema de la desacralización del mundo y del hombre partiendo de la iglesia y sobre el análisis y constatación de una realidad altamente religiosa como es el caso de las sociedades latinoamericanas, se tiene el presentimiento de estar rompiendo lanzas y de enfrentarse con un gigante casi imposible de doblegar. Este gigante o monstruo de tres cabezas está compuesto de un lado por la tradicional y secular raigambre religiosa de estas sociedades desde sus raíces amerindias y apuntalada después por la cristianización efectuada por la Colonia, por la postura casi unánime de la iglesia universal y, por qué no decirlo, de este subcontinente, que mantiene orgullosamente el prurito de ser en el mundo la iglesia de mayor número de creyentes confesos y con un menor grado de crítica y oposición a las directrices de la jerarquía. La tercera cabeza del gigante que apuntala y defiende la sacralización de las sociedades son los aparatos estatales a través de sus instituciones y organismos, que no cesan de identificar la sacralización y el alto grado de religiosidad con los valores patrios y la idiosincracia de estos pueblos.

Todos ellos parecen estar de acuerdo en los valores que entraña este comportamiento religioso para las sociedades y los pueblos latinoamericanos sin los cuales se resquebrajarían los cimientos de la patria y las sociedades se autodestruirían por la carencia de identidad como pueblos y como sujetos históricos y por la pérdida de valores personales y colectivos que hundiría en

**el marasmo de la anarquía y el libertinaje a estos pueblos, llevándoles al caos.**

**Aceptando ciertos argumentos pero, relativizando críticamente los absolutos a que nos someten las citadas posturas, podemos admitir que el hecho religioso genera en sí un arraigo social, refuerza las características de identidad de los grupos humanos y es portador y generador de sistemas de valores que han marcado a la humanidad y que han ayudado y ayudan a encontrar sentido a la vida personal y colectiva del hombre. Y lo aceptamos desde la experiencia personal de hombres de fe. Pero el hecho de admitir estos postulados no nos impide tener una mirada crítica y escéptica hacia las bondades y excelencias con que frecuentemente se analiza y se justifica a estas sociedades altamente sacralizadas.**

**El pueblo se suele aferrar a su religiosidad primitiva y escasamente pensada como a un asidero que le brinde sentido a su vida e inquietudes y como remedio para defenderse y encontrar solución a sus problemas que por otros cauces no logra. La iglesia institución acepta gustosa esta situación y la mantiene tratando de encontrar justificación y sentido a su razón de ser y como fruto de su labor desarrollada: cuanto mayor sea el número de fieles que se confiesen cristianos y conserven la tradición de la práctica sacramental básica y las diferentes manifestaciones religiosas devocionales, aparece como un signo del buen hacer de la iglesia y mostraría la buena salud del cristianismo en este subcontinente. Los estados se sienten más seguros con este tipo de sociedad en que el elemento religioso tradicional es preponderante porque garantiza la supervivencia de los sistemas y evita confrontaciones.**

**Este conjunto de intereses distintos pero entrelazados entre sí mantienen un elemento común: el miedo a la desacralización del hombre y las sociedades anatematizándola ya que una vez comenzada, no habría retorno posible.**

**Se basan en las experiencias de las sociedades denominadas avanzadas y en los fenómenos secularizantes acaecidos en su interior. Mucho se ha escrito sobre el fenómeno de la secularización y existen diversas interpretaciones sobre el mismo:**

**a. De una parte, se podría tipificar al fenómeno secularizante como un**

declive del hecho religioso y de las actitudes y vivencias religiosas en el mundo. Se trataría de la culminación del proceso ya enunciado en el siglo XVIII por las corrientes de la ilustración, esto es, el paso de un mundo religioso y metafísico, altamente sacralizado, a un mundo científico y técnico; así, según Comte, pasamos de la edad infantil de la religión a la edad adulta de la humanidad y, de esta forma, el hombre religioso deja paso al hombre científico. Marx diría más o menos lo mismo: "Se está llegando al final de la prehistoria y comienza la verdadera era de la humanidad, "la Historia", con mayúscula, la cual se caracteriza por una sociedad sin religión y emancipada". En esta sociedad se pierde toda referencia a la trascendencia y el mundo se torna profano, las características que este cambio produciría sería la indiferencia religiosa y el gnosticismo.

b. Otra interpretación es la que mantiene que se trata de un fenómeno por el cual la iglesia y las instituciones cristianas van perdiendo paulatinamente su influjo en la sociedad. No sucedería como en la Edad Media cuando la iglesia poseía casi una situación de monopolio absoluto en la vida pública y la sociedad entera estaba orientada por el cristianismo. Esta situación ha hecho crisis donde se da la separación de la iglesia y el estado de una manera no meramente oficial sino a la vez real y sociológicamente.

Se produce así una desacralización de la vida pública en todos sus ámbitos y esferas en las que se hacía anteriormente presente la religión.

c. Un tercer elemento considera a la secularización como la pérdida de influencia de las instituciones eclesiásticas aunque la sociedad acepte globalmente la importancia indiscutible del hecho cristiano y, en la práctica, la sociedad asume muchos de los principios, aunque paralelamente se constata una creciente independencia de los cristianos frente a la institución y al clero. Aquí no encontraríamos una pérdida de influencia religiosa ni una negación de la fe en sí sino que lo que se produce es un distanciamiento de las tradicionales mediaciones institucionales, las cuales eran el canal normal de las relaciones entre el hombre y Dios y viceversa.

En este estadio lo que se constata es una vivencia religiosa y de la fe más de "por libre" con un cierto alejamiento de la práctica sacramental pero, más que todo en los actos más oficiales de la iglesia y se pasaría a la práctica de la celebración en grupos más reducidos, en las denominadas comunidades de base. Lo que sí se constata con más asiduidad es la menor sensibilización

para atender y practicar las directrices salidas de la jerarquía.

Ciertos teólogos europeos se han planteado ante esta realidad cuál sería la nueva forma de vivir la fe en un mundo más desacralizado. Así surgieron la "Teología de la muerte de Dios", "la Teología política", "Sincero para con Dios" de Robinson y el gran testigo cristiano como fue el alemán Bonhoeffer quien tuvo dificultad para encontrar a Dios en el ámbito de lo netamente religioso-sacral y buscó y encontró a Dios en las experiencias humanas y cotidianas.

En América Latina a estas corrientes se las ha visto con desconfianza por provenir de teólogos, que estaban insertados en un mundo altamente tecnificado, con un alto grado de desarrollo económico y con unas sociedades muy secularizadas lo cual las invalidaba para estas sociedades con realidades y características muy diferentes, lo que es real pero, lo que no se les puede negar es que estas corrientes teológicas resaltan y se fundamentan en algo esencial al cristianismo y, por tanto, universal y válido para todos los que nos profesamos cristianos, esto es: el centro de la experiencia de Dios y de la vida cristiana se encuentra en la vida y compromiso con el prójimo. El resto, incluido lo cultural y lo sacramental, tiene la ineludible obligación de ser coherente con este centro de gravedad. Si esto no se da, podemos afirmar que ese culto tan frecuente en la iglesia, es un culto aislado de la vida y, por tanto, no es cristiano por muy religioso y devoto que aparezca.

Es cierto que el cristianismo no está desvinculado de la "religiosidad" y de la religión porque necesita de signos que hagan patente su relación con Dios. Pero tampoco se debe reducir el cristianismo a ser una mera religión. El testimonio bíblico es contundente, Cristo lo patentó con sus enseñanzas y su vida y la experiencia de los primeros tres siglos de cristianismo lo avalan; hasta hubo momentos en que, como ya hemos visto, se consideró a los cristianos como vulgares ateos y esto por no emparentarse y por no tener los elementos y mediaciones que las religiones tradicionales llevan consigo.

Podríamos hoy a la vista de como se desarrolla la vida y el culto cristiano decir lo mismo? Mucho nos tememos que no, que lo que prima hoy en el cristianismo es lo más característicamente religioso, es decir, lo cultural, los ritos como mediaciones para llegar a Dios y debemos afirmar que no toda religiosidad por muy pietista y celebrante que sea es compatible con el cristianismo.

En América Latina surgió la Teología de la Liberación rico exponente de la reflexión cristiana vista desde la realidad de injusticia que se padece en este subcontinente y enmarcada en las expectativas de lucha y esperanza por conseguir un futuro mejor y una vida más digna de acuerdo al mensaje bíblico del Dios liberador y salvador.

Ha sido un gran aporte no sólo para la iglesia latinoamericana sino para la iglesia universal pues toda reflexión que parte de lo central del mensaje cristiano, no puede quedar reducida a ciertos comportamientos, culturas o iglesias particulares sino que debe ser luz y patrimonio de la iglesia universal.

Con todos sus avatares y dificultades dicha teología sigue vigente, aunque no con la fuerza requerida para que sea fermento y renueve las viejas estructuras de la iglesia y sus expresiones litúrgicas.

Es frecuente encontrar entre los seguidores de dicha teología una constante preocupación social por la liberación y salvación del pueblo y se constata el compromiso cristiano por tratar de transformar las estructuras de injusticia y de pecado existentes en la sociedad y en el corazón humano, lo que prueba la madurez alcanzada en la vivencia cristiana. Sin embargo, hay un hecho que llama poderosamente la atención y que no puede pasar desapercibido a cualquier observador por su evidencia y es la sacralización patente que bulle en el pueblo que se adhiere a esta teología y la práctica ritualista de los signos y la liturgia cristianos en el subcontinente.

### *La religiosidad popular*

La Teología de la Liberación no ha tenido suficientemente en cuenta hasta el momento el hecho de la sacralidad y sus consecuencias. Es decir, sólo ha seguido un análisis de la práctica rito-culturalista existente en el pueblo cristiano denominado "religiosidad popular". Esta práctica religiosa y de devoción, llena de expresiones barrocas y tintes mágico-ritualistas, que arrastra a ingentes cantidades de fieles, es analizada entre otras características como un signo de protesta y afirmación del pueblo frente a la estructura piramidal de la sociedad y la iglesia. En los análisis de dicha religiosidad, se trata de justificar esta corriente, a pesar de la constatación de enormes deficiencias y decadencias de sentido cristiano, por tener un gran número de seguidores y por hacer pesar más los puntos admitidos como positivos:

Enrique Dussel define a la religiosidad popular en América Latina, "como un momento de la cultura popular. Es el núcleo fundamental de sentido de la totalidad de la cultura popular porque se encuentran allí las prácticas que ermarcan la significación última de la existencia. La vida cotidiana del sufrimiento del pueblo latinoamericano no recibe ni en las estructuras educativas del Estado, ni en la cultura de masas de las media, ni siquiera en ciertos partidos de izquierda, el sentido de la vida, del trabajo, del matrimonio, de la familia, del sufrimiento, de la muerte. Todo esto ha quedado reservado a la religiosidad popular... La religiosidad popular quedó bajo el control del pueblo mismo, en la familia, la aldea, el barrio; en las cofradías, rezadores, alcaldes, mayordomo, o simplemente en las "creencias" populares sobre las que la religión oficial no tiene dominio ni conocimiento.

En esta actoría (el ser actor, tener control y conocimiento de su estructura) lo que define la religiosidad popular como un campo privilegiado del protagonismo popular (aunque frecuentemente sea simbólico)... Es un "campo religioso" propio, con autonomía relativa, que tiene por sujeto al pueblo, aunque inciden sobre el sacerdotes, shamanes y profetas". (Cristianismo y Sociedad, N) 88, 1986 México).

Es cierto que el pueblo se organiza espontánea y tradicionalmente en torno a una serie de prácticas devocionales de carácter religioso y que en la mayoría de los casos parte de su iniciativa. Pero también es cierto que, una vez programada la actividad, acudan al clero para hacerle tomar parte de dicha práctica, pues si no está presente el sacerdote, el acto en sí no revestirá la solemnidad ni tendrá el sello de sacralidad que el pueblo necesita. Por tanto, en muchas de las expresiones de la religiosidad popular, el clero juega un papel importante, aunque este se reduzca a su presencia para garantizar frente a los demás el carácter sacro del acto, pues en estas expresiones de fe popular, el pueblo no ha cobrado conciencia para prescindir de un mediador privilegiado entre él y Dios como es la persona del sacerdote. Suele prescindir de él en ciertas oraciones de carácter netamente personal e individualista. Ahí la oración, que suele ser de petición, va acompañada de la "ofrenda" bien sea, a través de velas u obsequios diversos al santo o imagen de su devoción, aunque en este tipo de petición personal también buscan la mediación del sacerdote para conseguir el favor solicitado (que parece que llega más directamente al Señor) y por medio de la celebración de misas. Sin embargo, en la gran mayoría de las celebraciones

públicas (novenas, vísperas, procesiones, romerías, bendiciones) se necesita la presencia del sacerdote sin el cual el culto queda un tanto desvalorizado.

De otro lado, el clero y la iglesia institución promueven y utilizan la religiosidad popular para su provecho, bien sea para seguir manteniendo un clientelismo numeroso y dócil, que les da prestigio y sirve de garantía a su tarea pastoral, bien sea para recibir pingües ingresos económicos. El sacerdote que haya ejercido de párroco en una parroquia donde haya un cierto culto devocional a algún santo o posea un santuario, no puede poner en duda la rentabilidad económica de la religiosidad popular. Así, no sólo mantendrá las tradiciones y costumbres populares sino que tratará de fomentarlas y creará nuevas formas, que con toda seguridad tendrán garantizado el éxito.

El clero, por tanto, juega un rol importante en las expresiones de la religiosidad popular como autoridad que le viene dada por su carácter de "personaje sagrado" y como agente transmisor de ideología. A través del clero han pasado muchas de las justificaciones ideológicas que sustentan la religiosidad popular: el sentido resignado de la vida, la aceptación de las condiciones de miseria como vehículo que garantiza la consecución de la vida eterna, el sentido fatalista del trabajo, la resignación frente al sufrimiento y la muerte, la concepción del matrimonio y la familia en su más neto sentido tradicional, todo esto son elementos inculcados y alimentados por el clero a través de muchos siglos y que luego el pueblo ha asumido como propios e inmutables. Por tanto, la iglesia institución no ha estado desvinculada de la religiosidad popular, ya que esta surge en muchas de sus manifestaciones de una pastoral masiva de cristiandad basada en celebraciones de procesiones, rezos del rosario, representaciones de autos sacramentales, proliferación de la imagería y de relatos milagrosos atribuidos a ciertos santos e imágenes, de fastuosas celebraciones litúrgicas acompañadas de fiestas folklóricas y actividades de carácter lúdico acentuando así la coincidencia del carácter festivo con fechas dedicadas a la veneración de santos patronos y a la creación de organizaciones por iniciativa eclesiástica como son las cofradías y hermandades.

La iglesia latinoamericana ha mostrado su preocupación por este fenómeno. Así, desde Puebla ya va surgiendo una inquietud por aproximarse a esta realidad y tratar de tenerla en cuenta. Se plantea el problema y la solución dada suele ser la afirmación de que es imprescindible su evangeliza-

ción, cosa con la que todo el mundo estamos de acuerdo. La cuestión es el cómo hacerlo.

Así expresada, la idea parece válida pero en la práctica cotidiana se dan escasas experiencias por tratar de evangelizar dichas expresiones religiosas y generalmente se opta por admitirlas, caer en su jugo o simplemente dejarlas seguir.

Se tiene miedo generalmente a admitir que dichas expresiones religiosas están muy lejos del sentido y la práctica cristiana y al resultado de una severa crítica y una seria evangelización. Para acometer esto, la Iglesia debería estar dispuesta a efectuar un cambio radical y a confesar una seria autocrítica del contenido de su práctica pastoral.

Es así, que aún admitiendo en ella errores y desviaciones de fondo, las conclusiones sean tibias, generales, ambigüas, lo que en la práctica se traduce en dejar las cosas como están.

Puebla admite que existe una "ignorancia religiosa a todos los niveles, desde los intelectuales hasta los analfabetos" (Puebla Parte Ira. capítulo III, Nº 81).

"La ignorancia y el indiferentismo llevan a muchos a prescindir de los principios morales, sean personales o sociales y a encerrarse en un ritualismo, en la mera práctica social de ciertos sacramentos o en las exequias como señal de pertenencia a la iglesia" (Puebla. Parte Ira, cap. III Nº 82).

También es consciente de la "insuficiente proclamación del Evangelio y de las carencias de nuestro pueblo en su vida de fe" (Puebla, parte II, cap. I, Nº 173).

Sobre la piedad popular opina que no se puede pasar por alto y que es necesario su estudio con criterios teológicos y pastorales para descubrir su potencial evangelizador (Puebla, parte III, cap. II Nº 910).

"América Latina está insuficientemente evangelizada. La gran parte del pueblo expresa su fe prevalentemente en la piedad popular" (Puebla parte III, cap. II Nº 911).



"La piedad popular presenta aspectos positivos como: sentido de lo sagrado y trascendente; disponibilidad a la Palabra de Dios; marcada piedad mariana, capacidad para rezar, sentido de amistad; caridad y unión familiar; capacidad de sufrir y reparar; resignación cristiana en situaciones irremediables; desprendimiento de lo material" (Puebla parte III cap. II, N° 913).

Pero también presenta aspectos negativos: "falta de sentido de pertenencia a la Iglesia; desvinculación entre fe y vida; el hecho de que no conduce a la recepción de los sacramentos; valoración exagerada del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio; idea deformada de Dios; concepto utilitario de ciertas formas de piedad; inclinación en algunos lugares al sincretismo religioso; infiltración del espiritismo y en algunos casos, de prácticas religiosas del Oriente" (Puebla parte III cap. II, N° 914).

La Conferencia Episcopal Ecuatoriana en su documento "Opciones Pastorales" también da su opción sobre la religiosidad popular fijándose en sus puntos positivos y negativos:

#### *Positivo*

Capacidad de fomentar la pertenencia a la iglesia, la solidaridad y fraternidad humanas; participación en el culto y en los sacramentos como expresión de fe y esperanza; capacidad de congregar multitudes y de promover una entrega de amor a los hombres especialmente a los pobres; conservación del sentido de lo sagrado en el ambiente de lo temporal...

La religiosidad popular es el principal medio de integración en las relaciones comunitarias y sociales y constituye un vínculo de unión del pueblo, particularmente cuando acude a los santuarios" (Opciones Pastorales parte I, N° 33).

#### *Negativo*

"Algunos antivalores son de tipo ancestral como los que implican superstición, magia, sentido fatalista, fetichismo, fanatismo. Otros, provienen de deformaciones de la conciencia religiosa por ignorancia o por falta de catequesis adecuada, como reducción de la fe religiosa a un mero

contrato en la relación con dios y manipulación del sentimiento religioso para fines contrarios a la fe auténtica. Desgraciadamente se abusa de la religiosidad popular para intereses económicos y, lo que es peor, para mantener actitudes y situaciones de conformismo y paternalismo... " (Opciones Pastorales parte I, N° 34).

Concluye esta visión de la religiosidad popular ecuatoriana, afirmando que dicha religiosidad "sigue siendo un refugio para la cultura del pueblo y un medio para conservar su dignidad frente a las diversas formas de dominación que se ha pretendido imponerle. Por lo mismo, la religiosidad popular brinda motivos profundos para una pedagogía y educación verdaderamente liberadora que pueda ser llevada por parte de la iglesia" (Ib. parte I N° 34).

Como se observa, la iglesia latinoamericana, al juzgar la religiosidad popular encuentra elementos positivos y negativos. No deja de llamarnos la atención que los elementos negativos adquieran un carácter más fundamental que los positivos a la luz del mensaje cristiano. Los elementos positivos tienen un carácter más irrelevante en la evaluación de dicha religiosidad bajo la óptica del Evangelio. Además, algunos de estos rasgos positivos poseen en sí cierta ambivalencia o al menos están sujetos a cierta relativización según desde la óptica que se los juzgue: así, el sentido de lo sagrado, cuando se desvirtúa y se convierte en sacralizador de toda la realidad, cobra caracteres alienantes y de dominación del hombre lo que es frecuente en la mentalidad de la persona de religiosidad tradicional; la resignación y la capacidad de sufrimiento mal entendidos devienen en conformismo y fatalismo, justificando la injusticia como querida por Dios. La afirmación de que la religiosidad popular dá unidad familiar, no es un dato tan seguro dado que un elevado porcentaje de practicantes de dicha religiosidad pertenecen a las clases populares y marginales en las cuales la unidad familiar, según la entiende la iglesia y la sociedad, no se da como fruto de la pauperización, la marginalidad, el machismo etc. En Centro América, más de la mitad de los hogares pobres, están regentados por una mujer y esto no es por el hecho de haber enviudado sino por el abandono del esposo o conviviente, que había ido a aposentarse en otro hogar, regentado casi con toda seguridad por otra mujer. Este dato no es exclusivo de Centroamérica sino que es frecuente encontrarlo en todo el subcontinente. También es frecuente que una madre tenga hijos de varios hombres, que se marchan o viven a expensas del trabajo de la mujer. No es inusual el caso de que el hombre que tiene "dos

hogares" regrese al primitivo para recibir dinero de la mujer y "dejarle el encargo" de un nuevo hijo. Estas personas, generalmente, son practicantes de la piedad o religiosidad popular.

Los rasgos negativos apreciados por los obispos latinoamericanos en dicha religiosidad son más claros y presuponen una desviación del auténtico mensaje cristiano como son la idea deformada de Dios, visto como un juez que castiga en vez de un Padre bueno y liberador; valoración exagerada del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio. Ambos rasgos son definitivos, si se desconoce al verdadero Dios y a su enviado Jesucristo, difícilmente se podrá poner en práctica su mensaje. Así da como resultado que la fe esté desvinculada de la vida y el no sentirse miembro activo de la iglesia como comunidad de los seguidores de Cristo que adquieren un compromiso de vida y misión evangelizadora. Concepto utilitario de ciertas formas de piedad; este es un fenómeno común y constante en este tipo de religiosidad. Se acude a Dios, a los santos y a la Virgen para conseguir favores interesados y se piensa que, a través del culto y la ofrenda, se consigue que la divinidad se vuelva hacia nosotros y se muestre propicia con lo solicitado. Es casi una forma de "coacción" la que se realiza a la divinidad. La experiencia de la gratuidad cristiana de la salvación no es sentida ni gozada; la superstición, la magia, el sentido fatalista, el fetichismo y el fanatismo son también rasgos que se oponen radicalmente al sentido cristiano.

También constatan el abuso de dicha religiosidad para intereses económicos y para mantener actitudes y situaciones de conformismo y paternalismo. Con estas constataciones parecería lógico que la conclusión fuera más crítica hacia dicha práctica religiosa y supusiera una seria decisión por contrarrestarla y encauzarla decididamente hacia formas más netamente cristianas. Sin embargo, cuando se dan pautas sobre el particular, se quedan en generalidades y carecen de decisiones pastorales concretas que ayudarían a solucionar muchos problemas y a respaldar la actitud de ciertos agentes pastorales que sí tratan de evangelizar dichas expresiones religiosas. Pero, cuando esto acontece, llega el conflicto: los cofrades, devotos, priostes organizan el revuelo, forman comisiones y llegan a los señores obispos para protestar por el proceder de los citados agentes. Por lo general, los obispos, ante los argumentos de los devotos de "perder la fe", la costumbre y la tradición y por miedo a que algunos de ellos lleguen a dejar de pertenecer al catolicismo pasándose a otras religiones o sectas suelen sucumbir a las

peticiones o quejas del pueblo y recomendarán al agente tener más ciudado, saber escuchar, valorar los aspectos positivos de la religiosidad popular con lo que todo queda igual y los intentos se ven frustrados para seguir en el estancamiento.

Y habría forma de controlar ciertas manifestaciones religiosas cambiándolas de sentido con normas tan simples como evitar que la fiesta de un santo se prolongue durante dos meses con misa y vísperas incluidas, ejemplo: Hay lugares en que la devoción al Niño se prolonga desde el tiempo de Navidad hasta la Semana Santa. El patrón del pueblo, cualquier feligrés puede celebrarlo el día que le conviene, aunque esta fecha no tenga nada que ver con el calendario litúrgico, (con vísperas, misa y procesión incluida). El no permitir la privatización de la misa por los devotos, priostes o cofrades dando un carácter de mercancía que, por el hecho de encargarla y pagarla, dé la imagen al señor que así actúa de ser el dueño de la misa para hacerla como le venga en gana, esto es de contratar bandas, cantores o sacristanes profesionales, que desvirtúan el sentido comunitario y participativo de la Eucarística. El incidir constantemente en la necesidad de participar en la Comunión para evitar el bochorno de que en una Eucaristía a la que concurren quinientas o mil personas comulgen cinco, o a veces, lo haga sólo el sacerdote. No permitir el excesivo adorno de los templos (que por lo general quedan más desadornados) para quitar esa impresión de "representación de auto sacramental" a que queda reducida en muchas ocasiones la Eucaristía donde el sacerdote es el actor principal y los fieles quedan reducidos a meros espectadores. La misa debería celebrarse en las iglesias parroquiales a una hora determinada y en esa misa, que es para toda la comunidad, se pasarían las intenciones que hubiere. Esto permitiría ir erradicando la privatización de la misa y su sentido de acto social organizado para lucimiento de los señores que pagan. Esta ya es práctica común en muchas iglesias del mundo sin que el pueblo "haya perdido su fe".

Percibimos que los obispos reunidos en Puebla o en sus conferencias episcopales, hacen un diagnóstico sobre dicha religiosidad pero les falta decisión para tratar de erradicar los aspectos negativos de la misma por temor a la secularización y parecería que por considerar que el pueblo es remiso al cambio, lo cual lleva a perpetuar esta situación.

## *Características de la religiosidad popular*

Mucho se ha escrito y reflexionado sobre este fenómeno religioso existiendo opiniones diversas sobre el papel que juega en el pueblo y sus efectos sociales. Hay quienes enfatizan más las características de dominación que comporta y quienes las matizan y cargan más el análisis en las posibilidades y en las prácticas liberadoras.

Haciendo un análisis histórico de las situaciones en que se encuentran los grupos humanos que practican dicha religiosidad, nos tememos que no hay motivo para un análisis positivo de los efectos causados en los sectores y sociedades populares seguidores de esta práctica religiosa.

Dussel ve así las características liberadoras de la religiosidad popular: "El campo religioso popular" no sólo está en manos del Salmán, hay también lugar para el profeta. Es un campo en conflicto y por ello puede responder a los intereses de las clases dominadas, a su liberación.

En este caso cambian las funciones de los "actantes" y se historifican los protagonistas. El "santo donador" es el mismo pueblo que genera en su seno a los héroes y santos y alcanza prácticamente su "objeto": el don o el milagro es que el pueblo mismo se toma protagonista de la historia".

Los ejemplos con que ilustra esta característica liberadora son el proceso de la emancipación mexicana donde un grupo de patriotas, que se pusieron por nombre genérico los "guadalupes" y el clérigo Hidalgo tuvieron por bandera y colores de su ejército los de la virgen de Guadalupe y bajo su advocación lucharon contra los españoles. El otro caso más reciente es el nicaragüense donde no solamente fueron élites cristianas y las comunidades de base las que se adhirieron a la lucha popular contra Somoza, las familias cristianas populares también se plegaron a la lucha.

Admitiendo estos casos, debemos reconocer que son hechos aislados aunque haya otros más. En la larga historia de la religiosidad popular la práctica ha sido más de freno que de impulsora en los procesos de cambio social y de emancipación.

De otro lado, el creyente y practicante de la religiosidad popular, no es un ser exclusivamente religioso, sino que está inserto en un ambiente

sociopolítico y recibe mediaciones de los diferentes sectores sociales al tiempo que percibe en su carne la opresión y en momentos de alta conflictividad social se ve obligado a definirse en aras de su emancipación a pesar de su práctica religiosa tradicional. Cuando se está oprimido por la miseria, el hombre en ciertos momentos, aunque sea espontáneamente, se rebela y no se para a pensar en los condicionamientos doctrinales de su credo religioso. Lucha por el imperativo de la supervivencia.

Con esto, no negamos que el mensaje cristiano, reflexionado, introyectado y hecho vida, no posea una fuerte carga dinamizadora y liberadora de toda opresión y que conlleva la exigencia por luchar de por vida por la transformación de la vida del hombre, la sociedad y la religión; muy al contrario, creemos que la fe en el Dios bíblico y en Jesús de Nazareth cuando se hace vida, da fuerza hasta remover las montañas de la mayor injusticia. Esto es lo que está creando conciencia en los cristianos de las Comunidades de Base Populares a través de la reflexión bíblica, pero este es otro proceso. Lo que nos preocupa, es hasta qué punto las personas y grupos que viven la religiosidad popular son conocedoras del mensaje bíblico y su potencial liberador. Hasta qué punto su fe cristiana está basada en el mensaje de los profetas y de Jesús, que da autonomía y responsabilidad al hombre para que sea el forjador de la historia, o por el contrario, su religiosidad escasamente reflexionada a la luz de la Palabra y de los acontecimientos liberadores de la historia de la salvación, adquiere connotaciones de un sentimiento religioso primitivo que otorga a la naturaleza, al hombre y a la sociedad, caracteres míticas altamente sacralizantes que le vacían de su protagonismo como sujeto y que son contrarios al cristianismo.

Pasamos ahora a describir características de la religiosidad popular:

1. Diviniza la naturaleza con lo que el hombre queda sometido bajo su dominio, vaciándole de su protagonismo y convirtiéndole en objeto de la misma.

Todo el orden natural está a merced de la divinidad por lo que el esfuerzo humano es inútil e ineficaz ante el poder de lo divino. El hombre es un mero objeto sin capacidad de decisión, sólo le queda esperar la voluntad divina.

2. Sacraliza la realidad, anulando su carácter histórico-profano. Así toda

la vida se convierte en rito, en norma que confiere un sentido mítico a la vida y a la historia.

La profanidad no existe, los valores éticos no tiene vigencia. La historia tiene una explicación mítico religiosa y el hombre para solucionar sus problemas tiene que recurrir a mediaciones religiosas. Se sacraliza el tiempo, el espacio y el ritmo de este. Todo adquiere un sentido sacral sin el cual la existencia no encuentra identidad.

3. Pasividad: la persona inmersa en esta religiosidad se convierte en un sujeto pasivo y receptivo al poner en el santo o la imagen la capacidad de actuar por él. El papel de la persona es el de meramente pedidor de favores, por sentirse impotente para actuar y cambiar la vida. Esta pasividad convierte a la persona adulta en infantil que necesita continuamente del Padre (Dios o los santos) para que le proteja y le saque de apuros. Estas personas se sienten aquejadas de un sentimiento de orfandad al tiempo que revisten a la divinidad de una omnipotencia absoluta capaz de actuar en cada momento para concedernos cuanto le pedimos y necesitamos. En esta dinámica la persona se vacía de sí misma y de su responsabilidad frente al mundo y la historia, por considerarse incapaz de asumir y enfrentar la realidad y se ve en la necesidad de construirse otra que le permita encontrar artificialmente un sentido a una vida que para él, no lo tiene.

4. Tiene un sentido cíclico de la historia. El tiempo se repite en los diferentes ritos y es imposible el avance y el cambio. Lo importante está en respetar lo hecho lo más similar posible. Este concepto significa un claro impedimento y un freno a todo progreso histórico y avance de la humanidad.

5. Fomenta y mantiene el fatalismo. El mundo y el hombre son como son y así deben seguir siendo. La divinidad y el destino son quienes marcan el rumbo y cada persona cuando viene al mundo tiene ya asignado su propio papel contra el que no puede rebelarse. No hay otra opción que el de representarlo adecuadamente. Así el rico deberá ser un gran rico, el pobre, humilde y conformista; el ahalfabeto, desempeñará el ser un buen iletrado y el intelectual, será el gran generador de ideas que todo lo justifique y que nada cambie. Lo importante es representar bien el papel que cada uno tenemos asignado pues la humanidad y la historia tienen sus reglas fijas, inmutables, estáticas en las que prevalece un valor ontológico.

6. Predominio de lo naturalista-cosmológico descuidando la dimensión ética. La naturaleza y el cosmos cobran un significado relevante en la vida, en torno a los cuales gira la existencia. Sin embargo, el elemento ético no tiene vigencia, no impera en los comportamientos y relaciones personales y de grupo.

7. Promueve una fuerte experiencia de miedo. El creyente de la religiosidad popular posee un gran temor ante lo divino y sagrado que continuamente vigila para castigar en cualquier momento; así cualquier mal o desgracia es interpretado como un castigo enviado por la divinidad. Ante la comprensión de la divinidad como omnipotente, el hombre se siente anonadado y atemorizado. Inclusive la figura del Padre con lo que los cristianos definimos a Dios no genera sentimientos de cariño y bondad sino de temor, trae recuerdos de severidad y castigo. Por todo esto, hay que buscar las formas de aplacar la cólera divina por medio de ritos, cultos y sortilegios que, según su creencia suelen surtir efecto.

8. Es individualizante. A pesar de presentarse en formas masivas, cada persona vivirá su fe y solicitará su favor y necesidad a título individual, así en los actos culturales, cada uno estará expresando y viviendo su propia experiencia personal. Los sacerdotes que organizan las fiestas y encargan las vísperas, misas, novenas, procesiones, no tienen por lo general, una motivación de servicio a la colectividad, sino lo que prima es un afán de prestigio, de ser admirados por el pueblo. En las romerías, a pesar de ofrecer un aspecto comunitario, revisten también caracteres individualistas. Prolifera mucho el concepto de la misa de "encargo", para un solo difunto o por la persona o familia que encarga la misa.

*Es posible una evolución de la religiosidad popular?*

Será posible el hacer evolucionar este tipo de religiosidad hacia un sentido más bíblico, más cercano al mensaje evangélico?

Se han hecho y se hacen esfuerzos de parte de ciertos sectores de la iglesia con resultados diversos, pero es indudable que entraña una serie de graves dificultades.

De otro lado, hay que tomar en cuenta que su evolución no depende exclusivamente de tareas pastorales, partiendo de iniciativas meramente



eclesiásticas, sino que inciden elementos sociales, económicos, culturales y políticos. Así su evolución será posible además del empeño evangelizador de la iglesia, en la medida en que se vaya consiguiendo la transformación de la realidad social que la envuelve y que es determinante en cierto tipo de religiosidad. De esta forma, al cambiar las condiciones socio-culturales del grupo, se transforma al tiempo su mentalidad religiosa. Al cambiar las condiciones de vida, cambian las circunstancias que producen el talante y mentalidad que cristaliza en la religiosidad popular. Por ejemplo, el pasar de una sociedad rural a urbana, de una cultura agrícola a otra industrial, del analfabetismo a la cultura, generalmente va alterando la religiosidad tradicional con el consiguiente proceso de desacralización de símbolos, mitos y tradiciones que en un tiempo tuvieron gran arraigo y significación.

Este cambio se ha dado en otras sociedades, pero en América Latina esto está muy matizado, pues a pesar de existir un proceso por el que se pasa de una sociedad rural a una sociedad urbana, al no existir posibilidad de un despegue económico y de creación de puestos de trabajo que dé respuesta a las necesidades populares, el resultado de este flujo de excedente, de mano de obra del campo a la ciudad no conlleva una seguridad salarial, sino al contrario, se crea el fenómeno de la marginalidad que se traduce en los más diversos tipos de economía sumergida, subempleo, todo tipo de incipiente comercio, delincuencia, prostitución, droga, etc., que marcan al pueblo con una vida de inestabilidad permanente, tanto en lo económico, social, cultural, como en lo familiar, que es caldo de cultivo para estas manifestaciones de religiosidad popular.

Además, la religiosidad popular tradicional juega un papel de máxima importancia para el mantenimiento de sistemas socio-políticos tradicionales.

Eric Fromm destaca la estructura caracterológica de las diversas colectividades y su resistencia al cambio respecto a las transformaciones sociopolíticas e institucionales. La tradición familiar que incide en la formación infantil, la educación, la constante presión social del ambiente a que nos vemos sometidos, especialmente por el asedio de los medios de comunicación social, produce en nosotros un núcleo característico de hondas raíces psicológicas, afectivas y racionales. Por decirlo de otro modo, somos hijos de nuestra cultura y de nuestra sociedad en un grado mucho mayor del que podemos tener conciencia. Nuestro grado de interiorización y de asimilación sociocultural es tan grande que, aunque queramos, no podemos

desprendemos de las actitudes, formas de ver la vida y el talante que hemos ido elaborando, sobre todo en el tiempo de nuestra primera infancia y en la adolescencia.

Esto es claro en las sociedades latinoamericanas tan marcadas por el tradicionalismo, tanto en lo sociocultural como en lo religioso y donde se tiene a gala el ser tradicional y conservador de costumbres. Así es normal el ver como los niños y jóvenes son repetidores de las costumbres religiosas más arcaicas que parecería imposible tener cabida en la mentalidad juvenil rupturista y ansiosa de novedades y de emprender nuevos patrones de vida más creativos.

Este fenómeno va unido al control de las sociedades latinoamericanas por los adultos. Es una paradoja que en uno de los subcontinentes más jóvenes, estos se encuentren más marginados de las decisiones y de las pautas de comportamiento. Su opinión no tiene valor por carecer de experiencia y esto se ha introyectado tanto en amplios sectores de la juventud que han llegado a minusvalorarse y a tratar de imitar en todo a los mayores que son quienes tienen el poder y el control de la sociedad en todos los ámbitos. Una persona no cuenta ni adquiere valor hasta que no llega a la etapa adulta, que comporta el tener una cierta independencia económica y el ser jefe de familia.

Así, si en los procesos de rápida transformación social o en la instauración de nuevos órdenes sociopolíticos el cambio de mentalidad y comportamientos socioculturales son lentos y a menudo se convierten en el mayor obstáculo para el desarrollo del mismo proceso, qué no sucederá en los regímenes que hacen gala de los valores tradicionales y que son el soporte para su mantenimiento?

La resistencia que se encuentra en las sociedades latinoamericanas hacia un cambio de mentalidad sociocultural, refuerza y consolida el papel de la religiosidad popular y al mismo tiempo, sus implicaciones sociopolíticas.

Dicha religiosidad se ve condicionada y apuntalada por el entorno sociopolítico y al mismo tiempo es condicionante para mantener regímenes políticos tradicionales y hasta dictatoriales. En una palabra, la religiosidad no puede medirse exclusivamente con parámetros religiosos, sino que es reflejo de unas determinadas circunstancias económicas, políticas y culturales.

A la mentalidad religiosa no se la puede juzgar como a veces se trata de hacer desde ciertos estamentos sociales y de la Iglesia. La fe y el sentimiento religioso no están pasados por un filtro que les libera y purifica de toda contaminación social. La religión está condicionada en alto grado por el contexto económico y sociopolítico.

Partiendo de esta complejidad y esta relación de lo sociopolítico con lo religioso, qué papel pueden desempeñar la iglesia y los cristianos en un cambio de estructuras, actitudes y mentalidad religiosa tradicional?

### *Papel que puede desempeñar la iglesia en la desacralización*

Creemos que un tema tan importante e influyente en estas sociedades como es el de la sacralización, no puede dejarse de lado por miedos y prejuicios a perder influencia o a desorientar a los creyentes, que a veces esgrimen el argumento de "pérdida de la fe" ante cualquier planteamiento crítico del comportamiento religioso.

La sociedad con su lento y complejo desarrollo irá sin duda marcando pautas de comportamiento que afecten al hecho religioso como ya ha sucedido en otros países.

La iglesia como signo de salvación tiene el deber ineludible de orientar a los creyentes y purificar su religiosidad, encauzándola cada vez más a una conexión con el mensaje revelado, con la práctica de Jesús de Nazareth y la vida de la primitiva iglesia. Sin lugar a dudas, en la génesis del cristianismo el componente ético desacralizante frente a la religión judía ocupa un lugar preeminente.

Debemos entender el papel desacralizador no como una pérdida de sentido de la vida y de la existencia del hombre, como un opacamiento de la fe y la religión, sino como una recuperación del auténtico sentido místico del hombre religioso como afirma el teólogo J. B. Metz que el futuro pertenece a hombres místicos (con experiencia de Dios) y políticos (es decir, comprometidos en la transformación de la sociedad) al mismo tiempo. -

El hecho de la desacralización comporta una apuesta por hacer carne el mensaje bíblico que entra en lo profano sin anularlo, por el contrario, lo

**afirma y le da su verdadero sentido, dejándole plena autonomía para su desarrollo.**

**Afirmar la autonomía de lo profano es llevar a la práctica el mandato de Dios al hombre de dominar la tierra, Gen. 1, 26-31 y de descubrir al hombre que es imagen de Dios. Es incentivar su responsabilidad y creatividad para la creación de una sociedad más racional, igualitaria y fraternal que sea signo de esperanza del desarrollo pleno de la humanidad hacia su destino último.**

**Desacralizar significa liberar al hombre de su impotencia y sus miedos que le enajenan y le convierten en un objeto alienado, totalmente dependiente de las fuerzas naturales y del tremendum de lo sagrado. Es descubrirle un mundo de posibilidades e ilusiones en proceso de realización que borren su visión fatalista de la historia que le oprimen e incapacitan para su realización integral como persona. Es ponerle en el camino de convertirle en sujeto histórico para ensoñar la existencia. En esta dinámica, el hombre se encontrará consigo mismo, consciente de sus limitaciones y de sus capacidades y cobrará conciencia de que el quehacer histórico y su propio desarrollo personal necesitan del aporte de las otras personas, propiciando el fortalecimiento de la solidaridad común.**

**El desacralizar pone a la persona frente a un reto existencial y de búsqueda de sentido a su vida y destino, impidiéndole escudarse en lo religioso para no asumir sus responsabilidades personales e históricas. Le ayudará a definirse como persona y como cristiano testigo del evangelio. Le impulsará a vivir valores éticos que en su etapa sacral quedaban opacados en la realidad místico religiosa. No podrá ya desvincular fe y vida, pues a través del Evangelio descubrirá que el único culto y ofrenda agradable a Dios es el ofrecimiento de la propia existencia. Así, descubrirá que no es posible ni lícito el desvincular el comportamiento ético de la creencia religiosa en oposición a la concepción sacral de la vida en la que la persona religiosa tradicional vive la existencia sin responsabilidad ética y sin ninguna exigencia ni punto de orientación para sus relaciones interhumanas e históricas, basando su religiosidad en actos puntuales y ritos cúltricos en los que ofrece a Dios cosas ajenas a su vida como son: velas, objetos sagrados, flores, para expiar sus faltas y quedar así justificado, volviendo siempre al punto de retorno por no llevarle a un proceso de conversión y personalización.**

Entendida así la desacralización conecta con la más pura tradición bíblica y cristiana. Es significativo que el cristianismo en la sociedad grecorromana fuera visto como una agrupación atea por los pensadores religiosos de la época. Se le rechazaba en sus pretensiones de ser una "nueva religión" con significado universal y se hacía referencia a la intolerancia, y a su condición de ser superior al resto de religiones establecidas sobre todo, frente a la religión oficial del Imperio Romano.

En este sentido, dentro del contexto histórico de las religiones, el cristianismo aparece con una fuerte carga de secularidad frente a la naturaleza a la cual somete al dominio del hombre. De esta forma, la desacraliza y la purifica de sus componentes mágicos. Lo mismo sucede con la sociedad cuando la relativiza y la enmarca dentro del Plan escatológico de Dios.

También relativiza los símbolos sagrados (ley, culto, templo y sacerdocio) como ya hemos analizado anteriormente, privilegiando el centro de relación con Dios a la vida profana y al ámbito de las relaciones interpersonales y de la ética que es el espacio donde el hombre se juega sus relaciones con Dios.

La distinción de esferas de lo profano y de lo sagrado queda abolida en cuanto que el cristiano todo lo refiere a Dios, es decir, es toda la existencia humana la que queda dentro del ámbito del Plan de Dios. No hay ámbitos ni espacios en los que la fe no juegue un papel, pero al mismo tiempo se da la paradoja de que los espacios, símbolos, tiempos y personas sagrados en que las religiones tradicionales suelen poner el acento como centro para la relación del hombre con Dios, quedan relativizados, en una palabra, anulados.

Es en este sentido en el que se puede hablar del cristianismo como una fe que se contrapone a una religión para resaltar este carácter desacralizador y una cierta forma secularizante del cristianismo.

Esto implica el que no todas las formas de religiosidad son compatibles con el cristianismo, a pesar de que el cristianismo también se viva con símbolos y signos que implican una cierta religiosidad. Pero dejando bien claro, que no toda religiosidad es cristiana, pues la desdivinización de la naturaleza y su subordinación respecto al hombre es un elemento sustancial a la tradición judeo-cristiana. Otro elemento básico es la comprensión lineal de

**la historia como evolución y progreso hacia el encuentro final con Cristo. Ambos criterios son fundamentales para poder analizar si una religión tiene o no carácter cristiano.**

**La iglesia no debería tener miedo a la tarea evangelizadora que desacralice la sociedad y la religión tradicional para que el hombre se sienta más conectado al Evangelio y al mensaje cristiano por ser una tarea que le compete por obligación. Debemos purificar las expresiones de fe y religión tradicionales para encauzarlas hacia otras expresiones más de acuerdo al cristianismo. Con ello no se pierde nada, muy al contrario, se ayudaría al hombre y a la sociedad a recuperar su auténtico sentido y a romper frenos que impiden un cambio y desarrollo socio-cultural en nuestro subcontinente.**

**El no hacerlo, es caer en complicidad con los sistemas tradicionales dominantes que tratan de perpetuar en la opresión y sumisión a estos pueblos.**

**En los últimos años la Iglesia ha avanzado en sus planteamientos sociales, pero en lo que se refiere al tema de la desacralización se ha quedado estancada, dejando así un área de suma importancia para la liberación del hombre y las sociedades latinoamericanas. No podrá haber auténtica liberación mientras persistan el miedo, el fatalismo, la resignación, la alienación y la idea sacral de la vida que se sustenta en la religión popular tradicional. Ni habrá liberación ni una iglesia signo de salvación mientras los cristianos nos veamos sometidos por el hecho religioso y mantengamos una actitud infantil frente a Dios, la sociedad y la Iglesia. Dicha actitud, no lo olvidemos, permite perpetuar el estado de injusticia imperante y las formas autoritarias de gobierno en la sociedad y en la propia iglesia: en vez de ser una comunidad fraternal será una agrupación de súbditos, que obedecen las directrices de su jerarquía.**

**Este hombre anonadado y empequeñecido por el hecho religioso no es con toda seguridad el hombre que nos describe la Escritura como imagen de Dios co-creador y hacedor de la historia según la voluntad divina.**

**Si la Iglesia no toma esta imprescindible labor, orientándola a la luz del Evangelio, será la sociedad la que tome esta iniciativa como ya ha sucedido en los países más desarrollados acarreado una serie de consecuencias nocivas para el hombre, la sociedad y la iglesia misma. Se**

afirmará el secularismo y el rechazo a lo cristiano vinculándolo a la Iglesia como representante oficial, dejando una serie de secuelas de resentimiento hacia la iglesia por haber mantenido en la ignorancia, el infantilismo y la desinformación a los creyentes, que poco a poco le darán la espalda con resentimiento y amargura.

Cuáles son las manifestaciones de la secularización en sociedades más avanzadas técnica y económicamente donde la iglesia no supo orientar un proceso desacralizador?

### *Cambio radical en la forma de plantearse el hecho religioso*

Sobre todo, ha cambiado sustancialmente el planteamiento del problema de la existencia de Dios: durante muchos siglos el hombre ha vivido en un cosmos en el que de forma objetiva y directa se encontraba con Dios. La sociedad y el mundo aparecían como algo dado, objetivo y normativo para el hombre. Nacíamos y crecíamos en un orden constituido por la tradición y las costumbres, en el que existía un consenso sobre los valores que determinaban el curso de la sociedad. Estos valores y este orden eran legitimados en última instancia por Dios. En este sentido la religión ha sido el soporte y la gran instancia legitimadora del orden social. El hombre nacía en un mundo en el que la existencia de Dios era evidente de tal forma que "ateísmo" era un fenómeno minoritario... La existencia de Dios se podía probar racionalmente y en el que la fe en Dios se daba prácticamente por ósmosis social: era uno de los elementos de la "construcción social de la realidad"... Se trataba de concebir al mundo y a la sociedad como un orden fijo, inmutable, estático en el que prima el valor ontológico de la realidad social y cósmica... Por el contrario se desatendía el ser histórico del hombre, la capacidad de cambio...

La cultura Occidental ha operado un desplazamiento del cosmos (como una realidad que se impone al hombre y a la que este tiene que someterse) al individuo (que domina todo lo creado y lo pone a su servicio). Dios ya no es más garante del orden dado y el cosmos aparece como una realidad autónoma que puede funcionar sin recurrir a la hipótesis de Dios. Igualmente ocurre con el hombre: se pone en primer plano la libertad responsable y se desplaza el papel humano desde el cosmos a la historia. No se trata ya de partir de un orden divino para encontrar un puesto dentro del Plan de Dios, sino de establecer un orden humano en el que la cuestión de Dios es innecesaria".

(Juan Antonio Estrada en "Oración" liberación y compromiso de fe").

Vemos como el hombre ante el influjo de lo racional y subyugado por ello, llega a negar a Dios y anula su dimensión de ley y trascendencia.

### *La indiferencia religiosa*

Hoy día no está vigente la postura militante atea, pero, en grandes masas lo que se ha impuesto es la indiferencia ante el hecho religioso, simplemente no interesa, es un hecho trasnochado y a lo más queda como un reducto tradicionalista y con características costumbristas pero que es incapaz de dar sentido a los interrogantes del hombre moderno.

Lo que impera en el ambiente es una especie de veneración hacia lo científico afianzando la primacía de las experiencias empíricas como únicas formas de realidad.

En esta situación el hecho religioso aparece al menos como sospechoso y desligado de la realidad.

### *¿Fe en Dios o fe en el hombre?*

"El paso de la filosofía del ser a la filosofía del sujeto marca un hito en la historia de nuestra cultura. A partir de ahora, el hombre se libera del peso de la realidad objetiva a la que hay que someterse para descubrir y realizar su papel de agente de la historia. El humanismo contemporáneo está cimentado sobre la valoración del hombre como el único absoluto, tanto a nivel colectivo como individual. Surge un humanismo que cuestiona la heteronomía y que relativiza la tradición y los plurales sistemas filosóficos, religiosos y político-sociales... Esta aventura apasionante del espíritu humano parece abocada al fracaso; al menos tenemos miedo de que pueda ser así. Hoy el problema ya no se plantea simplemente en términos como los de la época ilustrada, en los que se problematizaba la fe en Dios, sino que se cuestiona la misma fe en el hombre. ¿es posible creer en el hombre y en su futuro? A nivel colectivo y a nivel individual se nos presentan hoy serios interrogantes...

Al plantearnos el problema de la fe en el futuro de la especie humana nos sentimos desbordados por la incommensurabilidad de los peligros



actuales. De una parte, la experiencia de la última guerra mundial y la conciencia de la potencia y multiplicidad del armamento existente nos hacen temer por el futuro de nuestros hijos y por el de la humanidad... A esto se añade la consciente toma de conciencia por los pueblos de la irracionalidad e injusticia del orden internacional existente, así como que la diferencia entre el desarrollo y el subdesarrollo tiende a agravarse cada día más. "(Juan Antonio Estrada, *Ibd*).

El hombre como individuo también se siente amenazado por la masificación y el control de los estados y los medios de comunicación. Así encontramos que al hombre de hoy en las sociedades tecnificadas y secularizadas le cuesta trabajo creer en Dios porque ha perdido sensibilidad religiosa y en el hombre por la práctica deshumanizante de sus sociedades. Parece que en este mundo no hay cabida para la fe, la esperanza y la ilusión, lo que hace caer en un excepticismo que arrastra a la persona a tratar de vivir apresuradamente el presente buscando un hedonismo que satisfaga sus insatisfacciones.

En estos tiempos de crisis, el hombre mira al pasado aflorando sus seguridades, pero la vuelta atrás ya no es posible pues el pluralismo y la crítica forman ya parte de nuestra identidad. Dichos elementos son incompatibles con las bases de una sociedad tradicional donde la fe y los valores religiosos, morales y políticos eran incuestionables.

#### *Falta de sentido de la vida*

Las sociedades secularizadas y altamente tecnificadas ofrecen al hombre una serie de bienes que rayan en lo superfluo y le crea una mentalidad que privilegia lo inmediato, lo concreto, lo presente, pero descuidan plantearse el sentido de la vida. ¿Por qué hacemos lo que hacemos, a dónde vamos, hasta qué punto nuestra vida responde a las aspiraciones del hombre? Se carece de una utopía y de un proyecto esperanzador, que ilusione a la persona.

Al igual que en los tiempos de Jesús, existe la conciencia generalizada de que algo va mal, desastrosamente mal. Los profundos cambios que producen los sistemas de gobierno, el terrorismo utilizado como arma política engendran una sensación de derrumbamiento general y desintegración de los valores. La sociedad se encuentra sin salida. Desilusionados con el materialismo por ser incapaz de dar una respuesta a

**esa pregunta, buscan una respuesta en otra dimensión. Hoy día florecen las corrientes de integración en grupos diversos de tendencia espiritualista y de corte fundamentalista. Profetas y predicadores claman contra la decadencia, la inmoralidad, la corrupción, la negligencia moral. Así las sectas, cultos, disciplinas y terapias proliferan, captan incontables seguidores, recaudan considerables sumas de dinero y gozan del apoyo de poderes e intereses políticos.**

**En Latinoamérica, la iglesia todavía está a tiempo de ir reconduciendo el proceso de una religiosidad tradicional escasamente reflexionada hacia una vivencia más auténtica del cristianismo. Debemos ir olvidando la práctica de consagrar el mundo a Dios o al Corazón de Jesús o María y entrar en la dinámica del ofrecimiento de nuestra existencia como símbolo del cambio de la sociedad haciendo que Dios se haga presente donde aparentemente está ausente. Consagrar es la otra cara de la moneda de la transformación y cristianización del mundo. No por decreto, imponiendo las formas religiosas en la sociedad, sino cambiando a las personas y modificando las estructuras que nos determinan socio-culturalmente.**

**En la dinámica de la desacralización no es cuestión de eliminar los sacramentos y el culto pues son momentos necesarios para la expresión comunitaria de la fe, pero no deben hacerse como en la actualidad como simples ritos mágicos y masificados sino que deben servir como toma de conciencia y experiencias confirmatorias de la identidad cristiana en momentos específicos en los que se encarna y se expresa nuestra experiencia de Dios. Pero dichos signos deben llevar al compromiso activo en la sociedad, a ofrecer nuestra propia vida como acto de alabanza a Dios, a la lucha de la liberación del hombre y la sociedad. Dios y el hombre no se oponen, al contrario, se complementan. El mundo es injusto e irracional; es preciso cambiarlo y ofrecerlo a Dios. Todo debe ser transformado por una fe comprometida.**

**El culto puede de este modo, transformarse en un acontecimiento con significación para la sociedad. En lugar de ser algo marginado de la vida y con poca incidencia social, se convierte en el acto donde se expresa al máximo la denuncia cristiana de una conducta incompatible con el cristianismo.**

**La ineficacia del culto cristiano depende de su incapacidad para tener**

incidencia social, para convertirse en revulsivo de formas de conducta incoherente con los valores cristianos. La iglesia debe plantearse que el problema no es cuestión de número sino de coherencia cristiana con el mensaje de Cristo.

## 2. Dialéctica Iglesia Reino

He aquí otra pista que es preciso andar con claridad para evitar todo aquello que imposibilite el Reinado de Dios. Los teólogos hacen desde tiempo esfuerzos por alcanzar conceptualmente ambas cosas: Qué es la Iglesia y qué es el Reinado de Dios?

La confusión de ambos términos, su identificación muchas veces, ha dado pie a prácticas diversas y hasta opuestas. Esta confusión e identificación fue durante toda la historia de la iglesia normal y las consecuencias igualmente funestas para la iglesia. Hacer iglesia, defender la iglesia, arroparla de dogmas, cánones, decretos, privilegios que la fortalecieran constituyó práctica común de Papas y Concilios, que de esta manera, creían estar contribuyendo a la instauración del Reino de Dios. Durante siglos se identificó a la iglesia con el Reino de Dios. Sólo en esta perspectiva puede entenderse el afán por potenciar la Iglesia, por definirla como sociedad perfecta con igualdad de derechos y prerrogativas a la sociedad civil, necesitada de medios para conseguir sus fines, que no eran otros que la salvación de las almas.

La Iglesia, definida como un fin en sí misma dio pie a grandes deformaciones entre las que cabría destacar la de dotarse de medios desproporcionados para conseguir sus fines. Esto constituyó práctica común hasta el punto de convertirse sus miembros más prominentes en verdaderos príncipes y sus instancias en instituciones ricas. La iglesia de Jesucristo terminó así en una poderosa institución llena de medios y de poder.

Tuvieron que pasar siglos para que la Iglesia, como tal, desandara el camino y regresara a los primeros tiempos de su larga historia. Esta acción costó mucho porque la resistencia sigue siendo fuerte. Fueron los teólogos del Concilio Vaticano II los que llamaron la atención sobre esta confusión histórica si bien no con la claridad necesaria. Todavía, en algún documento llegan a identificar ambos términos (Lumen Gentium cap I. Nº 3). Pero es a partir del Concilio también cuando empiezan a diferenciarse y a tener que dar

**razón de ambos términos. Iglesia y Reino de Dios ya no son (nunca lo fueron) sinónimos. De manera que tiene lugar entonces una vuelta a las fuentes para comprobar que los Evangelios apenas hablan de iglesia pero que hablan mucho del Reino, y que Cristo anuncia el Reino aunque luego resulte la iglesia (Alfred Loisy).**

**Lo que es evidente es que las posturas por uno u otro término dan lugar a prácticas y teologías diversas. Y es esta divergencia la que nos exige definirnos en este momento.**

**Creemos que la sacralización del mundo no ayuda a la liberación y que esta sacralización es fruto de concebir a la iglesia como un fin en sí mismo. en efecto: todas las prácticas rituales, los sacramentos y toda la liturgia son momentos que afirman esta concepción de la iglesia. La liturgia con connotaciones místicas produce temor, temor a Dios, temor a las fuerzas ocultas que actúan constantemente, temor al castigo. Por esa vía la liberación es impensable y, si esta no existe, el Reinado de Dios no será posible. Si la Iglesia no se sintiera fin sino signo del Reino no se habría fortalecido tanto como institución sino que se vería como signo de servicio.**

**En efecto: el Reinado de Dios es un proceso, que comienza con Jesús pero que continúa en cada uno de sus seguidores. Jesús se presenta públicamente anunciando el Reino. La Buena Nueva no es otra cosa que el Reino pero para entrar en él hay que cumplir una serie de condiciones. La primera e imprescindible es la conversión " Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca", Mt. 3, 2; Mc 1, 15. Generalmente en la iglesia no se está como convertido, se está haciendo número. Convertirse va a significar cambiar de valores, relativizar el mundo y sus instituciones.**

**Convertirse quiere decir que el hombre debe coger el mundo en sus manos y hacerlo humano, es decir llenarlo del Dios que se hace hombre y esto conlleva la afirmación de la subjetividad que sólo puede ser tal en comunidad porque es a partir de los otros como el sujeto se define y se diferencia. A partir de aquí, ciertas mediaciones se toman innecesarias y el sujeto experimenta la grandeza de su vocación. Vocación que es apertura a los otros y al mundo. En ellos se va a verificar Dios y se hará patente en la medida en que también sean libres.**

**La comunidad de Jesús anuncia el Reino pero este nunca es definitivo.**

Las dudas y vacilaciones del grupo forman parte de ese proceso que todavía continúa y ese grupo somos también nosotros, los que recibimos la fe y el anuncio del Reino. Dudas y vacilaciones que forman parte del don de Dios pero vistas ahora bajo el prisma de la comunidad elegida por Dios, convertida, proyectada como nuevo pueblo de Dios, con un proyecto de vida diametralmente opuesto al proyecto del mundo. En este sentido, la iglesia es sólo un medio para conseguir el Reino.

Cristo crea una comunidad y la incorporación a ella no es presentada por los Evangelios como algo necesario para conseguir la salvación eterna. O sea que la función de la comunidad (Iglesia) no consiste en asegurar la salvación para la otra vida, Mt. 19, 16-29; Mc. 10, 17-31; Lc. 18, 18-30. Es decir, lo que define el destino definitivo de unos y otros es el comportamiento del hombre con el hombre, especialmente con el pobre, con el que sufre, con el perseguido. Quiere decir que lo que define nuestro destino es la aceptación o rechazo de la gracia salvadora de Dios. Y esto se puede dar dentro como fuera de la iglesia.

Cristo va a poner unas condiciones de pertenencia a esa comunidad que consistirán en la renuncia al dinero y a todo lo que se tiene, Mt. 4, 20; Mt. 4, 22; 8, 19-20; Lc. 9, 58. La comunidad de Jesús se construye sobre la base del compartir. Es el primer rasgo que define a la iglesia. A esta comunidad Jesús le presenta un programa de vida y acción: Las Bienaventuranzas, Mt. 5, 3-12; Lc. 6, 20-26. Mateo sitúa este texto después de la elección de los doce y en el comienzo del gran discurso de proclamación del Reino.

La actitud básica de esta comunidad (que prefigura y determina lo que debe ser la iglesia) es el servicio a los demás. No es sólo rechazar el estilo y forma de dominación política sino también la ambición y autoritarismo de los líderes incluidos los religiosos. Cosas ambas que se daban en el sistema político religioso del pueblo judío.

Resumiendo diríamos que la comunidad que Jesús forma no está pensada para asegurar la salvación de las almas en la otra vida ya que esto se puede conseguir por otros caminos; tampoco para la santificación de las almas mediante la conversión individual. Entonces, qué pretende Jesús formando esta comunidad? organizar un nuevo tipo de sociedad consistente en la fraternidad, una comunidad de personas en la que los valores que se

imponen sean radicalmente distintos y nuevos a los valores y normas de comportamiento que existen en el mundo. Para esto serviría aquella comunidad (aquella iglesia). Sería, pues, un medio en orden a ese fin, que no es otro que el Reino.

Esta comunidad era un signo de la llegada del Reino de Dios a nosotros. Pero sólo un signo. Por eso Jesús exige unas condiciones de pertenencia ya que sin ellas ni la comunidad sería signo de nada ni el Reino de Dios iba a ser posible.

Pero esa comunidad (Iglesia) ha sido en la historia y es hoy una comunidad de convertidos? Es una comunidad de hombres y mujeres que han renunciado al dinero y a todo lo que se tiene? Es una comunidad en la que se comparte todo? Es una comunidad cuya actitud básica radica en el servicio, donde se rechaza todo tipo de dominación y de autoritarismo? Es una comunidad donde se viven y anuncian valores y actitudes contrarios y opuestos a los normales del mundo? En una palabra, esta comunidad ha sido y es hoy signo de salvación e ilusión?

Aún reconociendo la falibilidad y debilidad de quienes la conformamos, justo es reconocer que adolece en su significado de ser nueva vida entre los hombres. Aparece entonces la iglesia a los ojos de los hombres como un grupo de poder y a veces generadora de ideología mostrando dificultad para dar una respuesta satisfactoria a las preguntas que los hombre venimos haciendo a través de los tiempos, aliándose en ocasiones a los poderes fácticos, y opuesta en ocasiones al progreso científico y disciplinas afines so pretexto de defender un derecho natural que se identifica con el derecho divino del que se siente intérprete.

Pero reconocer la debilidad humana y la presencia del pecado en nuestra naturaleza no nos exime todavía de nada. La comunidad que Jesús crea, la va a comenzar con hombres demasiado pobres e ignorantes y con frecuencia, testarudos que van a necesitar la venida del Espíritu para que sólo entonces manifiesten su indignancia e intelección de cuanto habían visto y oído. Sólo que ya antes se habían convertido y, sobre todo, se habían desprendido de todo hasta el punto de no abrigar ningún tipo de poder ni autoritarismo tanto hacia adentro como hacia afuera de la comunidad o comunidades que conformaron. En estas comunidades todo lo poseían en

común, no había necesitados entre ellos y los carismas se ejercían con la misma libertad y gratitud con que habían sido recibidos.

Hoy debemos reconocer que estamos muy lejos de esta experiencia. A esta comunidad accedemos de niños, sin ningún tipo de exigencia, mediante un bautismo del que los padrinos sólo son figuras garantes de transmisión de la fe, pero la realidad muestra la escasa incidencia en la formación de los bautizados de parte de dichas personas. La iglesia es consciente de este problema por lo que utiliza la fórmula "ex fide parentum", pero la fe es personal y se requeriría un profundo cambio para bautizar a personas más adultas.

Lo mismo se podría decir sobre los demás sacramentos. Cómo superar el rito y la magia y llegar al símbolo? El rito lo constituye la serie de rúbricas, de formas, de partes que se hacen en la celebración del sacramento. Todos estos componentes pueden ser comunes a diversas formas religiosas incluso contrapuestas. El rito sólo va a exigir la perfección de sus formas. Se incide insistentemente en la perfección de las formas como si fueran lo esencial del sacramento. Y está claro que esta preocupación no tiene nada que ver con lo que debería ser más importante en cualquier sacramento, es decir: la concordancia entre la vida y el rito, entre el sacramento y su exigencia, entre la Palabra revelada y el símbolo.

Otro aspecto que conviene reseñar para evitarlo es el sentido mágico que subyace a la celebración de los sacramentos. La magia es la consecución de algo a partir de unas premisas que es preciso poner. O sea que, si se celebra el rito, por ese simple hecho se consigue el objetivo. La doctrina Tridentina sobre el "Ex opere operato" ha dado pie a este aspecto mágico de los sacramentos. No se puede negar que para muchas personas los sacramentos revisten un carácter cuasi mágico. Parecería que la magia debería darse sólo en personas ignorantes que, de unas premisas falsas, querrían obtener un objetivo que no se corresponde con aquellas, pero esta concepción de la magia como pseudo ciencia está superada y hoy sabemos que, incluso en personas bien formadas, incluso científicas se puede dar y de hecho se da este carácter mágico porque la magia tiene su origen en el hecho de que el hombre imita aquello que desea profundamente. De manera que, según esto, se trataría de recibir sacramentos cuántas más veces mejor para que produzcan lo que significan. Pero cuando se mira hacia atrás nos damos cuenta de que la vida de los cristianos no varía, que allí donde se practica esta

pastoral pueden coexistir la insolidaridad, la marginación, la pobreza frente a la insultante riqueza, la mentira etc.

Es decir, que los valores del Evangelio siguen relegados a una predicación que resulta vacía. Se oye predicar que el Evangelio anuncia el amor entre los hombres, la hermandad, la solidaridad, la justicia, la paz pero en la práctica estamos muy lejos de esto. ¿Dónde radica esta contradicción? Tenemos que preguntarnos esto.

Llegamos así a los sacramentos que significan algo. En efecto: la Biblia nos revela a un Dios que se acerca y que interpela al hombre, nos revela a un Dios encarnado en Cristo, cercano al hombre, que anuncia unos valores que dignifican a la persona. Es un primer momento. Pero la Biblia nos revela también a un Dios que asume nuestra naturaleza, que sufre y que vive los valores del Reino. Es el momento, pues, de dar respuesta, el momento de convertirse, el momento de la libertad humana y de la audacia para vivir algo nuevo, radicalmente novedoso, es decir: los valores que conforman el Reino de Dios, la justicia, la paz, el amor. Naturalmente esta experiencia no puede ser individual; la alegría del Reino es algo que se comparte, que se experimenta con otros, que se vive en comunidad. Y sobre todo esta alegría se celebra; se tiene que celebrar la necesidad del amor compartido, de la paz vivida. Y esta celebración sólo tiene sentido en comunidad. Su celebración sólo puede ser simbólica y a estos símbolos es a lo que llamamos en la iglesia sacramentos. Por eso no puede haber iglesia sin sacramentos y estos a su vez hacen la iglesia.

Desde esta perspectiva se comprende que los sacramentos son momentos de la celebración de los valores del Reino vividos en una comunidad. Pero sucede así, y si no sucede quiere decir que estamos hablando de imposibles? ¿Cómo entender entonces a Juan Bautista que reclama la conversión como condición previa para la aceptación del Reino? ¿Cómo entender todo el libro de los Hechos donde para la recepción del bautismo es preciso convertirse? Así sucede al final del discurso de Pedro, quien dice que unos cinco mil porque creyeron y se convirtieron entraron a formar parte de la comunidad, y es evidente que recibieron el bautismo. O sea que, para el sacramento se exige la conversión.

Así, pues, los sacramentos son símbolos de aceptación de la gracia. Pero esta ha producido un cambio de mentalidad, una metanoia un rumbo



nuevo en la vida. Por eso podemos entender cómo en las primeras comunidades se vivían los valores del Reino. Valores que no se identifican sin más con la iglesia, que no pueden vivirse ahora en su plenitud y que, desde luego, tienen poco que ver con el devenir histórico que conocemos. No hay como identificarlos o confundirlos. De la confusión entre iglesia y Reino habíamos dicho que se habían sacado consecuencias nefastas para la Iglesia y todos queríamos ver una iglesia al servicio del hombre, comunidad de hombres libres, anunciadora de la utopía del Reino, medio para conseguirla.

Demasiadas cosas quizás, pero, para un creyente, que acepta la presencia viva del espíritu de Dios en el seno de la comunidad, demasiado poco.

Ahora tenemos que ver en qué consisten esos valores del Reino en nuestro medio, valores sin los cuales no hay comunidad, ni sacramentos ni Reino incoado. Dichos valores podrían ser la paz, la justicia y el amor.

Defender la paz en nuestro continente. Es urgente hacerlo porque no existe a pesar de que algunos hablen de la paz de los cementerios, conseguida a base de dictaduras, de dictablandas, de leyes injustas, de silencios pagados, de conciencias prostituidas. Una paz que se base en el miedo y no en la justicia no es paz. Los países de este subcontinente viven hipotecados a la banca internacional, los niños nacen con una deuda sobre sus espaldas de la que no se van a liberar durante toda su vida. Tenemos las mayores tasas de desnutrición, de enfermedades infecto contagiosas, epidemias que en otras partes forman parte del recuerdo aquí se reproducen con una puntualidad macabra. Ningún país tiene sus fronteras claramente delimitadas y esta desazón genera una necesidad de llenar de armas los arsenales para una guerra futura. Los dictadores y militares encuentran motivos para justificar enormes dispendios en ejercicios, maniobras, pertrechos etc. aunque no tengan ninguna razón ni derecho a imponer estas doctrinas a ninguna sociedad. Pero lo hacen amparados bajo el fantasma de la subversión, del peligro que corre la seguridad nacional, de la patria en peligro. Y desde luego, la paz no habita en las familias ni en las conciencias. Cuando a unos padres se le mueren la mitad de los hijos que engendran y la comida de cada día se ha convertido en una pesadilla, no hay paz por mucha resignación y paciencia que manifiesten.

Frente a esta situación **qué puede y debe hacer la iglesia?** Deberá enfrentarla pero no abstenerse con el pretexto de que Cristo vino a solucionar problemas más íntimos y espirituales del hombre. Está claro que no puede abstenerse. La comunidad de creyentes, si quiere anunciar la paz como un signo o valor del Reino deberá comprometerse con todo aquello que ayude a verificarla. En primer lugar deberá vivir la paz en la intimidad de sus conciencias para irradiarla a los demás miembros de la comunidad y a toda la sociedad.

Vivir en paz va a suponer denunciar a los que engendran la violencia y las situaciones que la permiten.. Esta actitud va a suponer riesgos y peligros, incluso de la propia vida; pero esta tensión permanente es el principio de la respuesta a un Dios que se encarnó para sufrir con nosotros y para redimirnos de ese sufrimiento. En ese contexto, cualquier sacramento recibido es un símbolo que significa los valores del Reino.

Lo mismo podríamos decir acerca de la justicia: sólo el cristiano que se compromete por ella, que sufre por ella, que padece por ella y es capaz de arriesgarlo todo, está en condiciones de celebrar la ansiedad de su advenimiento e implantación sobre la faz de este subcontinente, huérfano de una justicia reparadora en una historia que le robaron. El cristiano que vive esta tensión, cuando celebra un sacramento, prefigura un valor del Reino, que toda la comunidad de creyentes desea.

El amor a Dios y a los hermanos aparece como el principal valor del Evangelio. Pero el amor no es la dinámica que mueva la vida de nuestro subcontinente mayoritariamente cristiano y celebrante. Celebrar los valores del Reino va a significar que la comunidad se comprometa por su implantación. Mientras tiene lugar este proceso, celebrar la alegría de la fe va a suponer celebrar unos símbolos plenos de significado. La iglesia no puede enmascarar este sentido, si quiere ser el medio que anuncia los valores del Reino. Esto va a presuponer la permanente conversión de sus miembros, el compromiso por el amor en el mundo. No es fácil, pero no hay alternativa, si se quiere seguir al Cristo en el que se dice creer.

Sólo cuando la iglesia se comprometa definitivamente por la paz, por la justicia y por el amor; cuando haya optado por los pobres de manera clara como lugar privilegiado del encuentro con el Dios hecho hombre, podremos decir que esa iglesia es sacramento de Dios, y medio para conseguir el

Reino. Una iglesia así no aspira a tener poder, ni medios económicos; no se emparentará con los poderes de este mundo, ni creará ideologías reaccionarias, a remolque con el progreso y con la historia. Una iglesia así estará al servicio del mundo, al lado del hombre, sentirá con dolor los sufrimientos del devenir histórico pero iluminará el camino de todos con humildad y sencillez, con amor infinito, con la misma entrega y esperanza con que su fundador se entregó por la salvación de todos. Y será así porque cuando no se convierta en un fin en sí misma, no necesita poder, ni medios ni alianzas con nadie. Y veremos entonces como sus pasos serán igual al de aquellos discípulos a quienes Cristo envía con el mandato de proclamar el Reino y para ello no deben llevar oro ni plata ni cobre en sus fajas ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón; porque el obrero merece su sustento, Mt. 10, 9-10.

### *La explicitación de la fe.*

El tema de la explicitación de la fe reviste capital importancia en la iglesia y en los cristianos, por tanto debemos tratar de encontrar rasgos que lo clarifiquen. En el sentido tradicional el cristiano explicita su fe en los actos culturales o ritos sacramentales públicos de la iglesia. Poco importa el hecho de si estos actos litúrgicos no representan un signo de salvación para un mundo desangrado en violencias e injusticias sin límite. Lo que prima en estos actos es el realizarlos conforme a unas normas establecidas de antemano por la comisión de liturgia del Vaticano.

El cristiano se conforma así con ser agente receptor de una gracia que se le imparte por el sacramento, sin que su vida tenga nada que ver con el sentido del signo que recibe. La vida así nos muestra claramente estar desligada del sacramento y éste de la vida. Podemos seriamente, partiendo del concepto bíblico de la fe afirmar sin más que estos actos litúrgicos masivos que celebra la iglesia son momentos privilegiados para la explicitación de la fe del creyente, o más bien responden a manifestaciones de carácter religioso donde la fe queda relegada a un segundo o tercer lugar?

Sin embargo se va cobrando conciencia de que la fe no puede ni debe estar desvinculada de la vida y del compromiso por modificar las estructuras de injusticia en favor de la vida del hombre. Hoy se vive una fuerte inquietud por recuperar la autenticidad del mensaje bíblico y se constata la imposibilidad de desvincular el anuncio de la Buena Nueva del compromiso

por los oprimidos, de separar la fe de una apuesta clara por la construcción de un mundo más justo.

El cristiano que ofrece su vida por la búsqueda de la justicia, aún haciéndolo desde grupos y movimientos de carácter profano, está siendo testigo de Cristo, de la verdad del Evangelio y por tanto está explicitando su fe y cumpliendo el mandamiento de Cristo "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos". Escuchando y reflexionando estas palabras de Jesús podremos afirmar que la explicitación de la fe va a ser privativa de una celebración litúrgica sin que esta vaya acompañada de un compromiso de vida?

Los que así argumentan olvidan y dejan de lado esa corriente central del mensaje bíblico que apuesta por la justicia y la vida del hombre. Sin este compromiso, difícilmente podremos ser testigos de la fe en un Dios que irrumpe en la historia del hombre para librarle de la opresión y proclamar su libertad, dignidad y su salvación.

En la Biblia encontramos patente la exigencia de la lucha por la justicia como elemento esencial de la respuesta del hombre al mandato y voluntad de Dios de crear situaciones de igualdad y fraternidad. Por eso el cristiano que trabaja por destruir una sociedad injusta y la búsqueda de situaciones más fraternales e igualitarias está explicitando en esa acción su fe en el Dios de la Alianza y en su enviado Jesucristo. Esta forma de tomar posición en favor de los oprimidos encierra toda una dimensión profética, y es plasmar la Palabra en toda su fuerza. Es responder al llamado del Padre para cumplir su voluntad que no es otra que el hombre viva.

El mismo Jesús nos aclara esta duda tan enquistada en la iglesia y los cristianos. Cómo manifestamos nuestra fe en el mundo, realizando actos litúrgicos carentes de contenido y significado, pronunciando el nombre del Señor frecuentemente, haciendo la señal de la cruz al salir de la casa o al pasar frente a un templo, o buscando situaciones de justicia que permitan al hombre recobrar la dignidad pisoteada, según la voluntad del Padre?, Mt. 7, 21-27; Lc. 6, 46.

El mandato de Dios es tajante: honra a tus padres, ama a tus hermanos. Sin embargo los hombres le damos la vuelta y pasamos a poner el acento ético de justicia interhumana en prácticas religiosas que según

palabras de Jesús no son enseñanzas divinas, sino meramente preceptos humanos, Mt. 15, 3-6 y cita a Isafas para probar la invalidéz del culto y profesión de fe meramente verbal, pero sin ninguna solidez ni convencimiento, pues en la práctica estamos negando al verdadero Dios, Mt. 15, 7-9; Is. 29, 13.

El cumplir la voluntad del Padre pasa por ser misericordioso en contraposición a la práctica religiosa tradicional y sin contenidos, Mt. 12, 7, volviendo a citar a los profetas cuando niegan el culto vacío y promueven la lucha por la justicia, Os. 6, 6.

En otra ocasión, frente a la práctica de aferrarse a la ley y a la tradición de parte de los fariseos, Jesús afirma tajantemente que lo primero es practicar la justicia, Mt. 23, 23; Lc. 11, 42 y qué decir del contenido de Mt. 25, 31-46, quienes explicitaron su fe ante el mundo y a los ojos del Señor? No fueron aquellos que se comprometieron con el hombre para aliviar su situación de injusticia? Aquí encontramos un argumento nuevo, ya que nos muestra a unos hombres que al parecer estaban comprometidos por el hombre sin motivación religiosa aparente y son estos precisamente a los que Jesús pone como ejemplo de personas que cumplen la voluntad del Padre.

En la misma línea, Juan Antonio Estrada nos dice que "tan lejano está de Dios el ateísmo humanista como el ideísmo religioso que inmola al hombre en el altar de la divinidad, pero entre ambos errores siempre será preferible el primero por más disculpable y más susceptible de percibir la revelación cristiana" (Oración: liberación y compromiso de fe).

San Juan en su primera carta nos confirma que lo principal es obrar la justicia, los que así lo hacen son llamados hijos de Dios, por el contrario, los que no la practican son considerados hijos del diablo, I. Jn. 3, 10. Si amamos a los hermanos sabemos que hemos pasado a la muerte a la vida, I. Jn. 3, 14; el que no ama a los hermanos es un asesino, I Jn. 3, 15 y cierra el argumento afirmando que el manifestar la fe ante los demás consiste en el amar con obras y según la verdad, I. Jn. 3, 18.

Según la revelación bíblica vemos que no puede haber duda alguna: el explicitar la fe en el Dios de Jesucristo consiste en obrar la justicia por amor a los hermanos.

**Si esto es así, por qué en la iglesia tenemos tantos prejuicios sobre aquellos cristianos que por amor a sus hermanos que sufren llevan a la práctica estas enseñanzas para lograr vencer las estructuras de injusticia? Si admitimos que en aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que no han dado todavía su aceptación a Cristo como Salvador, que trabajan por una sociedad más justa está haciéndose presente la gracia de Dios y colaboran de esta forma en la construcción del Reino, por qué no vamos a admitir que el cristiano que han dado su aceptación a Cristo al trabajar en el seno del pueblo por desterrar la injusticia está explicitando su fe en ese acto?**

Se suele argumentar que, si el cristiano pone su acento en favor de la justicia, en esa acción se sitúa en la misma dimensión que un humanista o un marxista y, por lo tanto, no existe diferencia entre ambos, y así el pueblo no percibe la dimensión cristiana. Pensamos que para el pueblo sí hay diferencias claras, pues al conocer la identidad del cristiano, su compromiso no queda aislado de la fe cristiana, sino que está ligado fuertemente, ya que el cristiano que trabaja en los movimientos populares en favor de la justicia, la hace imbuído de un espíritu de fe. La denuncia de la opresión en la Biblia se da dentro de un contexto de fe, no queda reducida a la denuncia social, pero sí muestra que la vivencia religiosa es incompatible con la injusticia. Por eso mientras exista injusticia, es prioritario para el cristiano combatirla y ahí estará anunciando y testimoniando al Dios verdadero.

Para el cristiano que trabaja codo a codo con el pueblo y con compañeros marxistas tampoco debe haber confusión ya que sus posiciones se ven respaldadas por diferentes postulados; el cristiano tiene la fe en Cristo y en el mensaje bíblico, acepta a un Dios que irrumpe en la historia del hombre para liberarle. El marxista se basa en el materialismo dialéctico e histórico, así éste prescinde de Dios en el combate contra la injusticia, pone toda su fe en el hombre como hacedor de la historia; esto no impide que ambos tengan motivaciones semejantes: el dolor del pueblo, la solidaridad humana y que coincidan en muchos puntos: el combate contra la injusticia, la construcción de una sociedad nueva sin clases.

En la Biblia tenemos muchos pasajes que nos muestran un proyecto de sociedad en la que todos los hombres podamos ser iguales y vivamos la solidaridad como hijos de Dios; para ello es imprescindible borrar la injusticia y la diferencia abismal entre las clases sociales: Is. 2, 4; 32, 16-17; 65, 17-25; Am. 9, 13-14; Miq. 4, 4; Sof. 3, 13.

**En estos textos escatológicos que nos hablan del Reino, encontramos puntos de coincidencia con la nueva sociedad que propugnan los marxistas:**

- Una sociedad donde no habrá dolor ni explotación.
- Una sociedad que rompe con el trabajo como mercancía, cada hombre será dueño de su trabajo y se romperá así con la alienación.
- La sociedad estará basada en la paz.
- El hombre de esta sociedad nueva vivirá valores nuevos.

Los cristianos que entran en esta dinámica de liberación y combaten con el pueblo deben aceptar el reto que lanza el pueblo explotado y el mensaje bíblico que nos impulsa a la creación del Reino anunciado por Cristo y deben saber que en esta tarea están buscando la fidelidad del Evangelio.

Por qué, entonces, tanta suspicacia y reserva ante estos grupos de cristianos que partiendo del Evangelio se comprometen con el pueblo para buscar una sociedad más justa y fraterna?

Como dice San Juan, o se ama con la práctica o seremos llamados hijos del diablo. Esa es la prueba inexcusable de que profesamos y manifestamos la fe en Jesucristo. Lo demás es darle vueltas al argumento y no pisar tierra. Cuando se afirma que el luchar por una sociedad más justa y el amar a los hermanos lo puede hacer cualquier persona sin necesidad de tener fe, se intenta demostrar que la especificidad cristiana no consiste en amar a los hermanos, sino que estaría marcada por la relación personal con Dios a través de la oración y la vida sacramental. Este argumento carece de fundamento bíblico, pues si hay algo central en la revelación es el imperativo incuestionable del amor al prójimo y la lucha por la justicia.

Los signos sacramentales si se viven en profundidad nos llevan insoslayablemente al compromiso con el prójimo y si esto no se da, habrá que dudar de la autenticidad de esa relación y de esa práctica sacramental.

En las reservas del compromiso político del cristiano en formaciones de izquierda se encuentra el problema de la utilización, y el caer envuelto en los métodos de lucha de dichas formaciones, que generalmente la iglesia no comparte, por esto no se acepta este tipo de compromiso del cristianismo

Pero el problema fundamental que aparece en esta posición es el de la

división del mundo en profano y sagrado. En esta concepción, el cristiano tiene su lugar y sus instituciones donde desarrollar su práctica, aunque dichas organizaciones o partidos en su ideario y en su práctica tengan muy poca coincidencia con el mensaje evangélico.

En definitiva, prima un modo de entender lo cristiano como meramente religioso y sagrado y, opuesto a lo profano como realidad secundaria, y en cierto grado pecaminosa, cuando el Evangelio nos da una visión diferente de esta realidad. Varias veces Jesús muestra a los denominados paganos como ejemplo de práctica cristiana, es el caso del Buen Samaritano que es el único capaz de hacerse prójimo del necesitado en oposición a la mentalidad sacral y religiosa del sacerdote y el levita, Lc. 10, 29-37, o con la parábola de los dos hijos que tienen que ir a trabajar, el primero dice sí de palabra y no va, el segundo dice no pero va al trabajo. Este es puesto por Jesús como cumplidor de la voluntad del Padre, y añade que los publicanos y ramera, ejemplo de personas nada piadosas llegarán antes al Reino de los cielos que los sumos sacerdotes y lo ancianos del pueblo que representaban a la religión oficial y son fieles exponentes de la explicitación de la fe a través del culto, Mt. 21, 28-32.

El compromiso del cristiano debe realizarse en las esferas donde se trabaje por conseguir un mundo mejor y un hombre nuevo. Al hacerlo codo a codo con los hombres de buena voluntad, aunque sus motivaciones no partan de lo cristiano, nos enriquece, nos cuestiona y nos acrecienta la esperanza en la liberación del hombre, al tiempo que nos manifiesta los valores existentes en la sociedad profana que son un signo de la grandeza del hombre cuando cobra conciencia de su papel histórico en la vida. El cristiano visualizará ahí la gracia de Dios que se manifiesta en cualquier lugar y situación donde el hombre se empeña en conseguir cotas de mayor libertad y fraternidad.

Habíamos enunciado anteriormente la dialéctica existente entre Iglesia y Reino. Entendemos por esta dialéctica el que la iglesia debe vivir la tensión permanente en la búsqueda del Reino. Eso significa ser signo. Dicha tensión es la que le da sentido y razón de ser a la iglesia. Pues qué sentido tendría la iglesia si no fuera en relación al Reino? Cuál sería su misión? Qué necesidad tendría el hombre de ella si no fuera porque en esa comunidad se empiezan a vivir valores y comportamientos que sólo en la plenitud del Reino dejarán de ser una esperanza para convertirse en realidad? En esa esperanza



y seguridad, la iglesia, pueblo de Dios, comunidad de creyentes, peregrinos de la utopía, tiene su razón de ser y su sentido. Desde el momento en que la Iglesia no viva esa tensión permanente, se convertirá en un fin en sí misma y se desvirtuará su misión. La Iglesia tiene su razón de ser que le viene dada por el mismo Cristo, sublime razón de ser porque no se busca a sí misma ni se agota en sí misma. No puede olvidar esta razón, pues de lo contrario se estaría traicionando, estaría siendo infiel a su fundador y estaría dejando de estar al servicio de los hombres.

Esta dialéctica presupone el ya pero todavía no del Reino entre los hombres y porque esta tensión vivida del todavía no, nos hace a los cristianos revisar nuestro modo de vivir y nuestra forma de estar en el mundo, nos interroga por nuestra vocación y misión en la tierra.

Tampoco debemos olvidar los cristianos que a nuestro lado hay personas que no forman parte de la iglesia, pero que están en una tensión semejante ante el advenimiento de una nueva sociedad más justa. No podemos olvidar que no todos los mártires de nuestro tiempo y de nuestro subcontinente forman explícitamente parte de la comunidad de cristianos; hombres no creyentes pero honestos, hombres que no han recibido o aceptado el don de la fe pero con una ética en su vida a toda prueba, hombres que han dado y dan su vida porque haya paz en el mundo, porque la justicia resplandezca y porque el amor sea como el aire que respiramos: libre y abundante.

El día en que en la iglesia reconozcamos las aportaciones de estos hombres en la dinámica de la consecución de un mundo mejor, en que rompamos las barreras de las incomprensiones y los miedos, estaremos más dispuestos a vivir esta dialéctica del ya del Reino pero todavía no en su plenitud. Seremos más abiertos a otras experiencias y podremos criticarlas bajo nuestro prisma de fe que nos enriquecerán y nos harán profundizar y avanzar en nuestra misión de ilusionar a un mundo a veces carente de sentido.

### 3. Coherencia entre anuncio y vida

#### *Análisis de las últimas encíclicas*

La preocupación por vivir lo que se cree es esencial a la persona, y sin duda es definitiva para el cristiano por el testimonio dejado por Cristo y por sus más directos seguidores y por la vivencia de las comunidades cristianas de los tres primeros siglos. Sin vivencia, la palabra se hace hueca, queda difuminada en medio de un mundo donde los contenidos quedan desvirtuados y el lenguaje pierde su auténtico significado. En un tiempo en que los términos y las definiciones se han visto envueltos en el torbellino de lo mercantil y del consumo, el lenguaje se ha vulgarizado y trivializado hasta límites insospechados. Esto conlleva la degeneración y la domesticación del lenguaje, vaciándole de su sentido originario.

Así es común hoy día, el que los más diversos grupos, con ideología, extracción social y prácticas totalmente diferentes empleen términos comunes como justicia, amor, solidaridad, paz, concordia, desarrollo, etc., cuando en la práctica su plasmación en la vida nos muestran realidades opuestas a su significado. Este abuso del lenguaje ha traído la confusión y degeneración de ciertos términos y valores que ya no son creíbles para nadie. La palabra que no se encarna, pierde su valor, su fuerza, su parresía, y queda asimilada por el sistema y asfixiada en el marasmo de verborrea fácil y vacía que degenera en la más vulgar ambigüedad.

El mismo término cristiano no es capaz de explicar ya por sí mismo su contenido. Las múltiples prácticas de los que llevamos este nombre le han convertido en un término genérico, etéreo, que hace difícil su comprensión. Hoy no es tan claro que al cristiano se le identifique con el testigo y el seguidor de Jesús. Puede ser una persona "piadosa", que asiste al culto de una determinada religión que lleva este nombre aunque su vida y su práctica queden lejos de la práctica y las enseñanzas del Maestro.

Por eso en la iglesia y comunidades cristianas necesitamos un gran esfuerzo para retomar de nuevo el estilo testimonial de vida de los primeros tiempos del cristianismo y revalorizar los signos de vida que hagan creíble el mensaje como generador de esperanza y posibilidad de un mundo nuevo, para ser impulsor de ilusión y guía orientadora para tantos millares de seres que intentan encontrar un significado distinto a su existencia.

Desde el Concilio Vaticano II, la iglesia salió de un letargo en el que estuvo sumida varios siglos. Fue un despertar a la vida, que se tradujo en la inquietud por ser signo del Reino y de salvación. El autodefinirse como Pueblo de Dios daba un sentido participativo comunitario y democrático a todos los bautizados que la conformamos e impulsó una nueva dinámica sobre todo en los grupos más inquietos y conscientes que vieron de esta forma canalizarse sus anhelos de participación al interior de la iglesia y una justificación y explicación teológica al trabajo que ya venían desarrollando en la sociedad, en el terreno de lo temporal, junto con otras personas empeñadas en el esfuerzo común de la construcción de un mundo nuevo y más justo. La expresión del concilio de que la iglesia debe saber leer los signos de los tiempos abrió unos cauces antes cerrados para la comprensión del papel del cristiano en el mundo y desveló la turbia mirada con que antes se percibía la realidad profana. Desde este momento, comenzaba la ruptura abismal existente entre la realidad sagrada y la profana. El mundo comenzó a tener valor en sí mismo y el hombre recobraba su dignidad como tal y se le admitía como creador libre y responsable para transformar su entorno, aunque le faltara en ocasiones la mirada de fe. La realidad profana con su propia dinámica y autonomía era contemplada como espacio de la revelación de Dios.

La Iglesia comenzó a preocuparse seriamente por devenir en signo del Reino, como señal que prefigura una realidad más plena y digna del hombre. Pero para ser percibida como signo por los hombres era imprescindible iniciar un nuevo estilo de vida al interior de sí misma y frente a la sociedad. Fue así como surgió el denominado "aggiornamento" que tanta conmoción suscitó entre los sectores más tradicionales llegando a tildar la situación de escandalizante y destructiva. Pero los nuevos tiempos habían irrumpido y una nueva conciencia comenzó a aflorar en amplios sectores de cristianos e inclusive de la jerarquía.

Es aquí donde se da el marco del que surgen una serie de documentos y encíclicas analizando críticamente la realidad mundial y fijando el posicionamiento de la iglesia frente a la realidad socio-política y el papel que deben jugar los cristianos en la transformación social.

La presencia del espíritu en el seno de la iglesia, o sea, en las personas, sean o no jerarquía, su fuerza impulsora e iluminadora está siempre viva y actuante, remueve desde las entrañas toda la desesperación y

cansancio que siempre nos anidan y no nos deja que vivamos tranquilos ni satisfechos.

La sintonía con esta presencia y esta fuerza es la que ha permitido, que a lo largo de su historia, el Espíritu haya cruzado como un rayo toda la existencia de la iglesia a veces acomodada, instalada en el poder y carente del testimonio de los primeros tiempos. Pero nunca faltó esa sintonía porque siempre hubo personas que conectaron con los signos de los tiempos, que los interpretaron y que supieron, en fin, dar el golpe de timón preciso y necesario. Hay un hecho innegable: el escenario de esta presencia del Espíritu de Dios era normalmente el mundo, entendido aquí como el momento y el lugar donde los hombres, creyentes o no, libraban la batalla del vivir diario. Cuando León XIII publica su encíclica Rerum Novarum lo hace porque en la sociedad están habiendo cambios y sucediendo hechos que sorprenden a la iglesia. Es ahí donde la iglesia ejercita su magisterio para orientar e iluminar, pero es desde ahí desde donde el Dios Padre hace llamadas a una iglesia dormida en sus laureles de su ensimismamiento para recordarle constantemente el fin de su misión y de su existencia. El resto de encíclicas tiene un origen similar porque no podría ser de otra forma y porque la jerarquía de la iglesia no puede olvidar que el don de la salvación no es exclusivo de nadie y porque le resuenan familiares las palabras del Evangelio "Vosotros sois la sal de la tierra... y la luz del mundo" Mt. 5, 13-16.

La salvación de Dios es ofrecida a todos los hombres y su Reino, si quiere serlo y suceder, sólo puede comenzar a verificarse en el mundo, que ha salido de Dios, que es el mundo de todos y que todos los hombres de todas las épocas y lugares hemos recreado. Estas cartas, pues, se dirigen a la iglesia, a todos los católicos que habitan el mundo pero late en ellas la convicción de que sus enseñanzas no le son exclusivas sino que sirven a todo hombre por el hecho de serlo porque todos somos imagen y semejanza del mismo Dios, Padre y Señor de todos. Otro tanto ocurre con los Concilios, con los Sínodos y con las enseñanzas de las Asambleas Nacionales de Obispos.

Pero, a través de la historia, se ha mostrado un hecho constante, que preocupa a los cristianos: la incoherencia entre anuncio y vida, la dificultad para vivir entre lo que se enseña y predica lo cual es un gran impedimento para hacer creíble lo que se proclama. Esta desconexión entre lo que se

anuncia y lo que se vive sólo podemos entenderla en aquella frase de San Pablo. "Pero llevamos este tesoro en vasos de barro para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios y que no viene de nosotros" II Cor. 4, 7. Lo que no podemos desconocer es que entre lo que se anuncia y el testimonio existe una gran brecha que es necesario borrar para hacer más creíble el mensaje.

Y sin embargo, esta es la Iglesia que tiene una única misión: anunciar los valores del Reino, ser signo del Reino, figura en la tierra de la ciudad celeste, testimonio de la acción y presencia divinas en el hombre. Y esto, o se hace creíble o se verifica o no tiene razón de ser. Vamos a ver algunos ejemplos que ilustrarían lo que llevamos dicho: la llamada doctrina social de la iglesia ha servido muchas veces para desbrozar e iluminar caminos que el hombre en sociedad comenzaba a transitar, guiado por ideas y pautas que le marcaban sistemas de pensamiento y teorías ajenas y contrarias al Evangelio. La iglesia llegó tarde a esta tarea pero lo hizo al fin, consciente de su misión, con el complejo de transitar por terrenos que no le eran propios y con la humildad que acarrea la duda de la eficacia de su palabra. Comenzó hablando para todo el mundo, a través de encíclicas, hechas por unos Papas que hacían suyos los dolores y sufrimientos del hombre. El Concilio Vaticano II supo estar a la altura de las circunstancias para analizar los problemas del hombre de su tiempo, para cambiar lo que se tornaba ajeo en la iglesia y para decir cuál debería ser el papel de esta en el mundo. A las conferencias episcopales se les dio la autonomía y la responsabilidad de las iglesias locales y comenzaron a decir también su palabra en contacto más directo con los sufrimientos y esperanzas de su fieles. Los últimos Papas han seguido haciendo suya esta palabra y luego la han hecho extensiva a toda la iglesia. Las últimas encíclicas y viajes de los Papas poseen un marcado carácter pastoral y así son entendidos, aunque la aparatosidad muchas veces de los mismos los haga perder el sentido misionero y de servicio con que fueron iniciados. Pero ahí están, en un afán de aproximación al pueblo, a los países y sus culturas, reconociendo su diversidad, sus derechos y sus diferencias.

Lo que nos extraña en todo esto es la incoherencia reinante entre el discurso y la práctica. Si en la teoría se ha avanzado, en la práctica existen todavía grandes lagunas. Esto explicaría que siga habiendo personas que desconfían por principio de las palabras de la iglesia amparados en viejas suspicacias acerca del poder de la Iglesia sobre vidas y conciencias, sobre

continentes y gobiernos; un poder que era el contrasigno del Reino la negación de toda actitud de servicio y que sólo serviría para convertirla en un fin en sí misma.

Estas prácticas y este poder le venfan de lejos. Se hace hoy difícil señalar hechos y personas responsables pero es inevitable reseñarlos para que de su denuncia surja una cosa: la posibilidad de coherencia entre el anuncio y la vida. Esto no es soñar utopías, ni ganas de hacer de la molestia un principio incordiante. Es más sencillo: es contribuir a que la claridad reine también al interior de la iglesia y a que los contornos de la verdad se iluminen; es ayudar a que lo que la iglesia proclama y exige de puertas afuera, se proclame también y se exija en su interior y a que lo que se anuncia y se denuncia y se proclama, sea creíble para el hombre de hoy porque lo vive.

Mientras no ocurra esto, creemos que la sombra de una duda ya histórica se afianzará aún más y la comunidad de hombres convertidos, llamada iglesia, no podrá ser plenamente sacramento, ni dar sentido a las desazones, zozobras y preguntas que se hace el hombre de hoy. Este hombre observa el abismo que media y los contrasignos que reinan entre lo que se anuncia y lo que se vive. El hombre de hoy quiere hechos y sólo el testimonio lo afianza en su fe. De siempre ha esperado una palabra de aliento y hoy más que nunca la esperanza es algo más que una virtud teológica: es una necesidad.

A esta necesidad fundamental han querido y quieren responder las enseñanzas y doctrina social de la iglesia. Y, en nuestro subcontinente, creyente e ilusionado, se han escrito algunas de las páginas más claras.

Vamos a tratar de recoger algunos puntos de la encíclicas que nos ayuden a profundizar esta reflexión.

La iglesia por ejemplo, es conciente del actual estado de cosas en el mundo, de las desigualdades entre personas y naciones, de los egoísmos, nacionalismos y gastos innecesarios, que impiden un orden más justo y más humano. Sobre este tema la iglesia ha ido desarrollando un discurso importante tratando de sensibilizar el mundo sobre este angustioso problema.

"Pero en algunas de esas naciones, la abundancia y el lujo

desenfrenado de unos pocos privilegiados contrastan de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente; en otra se llega a obligar a la actual generación a vivir con privaciones inhumanas para aumentar la eficiencia de la economía nacional conforme a ritmos acelerados que sobrepasan los límites que la justicia y la humanidad permiten, mientras en otras naciones un elevado tanto por ciento de la renta se consume en robustecer o mantener un mal entendido prestigio nacional o se gastan sumas enormes en armamento" (Mater et Magistra Parte II, N° 20).

"Ciertamente hay que reconocer que potencias coloniales con frecuencia han perseguido su propio interés, su poder o su gloria y que al retirarse, a veces han dejado una situación económica vulnerable, ligada, por ejemplo, al monocultivo cuyo rendimiento económico está sometido a bruscas y amplias variaciones" (P. Progreso Parte I, N° 7).

"Los esfuerzos, aún considerables, que han hecho para ayudar en el plan financiero y técnico a los países en vías de desarrollo, serían ilusorios si sus resultados fuesen parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre los países ricos y los países pobres.

La confianza de estos últimos se quebrantaría si tuviesen la impresión de que una mano les quita lo que la otra les da" (P. Progreso Parte II, N° 56)

"... los campesinos adquieren ellos también la conciencia de su miseria no merecida. A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes, no sólo en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está "privada de casi todas las posibilidades de iniciativas personales y de responsabilidad, y aun muchas veces incluso viviendo en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana" (P. Progreso 1ª parte, N° 9).

"Es decir que la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales. Sus ventajas son ciertamente evidentes cuando las partes no se encuentran en condiciones demasiado desiguales de potencia económica... Por eso los países industrialmente desarrollados ven en ella una ley de justicia. Pero ya no es lo mismo cuando las condiciones son demasiado desiguales de país a país: los precios que se forman:

"libremente" en el mercado pueden llevar consigo resultados no equitativos. Es por consiguiente el principio fundamental del liberalismo, como regla de los intercambios comerciales, el que está en litigio". (P. Progreso, parte II, Nº 58).

"... Lo que era verdadero acerca del justo salario individual, lo es también respecto a los contratos internacionales: una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre concurrencia, que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica. El libre intercambio sólo es equitativo si está sometido a las exigencias de la justicia social". (P. Progreso parte II, Nº 59).

,(Sobre este tema ver Gaudium et Spes. Exposición Preliminar Nº 4; P. Progreso parte I Nº 8; P. Progreso parte II, Nº 57).

Como se ve, la iglesia, desde la encíclica Mater et Magistra, viene denunciando el modo como se dan las relaciones entre países y aquellos modos de producción, que sólo sirven para generar ganancias a unos pocos pero que empobrecen a las mayorías. El concilio y después la P. Progreso avanzan en esta denuncia. Esta última encíclica se ha convertido en el centro hacia el que convergen todas las miradas cuando se quiere saber qué es lo que la jerarquía eclesiástica piensa sobre estos problemas. Era una época de optimismo también: se creía que con el despegue económico del mundo occidental luego de la segunda guerra mundial, la sola voluntad de los mandatarios de las naciones y las instituciones internacionales bastarían para crear un nuevo orden, en el que la riqueza, los avances y las técnicas podrían ser compartidas y ayudarían a un desarrollo general. En USA estaba Kennedy con su "Alianza para el Progreso", las naciones de Europa importaban mano de obra; funcionaba el sistema y, si otras naciones seguían en el subdesarrollo, todo era cuestión fácil: se exportarían capitales y tecnologías y se aplicarían modos de producción semejantes. Esto reportaría grandes ganancias para los prestamistas y todos convendrían en que el mundo, a pesar de los malos recuerdos de la guerra, era el mejor de los posibles. La teología del concilio refleja este optimismo y esta gratuidad divina de la abundancia material y de la gracia, vertida a manos llenas sobre un mundo y unos hombres redimidos de sus miserias históricas.

Sucedía todo esto, cuando las colonias de Africa comenzaban a pensar un nombre para sus nuevas naciones y estas iban a saber en seguida que las



consecuencias del colonialismo iban más allá del hecho de la independencia. Sucedió, cuando en América Latina dictadores y populistas habían llenado las conciencias con una fraseología que no daba de comer y cuando las promesas hechas empezaban a suscitar en los estómagos el vacío de una mesa repleta de comida. Se habían creado expectativas y el pueblo no estaba dispuesto a no satisfacerlas. Una alternativa eran las guerrillas y América vivió el escalofrío cubano como un rayo de esperanza posible y ejemplar.

Había, pues, que dar otra alternativa y desde el Norte comenzaron a caer latas de aceite, de leche en polvo, de queso, mezcladas con ideas de Reformas Agrarias, de liberación de las economías, de mayor apertura de puertos y mercados, de fluidez del dinero, de voluntarios, que expandieran la idea de progreso como el nuevo nombre de la paz, de la concordia y de la nueva convivencia. Pero todo iba a terminar ahí; Kennedy cayó asesinado y los indígenas de América no se enteraron nunca de que había habido un concilio, ni de que la paz se llamaba ahora progreso porque la desazón de sus conciencias, amasada de vacíos históricos, de protagonismos usurpados y de vidas miserables les habían enseñado a no creer en casi nada y a no esperar nada.

Quien si creía y esperaba mucho del sistema era la iglesia. El sistema era el liberalismo y de su liberalidad esperaba todo: que las contradicciones y las diferencias entre ricos y pobres desaparecieran por arte de la abundancia y de encantamiento. Nació una teología reformista, que invitaba a los creyentes a participar en partidos de apellido cristiano, a contribuir al crecimiento de la técnica, a propiciar un sistema fiscal que contribuyese a distribuir las riquezas de manera equitativa, a suplantar, en fin, el protagonismo de un pueblo, que empezaba a organizarse de manera autónoma en organizaciones no confesionales, ateas y espúreas al nuevo espíritu de los tiempos.

El resultado global de todo el invento, fue el contrario: en los países industrializados y exportadores, las diferencias entre personas aumentaron y una masa de desempleados emergió como clase nueva pero necesaria para el funcionamiento del sistema. La marginación adquirió carta de naturaleza con una nueva secuela de lacras sociales, de necesidades personales, de dramas familiares y de espectáculo para curiosos.

En América Latina brotaron las ciudades de cemento, coronadas de

barriadas donde se estrellaba y se moría toda la esperanza de los hombres del campo. Las exportaciones tradicionales (petróleo, azúcar, café, frutas, etc) habían producido el milagro de la ascensión de unas ciudades, dejadas a su suerte desde los tiempos de la colonia, con el concurso de un hierro y un cemento que nunca eran nacionales. Hoy no tenemos en este subcontinente capital donde no quede como mastodonte muerto el recuerdo de una ciudad, crecida de manera anárquica, con barrios residenciales, con lujosas mansiones y edificios imponentes al lado de miserables extensiones de esteras, maderas y latas bajo las que cobijan sus vergüenzas pueblos enteros muertos de progreso.

A cambio de exportar nuestros tradicionales productos agrarios y minerales, tuvimos que aceptar y soportar la insolencia de las últimas máquinas y las tasas de interés del capital financiero, que sobraba por todas partes. Se comenzaba a gestar lo que luego sería una deuda externa, que hoy no puede pagarse a riesgo de segar algo más que la esperanza de estos pueblos.

Todo sucedió de manera racional y mecánica, como consecuencia de una filosofía, de un optimismo y de una paz a la que se llamó progreso.

La iglesia, poco a poco, fue consciente de que el proceso en el que creyó y confió no había conseguido los resultados apetecidos. En efecto, hoy el abismo entre los países se ha agrandado; al interior de las naciones las contradicciones y los problemas se han agudizado; la dependencia es una salmodia que todo el mundo entiende para no nombrar con su nombres propios la desgracia de las cosas y el optimismo desaparece bajo los nubarrones de una guerra total, nuclear, química, innombrable y definitiva. La iglesia, otra vez, va a apelar a la conciencia del hombre, va a desconfiar de los sistemas políticos y económicos, y va a seguir denunciando. Esta vez con un nuevo lenguaje, con más experiencia acumulada y con más radicalidad, si cabe.

"...En línea general, no se puede negar que la actual situación del mundo, bajo el aspecto de desarrollo, ofrezca una impresión más bien negativa... Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente". (Sollicitudo Rei Socialis III Nº 13).

**"La negación o limitación de los derechos humanos... ¿No empobrecen tal vez a la persona humana igual o más que la privación de los bienes materiales?**

**Y un desarrollo que no tenga en cuenta la plena afirmación de estos derechos ¿Es verdaderamente desarrollo humano?**

**En pocas palabras, el subdesarrollo de nuestros días no es sólo económico sino también cultural, político y simplemente humano". (Sollicitudo Rei Socialis parte III, N° 15).**

**"Hay que anotar que, a pesar de los notables esfuerzos realizados en los últimos decenios... las condiciones se han agravado notablemente.**

**La responsabilidad de este empeoramiento tiene causas diversas. Hay que indicar las indudables graves omisiones por parte de las mismas naciones en vías de desarrollo, y especialmente por parte de los que detentan su poder económico y político. Pero tampoco podemos soslayar la responsabilidad de las naciones desarrolladas que no siempre, al menos en la debida medida, han sentido el deber de ayudar a aquellos países que se separan cada vez más del mundo del bienestar al que pertenecen.**

**No obstante, es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen a causa de su mismo funcionamiento los intereses de los que los maniobran, aunque terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados". (Sollicitudo rei Socialis parte III, N° 16). (Sobre el mismo tema ver Sollicitudo Rei Socialis parte III N° 14, 17, 18, 19, 20, 22 y 23).**

**Ya hemos visto lo que dice la última carta de Juan Pablo II. Se conoce que la distancia da perspectiva y esta, según se ve, no es nada halagüeña. A los veinte años de la P. Progreso, el mundo ha cambiado pero lo ha hecho en sentido opuesto al previsto y deseado. Aquí ha desaparecido la esperanza en el progreso y la posibilidad de que este traiga la paz. Han aumentado las diferencias que ahora son abismales, ha surgido el peligro de una guerra**

total, ha desaparecido la fe en un sistema (o conjunto de condiciones económicas y políticas) en el que se habían puesto algunas expectativas y, sobre todo, se ha llegado al convencimiento de que el actual estado de cosas, la actual división en bloques, el neocolonialismo o el imperialismo, la división del mundo en zonas de opuestas ideologías son un obstáculo que impide que los países subdesarrollados puedan dejar de serlo. La esperanza se ha trocado en desesperanza, la ingenuidad de hace veinte años, en realismo y, sobre todo, ha aparecido en la Iglesia una terminología nueva que consiste en llamar las cosas por su nombre, en hablar el lenguaje que habla el mundo y la Iglesia sufre la desesperanza que es común a todos los hombres y experimenta la sensación de que el sistema en el que creyó y confió no sólo no sirve para arreglar los problemas que la humanidad se plantea sino que los agudiza y multiplica. En nuestro subcontinente tenemos una deuda externa de cuatrocientos diez mil millones de dólares, que si se pagara, significaría la renuncia a cualquier tipo de desarrollo y en el mundo industrializado ha surgido el llamado cuarto mundo como un estigma que llena de vergüenza.

No sabemos como evolucionará la situación mundial ni qué denuncias tendrá que hacer la iglesia pero aquí convendría repetir que esta no puede olvidar que, si quiere ser sacramento y signo del Reino, no puede quedarse al margen de esa evolución y, sobre todo, no puede olvidar que primero hay que dar testimonio de lo que se anuncia para que su palabra sea creíble y su actitud profética.

Vamos a ver ahora como también en América Latina la iglesia, a partir del concilio y de la P. Progreso, asumió el papel de denuncia y profecía para unos pueblos que sufrían las consecuencias del sistema. Medellín y Puebla han quedado como hitos de esa actitud y, aunque menos conocido, también algunas conferencias episcopales como la Ecuatoriana han dicho su palabra en un documento "Opciones Pastorales", que mantiene igual actitud.

"Sin Excluir una eventual voluntad de opresión se observa más frecuentemente una insensibilidad lamentable de los sectores más favorecidos frente a la miseria de los sectores marginados... No es raro comprobar que estos grupos o sectores, con excepción de algunas minorías, califican de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios". (Medellín parte II. N° 5).

"Nos referimos aquí particularmente, a las consecuencias que entraña para nuestros países su dependencia de un centro de poder económico, entorno al cual gravita. De allí resulta que nuestras naciones con frecuencia no son dueñas de sus bienes, ni de sus decisiones económicas, como es obvio, esto no deja de tener sus incidencias en lo político, dada la interdependencia que existe entre ambos campos". (Medellín, Parte II, Nº 8).

"... Pueblos, ya lo sabemos, empeñados con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc.". (Puebla cap. II, Nº 26).

"... Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al Plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tiene la capacidad: "que se le quiten barreras de explotación..." contra las que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción.

Comprobamos, pues, como el más devastador y humillante flajelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc.

"Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de miseria. Estado interno de nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en mecanismos que, por encontrarse impregnados, no de un auténtico humanismo, sino de materialismo, producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres. Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras que

respondan a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social". (Puebla cap. II. N° 27).

"A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder, típico de los regimenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de la acción, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada... La Iglesia "por un auténtico compromiso evangélico" debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos". (Puebla cap. II. N° 42).

"El país en el que vive (el pueblo ecuatoriano) tiene riquezas naturales suficientes para crear un nuevo orden económico y social sólidamente próspero. Sin embargo, con dolor y con ansiedad debemos comprobar que una situación de inhumana pobreza afecta a la gran mayoría de la población ecuatoriana. Es una pobreza que se manifiesta en la mortalidad infantil todavía alarmante en varias zonas del país, en la falta de vivienda adecuada; en inveterados problemas de salud; en salarios de hambre; en desempleo y subempleo... en intensas migraciones campesinas hacia las mayores ciudades, convertidas en polos de atracción, como Quito, Guayaquil y Cuenca, con crecimiento desmedido de los suburbios; en desorientación y pérdida de valores morales para la juventud migrante; en baja producción agrícola y encarecimiento de productos de primera necesidad; en descomposición familiar que trae consigo la discriminación de la mujer, sobre todo indígena y campesina". (Opciones Pastorales cap. I. N° 12).

(Sobre este tema ver: Medellín, Parte II, N° 9, 10 y 16); Puebla, Cap II, N° 47, 52, 53; Opciones Pastorales Cap. I. N° 14, 18).

Como hemos podido comprobar, la iglesia latinoamericana denuncia con valentía situaciones que vive y conoce de cerca, aunque siempre quede la impresión de que podría ser más directa y más concreta. Pero aquí debemos hacer notar lo siguiente: documentos de este tipo salen con el plácet de las conferencias episcopales pero su gestación y publicación comporta luchas, diversidad de opiniones, trabajos de zapa por donde el espíritu se cuele como un viento fresco para dinamizar dormidas y acomodadas conciencias.

Queremos decir que no ha sido fácil elaborarlos y que esto se nota luego en cada iglesia local donde se pueden comprobar prácticas pastorales y actitudes diversas. Pero ahí están y ahora es más difícil o vergonzoso volver atrás. Esto lo sabe nuestro sufrido pueblo, que por ello confía y espera de la iglesia más valentía y arrojo para que resplandezcan una finalidad que todos deseamos sea evangélica y una profecía, que cada vez, se hace más necesaria y urgente.

La iglesia también denuncia el armamentismo que en estos tiempos ha adquirido una relevancia sin precedentes por muchos motivos: porque la lucha ideológica que divide el mundo trajo como consecuencia la investigación, invención y creación de armas a costa de los presupuestos respectivos y de distraer cantidades ingentes de dinero en artilugios cada vez más peligrosos con los consiguientes peligros de guerra total y de no utilizar esos recursos en otras necesidades más humanas y más urgentes. La llamada política de disuasión era y es el fruto de una filosofía según la cual sólo el equilibrio garantiza la paz. El resultado ha sido la llamada carrera de armamentos con el peligro inminente de su posible utilización.

Hoy estamos en el momento en que las potencias empiezan a reconsiderar esta política. Se ha firmado algún tratado sobre desarme pero todavía resultan insignificantes estas medidas; mientras sea el miedo o las conveniencias políticas las que dirijan estos pasos, la filosofía surgida de la segunda guerra mundial seguirá en pie y el peligro de la guerra y de la vida del planeta seguirán corriendo riesgos.

En segundo lugar, el armamentismo significó una válvula de escape para unas economías que, de otro modo, se hubieran detenido en su afán de acumular ganancias. Falsos nacionalismos se alimentaron con esta política a cambio de sacrificar un bienestar al que el pueblo tiene derecho. Hoy la industria de las armas se ha convertido en el mayor negocio, con el agravante de que sólo sirve para exportar gérmenes de guerra a unos países con necesidades mucho más apremiantes. El pretexto de que la industria de guerra contribuye a un desarrollo tecnológico, aplicable a otras ramas de la producción sólo es una patraña que no resiste el mínimo examen cuando sabemos que la muerte y no la vida están en el centro de estos afanes.

Por fuerza, la iglesia se ha visto obligada a denunciar esta situación que clama al cielo. Hoy ya son historia los Papas guerreros y la defensa por

la fuerza de una ortodoxia y unos territorios. Cuando es la vida de todos lo que está en juego no caben dilaciones y esta denuncia profética sólo podía hacerse en nombre de la humanidad.

"En sentido opuesto, vemos no sin gran dolor, como se han estado fabricando y se fabrican todavía, en las naciones económicamente más desarrolladas, enormes armamentos, y como a ellos se dedica una suma inmensa de energías espirituales y materiales; de lo cual se sigue que, mientras los ciudadanos de estas naciones han de soportar gastos nada llevaderos, otros pueblos quedan sin las ayudas necesarias para su progreso económico y social". (Pacem in terris III parte, N° 109).

"El motivo que suele darse para justificar tales preparativos militares es que actualmente no puede asegurarse la paz sino fundándola en la paridad de armamentos. De ahí resulta que, apenas se produce en alguna parte un aumento de la fuerza militar, se provoca en otras una carrera desenfrenada a aumentar también los armamentos; y si una nación cuenta con armas atómicas, esto hace que las otras procuren dotarse de la misma clase de armamento, igualmente destructivo" (Pacem in terris III parte, N° 110).

"Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando aún viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gesto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable" (P. Progreso, parte II, N° 53).

"... ¿Cómo justificar el hecho de que grandes cantidades de dinero, que podrían y deberían destinarse a incrementar el desarrollo de los pueblos, son, por el contrario, utilizados para el enriquecimiento de individuos o grupos, o bien asignados al aumento de arsenales, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vías de desarrollo, trastocando de este modo las verdaderas prioridades?... Si "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz", la guerra y los preparativos militares son el mayor enemigo del desarrollo integral de los pueblos" (Sollicitudo Rei Socialis parte II, N° 10).

"Si la producción de armas es un grave desorden que reina en el mundo actual respecto a las verdaderas necesidades de los hombres y al uso de los medios adecuados para satisfacerlas, no lo es menos el comercio de



las mismas... como se sabe, se trata de un comercio sin fronteras capaz de sobrepasar incluso las de los bloques. Supera la división entre Oriente y Occidente y, sobre todo, la que hay entre Norte y Sur, llegando hasta los diversos componentes de la parte meridional del mundo... mientras las ayudas económicas y los planes de desarrollo tropiezan con el obstáculo de barreras ideológicas insuperables, arancelarias y de mercado, las armas de cualquier procedencia circulan con libertad casi absoluta en las diversas partes del mundo. Y nadie ignora... que en algunos casos, los capitales prestados por el mundo desarrollado han servido para comprar armamentos en el mundo subdesarrollado. Si a todo esto se añade el peligro tremendo, conocido por todos, que representan las armas atómicas acumuladas hasta lo increíble, la conclusión lógica es la siguiente: el panorama del mundo actual, incluso el económico, en vez de causar preocupación por un verdadero desarrollo que conduzca a todos hacia una vida "más humana"... parece destinado a encaminarnos más rápidamente hacia la muerte" (Sollicitudo Rei Socialis, parte III, N° 24).

"Es comprobable una clara carrera armamentista que supera el límite de lo razonable. Se trata frecuentemente de una necesidad ficticia que responde a intereses diversos y no a una verdadera necesidad de la comunidad nacional" (Medellín, parte II N° 13).

Después de haber visto algunas denuncias que hace la iglesia, tenemos que ver ahora qué propuestas de actuación viene haciendo. Son propuestas de actuación para todos los hombres, no hay que olvidarlo, y propuestas que no puede imponer sino que son exhortaciones a la conciencia y al sentido común de la humanidad. Vamos a hacer un pequeño recorrido a través de algunas encíclicas.

"En un plano nacional han de considerarse exigencias del bien común: el dar ocupación al mayor número de obreros; evitar que se constituyan categorías privilegiadas, inclusive entre obreros; mantener una adecuada proporción entre salarios y precios, y hacer accesibles bienes y servicios al mayor número de ciudadanos; eliminar o contener los desequilibrios entre los sectores de la agricultura, la industria y los servicios... concordar los mejoramientos en el tenor de vida de la generación presente, con el objetivo de preparar un porvenir mejor a las generaciones futuras.

Son en cambio exigencias del bien común en un plano mundial: el

evitar toda concurrencia desleal ante las economías de los varios países; favorecer la colaboración entre las economías nacionales, mediante convenios eficaces; cooperar al desarrollo económico de las comunidades políticas económicamente menos adelantadas" (Mater et Magistra, parte II N° 22).

"Los trabajadores de la tierra deben sentirse solidarios los unos de los otros, y colaborar para dar vida e iniciativas cooperativistas y asociaciones profesionales o sindicales, unas y otras necesarias para beneficiarse en la producción de los progresos científico-técnicos, para contribuir eficazmente a la defensa de los precios de los productos, para ponerse en un plano de igualdad frente a las categorías económico-profesionales de los otros sectores productivos, ordinariamente organizadas, para poder hacer llegar su voz al campo político y a los órganos de la Administración Pública. (Las voces aisladas casi nunca tienen hoy posibilidad de hacerse oír y mucho menos de hacerse escuchar)". (Mater et Magistra parte III, N° 45).

"...El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico. Ello exige a este último mucha generosidad, innumerables sacrificios y un esfuerzo sin descanso. 'A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época". (P. Progreso, parte II, N° 47).

"Entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes.

Cada uno debe aceptar generosamente su papel sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción" (P. Progreso, Parte I, N° 32).

"El ejercicio de la solidaridad dentro de cada sociedad es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas... La

iglesia, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista al bien de los grupos en función del bien común.

El mismo criterio se aplica, por analogía, en las relaciones internacionales... superando los imperialismos de todo tipo y los propósitos por mantener la propia hegemonía, las naciones más fuertes y más dotadas deben sentirse moralmente responsables de las otras, con el fin de instaurar un verdadero sistema internacional que se base en la igualdad de todos los pueblos y en el debido respeto de sus legítimas diferencias" (Sollicitudo Rei Socialis, parte 5, N° 39).

"... Entre los temas tratados por el Magisterio en estos años, "quiero señalar aquí la opción o amor preferencial por los pobres"... pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes". (Sollicitudo Rei Socialis, parte 5, N° 42).

"Quisiéramos dirigir nuestro llamado, en primer lugar a los que tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder.

Sabemos que hay en América Latina dirigentes que son sensibles a las necesidades y tratan de remediarlas... por lo tanto les hacemos un llamamiento urgente a fin de que no se valgan de la posición pacífica de la iglesia para oponerse pasiva o activamente, a las transformaciones profundas que son necesarias. Si se retienen celosamente sus privilegios, y, sobre todo, si los defienden empleando ellos mismos medios violentos, se hacen responsables ante la historia, de provocar "las revoluciones explosivas de la desesperación". De su actitud depende, pues, en gran parte el porvenir pacífico de los países de A. Latina". (Medellín, parte II, N° 17).

"Son, también, responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales... La justicia y, consiguientemente, la paz se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a

los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular" (Medellín, parte II, N° 18).

"El campesinado... sólo podrá superar esta situación de subdesarrollo y marginación global mediante su propia organización que lo convierta en grupo de influencia, en poder económico y le obtenga su participación en el poder político para decidir con propia iniciativa en los destinos propios y en los de la nación" (25 Asamblea del Episcopado colombiano 19-7-69).

(Sobre el tema ver Mater et Magistra parte II, N° 21 y 26; P. Progreso, llamamiento final N° 86).

Hasta aquí algunas propuestas de actuación que hace la iglesia. Este tipo de propuestas presupone autoridad moral para hacerlas y la autoridad moral la recibe la iglesia del carácter revelado de su mensaje, que no todos los hombres admiten y del propio ejemplo en esas mismas propuestas, que no todos ven.

Son propuestas a las naciones y a las personas, a los poderes públicos y a las conciencias individuales. Su valor depende de la coherencia histórica entre el enunciado y la práctica y, sobre todo, del hecho de que el objetivo fundamental es el hombre como centro de todas las preocupaciones sociales e individuales. Ahí radican su carácter universal y su importancia. Son propuestas contra todo lo que signifiquen medios violentos para beneficio propio, propuestas contra el egoísmo pero, propuestas también, para evitar que la desesperación aparezca en la historia y esta se vuelva contra el hombre, contra su libertad, su felicidad y contra el incumplimiento cabal de su misión en el mundo.

Concretando ahora más, vamos a ver propuestas que la iglesia viene haciendo sobre la justicia social. Consciente de que esta no es posible, dadas las actuales formas sociales, que no permiten que determinados derechos del hombre y de la mujer se vean satisfechos y de que su dignidad como hombres sea reconocida, la iglesia ha gritado y grita contra toda situación que mantiene la miseria, la ignorancia, las diferencias sociales, los privilegios. Pero siempre hablará de reformas como el medio mejor para acabar con esas situaciones; cualquier otro método para el cambio supondría incurrir contra aquello que se condena.

"La justicia ha de ser respetada, no sólo en la distribución de la riqueza, sino además en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora...

Por tanto, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico son tales que comprometen la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias actividades, o que les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad, o constituyen un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal: un tal sistema económico es injusto, aún en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida con criterios de justicia y equidad". (Mater et Magistra, parte II N° 23).

"... Las naciones que están en vías de desarrollo... quieren participar en los beneficios de la civilización moderna no sólo en el mapa político sino en el económico...; a pesar de todo, se acrecienta de día en día su distancia, y, en la mayoría de los casos, también paralelamente su dependencia incluso económica, respecto a las naciones ricas, que progresan más rápidamente. Los pueblos que padecen hambre reclaman a los pueblos más opulentos. La mujer, allí donde no lo ha conseguido todavía, reclama la igualdad de hecho y de derecho con el hombre. Los trabajadores y campesinos desean que su trabajo les sirva no sólo para ganarse la vida sino aún para desarrollar su personalidad y participar en la organización de la vida económica, social, política y cultural. Por primera vez en la historia, la humanidad entera ha llegado a la persuasión de que los beneficios de la civilización pueden y deben extenderse realmente a todos los pueblos" (Gaudium et Spes, Exposición preliminar N° 9).

"Para satisfacer las exigencias de la justicia y de la equidad hay que hacer todos los esfuerzos posibles para que, dentro del respeto a los derechos de las personas y a las características de cada pueblo, desaparezcan lo más rápidamente posible las enormes diferencias económicas que existen hoy y frecuentemente aumentan, vinculadas a discriminaciones individuales y sociales. ... hay que ayudar a los labradores para que aumenten su capacidad productiva y comercial, introduzcan los necesarios cambios e innovaciones, consigan una justa ganancia y no queden reducidos, como sucede con frecuencia, a la situación de ciudadanos de inferior categoría". (Gaudium et Spes, parte II, cap. III N° 66).

"... La misma propiedad privada tiene también, por su misma naturaleza, una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes. Cuando esta índole social es descuidada, la propiedad muchas veces se convierte en ocasión de ambiciones y graves desórdenes, hasta el punto de que se da pretexto a sus impugnadores para negar el derecho mismo.

En muchas regiones económicamente menos desarrolladas existen posesiones rurales extensas y aún extensísimas mediocremente cultivadas o reservadas sin cultivo para especular con ellas, mientras la mayor parte de la población carece de tierras o posee sólo parcelas irrisorias y el desarrollo de la producción agrícola presenta caracteres de urgencia. No raras veces los braceros o los arrendatarios de alguna parte de esas posesiones reciben un salario o beneficio indigno del hombre, carecen de alojamiento decente y son explotados por los intermediarios... Son pues, necesarias las reformas que tengan por fin, según los casos, el incremento de las remuneraciones, la mejora de las condiciones laborales, el aumento de la seguridad en el empleo, el estímulo para la iniciativa en el trabajo; más todavía, el reparto de las propiedades insuficientemente cultivadas a favor de quienes sean capaces de hacerlas valer". (Gaudium et Spes parte II, Cap. III, N° 71).

"Llenad la tierra y sometedla". La Biblia, desde sus primeras páginas nos enseña que la creación entera es para el hombre, quien tiene que aplicar su esfuerzo inteligente para valorizarla, y mediante su trabajo, perfeccionarla, por decirlo así, poniéndola a su servicio. Si la tierra está hecha para procurar a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que necesita" (P. Progreso, 1º Parte N° 22).

"Es decir, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. Es una palabra: el derecho de la propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común..." (P. Progreso, I Parte, N° 23).

"El bien común exige pues, algunas veces la expropiación, si, por el hecho de su extensión deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas

posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva... desde luego no se podría admitir que ciudadanos, provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional, las transfiriesen en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal; sin preocuparse del daño evidente que con ello infringirían a la propia patria". (P. Progreso, I Parte, N° 24).

(Sobre el mismo tema, ver: Gaudium et Spes, Parte I, cap II, N° 26; Gaudium et Spes, parte II, cap III, N° 63 y 64; Ibid, parte II, cap III N° 67; Ibid, parte II, cap III, N° 69; P. Progreso, II parte, N° 44 y 51; Medellín, introducción a las conclusiones, N° 6).

Como vemos, la iglesia, al reflexionar sobre las tremendas desigualdades existentes en el mundo, denuncia esta situación y presenta algunas alternativas que ayuden a un mejor reparto de la riqueza existente en la tierra. Basándose en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, que en numerosas ocasiones condenaron a la Propiedad privada como contraria al bien común y por tanto negándola, la iglesia también muestra su preocupación por el irracional uso de la propiedad en nuestro medio. Sin negarla, como hacían varios Padres de la Iglesia sí la pone en cuestión cuando afirma que "no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto", sino que lo que prima es el bien común. Así propugna la expropiación de propiedades excesivas que no tienen sentido en continentes donde la mayoría carece de un bien tanpreciado como la tierra y que además no poseen otro medio para subsistir.

Esto, en lo declarativo, pero en la práctica no se va tan lejos, pues guarda silencio cuando a veces surgen los inevitables conflictos entre campesinos y hacendados, y cuando se lanza algún comunicado, el apoyo no es lo suficientemente valiente para respaldar en sus justos reclamos y aspiraciones a los condenados de la tierra.

También sobre los derechos humanos, la iglesia ha dicho su palabra. "experta en humanidad" como se autoproclama, ha sentido esta preocupación que está, desgraciadamente todavía, en el centro del huracán al que no se le ve fin. En América Latina, los estados surgieron al amparo de solemnes declaraciones donde los derechos del hombre constitufan el nervio de la independencia. Todos tienen una constitución, Cartas Magnas, que de tan grandes son inabarcables y en la práctica irreconocibles. Se mata y se tortura

y se niegan las condiciones que permitan la vida. El número de analfabetos es impresionante, el trabajo es privilegio de otras partes y cualquier opinión disidente corre el riesgo de ser calificada como antipatria. Así podríamos seguir hasta el infinito. Todo está previsto en las leyes pero estas existen en el papel aunque casi nunca se cumplen.

Frente a esta situación, la iglesia lanza su denuncia, a través de encíclicas y comunicados y promueve comisiones de derechos humanos, aunque en este punto debemos reconocer que el apoyo brindado no es el suficiente dada la fuerza que posee en este subcontinente, fuerza que podría utilizar en la defensa de tantos derechos conculcados. Si se esforzara más en este sentido, el resultado sería otro.

"Al deber de trabajar, impuesto al hombre por su naturaleza, corresponde así mismo un derecho natural en virtud del cual pueda pedir, a cambio de su trabajo, lo necesario para la vida propia y de sus hijos.

Tan profundamente está mandada por la naturaleza la conservación del hombre" (Pacem in Terris, Recomendaciones pastorales, Nº 167).

"... Es, pues, necesario que se facilite al hombre todo lo que este necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada y a la justa libertad también en materia religiosa". (Gaudium et Spes, parte I cap. II, Nº 26).

"Cuanto atenta contra la vida "homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado". Cuanto viola la integridad de la persona humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones inhumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son



totalmente contrarias al honor debido al Creador". (Gaudium et Spes, parte I, cap. II, N° 27).

"A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de la acción, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada... La iglesia "por un auténtico compromiso evangélico" debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones más aún cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos" (Puebla, cap. II, N° 42).

Sobre la Paz, que no existe; sobre el equilibrio del cosmos con uno mismo y con las fuerzas que gobiernan el mundo; sobre la paz tan deseada porque es el fruto de la libertad total y de la ausencia de todo egoísmo; sobre este término tan corto y de implicaciones tan extensas, la iglesia ha hablado siempre. Llega a fundamentarla y a expresar que, sin justicia no puede haberla. Mientras el lucro presida las relaciones comerciales, mientras se dé un mínimo atisbo de racismo, de superioridad, de imposición entre los pueblos no habrá paz. Mientras se sigan construyendo armas y haya gente que muere antes de haber vivido lo suficiente; mientras existan hombres que ignoran cosas tan simples como las razones de su existencia deplorable, mientras el hombre carezca de todo aquello que le asemeja a su Creador; mientras la violencia presida los titulares de los periódicos y el odio entre las clases se siga manifestando como el motor inexorable de la historia, la paz seguirá siendo una quimera por la que habrá que seguir ofreciendo los mejores esfuerzos. No podía la iglesia olvidar este aspecto de la vida y por la paz gastan hoy sus mejores energías muchos de sus miembros. Así ocurrió siempre. Aquí vamos a reseñar algunas voces expresadas por la jerarquía sólo en los últimos tiempos.

"Nadie, sin embargo, puede desconocer que el frenar la carrera de armamentos, el reducirlos, y más todavía el llegar hasta suprimirlos, resulta imposible si ese desarme no es tan completo y efectivo que abarque aún las conciencias mismas... Y esto a su vez requiere que esa norma suprema hoy seguida para conseguir la paz se cambie por otra del todo diversa, en virtud de la cual se reconozca que la verdadera y firme paz entre las naciones no

puede asentarse sobre la paridad de las fuerzas militares sino únicamente sobre la confianza recíproca y esto, Nos esperamos que pueda realizarse, ya que se trata de una cosa no solamente dictada por las normas de la recta razón, sino sumamente deseable y fecundísima en bienes" (Pacem in Terris, parte III, N° 113).

"Ante todo, es cosa dictada por la razón... que las relaciones entre los pueblos no menos que entre los particulares se han de regular no por la fuerza de las armas sino según la recta razón o sea, conforme a la verdad, a la justicia y a una eficiente solidaridad" (Pacem in Terris, parte III, N° 114).

"... Consideramos propio de Nuestro cargo rogar y suplicar a todos y en primer lugar a los gobernantes de las naciones, que no perdonen esfuerzos y fatigas hasta imprimir a los acontecimientos una orientación conforme con la razón y la dignidad humanas". (Pacem in Terris, Parte III, N° 117).

"Entre las civilizaciones como entre las personas, un diálogo sincero es, en efecto, creador de fraternidad. La empresa del desarrollo acercará a los pueblos en las realizaciones que persigue el común esfuerzo, si todos, desde los gobernantes y sus representantes hasta el más humilde técnico, se sienten animados por un amor fraternal y movidos por el deseo sincero de construir una civilización de solidaridad mundial. Un diálogo centrado sobre el hombre y no sobre los productos, sobre las técnicas, comenzará entonces... Más allá de la asistencia técnica, las relaciones así establecidas perdurarán. ¿Quién no ve la importancia que entonces tendrán para la paz del mundo?" (P. Progreso, Parte II, N° 73).

"Las diferencias económicas, sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos, provocan tensiones y discordias y ponen la paz en peligro... Combatir la miseria y luchar contra la injusticia, es promover a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y por consiguiente el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres". (P. Progreso, parte II, N° 76).

"Porque si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿Quién no

querrá trabajar con todas las fuerzas para lograrlo?" (P. Progreso, Bendición N° 87).

(Sobre el mismo tema, ver *Pacem in Terris*, parte III, N° 116, *Ibid*, parte IV, N° 167; P. Progreso, Parte II, N° 73; *Gaudium et Spes*, parte II, cap V, N° 83 y 84).

La iglesia latinoamericana no podía menos de sentirse profundamente preocupada por el tema de la paz dadas las características de injusticia y violencia institucionalizada del subcontinente.

Enumera así, las causas que en el subcontinente son una constante amenaza contra la paz, como son: las diversas formas de marginación socio-económicas, políticas, culturales, raciales y religiosas.

Las excesivas desigualdades entre las clases sociales, generan crecientes frustraciones en el pueblo, que no puede satisfacer sus legítimas aspiraciones.

La iglesia latinoamericana denuncia la represión institucionalizada que los estados y sectores dominantes legitiman contra las aspiraciones del pueblo. Esta represión la realizan bajo aparentes justificaciones ideológicas como es el anticomunismo o prácticas como son la conservación del "orden" y la Seguridad Nacional.

La iglesia latinoamericana es consciente de la creciente toma de conciencia de los sectores oprimidos que les lleva a descubrir sus derechos y lo irracional del sistema imperante. Esta conciencia les lleva a reivindicar unas más justas condiciones de vida, que serán contrarrestadas con represiones violentas que generan y agudizan una situación de violencia institucionalizada lo cual es un serio impedimento para la paz.

Otros impedimentos señalados son las tensiones internacionales provocadas por colonialismos externos lo que le lleva a denunciar el imperialismo de cualquier signo ideológico y los problemas fronterizos, que impiden un entendimiento cordial entre los países latinoamericanos.

Otro impedimento, que dificulta la paz en el continente, es el

**exacerbado nacionalismo fruto de la debilidad económica. (Medellín, parte II, Nº 1; Ibid cap. II Nº del 2 al 13).**

**Medellín caracteriza la concepción cristiana de la paz significando tres aspectos:**

a.- **La paz es, ante todo, obra de justicia. Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones, se atenta contra la paz.**

**La paz en América Latina no es, por lo tanto, la simple ausencia de violencias y derramamientos de sangre. La opresión ejercida por los grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden, pero en realidad no es sino "el gérmen continuo e inevitable de rebeliones y guerras".**

**La paz sólo se obtiene creando un orden nuevo que "comporta una justicia más perfecta entre los hombres". En este sentido, el desarrollo integral del hombre, el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas, es el nuevo nombre de la paz.**

b.- **La paz... es un quehacer permanente. La comunidad humana se realiza en el tiempo y está sujeta a un movimiento que implica constantemente cambio de estructuras, transformación de actitudes, conversión de corazones... Una paz estática y aparente puede obtenerse con el empleo de la fuerza; una paz auténtica implica lucha, capacidad inventiva, conquista permanente. La paz no se encuentra, se construye.**

c.- **La paz, es, finalmente, fruto del amor, expresión de una real fraternidad entre los hombres". (Medellín, parte II, Nº 14).**

**De igual manera la Sollicitudo Rei Socialis tipifica a la paz como fruto de la justicia:**

"... A la luz de la expresión del Papa Pablo VI, somos invitados a revisar el concepto de desarrollo, que no coincide ciertamente con el que se limita a satisfacer los deseos materiales mediante el crecimiento de los bienes, sin prestar atención al sufrimiento de tantos y haciendo del egoísmo de las personas y de las naciones la principal razón...

Por el contrario, en un mundo distinto dominado por la solicitud del bien común de toda la humanidad o sea por la preocupación por el "desarrollo espiritual y humano de todos", en lugar de la búsqueda del provecho particular, la paz sería posible como fruto de una "justicia más perfecta entre los hombres" (Sollicitudo Rei Socialis, parte II, Nº 10).

Por motivos de orden cronológico y por lo sorprendente del planteamiento habíamos dejado para este momento la encíclica de Juan Pablo II publicada el 14 de septiembre de 1981. Nos referimos a LA LABORENM EXERCENS. Decimos que es un planteamiento sorprendente porque, por primera vez la iglesia se plantea el trabajo y al trabajador como el centro de reflexión en una encíclica. Es sorprendente porque lo hace la iglesia ya que otras filosofías lo habían hecho antes. Sorprende que la encíclica comience afirmando que "el trabajo es quizás la clave esencial de toda la cuestión social" como si antes nunca se hubiera tenido en cuenta, cosa que no nos sorprende ya que estas cuestiones se habían dejado a otras filosofías (Marxismo y liberalismo, sobre todo). Pero la encíclica quiere demostrar que el tratamiento que del trabajo y del trabajador hacen ambos sistemas de pensamiento no es el correcto por lo que se ve en la necesidad de aclarar los términos sin que esto suponga afianzar ninguna "tercera vía" ya que ha sido doctrina perenne de la iglesia.

La encíclica parte del mandato divino "dominad la tierra" del Génesis para hacer consideraciones acerca del trabajo como:

Trabajo entendido como actividad transitiva; supone el dominio específico del hombre sobre la tierra.

Trabajo entendido en sentido objetivo (técnicas); supone que el sujeto del trabajo sigue siendo el hombre.

**Trabajo entendido en sentido subjetivo: el trabajo está "en función del hombre y no al revés".**

Según la encíclica, frente a las concepciones economistas (socialistas y capitalista) que sólo consideran la dimensión objetiva del trabajo y que son una confusión porque el hombre es considerado ahí como un mero instrumento de producción, considera que el hombre (independientemente del trabajo que realiza) debería ser tratado como sujeto eficiente y verdadero artífice y creador y fin de todo el proceso productivo.

El liberalismo, al no considerar el trabajo y sólo tener en cuenta el capital, no se preocupa de los derechos del trabajador afirmando que el trabajo humano es sólo instrumento de producción. En cambio, afirma que "el capital es el fundamento, el factor eficiente y el fin de la producción".

La reacción contra esta concepción "ha reunido al mundo obrero en una comunidad caracterizada por una gran solidaridad".

La encíclica hace a continuación tres afirmaciones:

**El trabajo dignifica a la persona.**

**El trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar.**

**El trabajo es el fundamento de la sociedad.**

En la presente fase histórica se da también el conflicto entre el trabajo y el capital que se manifiesta en la contradicción expresada entre la propiedad privada de los medios de producción y la mala retribución del trabajo. Frente a esta contradicción, la encíclica afirma la prioridad del trabajo frente al capital y cómo se da una relación coherente e indisoluble entre estos dos conceptos.

Mientras el economismo considera el trabajo según su finalidad económica o sea que lo que es espiritual y personal lo pone en una situación subordinada a la realidad material, el materialismo dialéctico considera que el hombre no es sujeto del trabajo sino resultante de las relaciones económicas y de producción. Así pues, crean una antinomia entre trabajo y capital: el trabajo no sólo se separa sino que se contrapone al capital; como si el trabajo fuese un elemento cualquiera del proceso económico.

## ***Trabajo y propiedad***

Según la encíclica, la tradición cristiana no ha sostenido nunca este derecho (el de propiedad) como absoluto e intocable. Siempre lo ha entendido como el derecho común de todos a usar los bienes de la creación. El derecho a la propiedad privada como subordinado al derecho al uso común. El único título legítimo de los medios de producción es que sirvan al trabajo y, sirviendo al trabajo, hagan posible la realización del primer principio de aquel orden que es el destino universal de los bienes y el derecho a su uso común. Por eso conviene no excluir la socialización de ciertos medios de producción. Se trata de asegurar la primacía del trabajo y, por lo mismo, la subjetividad del hombre en la vida social. Desde esta perspectiva es inaceptable el rígido capitalismo, que defiende el derecho exclusivo a la propiedad privada de los medios de producción como un dogma.

Pero también es inaceptable la eliminación apriorística de la propiedad privada de los medios de producción. Esta eliminación no es suficiente para socializarlos de modo satisfactorio porque se pasa de las manos privadas a la sociedad organizada como propietaria, quedando sometidos a la administración y al control de otro grupo de personas que no tienen la propiedad pero disponen de ellos.

Sólo se puede hablar de socialización cuando quede asegurada la subjetividad de la sociedad, cuando toda persona, basándose en su propio trabajo, tenga la posibilidad de considerarse "copropietario" de ese gran taller de trabajo en el que se compromete con todos.

Se trataría de asociar, según la encíclica, el trabajo a la propiedad del capital y crear cuerpos intermedios con fines económicos, sociales, culturales, autónomos respecto a los poderes públicos, que se colaboren mutuamente y con subordinación a las exigencias del bien común. Es decir, que los miembros sean tratados como personas y estimulados a tomar parte activa en la vida de dichas comunidades.

Juan Pablo II pone un último argumento de tipo personalista según el cual la prioridad del trabajo respecto del capital es un postulado que pertenece al orden moral-social. Este postulado valdría tanto en un sistema capitalista como socialista; y consistiría en el hecho de que el hombre no

debe perder nunca la conciencia de trabajar en "algo propio". (En un régimen socialista, se pierde esta conciencia).

Como consecuencia de toda esta doctrina se deduce que los hombres del trabajo tienen unos derechos; que el trabajo es una obligación pero también una fuente de derechos. Y aquí la encíclica distingue dos clases de empresarios frente a los que poder y saber exigir esos derechos: empresario indirecto: sería el estado, que no es autárquico y, que a su vez, depende de acuerdos con otros estados. Estados que aprueban los contratos colectivos, las leyes, etc, etc.

Empresario directo: sería la institución o patrón inmediato.

Hecha esta disquisición, pasa a analizar cuáles serían estos derechos que aquí solo vamos a enumerar: el empleo, el salario y otras prestaciones sociales, derecho a asociarse en sindicatos. La justa valoración del trabajo agrícola, el derecho que los minusválidos tienen a un trabajo, el trabajo de los emigrantes.

La encíclica termina enumerando algunos elementos para una espiritualidad del trabajo.

### *La Misión de la iglesia en el mundo*

Desde el Vaticano II en la iglesia cristalizaron las inquietudes que venían surgiendo en gran número de cristianos, tanto laicos como sacerdotes y religiosos, sobre la misión y el papel del cristiano frente a un mundo en crisis. Crisis socio-económicas y de valores, secularización y falta de sentido en la vida del hombre. La fe cambiaba y se transformaba en las sociedades modernas relativizando el peso de la religión. En los países tercermundistas, en ciertos grupos más conscientes, la P. de Dios fue descubriendo su mordiente y creó una conciencia profunda de compromiso por transformar unas realidades de muerte, en esperanza y vida. Así la fe y la reflexión teológica se plasmaron en una dinámica liberadora de la opresión del pecado que esclaviza a tantos millones de seres humanos.

La iglesia como cuerpo, como comunidad grande regida por la jerarquía no podía dejar de hacerse eco de este impulso de vida, que surgía incontenible en medio del Pueblo de Dios.



Así, comenzó el proceso de cambio, de conversión, de profunda reflexión que la llevó al gran interrogante: la iglesia, para qué? Cual era su sentido? Para qué había sido creada? Era fin en sí misma o era un signo del Reinado de Dios? Cual debía ser su misión? Qué papel debía jugar en un mundo dividido por diferencias abismales? Cómo proclamar la Buena Nueva y ser símbolo de esperanza?

De aquí surgieron las encíclicas que conforman un cuerpo de doctrina renovada en el cual se encuentra el pensamiento actual de la iglesia frente a los acuciantes problemas que aquejan a la humanidad y sobre su misión en el mundo. Ejemplo de ello pueden ser estos textos que definen la inquietud de la iglesia actual:

"Qué siente la iglesia por el hombre? Qué recomendaciones se han de hacer para la edificación de una sociedad moderna? Cuál es el significado último de la actividad humana en el mundo? Problemas como estos son los que hoy esperan respuesta: y sólo cuando se les haya dado, aparecerá con mayor evidencia la reciprocidad de servicio entre el Pueblo de Dios y el género humano en que está inmerso; con eso se mostrará la misión de la iglesia como misión religiosa y, por lo mismo, sumamente humana" (Gaudium et Spes, parte I N° 11).

"Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (Puebla, cap III, N° 87).

La apuesta de la iglesia por la evangelización es su misión principal, para encaminar al hombre a vivir la dinámica del Reino. Así, partiendo de una inquietud religiosa y de una postura de fe, el cristiano y la iglesia, si quieren ser conscientes y consecuentes, no pueden desentenderse de los problemas sociales y humanos, pues el hombre es una realidad indivisible y su liberación y salvación deben ser integrales o sencillamente no lo son en ningún sentido.

"Quien quiera que, obedeciendo a Cristo, busca primero el Reino de Dios, encontrará como consecuencia, un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar así una obra de justicia bajo el

impulso de la caridad" (Gaudium et Spes, cap III, N° 72).

Así la encíclica "El anuncio del Evangelio, Hoy" está totalmente dedicada a este tema tan importante y por desgracia tantas veces confundido y olvidado. Nos contentamos en la iglesia con una pastoral de cristiandad y de sacramentos que se queda corta para la proclamación de la Palabra.

"El esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, exaltados por la esperanza pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia, es sin duda alguna un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad" (Evangelii Nuntiandi, Exhortación apostólica N° 1).

"Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un Reino, el Reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en "lo demás", que es dado por añadidura. Solamente el Reino es pues absoluto y todo el resto es relativo" (Evangelii Nuntiandi, parte I, N° 8).

Pero la iglesia en sus documentos afirma claramente que la evangelización no puede darse "angelicamente", ni partiendo exclusivamente de la teoría sino que exige un conocimiento de la realidad en la cual está inmerso el hombre. Esto exige un esfuerzo por cambiar la mentalidad clerical y por acercarse a la vivencia de los hombres en unas sociedades altamente conflictivas. Supone una apuesta por la encarnación del cristiano en el mundo sabiendo leer en los acontecimientos la presencia y revelación de Dios.

Por esto, los documentos de la iglesia latinoamericana insisten en esta encarnación de la evangelización y en la necesidad de definición frente a la realidad. Hay que saber elegir y optar por quienes más nos pueden revelar el rostro de Cristo.

"Por todo eso queremos que la iglesia de América Latina sea evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos, testigo del valor de los bienes del Reino y humilde servidora de todos los hombres de nuestros pueblos. Sus pastores y demás miembros del Pueblos de Dios han de dar a su vida y sus palabras, a sus actitudes y acción, la coherencia necesaria con las exigencias evangélicas y las necesidades de los hombres latinoamericanos" (Medellín, parte 14, N° 8).

"... Después del Concilio Vaticano II y de la conferencia de Medellín, la iglesia ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara y más profunda de que la evangelización es su misión fundamental y de que no es posible su cumplimiento sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente del mensaje a los hombres de hoy" (Puebla, cap III, N° 85).

"La iglesia, repitieron los obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos entre los cuales hay muchos hijos suyos... Todo esto no es extraño a la evangelización" (Puebla, cap II, N° 26). (Sobre el mismo tema, ver Opciones Pastorales, cap II N° 59, Ecuador).

Es así como la iglesia comienza a desarrollar un discurso nuevo sobre los pobres como sujetos y agentes de la historia y se les descubre como sacramento de Cristo y como el grupo privilegiado para descubrir al Señor. A partir de su vida, sus valores, y su solidaridad nos evangelizan al resto de cristianos y agentes pastorales. Se plantea la opción preferencial por los pobres como la tarea fundamental de la evangelización y, como consecuencia, se apuesta por la búsqueda de la justicia sin la cual es imposible vivir la fraternidad y caridad cristianas.

"Vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino... Y toda la bendición de la iglesia reconoce en los pobres el sacramento de Cristo... Amadísimos hijos, vosotros sois Cristo para Nos. Y Nos.... queremos descubrir a Cristo redivivo y padeciendo en vosotros... No podemos desinteresarnos de vosotros, queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente pobre" (Discurso a los campesinos en Mosquera (Colombia) de Pablo VI, el 23 de agosto de 1968).

"El particular mandato del Señor de "evangelizar a los pobres" debe llevarnos a una distribución de los esfuerzos y del personal apostólico que dé preferencia efectiva a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa, alentando y acelerando las iniciativas y estudios que con ese fin ya se hacen" (Medellín, cap 14, N° 9).

"Volvemos a tomar con renovada esperanza... la posición de la

**Segunda Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres... Afirmamos la necesidad de conversión de toda la iglesia para una opción preferencial por los pobres con miras a su liberación integral" (Puebla, IV parte, N° 1.134).**

Al tomar esta opción se entiende que debe ser un elemento que lleve a la acción, que se concrete, pues, la situación de angustia en que viven millones de hermanos así lo requiere. Pero la iglesia, consciente de que la conversión a su interior no llega de la noche a la mañana y que las propuestas realizadas se quedan en buenos deseos sin llegar a materializarse en un nuevo estilo de trabajo pastoral, llega a urgir a sus miembros a tomar en serio este compromiso enunciado e impulsa a que se ponga en práctica dada la situación de injusticia para miles de seres humanos.

"Nuevamente dirigimos a todos los cristianos, de manera apremiante, un llamamiento a la acción. En nuestra encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos insistíamos para que todos se pusiesen a la obra" (Octogésima Adveniens, N° 48).

"No basta por cierto reflexionar, lograr mayor clarividencia y hablar; es menester obrar. No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia, la hora de la acción. Es el momento de inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar..." (Medellín, Introducción a las conclusiones N° 3).

Esta acción reclamada por la iglesia, está definida como una misión pastoral que dé respuesta a los interrogantes planteados por los hombres y a los problemas de injusticias y desigualdad que dividen al mundo entre consumidores de lujos superfluos y creadores de esclavitud y de muerte y mayorías que no disponen de lo más imprescindible para lograr la supervivencia. Así, en las propuestas de trabajo pastoral, la iglesia incentiva a sus seguidores a poner en práctica las enseñanzas sociales de la iglesia desde sus comienzos pasando por los Padres de la Iglesia y enlazando con los análisis de las encíclicas. Pero dichas recomendaciones de actuación pastoral quedan a menudo como perdidas al ser lanzadas desde Roma para todo el mundo y por la actual característica de la organización eclesial excesivamente masificada y con escasa conciencia en los fieles de una vida de compromiso. A pesar de la bondad de las declaraciones, escasamente se

concreta en una práctica que cambie el rostro y la actitud de la iglesia frente al mundo.

"Es urgente la obligación de sentirse absolutamente prójimo de cualquier hombre y, por consiguiente, servirle activamente cuando nos sale al encuentro, lo mismo si se trata de un anciano abandonado... o de un hambriento que hable a nuestra conciencia... Por consiguiente todos los delitos que se oponen a la misma vida... y otras plagas análogas. Son ciertamente lacras, que mientras afean a la civilización humana, rebajan más a los que así se comportan que a los que sufren la injusticia". (Gaudium et Spes, cap. I, Nº 27). (Ver también Mater et Magistra, parte III, Nº 57).

Por haber descuidado durante tanto tiempo la preocupación por los problemas que afectan al género humano, al denunciar actualmente las situaciones de injusticia como contrarias a la fe y a la conciencia cristiana, se ve en la obligación de explicar ante los fieles esta postura en favor de la vida y la justicia como intrínseca a la tradición y esencia del cristianismo y del mensaje bíblico.

La iglesia lanza ahora un urgente llamado para que los cristianos colaboremos en la lucha por la construcción de un mundo fraternal y solidario, dejando atrás el descuido y olvido en que en este campo incurrió la iglesia.

"La fe en Cristo Redentor, mientras ilumina interiormente la naturaleza del desarrollo, guía también en la tarea de colaboración... Además, esta concepción de la fe explica claramente por qué la iglesia se preocupa por la problemática del desarrollo, lo considera un deber de su ministerio pastoral..." (Sollicitudo Rei Socialis, cap IV, Nº 31).

En la última encíclica de Juan Pablo II, Sollicitudo Rei Socialis, se avanza más al poner ejemplos concretos de lo que debería ser la evangelización. Anuncia una nueva jerarquía de valores entre el "tener" y el "ser" sobre todo si el "tener" conlleva que muchos no sean personas. Llega a sugerir la enajenación de los bienes de la iglesia para ayudar a los necesitados. Dicha sugerencia, afirmando la prioridad de la vida del hombre sobre los adornos y gastos superfluos en los templos, no puede más que llenarnos de satisfacción por conectar totalmente con el sentido evangélico: la apuesta por la vida del hombre allí donde se encuentre amenazada.

"Así pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo "superfluo", sino con lo "necesario". Ante los casos de necesidad, no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ello ... Por mi parte, deseo insistir también sobre su gravedad y urgencia, pidiendo al Señor fuerza para todos los cristianos a fin de poder pasar fielmente a su aplicación práctica". (Sollicitudo Rei Socialis, cap IV, N° 31). (Sobre el tema, ver, Ibid, cap IV, N° 32 y 33).

Habíamos dicho que estas enseñanzas por tener un carácter general que le viene del hecho de la extensión de la iglesia y de que el Papa es su pastor universal, corran el riesgo de diluirse y de perder también la urgencia con que a veces son proclamadas. Más cerca de los problemas se encuentran las directrices pastorales de los obispos latinoamericanos y su pensamiento sobre cómo debe entenderse y realizarse la evangelización en nuestro ambiente. Los obispos latinoamericanos manifiestan cada vez más su afán de acercamiento sincero y fraternal al mundo de los pobres para manifestarles su solidaridad, haciendo suyos sus problemas y sus luchas. Dicho acercamiento debe concretarse en la denuncia de las situaciones de injusticia y el compromiso en la lucha cristiana por la justicia.

Manifiestan al tiempo un deseo para que el estilo de vida, tanto en lo referente a lo habitacional como al vestir, en las obras e instituciones eclesíásticas sea sencillo y evite la ostentación. Del mismo modo solicitan un tratamiento de los fieles que convenga a su misión de pastores, renunciando a títulos honoríficos propios de tiempos pasados.

Exhortan finalmente a los sacerdotes y a las comunidades religiosas a dar testimonio de pobreza y a compartir cada vez más solidariamente los bienes con los más necesitados. (Medellín cap. 14, N° 10, 12, 9, 15, 16; Medellín cap. II, N° 29 y 32; Puebla, parte I, cap. III, N° 90, 144 y 146; Opciones Pastorales, (episcopado ecuatoriano), Parte III, N° 105, 106, 118, 121, 131, 135).

Sobre el papel del seglar en la iglesia, ésta en sus documentos, estimula su compromiso en las tareas temporales principalmente y también

en la misión evangelizadora. Ellos son los responsables de llevar el trabajo político para una mejor marcha del mundo.

Lo que niega a los sacerdotes y religiosos, lo afirma en los laicos. En este punto parece que sigue vigente la división de tareas entre lo sagrado, encomendado a los sacerdotes y religiosos a quienes se les prohíbe el participar en tareas de orden temporal, especialmente de tipo político. A los laicos se les asigna por el contrario, el papel de lo profano y hay serias dificultades para que tomen cargos de importancia en las tareas de la evangelización y asuman ministerios que les permita el desarrollar su papel misionero en la iglesia.

Los documentos sobre los laicos, así lo muestran:

"El concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y la eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno... El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación". (Gaudium et Spes, parte I, cap. IV, N° 43).

"Nos es grato, a propósito de esto, expresar nuestra complacencia a aquellos hijos que en diversas partes del mundo se ocupan de las iniciativas cooperativistas, de las asociaciones profesionales y de los movimientos sindicales, para la elevación económico-social de todos los que cultivan la tierra". (Mater et Magistra, parte III, N° 46).

"Los seculares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo, pertenece a ellos mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y

**costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida. Que cada uno examine lo que él ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer".** (Octogésima Adveniens, N° 48).

**"Los seculares cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primaria e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial... sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas..."** (Evangelii Nuntiandi, parte VI, N° 70).

**La iglesia admite que los seculares católicos no son los únicos comprometidos en la erradicación de estructuras injustas y en la construcción de una sociedad nueva. A su lado se van a encontrar con otros hombres y mujeres empeñados también en la tarea de hacer un mundo mejor.**

**Este fenómeno no es privativo de ninguna época ni de ningún país; la gracia de Dios puede actuar y de hecho actúa de múltiples formas y es preciso que la iglesia sepa descubrirlas. No valen, pues, los anatemas ni las desconfianzas sino el unir las manos siempre que la empresa colabore con el bien común y la buena marcha del mundo.**

**"El respeto y la claridad se deben extender también a los que en el campo social, político e incluso religioso, sienten u obran de diverso modo que nosotros".** (Gaudium et Spes, parte I, cap. II, N° 28).

**"Los católicos consagrados al ejercicio de actividades económico-sociales, por su profesión tienen frecuentes relaciones con otros que no poseen la misma visión de la vida. En tales relaciones nuestros hijos estén atentos para ser siempre coherentes consigo mismos, para no descender a compromisos en materia de religión y de moral; pero al mismo tiempo vivan y se muestren animados de espíritu y comprensión; desinteresados, y dispuestos a colaborar lealmente en la actuación de objetivos que sean por su naturaleza buenos, o al menos se puedan reducir al bien" (Mater et Magistra, parte IV, N° 72).**



"Los principios doctrinales que hemos expuesto o se basan en la naturaleza misma de las cosas o proceden de la esfera de los derechos naturales. Ofrecen, por tanto, amplio campo de encuentro y entendimiento, ya sea con los cristianos separados de esta sede apostólica ya sea con aquellos que no han sido iluminados por la fe cristiana, pero poseen la luz de la razón y la rectitud natural". (Pacem in Terris, Recomendaciones pastorales, Nº 157. Ver también Ibid Nº 158 y 160).

Como se puede comprobar por las citas de las encíclicas, la iglesia ha avanzado en su postura frente a la realidad social y continuamente está mostrando su preocupación por los innumerables problemas sociales que aquejan a la sociedad. Sobre todo, desde el Concilio Vaticano, se ha entrado en una dinámica de estudio y reflexión, que muestran la preocupación existente en cierta parte del episcopado y de los últimos Pontífices por la realidad terrena.

De esta forma la iglesia ha ido conformando un cuerpo doctrinal sobre lo social, denunciando las extremas desigualdades existentes entre países y al interior de cada sociedad. Denuncia la existencia de bloques que son en sí un impedimento para la convivencia pacífica entre los pueblos. Aboga por una sociedad más fraternal e igualitaria, y reclama la vigencia de los derechos humanos tan conculcados en un sin número de países.

Podemos afirmar que los planteamientos hechos por las encíclicas sobre la realidad social representan un fuerte avance, y en muchos casos mantienen una postura progresista.

El problema aflora cuando se contrasta lo que se enuncia con la práctica. Ahí aparecen las fisuras que hacen que lo enunciado quede un tanto minusválido y no llegue a ser signo por la falta de un elemento esencial: la práctica de vida.

Somos conscientes de la dificultad que entraña para toda persona o grupo humano el guardar fidelidad a lo que se enuncia o cree, y el tratar de vivir coherentemente lo que se afirma. Además la iglesia, compuesta por un número tan elevado de seguidores de diferentes culturas y de contrastadas posiciones sociales, encuentra esta dificultad acrecentada. A esto se suma la carga de tradicionalismo amasada durante largos siglos, que la marcó con un

**sello difícil de desarraigar. Estos problemas son serios y condicionan fuertemente un proceso de cambio y conversión.**

Muchos sectores de la iglesia se sintieron fuertemente sacudidos por el mensaje enunciado por el Concilio Vaticano II. Si en la práctica no hubo un gran número de abiertos enfrentamientos, no quiere decir que se aceptara su línea. La táctica que siguieron muchos fue la de dejar decir, pero seguir actuando como si nada hubiera pasado; el tiempo haría olvidar este bagaje doctrinal nuevo y lo mejor era dejar que las aguas volvieran a su cauce. Desgraciadamente, es lo que ha sucedido y hoy en la iglesia no se vive ya esa euforia por el cambio y la apertura que caracterizó los primeros años posteriores al Concilio. La atmósfera de ilusión por una mayor encarnación y por la indagación de nuevas posturas teológicas se ha truncado y se respira nuevamente un aire conservador que trata de sofocar ese ambiente de apertura, para tratar de controlar todos los espacios desde el Vaticano, con una línea más conservadora y de regreso a tiempos anteriores al Concilio, aunque oficialmente, en teoría, se mantenga vigente.

Así en el campo de lo social, la iglesia ha seguido desarrollando una opinión, como se constata en la encíclica de Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, lo cual llevaría a pensar que se sigue una línea de apertura.

Sin embargo, en la práctica, estas pautas expuestas por las encíclicas no se hacen vida. Partimos del hecho real de las dificultades que entraña el ser coherente, pero no podemos menos de sentirnos preocupados por la orientación que se está materializando en la Iglesia. Así, en vez de ver signos de apertura que se encaminen hacia una puesta en práctica de los mensajes papales, la práctica nos muestra una postura distinta. No es que los cristianos exijamos una aplicación taxativa de lo dicho, pues valoramos su discurso y denuncia por lo que tiene de sincero y por lo que supone de compromiso. Lo que si esperamos son signos y actitudes que nos muestren que se va por ese camino, a pesar de que existan errores y aunque dentro de una voluntad de avanzar, puedan darse algunos retrocesos. Eso nos daría esperanza e ilusión para la creación de un mundo nuevo más justo partiendo de la experiencia vivida en el seno de la iglesia.

Es por esto que nos preocupa la distancia existente entre las denuncias y propuestas efectuadas por las encíclicas y los documentos episcopales y la realidad vivida.

Se denuncia la desigualdad existente en el mundo y la explotación ejercida por los países desarrollados sobre los más pobres y subdesarrollados. Sin embargo, la iglesia parece sentirse más identificada, tal vez por lazos culturales, con las naciones, países y modelos sociales que propician esta desigualdad. A pesar de criticar estos sistemas y las consecuencias que generan, no se dan signos de rechazo a este tipo de civilización y a los gobiernos que implementan dichas políticas económicas. Por el contrario, la actitud crítica es más severa y se llega incluso a posturas de hecho, con gobiernos y situaciones sociales que, a pesar de sus errores, tratan de ir sacudiéndose los lastres de posturas imperialistas y de dominación. La crítica y postura de rechazo hacia dichos regímenes se suele justificar por la defensa de la libertad que se ve conculcada por el abuso de poder. Un caso reciente es el de Nicaragua, donde la iglesia mantiene una postura de mano dura. Sin embargo, esta posición contrasta con el silencio guardado hacia el otro país que forma parte del conflicto, EE.UU., instigador de la agresión y suministrador de dinero y armas a la contra.

Sobre el tema de la riqueza y la pobreza, la iglesia tiene desarrollado un discurso claro y su posición aparece tajante en la defensa de los pobres. Tipifica de escándalo y contraria con el ser cristiano la creciente brecha entre ricos y pobres y manifiesta su predilección por los pobres, por ser los elegidos de Dios.

En este campo, debemos reconocer que se ha avanzado considerablemente, pero los usos hacia el otro sector, eran tan marcados, que resulta sumamente difícil el desembarazarse de un legado de siglos. Así se siguen teniendo colegios religiosos para élites privilegiadas, se mantienen movimientos e Institutos para sectores de población con alto nivel económico, sin que se aprecien los frutos de dicha labor, pues la apetencia por la acaparación de capital sigue vigente en dichos grupos.

En este punto debemos reconocer que aparece una contradicción dolorosa al interior de la iglesia. Se recorre el mundo, hasta los lugares donde nadie llega (selvas, desiertos, países apenas señalados en los mapas) para evangelizarlos. Allí donde los caminos no llegan y donde la miseria es un insulto a la gratuidad del aire y del sol, allí, hay un miembro de la iglesia, una fundación religiosa, allí se queman muchas vidas y sirve también para la realización personal de infinidad de gentes. Pero tras el correr de los tiempos, los pobres siguen allí. Pocas veces se ha comprobado el latigazo

roedor y lacerante contra dicha situación; escasas veces la vergüenza propia por la situación ajena ha conmovido nuestra vida; pocas veces hemos visto que de allí haya salido el humo blanco de un fuego que arrasara el estado de cosas. Sin embargo, se invierte gran cantidad de dinero en obras, se crean infraestructuras que justifican la presencia, se gastan gran cantidad de esfuerzos, pero la vida de los pobres sigue inmersa en situaciones inaceptables.

Dicha situación puede explicarse por concepciones románticas, ingenuas y a veces no carentes de "purismo": se piensa que los pobres son felices así, que no se les debe cuestionar su situación ya que ellos no la cuestionan, que no se debe violentar su ritmo y percepción histórica, que nuestro papel no debe pasar de ser acompañantes de tanta desgracia.

Se está con los pobres, se vive para los pobres, pero no hemos conseguido todavía que los pobres dejen de existir, de sufrir unas condiciones infrahumanas y, se da el caso también, que por ingenuidad o falta de decisión, se permite que algunas personas un tanto avispadas perciban sueldos considerables a costa de los pobres. Hay que reconocer que en el mundo, hay muchas personas que viven de sueldos en instituciones dedicadas permanentemente a conseguir que no haya pobres.

Es justo reconocer que los últimos papas han hablado muy claro contra esta situación injusta y que se va en la dirección de aparecer más sencillos y dejar de lado la opulencia que comenzó hace siglos por la preocupación de ciertos papas de aparecer revestidos de poder y llegando en el renacimiento europeo a aparecer como mecenas de la cultura y el arte. Quizás sin pensarlo comenzaron a edificar una iglesia tan aparatosa e imponente que en sucesivos siglos se vio en la necesidad de llenar de contenido tamañas edificaciones.

Así, ante el discurso de opción preferencial por los pobres, aparecen como insultantes y restándole fuerza tantas edificaciones eclesiales, unas provenientes de épocas pasadas en las que se concebía a la iglesia como poder, y otras todavía recientes, que son las más preocupantes.

Cuando escuchamos las palabras de Pablo VI a los campesinos de Colombia, se vislumbra una esperanza y una alegría indisimulable pero el martillo de la memoria trae enseguida el triste espectáculo de tantas iglesias,

locales, asentados entre los pobres, con todo lujo de detalles que la ciencia y el tiempo han sabido crear.

En América Latina todavía se construyen basílicas, catedrales, iglesias con lujo desmesurado e impropio de estos tiempos. Lo que ya se ha desterrado en el mundo más desarrollado donde las edificaciones religiosas tienden a acentuar la austeridad, aquí no ha llegado todavía. Se pasa de la pobreza más insultante a la opulencia y la majestuosidad. Ciertamente es que la gente sencilla se esfuerza, por su mentalidad, en querer ofrecer a lo divino lo mejor y más grande y esto se plasma en edificaciones enormes y desproporcionadas a veces. Nunca vendrá una crítica de parte del pueblo por el lujo mantenido en iglesias, conventos religiosos y casas parroquiales y esto no ayuda a la toma de conciencia al interior de la iglesia para ir motivando al pueblo a comprender que no es razonable ni evangélico el seguir construyendo edificios religiosos que contrastan por su riqueza con la pobreza general del pueblo. La iglesia deberá mantener una posición firme, de acuerdo con la última encíclica, *Sollicitudo Rei Socialis*, para ir desterrando lo superfluo en los templos y edificaciones religiosas y poner el acento con toda urgencia en la ayuda a los problemas sociales.

Como ya hemos dicho, no sería justo olvidar la sencillez y pobreza de muchas iglesias, de infinidad de casas parroquiales y de vidas personales, pero creemos que las palabras de la *Sollicitudo Rei Socialis* sobre la oportunidad y necesidad de vender los lujos superfluos cuando el pueblo que los rodea es pobre, son algo más que un aldabonazo profético. Son una necesidad sentida que es necesario llevar a la práctica para que sean creíbles y para que sean signo. Los hombres de todas las épocas han creído más en los signos y en la coherencia que en las meras palabras del discurso. Y si en Europa los obreros, y en menor medida los campesinos, terminaron alejándose de la iglesia, no fue por pura casualidad sino por la percepción de que entre el discurso enunciado y la práctica ofrecida mediaba un abismo.

Todos deseáramos que la iglesia, con el acopio de tanta experiencia adquirida en su dilatada historia y en tantas latitudes, supiera aprovecharla para no tener que repetir en nuestro subcontinente la frustración de ver que, de nuevo, caemos en los mismos errores del pasado.

Algo similar ocurre con la organización obrera y campesina. En todas las encíclicas y documentos en que la iglesia analiza el sistema social, se

coincide en que obreros y campesinos, junto con los marginados y desempleados, son los sectores menos favorecidos y, por consiguiente, es necesario que se organicen a fin de conseguir los medios imprescindibles para la subsistencia, desarrollo y educación personal y familiar. Más aún, para que consigan un espacio político, desde el que hagan valer sus derechos y la consecución de su dignidad como personas. Añade que las organizaciones de este tipo son un elemento indispensable de la vida social. "La doctrina social católica no considera que los sindicatos constituyan únicamente el reflejo de la estructura de "clase" de la sociedad y que sean el exponente de la lucha de clases que gobierna inevitablemente la vida social. Sí son un exponente de la lucha por la justicia social, por los justos derechos de los hombres del trabajo según las distintas profesiones" (Laborem, exercens, parte IV, Nº 20). Añade seguidamente que si esta lucha asume un carácter de oposición, esto sucede en consideración del bien común y de la justicia social, y no por la lucha o por eliminar al adversario.

El discurso es lo suficientemente claro, lo que sucede es que en este punto, como en otros, la coherencia no es el resultado de lo expresado. A nadie se le oculta que históricamente la iglesia estuvo enfrente de estas organizaciones. Naturalmente, en la actualidad se ha avanzado también en este campo, sin embargo, todavía existen reticencias y desconfianzas hacia la lucha de estas organizaciones en los momentos en que se plantean.

Las expresiones más claras a favor de estas asociaciones las ha dicho la iglesia a propósito de la situación de miseria de los campesinos de América Latina. Se llega incluso a brindar su apoyo a aquellos cristianos que militantemente asumen la tarea de acompañar el desarrollo de las mismas. Asociaciones que deben luchar por conseguir un espacio político sin el cual su eficacia se vería disminuída sensiblemente.

Una vez más, el discurso está muy separado de la práctica, pues lo expuesto en los documentos episcopales, queda olvidado o difuminado cuando se llega a la diócesis. Incluso aquí se llega a cambiar el lenguaje y no digamos el espíritu de los documentos. Cuando las organizaciones populares salen a la lucha en reivindicación de unos derechos innegables, no reciben todo el apoyo que la iglesia debería darles. Se argumenta que las luchas pueden y suelen estar orientadas por partidos políticos y son susceptibles de manipulación, por lo que no se les puede brindar apoyo. El hecho es que la violencia institucionalizada suele manchar con sangre las reivindicaciones

populares de los pueblos latinoamericanos que siguen así llenando la historia de mártires obreros y campesinos en busca de una justicia que no llega.

Lo cierto es que la opción preferencial por los pobres continúa siendo una hermosa declaración para la institución. Sólo en ejemplos personales que ofrecen su vida por la liberación de los sectores desposeídos, se hace carne esta opción de la iglesia, pero como institución la práctica deja mucho que desear; dichas experiencias personales suelen ser vistas con reticencia y sospecha.

El tema de la justicia y el combate contra la injusticia es otro tema tratado insistentemente por la iglesia. La desigualdad entre las naciones y al interior de cada pueblo tiene unas causas y un nombre propio que es preciso erradicar: injusticia. La iglesia, a juzgar por sus documentos, no comulga con ella hasta el punto de considerar su existencia una contradicción manifiesta con el hecho de ser cristiano. Más aún, la iglesia quiere servir de estímulo y de ayuda a todos aquellos que están dispuestos a ofrecer su esfuerzos para erradicar la injusticia. El hombre siente la necesidad de escuchar una voz, capaz de gritar en el desierto del mundo, para denunciar el egoísmo y los intereses que dan lugar a la injusticia. La iglesia en varias ocasiones ha sabido ser esa voz en situaciones muy concretas de espacio y de tiempo. Pero al mismo tiempo, también hay que señalar otros momentos en que el silencio de la iglesia se hizo notar fuertemente ante la gravedad de las situaciones. Claro, que la simple denuncia no es lo suficientemente fuerte para combatir situaciones dadas que se prolongan insistentemente en el tiempo. Haría falta una decisión mayor para enfrentar y deslindar posiciones con países, regímenes y grupos de poder que con su actuación son causantes de grandes injusticias ya institucionalizadas. Todos sabemos la capacidad que tienen los sistemas para asimilar las denuncias formales y continuar con el mismo estado de cosas. Se acepta el que se "diga", pero no están dispuestos a que se lleve a la práctica el discurso. Ahí vienen los problemas; cuando miembros de la iglesia, tanto sean obispos, sacerdotes, religiosos o laicos los que apuestan por una práctica de liberación, los regímenes que se autodefinen como cristianos y de acuerdo con los planteamientos de la doctrina social de la iglesia, no tienen inconveniente en reprimir duramente hasta el exterminio a las personas que sí profesan la fe del Evangelio. Son infinidad de casos de sobra conocidos algunos y otros silenciados y olvidados.

Mientras la iglesia sea reconocida como poder y tenga sus representantes diplomáticos, seguirá esta contradicción entre la denuncia y la práctica. Se denunciará hasta donde se permita en el juego de la diplomacia, pero no se irá más allá.

De otro lado, cuando cristianos guiados por la fe en Jesucristo, se comprometen en la lucha contra la injusticia, muchas veces han sido silenciados y tachados de actitudes sospechosas por llevar una práctica no compatible con la iglesia. Se argumenta que dichas actitudes son extremadamente radicalistas y, a pesar de admitir la generosidad que representan, se las tilda de infantiles y no convenientes. De esta forma, la iglesia no sirve de estímulo para estos cristianos, que, partiendo del ansia de justicia que rebosa el Evangelio, tratan de plasmarla en la realidad de muerte que acompaña al hombre. Más bien sirve de freno para que sus miembros se comprometan de por vida en opciones generosas por crear un mundo más justo y solidario.

En el campo de los derechos humanos, la iglesia también toma postura y se manifiesta públicamente en favor de su cumplimiento. Pero esto queda para el ámbito extraeclesial; al interior de la misma iglesia tenemos que reconocer con dolor que no están vigentes todos los derechos que se reivindicán para la sociedad civil. Esto parecería un contrasentido, sin embargo, la práctica nos muestra esta dura realidad.

El laico y la mujer se ven discriminados en la toma de decisiones quedando relegados a meros acompañantes y ocupando puestos que la jerarquía y el clero les atribuyen, siendo generalmente cargos auxiliares sin capacidad para incidir en el desarrollo y la marcha de la iglesia.

La libertad de expresión y opinión es otro tema fundamental no solucionado en la iglesia. El avance que supuso el concilio Vaticano ha ido paralizándose hasta convertirse en estancamiento y a veces en franco retroceso. Son tantos los casos en los últimos tiempos de amonestación, destitución de cargos, llamadas al orden y vetos sobre teólogos progresistas que, como expresaba un profesor de moral recientemente, "se siente el virus de la Inquisición entre los muros del Santo Oficio".

Bajo el celo de conservar la ortodoxia, se impone una línea férrea sobre toda opinión innovadora que se arriesgue a dar respuestas a aquellos



interrogantes que la sociedad plantea, pero al parecer, esto no está permitido dentro de la iglesia. Parecería que se quiere hacer honor a la frase del arzobispo anglicano William Temple "Los teólogos, son aquellos señores que se dedican a dar respuestas a preguntas que nadie se hace". Pues aquellos que tratan de responder a las inquietudes y angustias de la persona, son considerados problemáticos y en muchos casos silenciados y marginados.

Esta actitud crea desconcierto en buena parte de cristianos que ven cómo aquello que se define como válido para la sociedad no tiene vigencia en la iglesia. También crea una sensación de impotencia y frustración al comprobar que en la comunidad llamada a ser signo del Reinado de Dios, se dirimen los problemas y diferencias de manera similar a como se solventan en los regímenes antidemocráticos; por el argumento de autoridad y la sustentación del poder. Claro que según el pensamiento de un buen número de jerarcas, esto no debería extrañarnos, pues se afirma que "la iglesia, no ha sido, es ni será democrática", por tanto, la única posibilidad que quedaría a los cristianos sería la de admitir todo cuanto provenga de la jerarquía y autoanular toda inquietud y experiencia que no se ajuste a la denominada doctrina oficial.

Pero la jerarquía no puede ser la única intérprete doctrinaria de la fe y hacerlo de ese modo implica ir contra las directrices y orientaciones del Vaticano II. Cuando se actúa de esta forma parece que lo único que importa es garantizar la ortodoxia aún a costa de sacrificar la pluralidad de opiniones y por tanto, la dignidad humana. "El dicasterio romano, del que es prefecto el cardenal Joseph Ratzinger sigue ejerciendo el poder de condenar a sus profetas: no se les quema en la hoguera como antes, pero hoy, finalizando el siglo XX, se ejerce una tortura mucho más refinada. Se condena poco a poco, uno tras otro, a sus teólogos sin juicio previo, sin posibilidad de defensa, sin acusaciones concretas, sin el más mínimo respeto a la dignidad humana". Esta afirmación de los colectivos cristianos de base de España nos dice la impresión que causa la iglesia en sus fieles con ciertos tipos de actuaciones. Hay conferencias episcopales, que están más atentas a las directrices emanadas del Vaticano que a las experiencias de fe que viven infinidad de cristianos. Dichas experiencias despiertan desconfianza y suelen ser rechazadas. Subyace aquí la convicción de que la verdad de las expresiones de fe es patrimonio de unos pocos y de que la teología, así entendida, entra en el reino de la especulación sin entrar en la vida real y en

las inquietudes de los hombres contemporáneos. Pero como dice el teólogo Juan José Tamayo, la teología es acto segundo y viene después de la praxis y la experiencia de fe. El concepto de teólogo vigente, afirma, es neoescolástico; apunta que el discurso de la fe no parte de la experiencia de la fe y entonces se convierte en una ideología al servicio del statu quo.

Acerca de los laicos y las mujeres cabe preguntarse cuál es su papel en la iglesia. Sobre el tema habló el Concilio para sentar las bases de una teología que diera fundamento a posteriores aportes. "Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma iglesia en la medida del don de Cristo" Ef 4,7.

"Además de este apostolado, que incumbe absolutamente a todos los cristianos, los laicos también pueden ser llamados de diversos modos a una colaboración más inmediata con el apostolado de la jerarquía... De consiguiente, ábraseles por doquier el camino para que, conforme a sus posibilidades y según las necesidades de los tiempos, también ellos participen celosamente en la obra salvífica de la iglesia" (Lumen Gentium N° 33).

En el concilio se habla todavía en general; quizás no podía hablar de otra manera dado su carácter universal. De manera que los obispos latinoamericanos, reunidos en Puebla, van a concretar esta doctrina y la van a aplicar a nuestra realidad. "Al lado de los ministerios jerárquicos, la iglesia reconoce un puesto a ministerios sin orden sagrado. Por tanto, también los laicos pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio a la comunidad eclesial para el crecimiento y vida de ésta, ejerciendo ministerios diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiere concederles" (Puebla, parte III, N° 804).

"Hacemos un llamado urgente a los laicos a comprometerse en la misión evangelizadora de la iglesia, en la que la promoción de la justicia es parte integrante e indispensable y la que más directamente corresponde al quehacer laical, siempre en comunión con los pastores" (Puebla, parte III, N° 827).

"En América Latina, sobre todo en aquellas regiones donde los ministerios jerárquicos no están suficientemente provistos, foméntese bajo la

responsabilidad de la jerarquía también una especial creatividad en el establecimiento de ministerios o servicios que pueden ser ejercidos por laicos, de acuerdo con las necesidades de la Evangelización..." (Puebla, parte III, N° 833).

Igual podríamos decir de la mujer. Puebla habló ya de la mujer, de su igualdad con el hombre y su dignidad.

"La mujer como el hombre es imagen de Dios. "Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó" Gén. 1, 27. "La tarea de dominar al mundo, de continuar con la obra de la creación, de ser con Dios co-creadores, corresponde pues, a la mujer tanto como al hombre". (Puebla, parte III, N° 84).

De esta doctrina, Puebla concluye que la mujer debe contribuir eficazmente a la misión de la iglesia participando en la planificación y coordinación de la pastoral. Incluso habla de la posibilidad de confiar a las mujeres ministerios no ordenados los cuales les abrirán nuevos caminos de participación.

Hoy las mujeres han dado pasos en el sentido de toma de conciencia de su plena igualdad con el hombre en todas las tareas de la iglesia y en todas las áreas de la vida.

No cabe duda que la exigencia del reconocimiento de sus derechos así como los de los laicos motivaron que el Sínodo mundial de Obispos, celebrado en Roma en 1987, se ocupara específicamente del papel de los laicos y de la mujer en la iglesia. Es un camino todavía por andar, sobre el que la iglesia no ha dicho toda su palabra pero que habrá que recorrer sin miedo. Porque hasta el momento, sólo se han dicho palabras aunque estas sean pocas. Puebla se encarga de recordarnos la doctrina que, sobre los laicos elaboró el Concilio Vaticano II.

"El bautismo y la confirmación lo incorporan a Cristo y lo hacen miembro de la iglesia; participa a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo y la ejerce en su condición propia. La fidelidad y la coherencia con las riquezas y exigencias de su ser le dan su identidad de hombre de iglesia en el corazón del mundo y de hombre del mundo en el corazón de la iglesia" (Puebla, parte III, N° 786).

Es decir, que se ha hecho el esfuerzo por elaborar una teología del laicado y de la mujer al mismo tiempo que se constata su necesidad en la misión de la iglesia. Se reconoce que por el bautismo y la confirmación son incorporados a Cristo y se constituyen en miembros de la iglesia.

Se reconoce que "a su modo" participan de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. Claro que el simple hecho de reconocer estas cosas no compromete a nada todavía. Puebla insta a la jerarquía a establecer ministerios o servicios que puedan ser ejercidos por laicos. Esto es ya más concreto pero queda por ver si la jerarquía establece o no estos servicios. Y es aquí donde, una vez más, avistamos el miedo, los celos y la indiferencia.

Como vemos, la iglesia reconoce en teoría que es perfectamente válida esta opción y que teológicamente no hay ningún problema. Mucho se ha escrito sobre ello pero en la práctica, la respuesta es sumamente tibia. Los innumerables catequistas, que emplean su tiempo en una tarea encomiable, tienen que quedarse estancados eternamente en ese papel. No se les brinda la posibilidad de ejercer otras funciones ministeriales que sin embargo son necesarias en la iglesia por varias razones: Porque la iglesia debe desclericalizarse y perder la estructura jerarquizante que no corresponde a la intención de su fundador ni a la experiencia de los primeros tiempos. Porque en la actual sociedad se valora mucho el sentido democrático y la consiguiente participación de los ciudadanos en todas las facetas de la vida. La persona busca sentirse responsable y lograr su realización en la vida asumiendo tareas. Por eso un sistema excesivamente jerárquico no encaja, crea susceptibilidad. Hoy la iglesia debería ofrecer una imagen más comunitaria y corresponsable en la que los fieles se sintieran responsables de su marcha y desarrollo.

Otra razón sería el problema de la inculturación. En los países con diversidad de razas y grupos humanos como es el caso latinoamericano, es muy difícil que un agente pastoral bien sea sacerdote, religioso o laico, de diferente raza, cultura y formación pueda llegar a transmitir adecuadamente el mensaje. La experiencia nos dice que la dificultad es inmensa.

Además nos encontramos con otro problema añadido como es la actual estructura de la iglesia fundamentada en la parroquia. En efecto, la

concepción de la parroquia como espacio territorial para la pastoral implica graves dificultades: Incomunicación de los numerosos fieles con los responsables de la pastoral; imposibilidad de comunicación entre los fieles. La consecuencia es que los fieles no se sienten formando parte de una comunidad ni solidarios con los problemas de los demás. El católico en este régimen no puede sentirse sujeto ni miembro de un grupo comunitario en el que viva y comunique su experiencia de fe, sino más bien un afiliado a una entidad excesivamente impersonal.

En la práctica encontramos una razón fundamental. En América Latina se necesitan estos servicios o ministerios con urgencia. La carencia de sacerdotes es manifiesta y, a pesar de ciertos rasgos que muestran que el problema podría tener vías de solución, las vocaciones sacerdotales no guardan relación con el aumento de la población.

Así un sacerdote está encargado de inmensos territorios que llegan a abarcar hasta ochenta comunidades indígenas con poblaciones que llegan a los cincuenta mil habitantes diseminados en territorios encrespados y con vías de acceso muy precarias. Por muy buena voluntad y capacidad de trabajo que posea, este sacerdote o religioso se verá incapacitado para mantener una relación personal con sus feligreses y para desarrollar un trabajo de evangelización mínimamente serio. Tendrá que multiplicarse, se cansará y difícilmente podrá salir de la trampa de un trabajo extensivo que se concretizará en la administración masiva de sacramentos.

De esta forma, los fieles no sienten la vinculación a una comunidad de creyentes que se reúnen para compartir y celebrar la fe y la vida en su lugar de residencia. Esta carencia de vínculo adolece de una identificación a un grupo con motivaciones similares y con proyectos comunes. Esta falta de identidad crea a la postre un desarraigo que fácilmente se encauzará hacia otros grupos que le ofrezcan una alternativa más personal y comunitaria. Este es uno de los fenómenos que se aprecia en el auge de los grupos evangélicos. La característica evangélica de dar mayor autonomía a las iglesias locales de cada comunidad o pueblo y de entregar la responsabilidad a líderes de la propia comunidad, produce un efecto positivo y multiplicador; crea unos lazos de identidad y comunión de ideales que resulta atractivo para la gente. Además, esta iglesia local mantendrá una relación bastante estrecha con las otras iglesias locales bien sean en pueblos o ciudades; así en los frecuentes desplazamientos que se realizan por motivos de trabajo, ésta

persona se sentirá acogida por los miembros de la iglesia local y no se sentirá desarraigada ni perdida como sucede en la iglesia católica con su estructura parroquial tan masiva y jerarquizada.

Si en la iglesia católica se diera el paso para crear servicios o ministerios que recayeran en los propios fieles, que forman las iglesias locales, se permitiría la creación de comunidades con vida propia que podrían desarrollar su práctica y experiencia de fe aunque el sacerdote no estuviera presente. El trabajo del sacerdote se centraría sobre todo en ser animador de animadores. Así estos servidores o ministros podrían, además de ejercer la predicación de la Palabra (que es lo que más comúnmente se hace) repartir la comunión, bautizar, casar, presidir celebraciones de la Palabra, dirigir el archivo parroquial, acompañar los entierros, etc, creando así una vida eclesial propia en cada población que fortalecerá la identidad de los creyentes. Además se ganaría en autenticidad cristiana pues los citados servidores desarrollarían su misión eclesial compartiéndola con el compromiso en las tareas de la sociedad en la que están inmersos. Dichos servidores no serían en ningún modo unos profesionales de la religión ni tampoco unos segregados. Reconocemos que dentro de la actual estructura de la iglesia esto es sumamente difícil pues la imagen del sacerdote o religioso como profesional se transmite fácilmente. Esto se percibe en un buen número de catequistas y colaboradores que prestan su servicio en la iglesia.

Solamente sería posible un cambio de mentalidad si la noción de iglesia y la concepción del hombre religioso no se basara fundamentalmente en el culto y en el cumplimiento de una serie de normas sino en la vivencia del amor al hombre como acertadamente expresaba el Papa Juan XXIII "... La religión no es un conjunto de preceptos, sino el empeño de la acción del amor de toda la humanidad; que cuando es auténtico se une al amor de Dios, por lo cual, aunque no se pronuncie su nombre, se es igualmente religioso" (Mensaje a Nikita Jruschov).

Este desfase entre la teoría o el enunciado y la práctica, es un mal que nos aqueja a todos los miembros de la iglesia. Unos de una forma y otros de otra, caemos en dicha práctica, por lo que es bueno el que nos hagamos una pública autocrítica, que permita un proceso de conversión hacia el mensaje de Jesús.

También la iglesia institución reconoce que entre el mensaje que predica y la práctica de sus miembros existe un desfase que es preciso salvar y remediar para ser más fieles a la fe que profesamos y para hacer creíble el mensaje.

Así, en diversos documentos, la iglesia reconoce que a lo largo de la historia hemos caído en infidelidades al mensaje de Jesús y al compromiso que tenemos con el pueblo. El reconocerlo representa un acto de humildad y valentía para testimoniar la necesidad de la conversión en todo momento hacia la práctica de Jesús.

Lo que sucede es que dichas autocríticas no son del todo conocidas por los cristianos ni por la sociedad. Adolecemos en la iglesia de aparecer ante el mundo como intachables, aunque la realidad todos sabemos que es otra, que la falibilidad está inmersa en nuestro seno, pero por lo general la figura que damos ante el pueblo es la contraria, por lo que el efectuar una crítica a la iglesia aparece casi como discordante y a veces hasta como una postura de enfrentamiento, cuando en realidad debería ser práctica común en la comunidad que proclama la continua conversión.

De esta forma es como debemos leer los textos en que la iglesia reconoce su debilidad y sus fallas al compromiso adquirido con Cristo y con el pueblo.

"... Aunque la iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de la historia, fueron todos, sus miembros clérigos o laicos fieles al Espíritu de Dios. Sabe también la iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias, debemos, sin embargo, tener conciencia de ellas y combatirlas con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio" (Gaudium et Spes, Parte I, cap. 4, N° 43).

"... Si la iglesia debe dar un testimonio de justicia, ella reconoce que cualquiera que pretenda hablar de justicia a los hombres, debe él mismo ser justo a los ojos de los demás. Por tanto conviene que nosotros mismos

**hagamos un examen sobre las maneras de actuar las posesiones y el estilo de vida que se dan dentro de la iglesia misma.**

**Han de ser respetados los derechos dentro de la iglesia. De cualquier modo en que uno esté asociado a la iglesia, nadie debe ser privado de los derechos comunes" (Sínodo de los Obispos, Roma 1971, cap. III).**

**La iglesia latinoamericana, también lanza su autocrítica frente al pueblo por la incoherencia existente entre el mensaje y la práctica vivida. Puebla así lo manifiesta:**

**"La iglesia, a través de innumerables sacerdotes, religiosos, religiosas, misioneros y laicos, ha estado presente entre los más pobres y necesitados predicando el mensaje y realizando la caridad que el espíritu difunde en ella, sin embargo, no todos los miembros de la iglesia han sido respetuosos del hombre y de su cultura; muchos han mostrado una fe poco vigorosa para vencer sus egoísmos, su individualismo y su apego a las riquezas, obrando injustamente y lesionando la unidad de la sociedad y de la misma iglesia". (Puebla, Parte III, cap. 3, N° 965 y 966).**

**"En la situación que viven nuestros pueblos, los frutos del Espíritu Santo que constituyen el núcleo de nuestro testimonio, implican que tanto la jerarquía como el laicado y los religiosos vivamos en una continua autocrítica a la luz del Evangelio, a nivel personal, grupal y comunitario para despojarnos de toda actitud que no sea evangélica y que desfigure el rostro de Cristo". (Puebla, parte III, cap. 3, N° 972).**

**"No todos en la iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres". (Puebla, Parte IV, cap. I, N° 1140).**

**"Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral con miras a una conversión efectiva" (Puebla, Parte IV, cap. I, N° 1157).**



**"Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor ya que en la acción evangelizadora la iglesia contará más con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el "tener más" y el poder secular. Así, presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor" (Puebla, Parte IV, cap. I, N° 1158).**

Durante varios siglos la iglesia se definió por la apostolicidad, con la consabida exigencia de fidelidad a la autoridad y su doctrina, quedando opacada una dimensión constitucional y esencial a la misma iglesia, es decir, la profecía. A esta se la relegó a tiempos pasados como si no pudiera tener vigencia en la historia y en la vida del hombre contemporáneo.

Al faltar la práctica profética, la iglesia se afianzó en el culto, privilegiándolo de tal forma que se convirtió en el elemento que daba identidad a los cristianos. Ya hemos visto que la Biblia mantiene una postura relativizadora del culto y, por el contrario, incide en la dimensión profética como signo diferenciador del Dios revelado frente a otras nociones de Dios, que marcan más el rito cültico en sus prácticas religiosas.

La iglesia católica se enrumbó en esta práctica pero es significativo que, aún en las etapas más negras de su historia, nunca dejara de existir la práctica profética en comunidades y colectivos que comprendieron su auténtica dimensión.

El Concilio Vaticano II volvió a tomar conciencia de la importancia de esta dimensión y la proclamó nuevamente como esencial a la iglesia; a partir de ahí, la iglesia universal comenzó a comprometerse con los problemas del hombre y del mundo como una exigencia viva para testimoniar la fe en Jesucristo.

En América Latina esta corriente caló hondo hasta el punto de que innumerables cristianos fueron capaces de ofrecer su vida por el hombre, impulsados por la fuerza del mensaje profético de la revelación encarnada en Jesús. Así la iglesia latinoamericana escribió páginas impercederas en la iglesia universal.

Las comunidades y colectivos de cristianos latinoamericanos, que han

descubierto la importancia de la profecía en el cristianismo, nos descubren a un Dios enamorado del pobre, que apuesta fuertemente por la liberación del explotado y arremete contra la opresión institucionalizada, que durante tantos siglos de historia, se apoyó en parámetros religiosos para justificarla. El Dios de esa práctica religiosa no puede ser el Dios que conocemos a través de la revelación. Un Dios que no se preocupa del pobre y que sólo responde a problemas intimistas del ser humano sin ninguna trascendencia social, no puede ser el Dios que vivió y nos reveló Jesucristo.

Por eso, cuando en la iglesia olvidamos la profecía, no nos queda más remedio que refugiamos en el culto y en la piedad intimista. Esto no sólo sucedió hace años sino que por desgracia ha ido tomando cuerpo en las iglesias de los países más desarrollados pero que, sin duda, también ha contagiado a las iglesias latinoamericanas donde se constata un cierto desánimo hacia el compromiso y se afianzan corrientes religiosas de tendencia carismática, espiritualizante y evasivas de la realidad y del compromiso por el cambio de la historia.

Creemos que en momentos en que la sociedad mundial vive una etapa de fuertes contradicciones y desigualdades insultantes donde se derrocha el lujo y se convierte al consumismo en un ídolo, mientras millones de seres carecen de lo más necesario, no nos es lícito a los cristianos desentendernos del compromiso ético, que emana de la corriente profética.

En esta época en que la sociedad y el hombre han ido dejando de lado una serie de valores e ideales que se hacen aparecer como trasnochados y caducos para la era de la modernidad y post-modernidad, que cifra la realización humana en un cierto hedonismo personal contraponiendo y olvidando los intereses sociales y, donde el compromiso ético con el hombre se ha visto relegado, se ve más necesaria la tarea de la comunidad eclesial infundiendo un mensaje de esperanza y testimonio ético-profético coherente en defensa del ser humano.

Esta sería la misión de la iglesia como comunidad que explicita en su vida el mensaje del Reino de Dios, que ya habita entre los hombres.

Por el contrario, si olvidando esta tarea profética se apuesta por la tranquilidad, se elimina a los profetas, y cuando esto sucede, según Tony de Mello, se gana "la paz" pero se pierde el futuro.

## **BIBLIOGRAFÍA**

**BAIGENT, Michael, LEIGH Richart**

"El legado mesiánico. Edt. Martínez Roca, Barcelona, 1986.

**BOFF, L.**

Jesucristo y la liberación del hombre. Edc. Cristiandad, Madrid, 1981.

Jesucristo el libertador. Edic. Sal Terrae, Santander.

**BRAVO G., Carlos**

Jesús hombre en conflicto. Sal Terrae, Santander, 1986.

**BRAWN, E. Raymond**

Las iglesias que los apóstoles nos dejaron. Edc. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1986.

La comunidad del discípulo amado. Edc. Sígueme, Salamanca, 1983.

**CASTILLO, José María**

Símbolos de Libertad. Edc. Sígueme, Salamanca, 1981.

**CASTILLO, José María, ESTRADA, Juan A.**

"El proyecto de Jesús". Edc. Sígueme, Salamanca, 1985.

**CASTRO ZAFRA, Antonio**

"Los círculos del poder". Edt. Popular, Madrid, 1987.

**CEVALLOS, Pedro Fermín**

"Historia del Ecuador". Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil, Quito.

**DOMINGUEZ, Javier**

"Movimientos colectivistas y proféticos de la Historia de la Iglesia". Edic. Mensajero, Bilbao, 1970.

**DUSSEL, Enrique**

Artículo en Revista "Cristianismo y Sociedad Nº 88, México, 1986.

Artículo en Revista "Cristianismo y Sociedad, Nº 91, México, 1987.

**ESTRADA, Juan A.**

"Oración: liberación y compromiso de fe" Edt. Sal Terrae, Santander, 1986.

"La transformación de la religiosidad popular". Edc. Sígueme, Salamanca, 1986.

Artículo "Culto cristiano y sociedad secularizada" Revista Proyección 31, Granada.

"La iglesia, identidad y cambio". Edic. Cristiandad, Madrid, 1985.

**GONZALEZ FAUSS, José I.**

"Clamor del Reino". Edic. Sígueme, Salamanca, 1982.

**GONZALEZ SUAREZ, Federico.**

"Historia General del Ecuador" Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil - Quito.

**GROLLEMBERG, L.**

"Visión Nueva de la Biblia" Edic. Herder, Barcelona, 1972.

**HARRIS, Marvin**

"La cultura norteamericana contemporánea" Alianza Editorial, Madrid, 1984.

**JEREMÍAS, Joaquín**

"Jerusalén en tiempos de Jesús". Edic. Cristiandad, Madrid, 1977.

**LOFINK, G.**

"Ahora entiendo la Biblia". Edic. Paulinas, Madrid, 1977.

"La iglesia que Jesús quería". Desclée de Brouwer, Bilbao, 1986.

**LEIPOLD, J y GRUNDENANN, W.**

"El mundo del Nuevo Testamento". Edic. Cristiandad, Madrid, 1973.

**LLORCA, Bernardino**

"Historia de la Iglesia"

**MIRANDA, Porfirio**

"Marx y la Biblia" Espasa Calpe, Madrid 1972.

**NEHER, A.**

"La esencia del profetismo" Salamanca 1970.

**NORTH, M.**

"El mundo del A. Testamento". Edic. Cristiandad, Madrid 1980.

**SEGUNDO, Juan Luis**

"El hombre de hoy ante Jesús de Nazareth", Tomo II, Edic. Cristiandad, Madrid, 1982.

**SOBRINO, Jon**

"La oración de Jesús y del cristianismo". Edc. Paulinas, Bogotá, 1986.

"Jesús en América Latina. Edc. Sal Terrae, Santander, 1982.

<b>CAPITULO VIII</b>	
<b>PISTAS DE ACTUACION .....</b>	<b>293</b>
<b>BIBLIOGRAFIA .....</b>	<b>391</b>

# INDICE

<b>PREFACIO .....</b>	<b>5</b>
<b>CAPITULO I</b> <b>LA IMPORTANCIA DEL HECHO RELIGIOSO</b> <b>EN LATINOAMERICA .....</b>	<b>7</b>
<b>CAPITULO II</b> <b>YAHVE EL DIOS DE LA BIBLIA .....</b>	<b>33</b>
<b>CAPITULO III</b> <b>LA RELIGION DE JESUS .....</b>	<b>69</b>
<b>CAPITULO IV</b> <b>LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y EL CULTO .....</b>	<b>141</b>
<b>CAPITULO V</b> <b>VUELTA A LO SAGRADO .....</b>	<b>157</b>
<b>CAPITULO VI</b> <b>LAS CORRIENTES PROFETICAS EN LA HISTORIA</b> <b>DE LA IGLESIA .....</b>	<b>177</b>
<b>CAPITULO VII</b> <b>PAPEL DEL CRISTIANISMO EN AMERICA LATINA</b> <b>AFIRMAR AL HOMBRE EN SU DIMENSION TOTAL .....</b>	<b>213</b>

<b>CAPITULO VIII</b>	
<b>PISTAS DE ACTUACION</b> .....	<b>293</b>
<b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	<b>391</b>